3 1761 08695868 3

V. SUÁREZ
ECIADOS 48
MADRID

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

TOMOS PUBLICADOS

1.º—*Romancero espiritual* del Maestro Valdivielso, con retrato del autor grabado por Galbán, y un prólogo del Rdo. P. Mir, de la Real Academia Española. (Agotados los ejemplares de 4 pesetas, los hay de lujo de 6 en adelante.)

2.º—Obras de D. Adelardo López de Ayala: tomo I.—*Teatro:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura, y una advertencia de D. Manuel Tamayo y Baus.—Contiene: *Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*—5 pesetas.

3.º—Obras de Andrés Bello: tomo I.—*Poesías*, con retrato del autor grabado por Maura, y un estudio biográfico y crítico de D. Miguel Antonio Caro.—Contiene todos sus versos ya publicados, y algunos inéditos. (Agotada la edición de 4 pesetas, hay ejemplares de lujo de 6 en adelante.)

4.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo II.—*Teatro*: tomo II.—Contiene: *El tejado de vidrio.—El Conde de Castralla.*—4 pesetas.

5.º—Obras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo I.—*Odas, epístolas y tragedias*, con retrato del autor grabado por Maura, y un prólogo de D. Juan Valera.—4 pesetas.

6.º—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo I. —*Escenas andaluzas.*—4 pesetas.

7.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo III.—*Teatro:* tomo III.—Contiene: *Consuelo.—Los Comuneros.*—4 pesetas.

8.º—Obras de D. Antonio Cánovas del Castillo: tomo I.—*El Solitario y su tiempo:* tomo I.—Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras, con retrato del mismo, grabado por Maura.—4 pesetas.

9.º—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo II.—*El Solitario y su tiempo:* tomo II y último.—4 pesetas.

10.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo II.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo I. Segunda edición.—5 pesetas.

10 bis.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo III.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo II. Segunda edición.—5 pesetas.

11.—Obras de A. Bello: tomo II.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martinez Silva: tomo I.—Estado de paz.—4 pesetas.

12.—Obras de A. Bello: tomo III.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo II y último.—Estado de guerra.—4 pesetas.

13.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo IV.—*Teatro:* tomo IV.—Contiene: *Rioja.—La estrella de Madrid.—La mejor corona.*—4 pesetas.

14.—*Voces del alma:* poesías de D. José Velarde.—4 pesetas.

15.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IV.—*Estudios de crítica literaria.*—Primera serie, 2.ª edición.—Contiene: La poesía mística.—La Historia como obra artística.—San Isidoro.—Rodrigo Caro.—Martínez de la Rosa.—Núñez de Arce.—4 pesetas.

16.—Obras de D. Manuel Cañete: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—*Escritores españoles é hispano-americanos.*—Contiene: El Duque de Rivas.—D. José Joaquín de Olmedo.—4 pesetas.

17.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo III.—*Problemas contemporáneos:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: El Ateneo en sus relaciones con la cultura española: las transformaciones europeas en 1870: cuestión de Roma bajo su aspecto universal: la guerra franco-prusiana y la supremacía germánica: epílogo.—El pesimismo y el optimismo: concepto é importancia de la teodicea popular: el Estado en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y corporativos; las formas políticas en general.—El problema religioso y sus relaciones con el político: el problema religioso y la economía política: la economía política, el socialismo y el cristianismo: errores modernos sobre el concepto de Humanidad y de Estado: ineficacia de las soluciones para los problemas sociales: el cristianismo y el problema social: el naturalismo y el socialismo científico: la moral indiferente y la moral cristiana: el cristianismo como fundamento del orden social: lo sobrenatural y el ateísmo científico: importancia de los problemas contemporáneos.—La libertad y el progreso.—Los arbitristas.—Otro precursor de Malthus.—La Internacional.—5 pesetas.

18.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IV.—*Problemas contemporáneos:* tomo II.—Contiene: Estado actual de la investigación filosófica: diferencias entre la nacionalidad y la raza: el concepto de nación en la Historia: el concepto de nación sin distinguirlo del de patria.—Los maestros que más han enriquecido desde la cátedra del Ateneo la cultura española.—La sociología moderna.—Ateneistas ilustres: Moreno Nieto; Revilla.—Los oradores griegos y latinos.—Centenario de Sebastián del Cano.—Congreso geográfico de Madrid.—Ideas sobre el libre cambio.—5 pesetas.

19.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo III, segunda edición (siglos xvi y xvii).—5 pesetas.

20.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VI.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IV, segunda edición (siglos xvi y xvii).—5 pesetas.

21.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VII.—*Calderón y su teatro.*—Contiene: Calderón y sus críticos.—El hombre, la época y el arte.—Autos sacramentales.—Dramas religiosos.—Dramas filosóficos.—Dramas trágicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores.—Resumen y síntesis.—4 pesetas.

22.—Obras de D. Vicente de la Fuente: tomo I.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* primera serie, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Sancho el Mayor.—El Ebro por frontera.—Matrimonio de Alfonso el Batallador.—Las Hervencias de Avila.—Fuero de Molina de Aragón.—Aventuras de Zafadola.—Panteones de los Reyes de Aragón.—4 pesetas.

23.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo V.—*Teatro:* tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento.—El agente de matrimonios.*—4 pesetas.

24.—*Estudios gramaticales.* Introducción á las obras filológicas de don Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliográfica por D. Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.

25.—*Poesías de D. José Eusebio Caro,* precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D. José Jcaquín Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor grabado por Maura.—4 pesetas.

26.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VI.—*Teatro:* tomo VI.—Contiene: *Castigo y perdón* (inédita).—*El nuevo Don Juan.*—4 pesetas.

27.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VIII.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos,* segunda edición refundida: tomo I.—Contiene: traductores de Horacio.—Comentadores.—5 pesetas.

28.—Obras de D. M. Cañete: tomo II.—*Teatro español del siglo XVI.*

—*Estudios histórico-literarios.*—Contiene: Lucas Fernández.—Micael de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.

29.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo II.—*De la conquista y pérdida de Portugal:* tomo I.—4 pesetas.

30.—*Las ruinas de Poblet*, por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.

31.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo III.—*De la conquista y pérdida de Portugal:* tomo II y último.—4 pesetas.

32.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VII y último.—*Poesías y proyectos de comedias.*—Contiene: Sonetos y poesías varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pesetas.

33.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IX.—*Horacio en España.*—*Solaces bibliográficos*, segunda edición refundida: tomo II y último.—Contiene: La poesía horaciana en Castilla.—La poesía horaciana en Portugal.—5 pesetas.

34.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo II.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señoríos en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático.—Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epílogo de este período.—4 pesetas.

35.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los Santones.—Salomón.—Moisés.—4 pesetas.

36.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas por D. Antonio Paz y Melia, tomo I.—4 pesetas.

37.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. Eduardo de Mier: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.

38.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo X.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo V (siglo xviii).—4 pesetas.

39.—*Cancionero de Gómez Manrique,* publicado por primera vez, con introducción y notas por D. A. Paz y Melia: tomo II y último.—4 pesetas.

40.—Obras de D. Juan Valera: tomo I.—*Canciones romances y poe-*

mas, con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo y retrato del autor grabado por Maura.—5 pesetas.

41.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XI.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VI (siglo XVIII).—5 pesetas.

42.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del Rey Tebín.—De una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalhal.—El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra Mahoma.—El milagro de la Luna.—Ascensión de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati.—De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma. —4 pesetas.

43.—*Poesías de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Contiene: Sonetos.—La pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La gallomaquia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.—4 pesetas.

44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

45.—*Poemas dramáticos de Lord Byron*, traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Contiene: Caín.—Sardanápalo.—Manfredo.—4 pts.

46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: la continuación del tomo anterior hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

47.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo III.—*Estudios críticos sobre la Historia y Derecho de Aragón:* tercera y última serie.—Contiene: Formación de la liga aristocrática.—Vísperas sicilianas.—Revoluciones desastrosas.—Reaparición de la Unión.—Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV.—Los reyes enfermizos.—Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo XV.—D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales.—Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión.—5 pesetas.

48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último.—Contiene: La conversión de Omar. —La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima. —Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar. —Los dos amigos devotos.—El Anteeristo y el día del juicio.—4 pts.

**

49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia: tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.— 5 pesetas.

50.—Obras de D. J. Valera: tomo II. — *Cuentos, diálogos y fantasías.* —Contiene: El pájaro verde. — Parsondes.— El bermejino prehistórico.—Asclepigenia. — Gopa. — Un poco de crematística. — La cordobesa. — La primavera. — La venganza de Atahualpa. — Dafnis y Cloe.— 5 pesetas.

51.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo III.—Contiene: la continuación de la materia anterior.—5 pts.

52.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XII.—*La ciencia española*, tercera edición refundida y aumentada: tomo I, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Contiene: Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.— De re bibliographical.— Mr. Masson redivivo.—Monografías expositivo-críticas.— Mr. Masson redimuerto.—Apéndices.—4 pesetas.

53.— Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo V. —*Poesías.*— Contiene: Amores.—Quejas y desengaños.— Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.

54.—Obras de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: tomo I.—*Poesías*, con la biografía del autor, juicio crítico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra y retrato grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.

55.—*Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.— Un tomo con retrato del autor grabado por Maura.— Contiene: La Metafísica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas.— Epopeyas portuguesas. — Glorias asturianas.— Coronación de León XIII.— El P. Zeferino.— Menéndez y Pelayo.— Campoamor.— Pérez Hernández.— Frassinelli.— Epístolas.—Una madre cristiana.— Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.

56.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VI.—*Artes y letras.* —Contiene: De los asuntos respectivos de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuino teatro español.— Apéndice. — La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.

57.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIII.—*La ciencia española:* tercera edición corregida y aumentada: tomo II.— Contiene:

Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.— In dubiis libertas. — La ciencia española bajo la Inquisición. — Cartas.— La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice.—5 pesetas.

58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Últimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.

60.—Obras de D. J. Valera: tomo III.—*Nuevos estudios críticos.*— Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El *Fausto* de Gœthe.— Shakespeare.— Psicología del amor.— Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa.—Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

61.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIV.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VII (siglo XIX).—5 pesetas.

62.—Obras de D. Severo Catalina: tomo I.—*La Mujer,* con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: octava edición.—4 pesetas.

63.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo II.—*Fábulas*: primera edición completa.—5 pesetas.

64.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XV.—*La ciencia española*: tomo III y último.—Contiene: Réplica al Padre Fonseca.— Inventario de la ciencia española: Sagrada Escritura: Teología: Mística: Filosofía: Ciencias morales y políticas: Jurisprudencia: Filología: Estética: Ciencias históricas: Matemáticas: Ciencias militares: Ciencias físicas: 5 pesetas.

65.—Obras de D. J. Valera: tomo IV.—*Novelas*: tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez.* —*El Comendador Mendoza.*—5 pesetas.

66.—Obras de D. J. Valera: tomo V.—*Novelas*: tomo II.—Contiene: *Doña Luz.*—*Pasarse de listo.*—5 pesetas.

67.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexión.—Negociación y rompimiento con la República inglesa.—5 pesetas.

68.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo III.—*Teatro:* tomo I. —Contiene: *Los amantes de Teruel.—Doña Mencía.—La Redoma encantada.*—5 pesetas.

69.—Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo I.—Contiene las de Lupercio: Prólogo.—Poesías líricas.—Epístolas y poesías varias.—Obras dramáticas.—Opúsculos y discursos literarios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

70.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella, y un prólogo de D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

71.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VIII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy.—Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pesetas.

72.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo IV.—*Poesías.*—4 pesetas.

73.—*Poesías* de D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas, con un prólogo de D. Manuel Cañete y retrato del autor, grabado por Maura: tomo único.—Contiene: Impresiones y fantasías.—Recuerdos.—Hojas de álbum.—Romances.—La hija de Alimenón.—Juramentos de amor. —4 pesetas.

74.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XVI.—*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo VIII (siglo xix).—4 pesetas.

75.—Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo II.—Contiene las de Bartolomé Leonardo: Poesías líricas.—Sátiras.—Poesías varias.—Diálogos satíricos.—Opúsculos varios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

76.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella: tomo II.—5 pesetas.

77.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo IV.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *La visionaria.—Los polvos de la madre Celestina.—Alfonso el Casto.—Primero yo.*—5 pesetas.

78.—Obras de D. J. Valera: tomo VI.—*Novelas:* tomo III.—Contiene: *Las Ilusiones del Doctor Faustino.*—5 pesetas.

79.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios:* tomo I. Con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: la lengua castellana en los códigos.—La poesía y la historia.—Poema, crónica y romancero del Cid.—Un poema inédito.—Vida del rey Apolonio y de

Santa María Egipciaca.—La poesía castellana de los siglos XIV y XV.—4 pesetas.

80.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional,* recogidas por D. A. Paz y Melia.—Primera serie.—Contiene: Libro de Cetrería y profecía de Evangelista.—Carta burlesca de Godoy.—Privilegio de Don Juan II en favor de un hidalgo.—Carta del bachiller de Arcadia al capitán Salazar, y respuesta de éste.—Sermón de Aljubarrota.—Carta de D. Diego Hurtado de Mendoza á Feliciano de Silva.—Proverbios de D. Apóstol de Castilla.—Carta del Monstruo satírico.—Libro de chistes de Luis de Pinedo.—Memorial de un pleito.—Carta hallada en el correo sin saber quién la enviaba.—Carta de un portugués.—Carta burlesca de Fr. Guillén de Peraza.—Descendencia de los Modorros.—Carta de Diego de Amburcea á Esteban de Ibarra.—Carta del Conde de Lemos á Bartolomé L. de Argensola.—Carta de Ustarroz al maestro Gil González Dávila.—Epitafios y dichos portugueses.—Carta de un quídam al Castellano de Milán.—Carta ridícula de Diego Monfor.—Mundi novi y diálogo.—Carta sobre el destierro del Duque de Escalona.—Cartas del Arcediano de Cuenca al cura de Pareja.—Nota de las cosas particulares del anticuario de D. Juan Flores.—5 pesetas.

81.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IX.—*Problemas contemporáneos*: tomo III.—Contiene: Ejercicio de la soberanía en las democracias modernas.—Las revoluciones de la edad moderna.—Clasificación de los sistemas democráticos.—La democracia pura en Suiza.—La democracia del régimen mixto en los cantones suizos.—La soberanía ejercida en Suiza por la confederación.—El régimen municipal.—La democracia de los Estados Unidos.—El conflicto de la soberanía en los Estados Unidos y en Suiza.—Principios teóricos de la democracia francesa.—Conclusiones.—El juicio por jurados y el partido liberal conservador.—La economía política y la democracia economista en España.—La producción de cereales en España y los actuales derechos arancelarios.—Necesidad de proteger, á la par que la de los cereales, la producción española en general.—De cómo he venido yo á ser doctrinalmente proteccionista. La cuestión obrera y su nuevo carácter.—De los resultados de la conferencia de Berlín y del estado oficial de la cuestión obrera.—Últimas consideraciones.—5 pesetas.

82.—Obras literarias de D. Manuel Silvela.—5 pesetas.

83.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios:* tomo II.—Contiene: Vida del trovador Juan Rodríguez del Padrón.—D. Alonso de Cartagena.—El Centón epistolario.—Juan de Valdés y el *Diálogo de la lengua.*—Fr. Pedro Malón de Chaide.—¿Tomé de Burguillos y

Lope de Vega son una misma persona? — Observaciones sobre la poesía dramática.— Viajes por Galicia en 1836.— Recuerdos de un viaje á Toledo en 1842.— Descubrimientos en América.—Poesías.— 4 pesetas.

84. — Obras de D. Juan Valera: tomo VII.— *Disertaciones y juicios literarios:* Contiene: Sobre el *Quijote*.—La libertad en el arte.—Sobre la ciencia del lenguaje.—Del influjo de la Inquisición en la decadencia de la literatura española.—La originalidad y el plagio.—Vida de Lord Byron.—De la perversión moral de la España de nuestros días.—De la filosofía española.—Poesía lírica.— Estudios sobre la Edad Media.— Obras de D. Antonio Aparici y Guijarro.—Sobre el Amadís de Gaula. —Las Cantigas del Rey Sabio, 5 pesetas.

85.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo I.— Contiene: Manojo de la poesía castellana, formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante los siglos xvi, xvii, xviii y xix, por los poetas de los dos mundos.—Tomo I, 5 pesetas.

86. — Obras de Andrés Bello: tomo IV: *Opúsculos gramaticales*: tomo I.—Contiene: Ortología.—Arte métrica.—Apéndices.—4 pesetas.

87.—Duque de Berwick.—*Relación de la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia.—Viaje á Rusia:* 5 pesetas.

88.—Fernández-Duro (D. Cesáreo).—Estudios históricos.—*Derrota de los Gelves.— Antonio Pérez en Inglaterra y Francia :* un tomo.— 5 pesetas.

89.— Obras de Andrés Bello: tomo V. — *Opúsculos gramaticales:* tomo II.—Contiene: Análisis ideológica.—Compendio de gramática castellana.—Opúsculos.—4 pesetas.

90.—*Rimas de D. Vicente W. Querol:* un tomo, 4 pesetas.

91.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo II.— Contiene: *Manojo de la poesía castellana*, formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante el siglo xix, por los poetas de los dos mundos.—Tomo II, 5 pesetas.

92.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XVII.— *Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IX (siglo xix).—5 pesetas.

93.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo V.—*Teatro.*—Tomo III. Contiene: *El Bachiller Mendarias.— Honoria.—Derechos póstumos.* 5 pesetas.

94.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquia española desde* 1654 *á* 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta, con la biografía del autor y algunas de sus obras poéticas y dramáticas: tomo I.—5 pesetas.

95.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XVIII.—*Ensayos de crítica filosófica.* Contiene: De las vicisitudes de la Filosofía platónica en España.—De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant.—Algunas consideraciones sobre Francisco de Vitoria y los orígenes del derecho de gentes: tomo, 4 pesetas.

96.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde* 1654 *á* 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo II.—5 pesetas.

97.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII,* por el Marqués de Valmar: tomo I.—5 pesetas.

98.—Obras de Fernán Caballero: tomo I. Contiene: Fernán Caballero y la novela contemporánea.—*La familia de Alvareda.*—5 pesetas.

99.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde* 1654 *á* 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo III.—5 pesetas.

100.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII,* por el Marqués de Valmar: tomo II.—5 pesetas.

101.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo V.—*Novelas, Cuentos y Artículos.*—4 pesetas.

102.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII,* por el Marqués de Valmar: tomo III y último.—5 pesetas.

103.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde* 1654 *á* 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo IV y último.—5 pesetas.

104.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo I (de 1770 á 1814).—5 pesetas.

105.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo I.—*Poesías.*—5 pesetas.

106.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria.*—Segunda serie.—4 pesetas.

107.—Obras de Fernán Caballero: tomo II.—*La Gaviota.*—5 pesetas.

108.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo II.—*Poesías.*—5 pesetas.

109.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo II.—5 ptas.

110.—*Ocios poéticos,* por D. Ignacio Montes de Oca: un tomo, 4 pesetas.

111.—Obras de Fernán Caballero: tomo III.—*Clemencia.*—5 pesetas.

112.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo III.—5 pesetas.

113.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo III.—*El moro expósito.*—5 pesetas.

114.—Obras de Fernán Caballero: tomo IV.—*Lágrimas.*—5 pesetas.

115.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo IV.—*Romances históricos.*—5 pesetas.

116.—*Estudios de historia y de crítica literaria*, por el Marqués de Valmar.—4 pesetas.

117.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo V.—*Tragedias y Leyendas.*—5 pesetas.

118.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria.*—Tercera serie.—4 pesetas.

119.—*Oraciones fúnebres*, por D. Ignacio Montes de Oca; un tomo, 4 pesetas.

120.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo VI.—*Dramas y Comedias.*—5 pesetas.

121.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Mélia.—Segunda serie.—Contiene: Diálogo de Villalobos.—Cuentos de Garibay.—Carta de las setenta y dos necedades.—Cuentos recogidos por D. Juan de Arguijo.—Cartas inéditas de Eugenio Salazar.—Carta del licenciado Claros de la Plaza al maestro Lisarte de la Llana.—Máscara en el convento de Trinitarias de Madrid.—Memorial al Presidente de Castilla.—Descripción del Escorial.—Poesía macarrónica á Baldo.—Poema Macarrónico de Merlín á la entrada del Almirante en Cádiz.—Pepinada: Poesía macarrónica de Sánchez Barbero.—5 pesetas.

122.—Obras de Fernán Caballero: tomo V.—Contiene: *Elia ó la España treinta años há.—Con mal ó con bien á los tuyos te ten.—El último consuelo.*—5 pesetas.

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PREPARACION

Obras de Fernán Caballero, tomo VI.
Obras del Duque de Rivas, tomo VII.
Gramática de la lengua castellana, de D. Andrés Bello.

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

NOVELISTAS

CXXII I

EX-LIBRIS.

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNÁN CABALLERO

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo, del..... 1 al 50.
10 » en papel China, del..... I al X.

C1125

COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS

FERNAN CABALLERO

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS

V

ELIA Ó LA ESPAÑA TREINTA AÑOS HÁ

CON MAL Ó CON BIEN Á LOS TUYOS TE TEN

EL ÚLTIMO CONSUELO

281291
9 1 33

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, núm. 20
1903

NOVELISTAS

ELIA

ó

LA ESPAÑA TREINTA AÑOS HA

PRÓLOGO

Cuando al aparecer la primera producción de Fernán Caballero en las páginas de un periódico de la corte, decía uno de nuestros más distinguidos literatos que La Gaviota era *el primer albor de un hermoso día, el primer florón de la gloriosa corona poética que ceñiría las sienes de un Walter Scott español*, expresaba una gran verdad, que el tiempo ha confirmado con fallo irrevocable.

El entusiasmo y el sentimiento, fuentes inextinguibles de todo lo que de generoso y de grande es capaz de emprender el hombre, han sido prodigados á manos llenas por la Providencia al inspirado novelista, cuya aparición fué un verdadero y glorioso acontecimiento para las letras españolas, y un título de noble y legítimo orgullo para la patria del insigne soldado de Lepanto, que, merced á Fernán Caballero, ha vuelto á recobrar el cetro de la Novela, pasado á extrañas manos desde la muerte del Ingenio Príncipe, y envilecido, por desgracia, en ellas, con grave daño de la moral

pública y de la existencia misma de la sociedad, hasta el punto que las monstruosas creaciones dadas á luz modernamente en la nación vecina demuestran de un modo incontestable.

FERNÁN CABALLERO ha resucitado entre nosotros la Novela, como Meléndez resucitó el buen gusto, y ha vuelto la tranquilidad y la confianza al corazón de los que, rindiendo culto á lo bello y á lo bueno, habían llegado á temer que la época presente no produciría en este terreno otra clase de frutos que los viciados y dañosos á que acabo de referirme. Esta es, pues, la razón de que suenen en todos los labios ardientes alabanzas á FERNÁN CABALLERO: para unos es su existencia un solemne mentís á los que suponían al ingenio español incapaz de cultivar con éxito la Novela; para otros es el digno paladín de la patria antigua y de la augusta Religión que produjo nuestras glorias y nuestros héroes.

Un hombre ilustre ha dicho de la Moral cristiana, que por su sencillez se halla al alcance del más indocto, y por su profundidad suspende y admira á los más sabios. Otro tanto puede decirse de las obras de FERNÁN CABALLERO. Todas ellas pueden ponerse con igual confianza en manos del joven y de la doncella; en todas se encuentra la misma naturalidad y sencillez en la forma; en todas resplandece la misma pureza de doctrina, el mismo fervor religioso. Todos los caracteres de sus personajes están admirablemente dibujados; los colores con que pinta las costumbres son siempre verdaderos; las descripciones siempre bellas; el sentimiento del deber, base de todos los que

animaban á nuestros mayores, siempre aparece en sus obras exaltado y enaltecido.

Y si lo que acabo de expresar es rigurosamente exacto respecto á cuantas producciones ha dado á la estampa el gran novelista, á ninguna conviene tanto, á mi juicio, como á la que da lugar al presente prólogo.

El objeto que en ella se propone el autor no puede ser más simpático á cuantos estimen en algo el suelo que los vió nacer, ni más interesante para quien desee estudiar el verdadero carácter y las costumbres verdaderas de un pueblo en una época dada. La elegida por FERNÁN CABALLERO para desarrollar su plan, no puede ser tampoco más oportuna. Con decir que la novela se escribió hace algo más de diez años, y recordar que su título es ELIA, ó LA ESPAÑA TREINTA AÑOS HÁ, queda justificado mi aserto. A describir los sentimientos y costumbres dominantes en nuestra patria al terminarse la guerra más justa y heroica que han presenciado los siglos, va, pues, encaminada; época sobre todo encarecimiento interesante, y en la cual puede decirse que desaparece la antigua España para refundirse en la que á la actual generación le ha cabido en suerte.

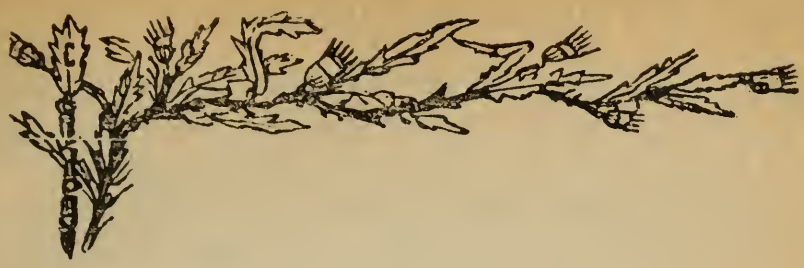
. . . . . .

Concluyo, pues, no sin decir antes que si el fin moral y el argumento de ELIA merecen cumplidas alabanzas, y si los caracteres de cuantos en ella figuran se hallan pintados y sostenidos con singular maestría, el encanto de que el autor sabe revestir escenas de la más opuesta índole, de cuya verdad son, entre otras, irrecusables testigos, ya el simpático cuadro de

la casa de la Asistenta el día en que se celebra su santo, ya el naturalismo y chistoso lance en que el atrabiliario D. Narciso gana el mote de *Monteruca*, ya los altercados, llenos siempre de profunda y saludable intención, que con éste sostiene la señora de Calatrava, ora el sublime diálogo entre la Marquesa de Valdejara y su confesor, ora, en fin, la muerte del padre y de la protectora de Elia; las inimitables descripciones que, como la de Sevilla festejando la vuelta del rey al trono de sus antepasados, y la de Cádiz visto desde el mar, esmaltan sus páginas; las admirables sentencias que sin aparato ni pretensiones brotan espontáneamente de la pluma del escritor; y, por último, el interés siempre creciente de la acción, son asimismo partes á que al concluir la lectura de este precioso libro haya forzosamente de reconocerse que si La Gaviota es el primer florón de la corona poética de Fernán Caballero, Elia es, á no dudarlo, su más espléndido brillante.

Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

Sevilla 27 de Junio de 1857.



UNA PALABRA DEL AUTOR AL LECTOR

Este podrá no ser siempre benévolo; y en verdad que el que se atreve á arrostrar la publicidad sin que nadie se lo mande, no tiene motivo para exigir que lo sea. El derecho del lector es ser juez; bueno ó malo, juez es sin que nadie se lo quite. La benevolencia es un favor. Pedirla, es una atención á la que no debe faltar ningún autor que haya leído á lord Chesterfield (1).

Deseamos salir al encuentro de algunos de los muchos cargos que, sin ser malévolo, podrá hacernos el lector, y que debilitarán algunas explicaciones ó descargos del autor.

Dice Balzac: «¿Quién podrá lisonjearse de ser siempre comprendido? Morimos todos desconocidos: ésta es la muerte de las mujeres y de los autores.» ¡Cuán cierto es esto!

Haránnos el primer cargo aquellos que, considerando como el verdadero tipo del amor

(1) Autor inglés que ha escrito sobre buena crianza y buenos modales, y goza de una popularidad europea algo pasada de moda, ó *rococo*, como dicen los franceses.

contrariado á la célebre Eloísa, juzguen que el nuestro, Elia, es nulo, descolorido y fuera de lo natural en parecidas circunstancias.

Herémosles notar que el amor puro de una niña criada en el convento—á cuya alma inocente é infantil apenas ha llegado el perfume de la flor de amor,—y que impelida por terribles circunstancias y la propia inclinación, se vuelve voluntariamente al retiro que ama, porque no quiere ni puede arrostrar la opinión, ni rebajar, uniéndose á él, al hombre á quien ama, es en todo y por todo el más perfecto contraste con la mujer hecha, con la gran señora, que en la edad y en la fuerza de las pasiones desenfrenadas hasta la brutalidad, cogió el fruto de la pasión siendo amante y madre; con la mujer enérgica, que es encerrada en un convento, como lo sería en una prisión, que la separa de un hombre á quien honra y eleva con su cariño. Esto en punto á las analogías de situación. Pero aún es de más cuantía la razón que debe diferenciar estos tipos de dos amores distintos. Cada individuo ama con los sentimientos que le son propios. Si la pasión enérgica es un tipo de novela, no siempre, á Dios gracias, es una realidad en la vida. Balzac, que es un profundo conocedor del corazón huumano, dice «que las grandes pasiones son poco frecuentes; así como lo son en artes las obras maestras». Puede que una mujer que no ama con furor, no sea el tipo que llena el ideal que muchos se creían; pero puede también que sea el que prefieran almas menos romancescas y más poéticas; es decir, las que simpaticen más con la verdad y la sencillez, que no con la

elevación y energía, á veces ficticia y forzada en las producciones literarias, como en la vida real (1).

Esta falta de pasión, cuando nace de la mansedumbre del alma, del poder de la razón, de la fuerza é influencia de la Religión, de esa delicada modestia femenina que se extiende hasta sobre los sentimientos, es una cosa que, lejos de vituperarla y hallarla poco interesante, deberían los hombres apreciar, teniendo para ellos el atractivo que tienen todos los puntos de contraste con la mujer, y que son justamente los que le dan todo su encanto femenino.

Otro cargo se nos podrá hacer, como á todo el que pretenda copiar al natural, y es, que hay puestas en boca de personajes sencillos y poco pensadores razones que no serían capaces de emitir. El corazón humano es un libro de música, que con variadas notas contiene, ya tiernas y dulces, ya graves é impetuosas partituras. El observador las descifra sin alterarlas; cuando á veces le faltan voces ó voluntad á él

---

(1) ELIA ha sido traducida al francés, y en el prefacio que le antecede dice el traductor: «Cada uno comprende el amor según sus propios sentimientos. Si la pasión enérgica es el tipo más apropiado á la novela, está lejos, gracias al cielo, de ser una realidad en la vida. Puede que una mujer que no tenga en su amor aquella vehemencia que la hace sacrificarlo todo á la voluntad del hombre á quien ama, no sea el tipo ideal de algunas; pero también puede que sea un tipo que prefieran mentes menos romancescas, y que simpatizan más con la sencillez y con la verdad, que no con esa energía, á veces supuesta y siempre forzada, que se encuentra mucho más en las producciones literarias que no en la naturaleza».

mismo para hacerlo, halla voces á la persona que pinta, á la manera que el abogado halla razones para la que defiende.

Pudiérasenos también atacar sobre la más ó menos razón que lleven los personajes en sus argumentos. Pero advertimos que cada cual habla y argumenta según su carácter, su modo de ver y de sentir, y que el autor no sale responsable á nada. Ni aun las razones de la señora de Calatrava, que tiene todas nuestras simpatías, presentamos como ortodoxas.

Mucho se vanaglorían otras naciones con su estético espiritualismo, el que alternativamente ha hecho furor ó ha caído en ridículo: ¡triste suerte de las cosas que se exageran ó alambican, y á las que no se les busca el solo origen de donde puedan emanar! El espiritualismo, que es el elevado estado que sobrepone al hombre á los apetitos, intereses y pasiones terrestres, no es una utopia, no es el sueño de un visionario de fuerte inteligencia y de cuerpo débil, no. El espiritualismo existe, pero aun en la literatura existe sencillo, natural, real y estable, en su firme y única base: la Religión Católica. Fuera de esto, es alambicado, metafísico, afectado, y se eleva cual un globo sin dirección, expuesto á caer si le falta el ligero gas que le hincha.

La demostración de este aserto se halla desenvuelta en la pintura de nuestro tipo, Elia, tipo real y querido que ofrecemos aquí con la satisfacción de un pintor que muestra el traslado de un hermoso tipo deseando agrade el original, y recibiendo como justas y sin que le lastimen las críticas que merezca su pincel,

pero rechazando las que se hiciesen del modelo.

El asunto que desenlaza esta relación es tan sencillo, tan cotidiano; hemos visto todos tantos casos análogos; su consecuencia en el sentido moral que hemos indicado es tan palpable, que las personas que sin prevención y de buena fe hagan la aplicación que hace el autor, podrán convencerse, si no lo están—así como Newton al ver caer una manzana se convenció de la atracción de la Tierra sobre todo cuerpo material — de que LA VERDADDRA ATRACCIÓN DE TODO ESPIRITUALISMO ES EL CIELO.

ELIA

ó

LA ESPAÑA TREINTA AÑOS HÁ

CAPÍTULO PRIMERO

La déclamation et l'enflure sont proprement l'éloquence de l'erreur. Il n'y a que la vérité qui puisse être simple, comme il n'y a que la beauté qui puisse se passer d'ornements.

(La declamación y la hinchazón son propiamente la elocuencia del error. Sólo la verdad puede ser sencilla, como no hay sino la belleza que pueda excusarse de adornos.)

On avait considéré la Religion comme un besoin de l'homme. Les temps sont venus de la considérer comme une nécessité de la société.

(Se había considerado á la Religión como una cosa preciosa para el hombre. Ha llegado el día de considerarla como una necesidad para la sociedad.)

BONALD.

Pico de la Mirandola ha dicho en el siglo XV: «La filosofía busca á Dios, la teología le halla, la religión le posee».

BRILLABA uno de esos días esplendorosos, con los que se engalana Andalucía como con un collar de brillantes. El sol derramaba por todas partes sus rayos como una red de luciente oro. Algunos cela-

jes, transparentes cual velos de encaje, desplegaban en el puro azul del cielo sus formas indefinidas y diáfanas, como se elevan y se ciernen en una mente tranquila poéticas y vagas concepciones. La suave y perfumada atmósfera vibraba al glorioso sonido de todas las campanas de la religiosa Sevilla, que anunciaban la solemnidad del día, confirmada á intervalos por la poderosa voz del cañón. De todos los balcones de la ciudad caían vistosas colgaduras, que se mecían alegremente como animadas de júbilo universal. Las gentes, engalanadas, con rostros radiantes de alegría, se hablaban, se abrazaban por las calles sin conocerse. Todo aquel gentío enajenado se dirigía hacia la catedral, cuyas grandiosas puertas, abiertas de par en par, daban salida á los sonidos de su magnífico órgano, que alzaban al cielo las solemnes notas del *Tedéum*. ¡Oh! Era una alegría inmensa, profunda, unánime, eléctrica, que hacía latir todos los corazones, humedecía todos los ojos y ponía en cada labio una acción de gracias al Señor de los ejércitos. ¡Fernando VII acababa de volver á ocupar el trono de sus antepasados!

Después del *Tedéum* debía llevarse en procesión, acompañado de las autoridades y con brillante séquito, el retrato del legítimo y DESEADO MONARCA.

Las señoras, ricamente prendidas, ocupaban

los balcones, y el gentío se agolpaba en la carrera de la procesión, anunciada por músicas, y á su paso cubierta con una lluvia de flores.

En un balcón estaba sentada en una silla baja una señora anciana, de aspecto vivo y afable, que lloraba á lágrima suelta, y echaba flores á manos llenas sobre el carro triunfal en que llevaban el retrato del Rey. Vestía una saya de sarga negra; un pañuelo de encaje negro cubría sus hombros; de encaje era igualmente su mantilla, colocada sin pretensiones sobre sus blancas canas. Ostentaba al cuello unos magníficos hilos de perlas, de los cuales pendía, engarzado en gruesos brillantes, el retrato del Rey.

Detrás de esta señora, en el quicio de la puerta del balcón, estaba en pie un señor de cara simple y benévola, que tenía en la mano el canasto del que sacaba la señora las flores.

Al lado opuesto del balcón se hallaba sentada otra señora, grave y derecha, rica, pero sencillamente vestida, desdeñando hacer valer una hermosura que respetaban aún los años. Entre ambas señoras estaba en pie, y apoyada en la meseta del balcón, una joven que tenía la distinguida é impasible belleza de una estatua de alabastro. La riqueza de su traje parecía ocuparla tan poco, como la admiración de que era el blanco.

—¿Quién es esa muchacha? —preguntó un oficial de artillería, que acababa de llegar á Sevilla, á uno de sus amigos.

—Es Esperanza Orrea, hija de la Marquesa de Valdejara, que está sentada á su lado.

—¿La tratas? —preguntó el artillero.

—Sí—respondió el amigo,—somos parientes. Su tatarabuela era prima tercera de la mía. Aquí se les sigue la pista á los parentescos, como el perdiguero á la caza.

—Pues llévame á su casa—dijo el oficial;—la hermosa Esperanza me ha dado flechazo.

—¡De ello me libre Dios!—exclamó su interlocutor.—Son todos los de esa familia y los de su círculo servilones de siete suelas, y tú, que la echas de liberal, serías recibido de ella como perro en misa.

—Aguardaré—repuso el artillero—á que llegue Carlos Orrea, que es mi amigo, y tan liberal como yo, para que me presente á ella, é introduzca en su casa la tolerancia, tan necesaria en las ideas como en la sociedad. Díme: ¿y esa señora de edad que está con ellas les toca algo?

—Esa señora anciana, que tiene la cara arrugada como una pasa y los ojos pequeños y vivos como granos de pimienta, es D.ª Isabel de Orrea, hermana mayor del difunto Marqués de Valdejara. Es viuda del poderoso y muy nombrado asistente de Sevilla D. Manuel Far-

fán y Calatrava. Es una excelente señora, y su historia es interesante. Muchas veces me la ha referido mi madre. A los diez y siete años, lindísima, é hija única del Marqués de Valdejara, estaba para casarse con un hombre á quien amaba. En un año perdió á su novio, que murió de una caída de caballo, le dieron las viruelas, que la desfiguraron, y su padre, volviéndose á casar, tuvo un hijo, cuyo nacimiento la privó de títulos y mayorazgos. Pero no pudieron estos golpes repetidos agriar su excelente índole. Se apegó á su madrastra con sincero cariño y amó á sus hermanos como á sus hijos. El mayor fué padre de la bella Esperanza, de tu amigo Carlos y de su hermano Fernando. El segundo fué oficial de marina, y murió en la batalla de Trafalgar, dejando una niña, que crió su tía la Asistenta, y hoy día está casada con el Conde de Palma, nuestro embajador en Londres. Casóse Isabel Orrea con el Asistente, hombre de edad y amigo de su padre, sujeto eminente y de gran valer, que supo apreciar sus cualidades, y la dejó á su muerte el considerable caudal que había heredado de su padre, que fué virrey de Méjico.

—¿Y la Marquesa?—preguntó el oficial.

—La Marquesa — contestó su amigo — es D.ª Inés de Córdoba, de la sangre más azul de la de añil de aquella ciudad del mismo nombre; es virtuosa, caritativa y muy señora, pero

orgullosa, intolerante y rígida. Allí no hay entrada, mi amigo. Los teatros están proscritos, los bailes anatematizados, los galanteos desterrados, y los obsequios son género prohibido. Así, si quieres seguir mi consejo, di al mirar á la hermosa Esperanza lo de la zorra de la fábula: «¡Están verdes!»

El artillero miró sonriéndose á su interlocutor, y le dijo:

—¿Serán estos consejos de amigo..... ó de competidor?

—¿Yo?—exclamó el otro con franca sinceridad.—Te equivocas mucho. Lo que no he de comer, lo dejo cocer, como dice el refrán.

—¿Y ese señor—volvió á preguntar el oficial—que las acompaña vestido de negro, y que tiene empaque de clérigo?

—Es hijo del mayordomo del difunto Asistente, que le educó con intención de que siguiese la carrera de la Iglesia. Pero como el buen hombre no pudo pasar de primeras órdenes á causa de su poca capacidad, teniendo buena letra, le hizo su secretario, y ha quedado en el mismo puesto con la viuda. Es el hombre mejor del mundo; sencillo como un niño, pero apegado á sus bienhechores con un amor, un respeto y una adhesión que hacen su elogio. Se llama D. Benigno.

Cuando hubo pasado la procesión, las señoras de Calatrava y Orrea se trasladaron á casa

de la primera, que daba aquel día una gran comida. Era la casa grande y antigua. En el zaguán empedrado estaban las cuadras, cocheras y cuartos de mozos, llamados con este motivo de *escalera abajo*. A la izquierda una cancela de hierro daba paso al gran patio de la casa, rodeado por tres costados de galerías sostenidas por columnas de mármol; el cuarto lado lo cerraba una verja de hierro, separándolo del jardín, que era muy grande, y cuyos espesos bojes, altos cipreses y copudos naranjos atestiguaban su antigüedad. Viéndolos tan ancianos, se colegía habían perdido la cuenta de las generaciones de hombres á quienes habían dado sombra.

Alegraba el aspecto algo austero de esta grandiosa entrada la fuente, que en medio del patio ofrecía sus frescas aguas al que entraba, y el murmurio de la del jardín, que se las ofrecía á las flores. La escalera de mármol era digna de un palacio. Al frente, en su ancha meseta, había un cuadro de Tobar, embutido en la pared por una rica moldura de yeso, representando en tamaño natural las Santas Justa y Rufina, patronas de Sevilla; en el techo estaban pintadas al fresco las armas de la casa. La sala, muy grande y cuadrada, estaba colgada de damasco carmesí; con el mismo estaban forrados los sillones, de madera de haya tallada y con filetes dorados, cuyos pies termi-

naban en garras de león apoyadas sobre bolas; con el mismo también estaban forrados los canapés, cuyos respaldos sobresalían con mucho de las cabezas de las personas sentadas en ellos. Entre las ventanas había dos hermosas mesas de madera finamente esculpidas y doradas; sobre ellas colgaban dos espejitos de cristal verdoso, pero colocados en magníficos cuadros dorados, cuyo dibujo era de exquisito gusto. Éranlo igualmente las mesas-rinconeras que guarnecían los cuatro ángulos, y que cubrían bellos juguetes chinescos y de exquisita filigrana de Méjico. Las ventanas, que no tenían ni visos ni celosías, dejaban entrar la luz del día en todo su esplendor, sin cuidarse del *petit jour*, tan buscado y ventajoso en la coquetería francesa. Las sobrepuertas eran pintadas, y representaban la vida de la Virgen. Por una galantería obsequiosa del pintor se notaba en una de ellas el borrico en que iba montada la Virgen en su huída á Egipto, marcado con la marca perteneciente á las yeguadas de la casa; cosa que entusiasmaba á los capataces y yegüerizos, llenaba de orgullo al secretario don Benigno, y en cuya impropiedad no había caído mayormente la Asistenta.

La comida, servida en vajilla de plata, deslució á las de las bodas de Camacho. En la fabricación de los postres se invirtió una caja de azúcar.

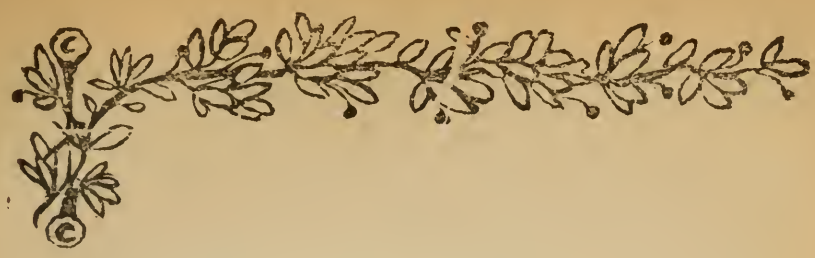
A los postres dijo la señora de Calatrava:

—Ahora puedo dormir en paz, porque he disfrutado del más hermoso día de mi vida. Dios ha oído nuestras plegarias, y recompensado á los leales y valientes. ¡Amigos, bebamos á la salud de nuestro adorado Monarca!

Así se hizo con unánime aclamación.

—Ahora—dijo la Marquesa de Valdejara—bebamos por el exterminio de todos los enemigos del Altar y del Trono, esas dos santas y eternas bases de la sociedad.

—No—repuso la Asistenta;—en un día tan feliz como éste sólo se debe beber al bien, y no al exterminio. Brindemos por todos los valientes defensores de la patria y por el feliz regreso de tus bizarros hijos, hermana.



CAPÍTULO II

FRENTE de Sevilla, pasada Triana, se extiende una llanura que parece bajar de unos altos cerros, para venir á beber en las aguas del Guadalquivir.

Dichos cerros forman una curva, y llegan más abajo hasta el río, en cuyas orillas parecen depositar al pueblecito de San Juan, que se corona de un convento levantado sobre las ruinas de un inmenso castillo moruno, como una cruz sobre un turbante. En las cimas de esta línea de colinas están sentados, como sobre lomos de dromedarios, los pueblecitos de Tomares, de Castilleja de la Cuesta y Castilleja de Guzmán. En el llano están los de Camas y Santiponce, que guardan la triste bandera negra que enarbolan, como se levanta un grito de angustia cuando las fuertes arriadas los inundan; á cuyo llamamiento abre Sevilla sus graneros y envía á sus hijos á socorrer á sus hermanos. ¿A qué tanto recalcar y acudir á la voz *filantropía*, cuando hay una voz más

propia, más fuerte, más simpática, más escuchada, que siempre ha existido y ejercido su inmenso poder entre cristianos, que es la de CARIDAD?

¡No parece sino que con la voz han inventado la cosa!

A la salida de uno de estos pueblecitos, dos jóvenes contemplaban la magnífica vista que se extendía á sus piés.

El uno, alto, derecho, de aire noble y distinguido, de perfectas facciones, vestía el severo *petit* del uniforme de guardia walona, y se apoyaba contra un olivo. El otro, algo más joven y menos alto, se había recostado sobre la hierba. A su hombro izquierdo pendían, con un elegante dormán de húsar, los cordones de ayudante; se había quitado el chacó, y el viento jugaba con los negros rizos de su cabellera.

—Dígote, Fernando—hablaba el húsar,—que me alegro ahora doblemente de que hayamos acortado tomando el camino de Badajoz, y de que se haya desherrado mi caballo, puesto que la tardanza nos proporciona gozar de esta magnífica vista. ¡Qué profundo es el amor á los sitios que nos vieron nacer, que no pueden el tiempo y la ausencia sino aumentarlo! ¡Qué contento estoy de volver á ver esa gallarda Giralda! Esa, á lo menos, no han podido llevársela los franceses. ¡No sería por falta

de ganas! Pero como cantaban nuestros soldados andaluces:

Que no quiere á dos tirones
Ser francesa la Giralda;
Que dice que es española,
Y andaluza, y sevillana.

Así como los aragoneses cantaban á su vez:

La VIRGEN DEL PILAR dice
Que no quiere ser francesa;
Pero sí la CAPITANA
De su tropa aragonesa.

Mientras nosotros los oficiales repetíamos en coro:

La castellana arrogancia
Siempre ha tenido por punto
Recordar lo de Sagunto,
No olvidar lo de Numancia.
Franceses, idos á Francia,
Y dejadnos nuestra ley;
Que en tocando á Dios y al Rey
Y nuestras casas y hogares.....
Todos somos militares,
Y formamos una grey!

—¡Oh!—prosiguió con expresión.—El entusiasmo no mata, pues de lo contrario no habría un español vivo. Viejos, niños, hombres, mujeres, religiosos, seglares, ricos y pobres, todos, todos un solo grito!..... ¡Oh, Fernando! ¡Un grito así llega al cielo!

—¡Cierto, Carlos, cierto! ¡Y llegó!—respondió el guardia walón conmovido.

—Por cierto—prosiguió el húsar—que no cambiaba mi título de español y de ayudante de Palafox por el de príncipe heredero de cualquiera de los más brillantes Estados de Europa; un soldado de los nuestros, improvisado y mal vestido, con el más soberbio veterano de los suyos; nuestras ruinas con sus palacios! ¡Ahora sí, Fernando mío, que vamos, sin ironía, á descansar sobre nuestros laureles! Laureles de buena ley, que se ganaron contra el extranjero, contra el agresor, contra el que holló el derecho de gentes; laureles de los que no aja el tiempo ni carcome la envidia. Pero—añadió mudando de repente de tono—¿sabes, Fernando, que acostumbrado ya á otra vida, temo mucho aburrirme con la que se lleva en casa? Me dirás que se va á hermosas funciones de iglesia, no me divierten. Que tendremos á comer al P. Salvator de Capuchinos, santo varón que honro, pero..... que no me divierte. Por la noche la tertulia en casa de tía, en la que se juega al tresillo y se bosteza..... no me divierte. No me queda sino echar mano á las travesuras con que me divertía antes. ¿Te acuerdas, Fernando, aquella noche que vino tía á casa en su viejo coche, tirado por las viejas mulas, con su viejo cochero Juan y su viejo acompañante mi querido D. Benigno, que les

corté las riendas y tirantes á las mulas mientras Juan dormía, confiando, y con razón, en su ganado, como en una áncora, y cuando al retirarse estuvieron tía y su caballero *servente* instalados en el coche, Juan arreó las mulas, que echaron á andar tan cariparejas, guardándose de volver la cara atrás, donde se quedó el coche parado como se estaba? ¿Recuerdas la figura de Juan, con las riendas en una mano, el látigo levantado en la otra, los ojos espantados y la boca abierta, al ver, sin comprenderla, la inaudita emancipación de sus mulas, que tenía por dóciles y sensatas? ¿Tienes presente cómo sacaba por la portezuela D. Benigno su cara asombrada, al ver divorciarse, sin auto del Provisor, al coche y las mulas, que desde tantos años há vivían en tan estrecha y pacífica unión? ¿Y cómo en este silencio de espanto se oía la voz de tía, que gritaba: «¡Cosas de Carlos! de ese gran pícaro, de ese niño insolente, que se divierte á mis expensas. ¡Aguarda, aguarda, bribonzuelo, que mañana te meteré en los Toribios!» ¿Y aquella otra noche en que até con una cuerda la mesa de una castañera á la rueda de un coche? Al echar á andar el coche, la mesa le siguió dando vueltas y saltos como un volatín, y la castañera, lanzando furiosos gritos, corría tras de la desertora.

—Pero, Carlos—dijo el formal guardia wa-

lona,—lo que hacías entonces era mal hecho; ahora sería imperdonable. Tía se sentiría, y con razón.

—¿Sentirse? ¿Incomodarse?—repuso Carlos.—¡No la conoces, Fernando! ¡Pues si después de una travesura estaba aún más cariñosa conmigo! El día en que le cogí la llave de la despensa á María y robé los dulces y el chocolate, mi madre, que lo supo, me condenó, con su acostumbrada blandura, á tres días de pan y agua. Fuíme en casa de mi tía, y le dije, gimiendo y llorando, que el hijo de su hermano se moría de hambre. Me llevó en seguida al comedor y me atracó de golosinas, en tales términos que tuve una indigestión. Y el bueno de D. Benigno..... ¡con qué admirable paciencia sufría mis bromas, sin que pudiese yo jamás tener el gusto de verle incomodado ó impaciente!

—¡Raro gusto, por cierto!—observó Fernando.

Carlos se reía de todo corazón al recordar estos y otros lances de su niñez.

—Pero, hermano—prosiguió Fernando,—reflexiona que ya no eres un niño; que debes respetar tanto como amar á nuestra tía, que es nuestra segunda madre y nos quiere con el cariño de tal. Ten presente que tienes poco patrimonio y que pende de ella tu suerte.

—Hijo mío—repuso Carlos,—quiero y res-

peto á mi tía, porque es, como dices, nuestra segunda madre; porque es la mejor de las tías y la mejor de las mujeres; porque sin un pelo de tonta, tiene el candor y la sencillez de una niña; porque tiene el corazón de un ángel. Tocante á tu segunda reflexión, no tiene ningún peso para mí. ¡Yo! ¡Yo hacer nada por cálculo..... á mi edad, con mi genio! ¡Quita allá, Fernando!.....

—Pero al fin tu porvenir.....—observó su hermano.

—Verdad es que no es el de un Fúcar—respondió Carlos.—He heredado una casa que vale ochenta mil reales y tiene noventa mil de censo; un olivar, que han quemado los franceses, y una viña que da vinagre..... ¡Y qué! *¡El oro es una quimera!*, como cantaban los franceses al saquearnos. Y además..... ¿no tengo mi sable, y no te tengo á ti?

Fernando se sonrió con una profunda satisfacción al oir estas palabras.

—Hablas—le dijo—como mi hermano querido y como mi mejor amigo.

En este instante se presentó un criado á avisarles que los caballos estaban listos.

Cuando llegaron á casa de la Marquesa de Valdejara, su madre, era tarde, y esta señora acababa de salir para ir á la tertulia de su cuñada, á la que llegaba media hora antes que los demás concurrentes.

Fuéronse, pues, los hermanos en seguida á casa de su tía.

¡Cuál no sería el gozo de todos al ver á los dos hermanos, que vieron partir casi niños y volvían á ver sanos y salvos, cubiertos sus pechos de bien merecidas cruces de honor, después de tan larga y sangrienta guerra! La Marquesa, pálida é inmutada, enmudecía al peso de su profunda emoción.

La Asistenta lloraba á lágrima viva; Esperanza abrazaba tan pronto al uno, tan pronto al otro de sus hermanos; D. Benigno cruzaba sus manos y levantaba los ojos al cielo y su corazón á Dios. Todos los criados, que eran antiguos, habían acudido y rodeaban á los recién venidos con esa familiaridad á la que les lleva su orgullo, pero que su innata delicadeza y buen tacto impiden ser grosera y salirse de sus límites.

Carlos, exaltado por su alegría, abrazaba á todo el mundo, y sobre todo á D. Benigno, á quien levantaba en peso, diciéndole al verlo tan apacible:

—Yo he ascendido de cadete á capitán; pero ya veo que usted ha ascendido de Benigno á Benignísimo. Voy á condecorar á usted con la cruz de Mayo.

—Juan—le decía al cochero,—no tengo mi navajilla para cortar las riendas de tus mulas. ¿Cómo están las matusalenas? ¿Andan con mu-

leta?..... Pero tengo mi sable, que hará sus veces; te lo advierto.

—¡Oh! —le decía el cochero.—¡Ese ha servido para mejores hazañas!

—María —proseguía Carlos dirigiéndose al ama de llaves,—no se me ha pasado la afición á las golosinas; guarda bien tus llaves y pon un vigilante en la puerta de la despensa.

—¡Ay, señorito!—respondió la buena mujer limpiándose los ojos.—Las llaves, los dulces, el chocolate y la que los guarda, todo está á vuestra disposición. ¡Jesús, qué arrogantes mozos están!..... ¡Parecen dos generales!

—Tía —dijo Fernando,—voy á completar su satisfacción con la noticia de que en breve llegará Clara, á quien los facultativos han ordenado pasar el invierno en Andalucía, por estar algo delicada de salud.

—Es cierto que sólo eso me faltaba para hacer completa mi satisfacción—exclamó llena de júbilo la Asistenta.

Entretanto, volvió Carlos la cabeza por todos lados.

—Tía—dijo al fin,—nada hay aquí mudado. Parece esta casa, señora, un reloj que no anda: nada veo de nuevo, sino el retrato del Rey narigudo.

—¡Narigudo!.....—exclamó la Asistenta.—¿Cómo te atreves á dar ese dictado á tu rey? ¡Jesús!..... ¡Qué desacato!.....

—¡Y qué!.....—dijo Carlos.—¿No puede acaso un rey tener la nariz larga, como cada hijo de vecino? Notarlo ¿es un desacato, tía?

—¡No la tiene tal!—exclamó con ardor la Asistenta;—pero, aunque tuviese una trompa como un elefante, es irreverente que esto lo noten sus vasallos, é indecoroso que se diga. Hijo mío, la corona es un sagrado que consagra al que la lleva de derecho.

—¿Quién le toca á la corona, señora?—respondió Carlos.—¿Y qué tiene que ver la corona con las narices?

—Te digo, Carlos, que ésa es una palabra hostil, irreverente, un apodo, que sólo pudo inventar un revolucionario y repetir un liberal.

—Vaya, tía, que dice usted *liberal* como si dijese *francés* ó insurgente. Un liberal no es un *bú*; es un buen español, como, verbigracia, un servidor de usted.

—¡Ave María!..... ¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo?—exclamó la Asistenta.—¿Un Orrea liberal y mancomunado con los descamisados? ¿Se te ha ido la chabeta, criatura?

—¿Con quién has tratado?—dijo con voz severa la Marquesa.—¿Has estado acaso en Cádiz, cuna de esos enemigos harto más temibles que los franceses, que emponzoñaban la España mientras sus leales hijos derramaban su noble sangre por defenderla?

—¡Está loco!—exclamó la Asistenta.

—¡Está pervertido, que es peor!—dijo la Marquesa.

—¡Válgame Dios!—repuso Carlos,—y qué explosión, qué erupción, qué máquina infernal! ¿Qué piensan ustedes, amadas servilonas, que es un liberal? ¿Creen ustedes que se come los niños crudos, que es un Herodes..... un Robespierre?

—Si no son Robespierres, poco les falta, y navegan en sus aguas—dijo la Marquesa.

—Un liberal—añadió la Asistenta—es el que quiere destruir el trono con los derechos de la Corona; el que quiere destruir la Religión con los conventos; la nobleza con los mayorazgos; la España con la imitación de todo lo inglés y francés; las leyes de la naturaleza, queriendo que seamos todos iguales. ¡Caramba con ellos!.....

—No, tía, no; está usted preocupada, equivocada, mal prevenida. Un liberal es el que quiere los adelantos del siglo, y no dormirse sobre las glorias pasadas; está usted mal informada si cree otra cosa. Los verdaderos liberales jamás reconocemos otro gobierno que aquel á cuyo frente está el Rey, y que sólo profesa y consiente la Religión católica.

—Eso es—dijo la Marquesa con vehemencia—el oro con que se dora la píldora, que una vez tragada, hará los estragos de su contenido veneno. Ya lo hubiese probado el tiempo, si

los hombres que se vieron en la revolución de Francia, que empezó con esas mismas palabritas bien sonantes, no hubiesen abierto los ojos al Rey y á sus consejeros. Extraño—añadió dirigiéndose á su hijo Fernando—que tú veas con tranquilidad esa defección de un caballero á su sangre, de un católico á sus principios, de un hijo á la autoridad de su familia.

—Madre—contestó Fernando,—no creo que dos hermanos tan queridos se deban desunir por opiniones. Pero tú, Carlos, deberías haber reflexionado que nadie, pero menos un hijo, debe chocar con las opiniones de sus mayores.

—Es cierto—repuso Carlos—que debería haberlo tenido presente, así como que la intolerancia es el distintivo del modo de pensar contrario al mío.

—No es su distintivo—dijo la Marquesa,—es su derecho: el error tolera; la verdad condena.

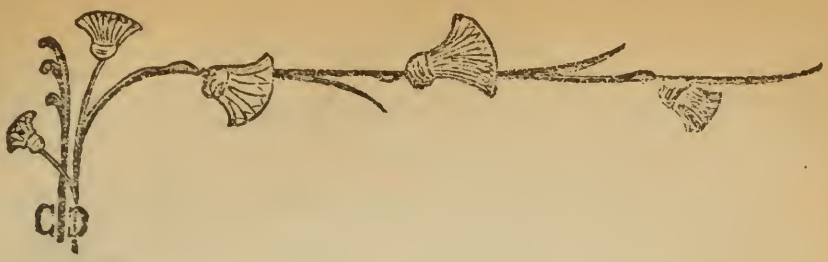
—¿Y quién es juez competente?—dijo Carlos.

—¡Dios en el cielo, la experiencia en la ~~tie~~tierra!—respondió la Marquesa.

—Hermana—intervino la Asistenta,—lo que ha dicho Carlos muda de especie. Los que reconocen y respetan los derechos del Altar y del Trono, y quieren al Rey y á la Religión católica, sean cuales fueren en lo demás sus opiniones, en lo esencial están de acuerdo con nosotros. Así, hijo mío, buen mozo mío, con

tal que en tu vida vuelvas á decir el rey narigudo, somos amigos y estamos de acuerdo. Entre un liberal como tú y una servil como yo, no hay un pelo.

—Ninguno, tía mía—respondió Carlos;—no hay más diferencia sino que usted me dirá *só*..... y yo responderé *arre*.



CAPÍTULO III

La casa solariega de los Condes de Palma estaba preparada, y sus tías reunidas en ella para recibir á la Condesa.

—¡Cuánto equipaje ha enviado Clara por delante!—dijo la Asistenta.—Veo tantas cajas y baúles, que estoy para mí que ha dejado vacías las tiendas de Londres y París.

—Las mujeres de por allá—respondió la Marquesa—parece que no piensan más que en divertirse, componerse y estar en competencia. ¡Dígote que estarán divertidas! Bien puedes creer que los médicos la envían aquí, en parte por sacarla de esa vida agitada, en la que la noche se hace día, el placer pasión, las cabezas frívolas, los corazones secos, las saludes se aniquilan y los caudales se disipan.

—Cuidado me da Clara—dijo la Asistenta;—ella que siempre fué delicadita como un jazmín. Tampoco me gusta el método curativo de ese famoso médico que trae consigo, que la

tiene á dieta y caldos de pollo. Se me figura eso como natillas de suero.

—Dice Fernando que el tal médico, que goza de gran renombre, tanto en su facultad como en punto á ilustrado, es un pedante insufrible, un filósofo, un espíritu fuerte, según se apellidan los de su clase. Viene aquí igualmente por su salud.

— ¡Sea por el amor de Dios! — exclamó la Asistenta.—¡Y qué apunte se nos entra por las puertas! Pero aseguro que bien puedo oirle hablar contra el Rey ó la Religión..... ¡que le he de caer encima, como Santiago sobre los moros! ¡Ni una le he de dejar pasar! Tan cierto como dos y tres son cinco. ¿Y tú, Inés?

—Pienso—respondió la Marquesa—evitar cuestiones no recibiéndolo.

En este instante paró á la puerta una carretela de viaje, y un momento después entró la Condesa, acompañada de Fernando y Carlos, que habían ido á recibirla.

Era una joven de veinticinco años, graciosa y bien parecida, aunque algo pálida y desmejorada; venía sencilla y elegantemente vestida á la extranjera. Llevaba una dulleta de seda guarnecida de ricas pieles; una gorguera de tul formaba bufanda alrededor de su cuello; unos vuelos de batista, primorosamente bordados, caían sobre su pequeña y blanca mano; cubría su cabeza una sencilla capota de seda verde.

Abrazó á sus tías y prima con vivas demostraciones de cariño y alegría.

—No hallo mudanza alguna en ustedes, mis queridas tías — decía; — y eso que hace ocho años—¡media vida!—que no las veo. Sólo á Esperanza, que dejé una niña de diez años, la hallo una mujer hermosa; sí, por cierto, que estás hermosa, prima mía,—añadió abrazando á Esperanza, que se sonrojaba;—sólo, hija mía, que estás horriblemente *fagotée.*

—¿Que está que?.....—preguntó la Asistenta.

—Mal vestida—respondió la Condesa.

—¿Mal vestida?—repuso muy admirada la Asistenta.—¿Qué dices..... criatura? Una saya de alepín con un fleco de botonero de media vara, con golpes y hombreras; una toquilla de tul de seda, bordada con oro; una mantilla de punto redondo; media de seda calada; zapatos de raso blanco; peineta dorada..... ¡Vaya, Clara, no sé en qué piensas!

—Es preciso—contestó Clara—dar más vuelo á la enagua, batir esos rizos..... ¡Y usted, tía mía, siempre luciendo ese pelo blanco! Eso es un cinismo; es un *qué se me da á mí* de mal tono. Le traigo á usted de París una peluca y unas cofias del mejor gusto.

—¡Jesús! ¡Virgen del Carmen!—exclamó la Asistenta.—¡Yo peluca! ¡Yo cofia! ¿Quieres que salga por ahí hecha una irrisión, y espan-

tando á las gentes? ¿Intentas que me lleven á San Marcos? ¡Peluca yo!..... ¡Dios me favorezca!

—Le quitarán á usted diez años, tía.

—Pero yo no me los quiero dejar quitar, sobrina. Si fuera en realidad..... no digo que no; pero en apariencia..... ¿á qué? ¿Te figuras que yo quiero hacer alguna conquista? ¡Una vieja con moñitos como un conejito de rifa! ¡Quita allá, Clara!

—Una señora de talento—repuso la Condesa—decía que no se componía para parecer bien, sino para no parecer mal.

—Pues yo, que no lo tengo, te digo, Clara, que no quiero al fin de mis años ponerme monerías ni ringorrangos que no gasté cuando moza; que estoy muy bien avenida con mis canas, y que aunque me dieras un niño de oro, no me ponía yo ese pelo de muerto sobre mi cabeza.

—Dime, Clara ¿qué tal te ha ido por esas cortes, y qué tal está tu marido?—preguntó la Marquesa.

—Há días que no tengo cartas del Conde—respondió Clara.

—No te pregunta por el Conde, sino por Juan María, tu marido—observó la Asistenta.

—En esa inteligencia he contestado—repuso Clara.

—¡Y qué! —exclamó su tía.—¿Tú llamas á tu marido el Conde?

—¿Acaso no lo es?—contestó la Condesa.

—¡Anda!.....—dijo la Asistenta.—Oye: ¿y le das tratamiento?

Clara soltó una carcajada y abrazó á su tía, diciéndole:

—Tía, es lo recibido entre gentes de buen tono, y hasta en las que quieren aparentar tenerlo, nombrar á su marido por ese título, si le tiene, y si no, señor.....

—¡Vamos allá! ¡Vivir para ver! Y ese *buen tono*, ¿se extiende á padres, hermanos, tíos y primos? ¿Tendremos para tener *buen tono* que llamarte Condesa, hija mía?

—¡Oh, no!—dijo Clara.—Eso no, tiíta mía.

Y le besó la mano.

—Ea, bien—prosiguió la Asistenta.—¿Conque ese *buen tono* sólo se entiende con el marido, como el menos allegado y de más cumplido? Ese *buen tono*, hija mía, lo han inventado los buenos matrimonios que inventaron el otro *buen tono* de apartar cama. ¡Por vida de los *buenos tonos!*

—¡Qué feo y qué anticuado está todo esto!—djo la Condesa mirando por todos lados.—Esta es la mansión de la misantropía. ¡Jesús! ¡Qué sillones! Requieren una máquina de vapor para moverse. Esas ridículas cornucopias habrán servido en las bodas de Mari-Castañas. ¡Qué

damasco tan lúgubre! ¡Qué cuadrazos tan tétricos y tan sombríos! Este salón es capaz de dar el esplín al mismo Brunet.

—¡Horribles!—exclamó asombrada la Asistenta.—¿Dónde has visto muebles más ricos en el Extranjero que éstos, de exquisita talla y brillante dorado; género más suntuoso que el damasco; paredes más magníficamente cubiertas que lo están éstas, con cuadros de Velázquez y Murillo, de tal valor, que están vinculados para asegurar su conservación?

—Todo está muy bueno, y es muy á propósito para una iglesia, — repuso la Condesa; — pero ni es propio, ni está de moda en salones de sociedad. Ya verá usted, tía, cómo todo lo voy á trasformar. ¡Cuánto mejor le parecerá á usted la casa después!

—Tú eres dueña de tu casa, y puedes hacer lo que te acomode. En cuanto á mí, te advierto que la más pequeña mudanza me ha, no sólo de disgustar, sino de afligir, Clara; á las familias, á las casas, á los muebles, les da la antigüedad un sello de nobleza que lo moderno envidia, y que no compensan ni la riqueza sin raíces, ni la moda variable y sin bases. Al cabo de algunos años, lo que aquí pongas ahora será vulgar, sin tener el sello de su época; será viejo sin ser antiguo; y puede que esa veleta que llamas moda y buen gusto, adore lo que ahora ridiculiza.

—¡Ah!—dijo de repente Clara, para cortar la conversación, y no contradecir más á su tía, á quien amaba tiernamente.—¿Y su niña de usted, Elia, se conserva tan preciosa? ¿Dónde está que no la he visto?

—Elia—contestó con visible satisfacción la Asistenta—está más bonita que nunca; seis años há en un convento, porque se me decía que la mimaba mucho y que no aprendería nada á mi lado.

—Pero..... ¿está en el convento para siempre?—preguntó con viveza Clara.

—¡No, no! Eso no—contestó su tía.—Porque aunque ella está muy contenta, es regular y conveniente que salga de allí y que esté á mi lado. Si prefiere el convento, siempre será tiempo para que vuelva á entrar.

—¡Por supuesto!—exclamó Clara.—Y por cierto que hace un año que debería usted haberla sacado, y se hubiese ahorrado un año de fastidio.

—No se fastidia—dijo la Marquesa;—está buena y contenta, y tan distante de desear el salir, que le costará muchas lágrimas tener que verificarlo.

—Es preciso que conozca el mundo, la vida, y que disfrute de su juventud—opinó la Condesa.—Emparedar la juventud y la hermosura..... eso es monstruoso, tía.

—¡Cuánto deseo verla!—exclamó Carlos.—

¡Lo que hemos jugado juntos cuando niños! Siempre Esperanza la defendía contra mí, que me divertía en asustarla. ¿Te acuerdas, hermana?

—Sí, sí—dijo la Asistenta;—¡tú siempre fuiste una linda alhaja!

—La sacará usted, ¿no es verdad, tía?—replicó Carlos.—Le prometo á usted no asustarla, ni volver á hacerla llorar.

—Sí, la sacaremos—respondió la Asistenta;—así reuniré alrededor mío—prosiguió con efusión—cuanto amo en este mundo. La sacaremos, ¿no es verdad, Inés?

Dijo esto último dirigiéndose á su cuñada, porque se había acostumbrado á confiar en el firme y lúcido juicio y la acertada prudencia de la Marquesa, y no quedaba plenamente satisfecha en sus resoluciones, si no eran sancionadas por la aprobación de esta señora.

La Marquesa, á quien visiblemente había desagradado el giro de la conversación, se contentó con responder:

—Ya sabes, hermana, que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

Cuando la Asistenta, con su acostumbrada y franca viveza iba á contestar, se apareció en la puerta un caballero de edad, alto, flaco, primorosamente vestido y llevando gafas de oro sobre sus puntiagudas narices. Andaba con dificultad, cual si adoleciese de gota.

—Este es—dijo la Condesa así que lo vió—nuestro íntimo amigo D. Narciso Delgado, á cuya ciencia y cuidados deben ustedes el verme viva. Es persona que sabrá pronto recomendarse á sí misma mejor de lo que yo puedo hacerlo. Suplico á ustedes le miren, como yo lo hago, como á un individuo de la familia.

Don Narciso Delgado saludó con más afectada política que afable cortesanía, disculpándose de presentarse en traje de camino.

—¡Qué estafermo!—dijo la Asistenta á media voz á su cuñada.—Quiéreme parecer que se nutre de sus recetas de caldo de pollo.

Aprovechó D. Benigno este instante para acercarse á Clara, y darle con mucha deferencia la bienvenida.

—¡Oh, amigo D. Benigno!—contestó ésta con afabilidad.—¡Distraída de mí, que no me había acordado de usted! ¡Cuánto celebro verle bueno, sin que haya pasado un día por usted!

—¿Quién es ese dómine?—preguntó á media voz D. Narciso á la Condesa, echando una desdeñosa mirada sobre la poco elegante y vulgar figura del secretario.

—Es hijo de.....—empezó á contestar Clara.

Pero la Asistenta la interrumpió, diciendo estas palabras, que recalcó con afectación:

—Es D. Benigno Cordero, *mi amigo*. Deseo

y espero que le mire usted como un individuo de *mi* familia, como lo hago *yo*.

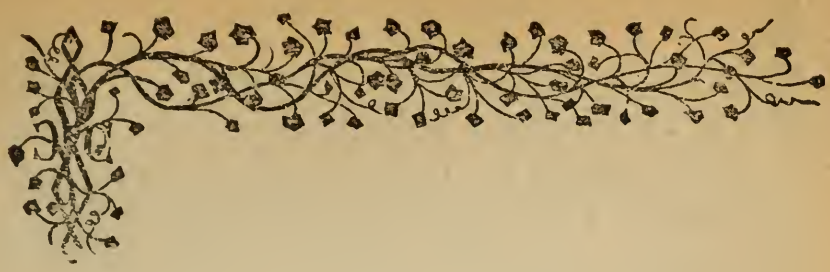
Don Benigno se ruborizó como un niño..... Era D. Benigno lo que el mundo llama un infeliz, y lo que un observador profundo llama un hombre honrado, un corazón sano. No tenía un grande entendimiento. ¿Y á qué había de tenerlo? El entendimiento es un lujo, á veces inútil, á veces nocivo; es una antorcha ó una tea, según las manos que lo manejan; y como dice De Lavergne, es el peor enemigo del corazón..... Pero si no tenía entendimiento, tenía D. Benigno en cambio uno de esos buenos sentidos que si, como aquél, no son soles, son estrellas fijas.

Rara vez en el pequeño círculo de cosas que manejaba pedía consejos, no por despreciar el voto ajeno, sino porque jamás vacilaba en una alternativa. Si bien no era capaz de una heroicidad, no había bien á que pudiese contribuir que no lo hiciese; y si tal vez le faltaba energía y fuerza, no tenía una sola inclinación mala. Miraba las pasiones de los hombres como enfermedades, lastimándose de ellas, pero sin escandalizarse: todo lo atenuaba su benevolencia, á pesar de darle su comportamiento justificado derecho á la severidad.

Tenía D. Benigno otra bella cualidad, que se va perdiendo por días, de tal suerte, que la buscarán nuestros nietos como nuestros abue-

los buscaron la piedra filosofal: la de tener un gran aprecio hacia los hombres y por las cosas; y sucedía que, sin cálculo por su parte, recibía el reflejo de la luz en que á otros ponía.

Tenía á su señora, á quien tanto debía, el cariño de un perro; y entiéndase que si sacamos como punto de comparación ese cariño, es porque lo consideramos como el más perfecto.



CAPITULO IV

Al día siguiente la Asistenta se levantó á las siete, como tenía de costumbre, y se fué á la iglesia. Oyó dos misas sentada en una sillita baja que le trajo un monaguillo, preguntó al sacristán por el cura, que estaba indispuesto, examinó detenidamente un altar que cuidaba, rezó sus oraciones, reconvino á un niño que estaba con irreverencia, echó su contingente en el cepillo de las ánimas, dió al salir algunas limosnas á pobres que aguardaban su salida, y entró en su casa con el corazón ligero, como el que empieza santificando el día con la oración y buenas obras, y con el estómago lo mismo, como el que se levanta temprano y hace ejercicio. Pasó al comedor, donde le fué servido el almuerzo, que consistía en huevos con jamón, chocolate y tortas. Fuése luego á una salita que precedía á su alcoba, en donde halló sobre una mesa varias papeletas y cartas, que D. Benigno se puso á leerle. Eran las primeras, convocato-

rias, partes de casamiento, de mudanza de casa, de nacimientos y de muertes. Entre éstas se halló una de un hombre bueno y honrado, que dejaba á su pobre viuda en una situación lastimosa.

—Voy al duelo—dijo la buena señora;—quiero ir temprano, antes del entierro.

Iba á levantarse, pero D. Benigno la detuvo, diciéndole había una carta de su apoderado de Madrid, sobre un pleito que allí tenía.

—No tengo tiempo de oirlo—dijo la Asistenta;—voy en casa de la pobre viuda.

Y diciendo esto, se puso en pie.

—Señora—exclamó D. Benigno, alarmado al repasar la carta,—hemos perdido el pleito; escuche vuecencia.

—No—respondió la señora con la misma serenidad;—he dicho que no tenía tiempo.

—Pero, señora—prosiguió apurado D. Benigno,—es que dice el apoderado que debemos apelar al Consejo.

—¡Dios me libre!—respondió la Asistenta.

—¿Y por qué, señora?

—En primer lugar, porque detesto los pleitos, y celebro se acabe éste, aunque se pierda; en segundo lugar, he oído decir que la parte contraria es necesitada, y acá somos ricos; tercero, porque cuando han condenado los primeros jueces, razón tendrán. Con que así, dejemos las cosas como Dios las ha dispuesto.

Dió la Asistenta algunos pasos para irse, pero D. Benigno, lleno de angustia, exclamó:

—¡Condenados también á pagar las costas! ¿Cómo hemos de hacer eso?

—Metiendo la mano en la faltriquera y sacando el dinero, dijo la señora.—¿No hay en los almacenes aceite y en los graneros trigo largo? Pues venda usted.

—¡Vender por necesidad de dinero!—exclamó escandalizado D. Benigno, que era tan bueno como celoso administrador.—No señora, no; los precios están en baja; hay dinero de sobra. No lo digo por eso; y es que aún hay más: las cuentas son exorbitantes; mire vuecencia.

—No haré tal, y menos sin espejuelos; he dicho á usted que no tenía tiempo, y que me iba en casa de la pobre viuda.

—Aquí hay una carta que tiene trazas de pedir limosna—dijo D. Benigno.

La Asistenta se volvió atrás y se sentó.

Don Benigno, engolfado en examinar las cuentas, no lo advirtió.

—¿Y esa carta?—preguntó la Asistenta.

—Perdone la señora—dijo confuso D. Benigno;—como había dicho vuecencia que no tenía tiempo.....

—¿Y cuándo no lo he tenido para oir las plegarias de los pobres?—dijo la digna señora.

Don Benigno abrió la carta y leyó:

«Señora: Una infeliz, postrada sobre una estera, se dirige á vuecencia, cuya caridad es tan notoria, para que la remedie. Estoy tan desvalida y desnuda como el día en que nací. Déme vuecencia medio de taparme mis carnes, para que en la próxima hora de mi muerte no le vuelva la espalda el ángel de mi guarda á mi desnudez. Con esta obra de caridad hará vuecencia en las próximas Pascuas de Navidad una envoltura al Niño Dios, que le dará el premio en esta vida y en la eterna» (1).

La Asistenta llamó á María.

—Irás á ver á esa pobre, María—le dijo,—y llevarás lo que necesite. Don Benigno, avise usted al médico y boticario, que le suministre los medicamentos por mi cuenta. Ahora que me acuerdo..... ¿fué crecida la del mes pasado?

—No, señora; seiscientos reales (2).

—¡Vamos allá! Es buena la salud pública. Y con esto no me detengo más. María, mi mantilla.

Antes de proseguir, digamos dos palabras sobre esta buena sirvienta.

---

(1) Esta carta, en efecto, la escribió ó dictó una pobre. Estas cosas no se inventan; ya lo hemos dicho otras veces.

(2) En esto hay tan poca exageración, que podríamos nombrar varias señoras cuya cuenta mensual en las boticas para aliviar pobres excede de esta suma.

Era María una mujer de cincuenta y seis años, en extremo aseada, dispuesta, hacendosa y fiel, pero padecida, cascarrabia y regañona. Había sido en su juventud largos años doncella de la Asistenta. Casóse talludita con un maestro de escuela, y tuvo dos hijos. Pero en el año de la epidemia grande perdió á su marido, sus hijos y hasta un débil retoño que estaba criando. Por ese tiempo, habiendo necesitado la Asistenta un ama de leche para la niña Elia, volvió María á entrar en la casa con ese objeto, en la que permaneció después en calidad de ama de llaves. Era, como dice una expresión vulgar, los pies y las manos de la señora, que la quería mucho, le daba grandes alas, y descargaba en ella y en su mayordomo Pedro todos los cuidados del arreglo interior de su casa. Para María no había secretos ni llaves echadas. En todo metía su cucharada, y, en honor de la verdad, con tino y acierto. Habíale comunicado su señora la noche anterior la intención que tenía de sacar á la niña que había criado del convento, con lo que María, que era muy vehemente, se había vuelto loca de alegría.

Iba á salir la Asistenta, cuando entró la Marquesa.

—¿Qué buen pensamiento te trae por aquí á estas horas?—exclamó la Asistenta al ver á su cuñada.

—Deseo hablarte á solas—contestó la Marquesa.

Don Benigno, después de dar respetuosamente los buenos días á la Marquesa, que le apreciaba mucho, se retiró.

María le siguió después de mala gana.

—Una visita á estas horas.....—iba diciendo entre dientes—no me huele bien. ¡Mis narices pongo á que es para dar consejos á quien no los ha menester! ¡Tan fijo tuviese yo un mayorazgo, como lo es que intenta echarle otra llave más á las puertas del convento en que está Elia, esa hija de mi corazón! ¡Nunca la ha querido bien! Siempre se le figuraba que se la mimaba.

Habiéndose sentado las cuñadas en el canapé, dijo la Marquesa:

—Querida Isabel, ayer quisiste que te diese mi parecer acerca de tu propósito de sacar á Elia del convento.

—Sí—contestó la Asistenta, que al punto recordó con disgusto la escena del día anterior;—recuerdo muy bien tu respuesta desabrida, hermana.

—No era sazón de hablar con libertad y con despacio de una cosa grave; y creo que el paso que vas á dar necesita meditarse. Ante todas cosas, Isabel, ¿cómo vas á colocarla?

—A mi lado—contestó la Asistenta.

—Pero ¿sobre qué pie? ¿Con qué título?

—Con el de mi hija.

—¿Y sabes acaso si las gentes le concederán ni el puesto ni el nombre que no son suyos?

—¿Quién podrá disputarle lo que yo le otorgue?

—Aquellos que saben que no está en tu poder, ni aun en el de Dios, el hacer que lo que ha sido no haya sido; aquellos que saben que la legitimidad, esa santa y noble procedencia que creó la nobleza, no admite injertos sobre su poderoso tronco, que sólo nutre sus ramas, cuanto menos una parásita.

—¡Válgame Dios, Inés!—contestó la Asistenta.—¿Acaso para tratar, apreciar y querer á esa niña angelical tendrán antes que mirar su fe de bautismo y sus pergaminos? ¿Le preguntas, por ventura, á la rosa, cuya vista y perfume te encantan, si se crió en una maceta de china de la Granja, ó en un tiesto de barro de Triana?

—No sé considerar las personas en el mundo como flores en un florero—repuso la Marquesa.—Es preciso considerar las cosas más seriamente: no se puede dejar el porvenir como una veleta al soplo del acaso. El verdadero cariño no es ciego; es previsor. ¿Qué felicidad sólida tienes que ofrecer á esa niña en el siglo, en compensación de la que goza en el convento, en el que desea quedarse?

—Ninguna.

—¿Pues qué te mueve á sacarla?

—El amor que le tengo.

—Es un amor mal entendido, Isabel.

—El amor sólo lo entiende el que lo siente, Inés.

—Pero..... ¿qué ventajas resultarán ni para ti ni para ella de esta salida?

—Para ella, el que antes de elegir estado conozca el que renuncia, y elija libremente el que prefiera. ¿Habíale yo de ocultar un bien con el fin de que no le apeteciese? No. Para mí, el tenerla yo á mi lado para que alegre mis últimos años, como alegra el ruiseñor el día que se apaga. Muerta yo, tiempo es, si quiere, de volver á su convento.

—¡Hermana, puede que entonces sea demasiado tarde! Ante todo, Isabel, para decidir una cosa es preciso prever todos los resultados que pueda tener; considerarla bajo todos sus aspectos.

—Inés, si el temor de los infinitos resultados que pueden tener las cosas trabase nuestros procederes bien intencionados, pocas se llevarían á cabo.

—Al menos, Isabel, no partas de ligero; tómate tiempo, piénsalo bien; tiempo será después.

—Hermana—dijo con viveza la Asistenta,—el que echa por la calle de *Después*, llega á la plaza de *Nunca*.

—La prudencia precavida ha impedido muchas desgracias, Isabel.

—La prudencia precavida ha sofocado muchas buenas intenciones, Inés.

—Pues si nada te hace fuerza—dijo la Marquesa levantándose; —si te empeñas en obrar sin pararte ni meditar lo que vas á hacer; si mis consejos son nulos, y hasta parecen incomodarte, no me queda más que hacer sino pedirte que te acuerdes que te los he dado, y desear que no te arrepientas de no haberlos seguido.

Apenas había salido la Marquesa, cuando entró María con una cara que parecía un punto de interrogación.

La Asistenta, como toda persona viva de genio, mimada y feliz toda su vida, era voluntariosa y tenía su *voto* en gran estima; tanto más, cuanto que solía ser siempre un brote de su corazón.

—María—dijo á su ama de llaves,—ponte pronto la mantilla, y después de ir á ver á la pobre enferma, vete al convento, y dile á la Abadesa de mi parte, después de darle muchas expresiones, que tenga á bien consentir en que de aquí á tres días mande por la niña; que ya es tiempo me la traiga á mi lado, y que todos mis sobrinos están deseando volverla á ver. Y ahora voy en casa de la viuda, y no me detengo más, aunque viniese el obispo.

Diciendo esto, salió, dejando á María llena de júbilo.

Esta, que con su agudeza andaluza había adivinado el motivo de la venida de la Marquesa, conociendo el carácter de su ama, vió sus sospechas confirmadas por la orden que acababa de recibir.

—¡Que venga —dijo para sí —con consejos llamados de prudencia, miramientos mundanos y categorías orgullosas! ¡Todo se estrella contra la firme bondad del corazón de mi señora!

CAPÍTULO V

ALGUNOS días después estaban la Asistenta y D. Benigno sentados en el cuarto de la primera. Leía D. Benigno el *Año Cristiano*.

—Deje usted el *Año Cristiano*—dijo la señora, en la que se notaba suma impaciencia;—el capítulo de hoy no tiene fin. Lea usted algo del *Quijote*.

Don Benigno obedeció, echando una triste mirada sobre el libro del P. Croiset, con el cual su grave y devota índole simpatizaba más que con el *Quijote*, cuya tendencia le era instintivamente antipática, y en el que le chocaba saliese siempre malparado un caballero de tan buenas intenciones. Pero apenas hubo leído cinco minutos, cuando le interrumpió de nuevo la señora.

—No más, no más, D. Benigno—exclamó;—me aburre esa novela de Dorotea. Además, hoy es su leer de usted tan uniforme, que se me figura oir salmodiar á los frailes. ¿Qué hora es?

—La una y cuarto—respondió el lector, sacando del bolsillo un reloj de plata, redondo como una cebolla.

—¡Vaya si se hacen aguardar!—dijo la Asistenta. — ¡Y á mí que no me gusta aguardar! Bien lo sabe esa pesada de María; pero esa..... en empezando á charlar, no sabe cuándo acabar.

—Como las madres monjas quieren tanto á la niña—opinó D. Benigno, — las despedidas serán tiernas y largas.

—¡Y mis sobrinos que me dijeron habían de venir á las dos, y no la hallarán!—prosiguió la Asistenta.—Inés fué la que no ofreció venir á verla; no quiere ni puede disimular el desagrado que le causa la salida de mi niña del convento, y esto me agua el placer tan grande que tengo en traerla á mi lado. No está esto bien en Inés, puesto que yo en mi vida la he acibarado un goce.

—Señora—repuso D. Benigno,—yo no he notado tal cosa; y se me hace imposible que á su señora hermana le pueda parecer mal nada de lo que vuecencia haga.

—¡Ya!—dijo cada vez más impaciente la Asistenta.—¡Si en punto á reparar, se le escapan á usted los borricos volando!.....Y en punto á disculpas, es usted capaz de hallarle alguna á la traición de Judas. ¡Jesús!—exclamó al oir el reloj de la iglesia.—¡Las dos!

—¡Válgame Dios, señora, válgame Dios!—

dijo María, que al entrar la había oído.—¡No parece sino que le han dado á vuecencia en la cabeza! Señora, el convento no está á la vuelta, y hay mucha tierra que meter debajo de los pies antes de llegar y volver.

—¡Hija de mi corazón! —exclamó la Asistenta al ver á Elia, que seguía á María, y olvidando como todos los impacientes su incomodidad al cesar lo que la causaba.

Elia corrió á echarse en los brazos que le abrió su madre.

Era Elia de mediana estatura y perfectamente formada. En su cara fresca y sonrosada brillaban unos ojos negros que á no haber sido tan perfectos y rasgados, y de una expresión tan dulce, hubieran parecido desproporcionados al lado de sus diminutas facciones; pero era su mayor atractivo la mezcla de viveza y de candor, de alegría y de bondad, de gracia y de sencillez que se manifestaban en toda ella, en cuanto hacía y en cuanto decía. Vestía un jubón de estameña negra, de manga larga y ajustada, unas enaguas de lo mismo plegadas alrededor de la cintura; llevaba al cuello un pañuelo blanco de muselina tupida, prendido debajo de la barba con un alfiler; calzaba zapatos de cordobán con hebillas de plata, y su pelo, partido desde la frente hasta la nuca, formaba dos trenzas, que colgaban por sus espaldas hasta casi llegar al suelo.

—¡Hija de mi alma!—repitió la Asistenta al notar que Elia lloraba,— ¿por qué lloras? ¿No vienes acá con gusto? ¿No quieres ya á tu madre?

—¡Qué, señora!—dijo María.—Esto es que las monjas, con sus despedidas y sus lloros, la han enternecido. ¡Pues no había de venir con gusto! ¡Vaya!

—¿Quieres volverte al convento?—preguntó la Asistenta.

—No, señora—contestó Elia;—no quiero separarme de usted nunca, nunca. Pero..... iré á ver á las Madres á menudo, ¿no es verdad?

—Cuando quieras y se te antoje, ángel mío—contestó la Asistenta.—Pero no llores; yo no puedo ver lágrimas, ya lo sabes; si las puedo secar, las seco todas; y si no..... se me pegan; y yo no quiero llorar, porque luego me duele la cabeza. Así, ven acá—añadió, estrechando á la niña sobre su pecho;—aquí te prometo que se te han de secar todas las que viertas.

Abrióse entonces la puerta y entraron la Condesa, Fernando, Carlos y D. Narciso.

Elia se volvió hacia los que entraron, y todos quedaron admirados de su belleza.

Clara abrazó repetidas veces á Elia, y dijo, mirándola de pies á cabeza:

—¡Dios mío! Es preciso ser bonita como una Venus para parecerlo aún con semejante dis-

fraz. ¿Se visten así las pupilas en los conventos? ¡Qué atrocidad! Elia, ¿me reconoces? ¿Te acuerdas de mí?

—Sí—respondió ésta sin cortarse,—Clara; ya sé que es usted Condesa de Palma; me acuerdo de la hermosa muñeca que me regaló antes de irse, y que me dijo usted que amparase á la pobre huérfana. También me dió los ratoncitos blancos; pero todos se han muerto! ¡Qué dolor!

—Elia, ¿y de mí te acuerdas?—dijo Carlos.

—¡Carlos!.....—exclamó Elia.

Y una dulce y alegre sonrisa se mezcló á sus lágrimas, que aún corrían brillantes por sus sonrosadas mejillas.

—¿Te figuras tú que tus galones, tus bigotes y cruces te disfrazan tanto que no te reconozca? Harto mejor te sientan que tu manteo de estudiante, que te divertías en desgarrar.

—¿Y de mí se acuerda usted, Elia?—preguntó Fernando.

El color subió á las mejillas de la niña al oir suprimir el franco *tú* que había gastado Carlos con ella, y contestó con un sentimiento penoso:

—Sí, señor; en el convento nada se olvida, ni nada se altera.

—¡Y qué!..... ¿Acaso piensas—exclamó Carlos—que en el mundo se olvidan las relaciones de cariño? No, no, *Sor Malos-juicios*. ¡Si

supieras cuánto me acordaba de ti cuando caían las balas alrededor mío!..... Y me decía: «Esto no es tan alegre como cuando Elia y yo nos tirábamos bellotas y garbanzos tostados.» Y más adelante en los saraos, cuando veía una brillante concurrencia de señoras, me decía: «Más bonita es Elia que todas éstas.»

—Esto es demasiada galantería para gastarla con una monjita—opinó la Condesa.—Aguarda siquiera para ensartar tus piropos á que la vista razonablemente, y á que cuelgue los hábitos.

—Tía—añadió dirigiéndose á la Asistenta;—me la llevo, y á la hora de la tertulia la volveré á traer vestida como se debe; pues así, hecha una caricatura como está, no se puede presentar delante de nadie.

—Clara, hija mía, mañana cuidaremos de eso—contestó la Asistenta.

—¡Nada, nada, hoy mismo!—repuso Clara.—¡Está *impresentable;* está hecha una ridiculez! ¡Consienta usted, tía! No me quite esta diversión: harto pocas hay en nuestra antediluviana Sevilla.

—Déjenme hoy con mi madre—dijo Elia.—¡Tengo tanto que decirle, y tantos recados de las monjas que darle!..... y que entregarle todos estos regalos que le envían.

Diciendo esto, sacó de un canastillo una porción de regalitos primorosamente trabajados.

Al verlos, prorrumpió el Sr. Delgado en una risita sardónica, que acompañó con el archivulgar y malévolo refrán de: «Bizcochito de monja, costal de trigo.»

— Así dicen—repuso la Asistenta—las *almas piadosas* que se lleva Barrabás, al ver á los ricos dar á las pobres monjas.

—¿Pobres monjas?.....—exclamó el Sr. Delgado.—Entes egoístas, cuando no son débiles víctimas, que por capricho, despecho ó pereza se separan de la sociedad, figurándose, entre sus cuatro paredes, elevadas sobre el género humano; envidiosas, maliciosas, murmuradoras, muy anchas por llevar á Dios un corazón que nadie ha querido.

Elia, asombrada al oir aquellas palabras, huyó instintivamente de aquel hombre acerbo, y se arrimó á su madre.

—¡Señor, señor!—exclamó ésta.—¿Dónde va usted á parar con su ensarte de vejámenes? Habla usted de los conventos como el ciego de los colores. ¿Sabe usted lo que en ellos he visto yo, que tanto los he frecuentado? Matronas de ochenta años con almas de niñas; la dignidad de la ancianidad apareada á la inocencia de la infancia; he visto serafines de veinte años, sin saber que eran jóvenes y bonitas, ignorando el precio que á esto se pone en el mundo. He visto una serenidad de alma desconocida en el siglo, y que no se altera ni aun á los pies del

confesor; he visto esas existencias pasar en este mundo suaves, puras y en silencio, como los hilos de María que vagan entre el cielo y la tierra. He visto á esas monjas, que usted se atreve á calumniar; las he visto llevar la vida como una pluma, sin contar los años; y aguardar la muerte, como un tránsito.

—Tía mía—dijo Clara para borrar la incomodidad que habían causado á la señora las palabras del protegido filósofo;—déjeme usted llevarme á Elia. Tenemos la misma estatura; mi doncella le arreglará uno de mis trajes y la peinará; y esta noche, cuando vea usted la metamorfosis que se opera, me dará usted las gracias.

Diciendo esto, cogió la mano de Elia, se echó á correr, arrastrándola tras sí, y á poco se oyó alejarse rápidamente su carruaje.

—No hay modo de rehusar nada á esa picarilla zalamera de Clara—dijo la Asistenta; —no extraño que Juan María hubiese olvidado el *no*, como de ello se jacta esa voluntariosilla.

Prendados habían quedado todos de Elia. Carlos, al volver á su casa, no habló de otra cosa; Fernando calló, por no aumentar con sus elogios la repulsa que había notado tenía su madre á la salida de Elia del convento.

A las ocho se reunió la tertulia. Jugaban la Marquesa y la Asistenta. Alrededor del gran

brasero de plata estaban sentadas algunas señoras.

—¿Conque..... —dijo la Baronesa de San Bruno—dicen que está ahí la niña Elia? ¿Qué idea se habrá llevado la Calatrava en sacar á esa expósita del convento?

—Está claro—contestó D.ª Marianita, que era una solterona de edad, parienta pobre de los Orreas, excelente criatura, sin pretensiones, sin acritud, y agradecida á la familia que la mantenía.—Claro es: tenerla á su lado, y dejarle plena libertad para que elija estado. En esto, como en todo, se ha portado como madre.

—¿Conque es portarse como madre—repuso la Baronesa—criar á una expósita como á una señorita, sacarla de su esfera, darle tales humos, distraerla de la vida monástica, para luego casarla con un lacayo..... como es de presumir?

—Yo no creo que se haya de casar con un lacayo—dijo D.ª Marianita;—es buena, linda, bien criada, rica, porque Isabel la dotará.....

—¿Y cree usted—dijo la Baronesa—que porque tenga dinero se ha de querer casar con ella, no digo yo un caballero, pero ni aun una persona decente?

—¿Quién sabe—opinó la generala Ríos—si sus padres son ilustres?..... ¿No ha podido usted nunca averiguar nada sobre esto, Marianita?

—Ni una palabra—contestó la interrogada;—todos han guardado sobre esto un silencio inviolable. Cuando la epidemia grande, se fué Isabel al campo, y á su vuelta la trajo consigo: no sé más. María, que crió á la niña y la adora, es un arca cerrada. Pedro, el mayordomo, un candado; Juan el cochero, un pez; don Benigno, por supuesto, mudo; é Isabel, que es boquifresca, me dijo un día que la preguntaba, que la niña era hija del Gran Turco; y al ver mi asombro, añadió: «Marianita, al que quiere saber, mentiras en él.»

—Por cierto—añadió la Baronesa—que la Calatrava, que se vacia como un canasto, no ha callado sino una cosa en su vida; pero ésta la ha callado bien.

—Puede—dijo la Generala,—que coincidiendo su nacimiento con esa desastrosa epidemia, faltasen los padres de esa niña á un tiempo, y se la encargasen á la Calatrava.

—Bien puede ser—contestó D.ª Marianita, —porque á la niña le ha dicho que es hija de una amiga suya que murió cuando ella nació.

—Pues entonces, ¿á qué ese misterio?—dijo agriamente la Baronesa.

—Ahí está lo incomprensible—respondió D.ª Marianita;—pero sus motivos tendrá Isabel, y serán buenos.

—Desengáñese usted—repuso la Baronesa;—nada bueno se calla con tanto empeño.

Entró en este instante la Condesa, trayendo á Elia de la mano. Venía ésta vestida con un traje de crespón blanco con moños rosa, y una guirnalda de rosas en la cabeza. Era imposible figurarse una aparición más idealmente linda. Sin reparar en nadie, corrió hacia la Asistenta, y con una sonrisa radiante de infantil alegría, le dijo:

—¡Mire usted, madre, qué bonita estoy!

—Como un ángel del cielo—contestó la Asistenta, mirándola con satisfacción.

Todos concurrieron á celebrarla.

—Se ha coronado de rosas—dijo D. Narciso Delgado—para celebrar su salida y emancipación del convento. Eso está en el orden.

Elia se quedó sorprendida y suspensa un momento, y luego asió la guirnalda que tanto placer le había causado, y arrancándosela de la cabeza, dijo:

—¡Si hay quien pueda pensar eso..... no quiero llevarla!

CAPÍTULO VI

Cuando la Condesa de Palma hubo acabado de arreglar su casa y transformarla al gusto moderno, ayudada en esta ocasión por los entendidos consejos del elegante D. Narciso, dispuso dar una comida, tanto para sorprender á su familia y amigos, como para obsequiar á unos extranjeros que le habían sido recomendados por su marido.

La Marquesa no pudo asistir por hallarse indispuesta, y Elia, á quien intimidaba un convite, pudo lograr el pasar ese día en el convento.

A las diez de la noche del mencionado día, estaban sentadas á un magnífico brasero de caoba y azófar la Marquesa y su hija Esperanza, cuando oyeron un coche que llegaba aceleradamente y se paró á la puerta.

—¿Quién podrá ser á estas horas?—dijo Esperanza sorprendida.

—¿Si será tu tía?—repuso su madre.

—¿Cuándo han andado tanto sus viejas mulas?—repuso sonriéndose Esperanza.

Abrióse entonces con estrépito la puerta del gabinete, y entró la Asistenta de prisa, seguida de su sombra D. Benigno, tan descolorido y sombrío que parecía la de Nino.

—¡Hermana! ¡Tía!—exclamaron al verla la Marquesa y su hija.

Pero la Asistenta, sin atenderlas, se tiró en el canapé, se echó atrás la mantilla, y se puso á abanicar con tal violencia, que rompió su abanico. No se le oían sino su respiración agitada y exclamaciones sueltas, tales como ¡Jesús María! ¡Tales cosas!..... ¡El demonio no intenta otra!..... ¡Podrá darse!.....

—¡Qué sofocada estás, Isabel!—dijo la Marquesa.—¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?

—Antes de todo, Inés—contestó la Asistenta,—que me hagan chocolate. Vengo mareada y con el estómago perdido. ¡Semejante comida!..... ¡Y yo, con cerca de ochenta años á cuestas, que me conforme á estos usos, porque son los de Londres y de París!..... ¡Vaya, vaya! ¡Eso faltaba! Esperanza—le dijo á ésta, que salía á disponer que trajesen el chocolate,—no olvides que D. Benigno toma onza y media.

Cuando los criados se hubieron vuelto á llevar las salvillas del chocolate y los azafates de dulces y bizcochos, la Asistenta, reconfortada ya, hizo la siguiente relación á su cuñada:

—No hubiera podido dormir, hermana, si antes no hubiese venido á desahogarme contigo, contándote el zafarrancho que mi dichosa sobrina ha hecho en su casa. ¡Hija, es sólo para visto! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué espíritu de destrucción y de trastorno! ¡No parece sino que el mundo tiene una calentura cerebral con delirio!..... ¡Innovar! ¡Innovar! ¡Este es el asunto! ¡Ay! ¡Cómo aborrezco á todos los innovadores, empezando por esos señores de las Cortes, y acabando por ese estafermo ridículo de don Narciso, que en todo ha de meter sus puntiagudas narices! En fin, vengamos al caso. Fuí en casa de Clara á las dos. ¡Figúrate mi asombro cuando al entrar en el patio veo que han quitado la fuente con su gran mar llena de peces colorados, y la hermosa estatua del caballero armado, las magníficas macetas de boj, que eran la admiración de Sevilla; arrancado los ladrillos y azulejos que formaban en graciosas labores el pavimento del patio..... Lo han dejado terrizo, y plantado en él sauces llorones.....

—¿Qué tal?—me dijo Clara, muy ancha.

—Al primer tapón, zurrapa—respondí.—¿Cómo has tenido valor, Clara, para tocar á esta antigua estatua, que parecía formar parte integrante de la casa?

—Querida tía—me contestó,—las gentes de gusto la hallaban mal esculpida y desproporcio-

nadamente grande; sólo podría colocarse al final de una calle de árboles, para formar perspectiva. ¿No es mucho más agradable ver y oir caer el agua en estas varias tacitas de alabastro?

—Pero..... ¿y los bojes?—dije.—¿Qué tenías contra ellos? ¿Eran acaso también desproporcionadamente grandes? ¡Los bojes, que son el tipo de la nobleza entre las plantas, que ni se hallan silvestres en el campo, ni en ninguna casa ordinaria!..... ¡Los bojes, cuyo perfume es tan distinguido que nunca mancillan el suelo con hojas secas, puesto que las estaciones los hallan inamovibles, como si no hubiese tiempo para ellos; graves plantas que no forman sus enormes bolas sino después de haber vivido siglos en las familias, que las veneran, y al contemplarlas sienten impulsos de preguntarles por sus abuelos y de encargarles cariños para los biznietos!.....

—Tía—respondió Clara,—¡si están en unos jarrones de loza de Triana, azules y blancos, de lo más antiguo, chabacano y de mal gusto!..... Además, no me gustan las plantas oprimidas y forzadas en su desarrollo; esto les quita la gracia.

—¿Qué querías, Inés, que le contestase á semejantes *sinfundos?* Subimos. ¿Querrás creer que la antesala está despojada de la magnífica colección de retratos de familia, que, con la de

los Marqueses de Moscoso, tenía fama en Andalucía? Díjome Clara que los había trasladado, por un sinfin de razones sin pie ni cabeza, á la galería de los cuartos de su marido.

Ha pintado las paredes de verde mar, y ha colgado en ellas una porción de retratos de hombres ilustres, según me dijo, en marcos de caoba. Fuílos mirando con cuidado. ¡Inés, no había ni uno español! En el testero, en lugar del Cardenal, tío de su bisabuelo, hay un viejo muy feo, con una cara de zorra hambrienta. Al vérmelo mirar con sorpresa, me dijo ese D. Narciso de mis pecados:

—Este excelente buril es el retrato del incomparable Voltaire.

—*¡Voltaire!*—exclamé.—¿Ese hombre inicuo cuyas obras están prohibidas, y cuyas máximas se condenan en el púlpito? Pues señor, ¡así como la cara son los hechos! ¡Sobrina, buen trueque has hecho!

Entré en el estrado: no está menos trastornado. El damasco voló; la sillería se ha desterrado, y en su lugar se han puesto sencillos taburetes de caoba sin brazos. Los cuadros vinculados se han trasladado á la librería; en su lugar se han puesto unas láminas, Inés, que da vergüenza el mirarlas. Hay una *Diosa*, según dicen ellos, abrazada con un pastor, que da bochorno.

—¿Es posible, Clara—le dije,—que puedas

poner á la vista cosas tan indecentes?..... ¡Una mujer casi desnuda!

—La belleza ideal se eleva sobre los sentidos físicos—saltó diciendo sentenciosamente D. Narciso.

—Señor—le dije,—póngale usted debajo á ésta que es una belleza ideal, porque no se le conoce. Por acá entendemos que el pan es pan y el vino es vino, y que una mujer desnuda es indecente. ¡Clara, Clara, si existiera la Inquisición te habían de hacer quemar esas láminas!

—¡Inquisición!—exclamó D. Narciso, dando un salto atrás y tapándase la cara con ambas manos.—Señora, esa palabra quema la boca del que la pronuncia y los oídos que la oyen.

—¡Ah, señor Delgado!—le dije.—Si tuviera usted la conciencia tan limpia como la mía..... Ni la palabra ni la cosa le habían de asustar.

Ofrecióse Clara á llevarme al jardín, con la esperanza de que me agradarían más las mejoras que en él había hecho.

Me propuse aplaudirlas, porque conocí lo mortificada que estaba al ver que nada me agradaba. ¡Pero fué imposible, hermana! Ha echado abajo el risco de la fuente; el negro montado sobre un caimán, con el plato de piñas en la mano, creo que ha ido á parar á Gui-

nea con sus semejantes; las tortugas, las culebrillas, los lagartos entrepuestos con tanto arte entre las conchitas, han desaparecido, y no se solazan ya al sol; los bojes que estaban á la entrada, criados y cortados de modo que dibujaban las armas de la casa en el suelo, ese primoroso trabajo de tantos años....., esos bojes que parecían haber crecido en honor de la familia....., sin respeto ni misericordia han sido arrancados. No hay ya flores finas ni de olor: en su lugar ha plantado árboles y arbustos de los más comunes; los caminos los ha desenladrillado, y trazado veredas torcidas y caprichosas, como niños malcriados; el día que haya llovido será preciso poner en el jardín un coche, ó mandarse hacer zapatos de piel como los hombres. ¡Qué devastación, Inés! ¡Parte el corazón é indigna! ¿No es verdad, D. Benigno?

Don Benigno no respondió.

—¡Cáspita!—exclamó impaciente la Asistenta.—¡Ni un cañón de veinticuatro saca á este santo varón de su *friata!*

—Señora—contestó D. Benigno,—no me compete á mí censurar lo que haga la sobrina de vuecencia.

—Dice bien, como siempre, D. Benigno—opinó la Marquesa.

—No dice bien—repuso con viveza la Asistenta.—Cada uno tiene su boca para censurar

lo que lo merezca; y ser de mi familia, no es para él ni para nadie un sagrado. Mas prosigamos mi curiosa relación.

Eran á esto cerca de las tres.

—Pero ¿cuándo comemos, Clara?—pregunté.

—A las cinco—me contestó.

—¡San Antonio!—exclamé.—¡A las cinco!..... ¿Y mi estómago, que está desfallecido? ¿Y mi siesta?

Clara mandó que me trajesen una taza de caldo, y se fué á vestir. Hija, el tal caldo de cocinero francés es primo hermano de su caldo de pollo; yo me eché, por ver si hacía al menos una *canóniga*.

A las cinco vino Clara á buscarme, y fuimos á la mesa. Entre los extranjeros había uno vestido de negro, que era francés, con el que se deshacía en obsequios el Narciso.

—¡Pongo diez contra uno que están murmurando de España!—dije á Clara.

—Tía mía—dijo ésta,—las opiniones son libres; es una intolerancia absurda pretender que todo aquí sea lo mejor, y no poder sufrir en este punto la más mínima observación en otro sentido.

El Capitán general, que en este instante me ofreció la mano para pasar al comedor, me impidió contestar á Clara; pero á éste le dije:

—Como dé usted un pasaporte para el extranjero, perdemos las amistades, General; tiempo será de darlos: cuando los extranjeros nos aprecien y hagan justicia á España; cuando los miremos como buenos amigos, y no como obligados modelos; y ese día llegará—aunque yo no lo vea—más pronto de lo que se piensa; porque todo vértigo dura poco. Pero, dígame usted, ¿quién es ese D. Narciso francés con quien el Narciso español está á partir un piñón?

Díjome que era un famoso violinista que debía dar un concierto en el teatro.

—¡Anda!—dije yo.—¡Anda! ¡De aquí á las tablas!.... ¡Anda! No iré yo á oirle, porque imposible que no toque la Marsellesa ó cosa que lo valga.

Pero vamos á la comida, hermana. ¡No había olla!

—Clara—le dije á la Condesa, que estaba cerca de mí,—¿se le ha olvidado á tu cocinero el cocido?

—No, tía—respondió Clara riéndose,—sino que yo no lo como nunca.

Vi entonces al Narciso, que se volvió al del violín, y le dijo:

—¡País de rutina, *mon cher*, país de rutina! Desde que el primer español puso la olla, ninguno ha sabido comer otra cosa.

Hice como que no lo oía, pero me estaban

dando ganas de decirle el refrán del pájaro. Inés, muchos platos había, pero todos guisados con manteca de Flandes, que me hace daño por lo flatulenta que es. Aguardé, pues, al segundo servicio; pero figúrate que en lugar de pavo y jamón, veo que ponen..... ¿Qué pensarás?..... ¡Una pierna de venado!

—Clara—le dije,—¡venado!..... ¡Cosa que no comen aquí sino los pobres!

—Señora—me respondió,—toda clase de cacería, pero en particular el venado, es en Londres y París el asado preferido.

—Eso será—respondí yo—por la sencilla razón de que allá será esa carne mejor que aquí, que tiene husmo y es correosa.

Las gallinetas daban en la nariz; pero don Narciso metió las suyas para imponerme en que en eso consistía su mérito principal. Hazme el favor, Inés, de hacerte cargo: ¡que está la perfección de la cacería en estar pasada!

—Pero ¿cuándo traen el pavo, Clara?—le pregunté.

—Tía—me contestó,—ése es un asado poco delicado; es una gansería.

¡Una gansería el pavo! Nada me queda que oir, ni que contarte, hermana. Cuando así se tergiversan las ideas y los paladares, se debe, para no chocar, callar; y para no dejar las gentes sin comer, no convidarlas. Un pastel había. ¿De dónde le habían traído, D. Benigno?

—De Strasburgo—respondió éste;—mucho más allá de París, señora.

—¡Valía la pena!—prosiguió ésta.—¡Qué grasiento, qué soso, qué empalagoso!

Los postres fueron de los más deslucidos; nada de nuestras ricas tortas y dulces; algo de repostería, frutas..... y santas pascuas.

—¿Y las tortas, Clara?—le dije.—¿Y los dulces?

—Tía—me respondió,—no me gustan los dulces españoles.

—¿Y por qué?—pregunté.

—No saben á las frutas—dijo en tono de sentencia el Narciso;—tienen demasiado azúcar.

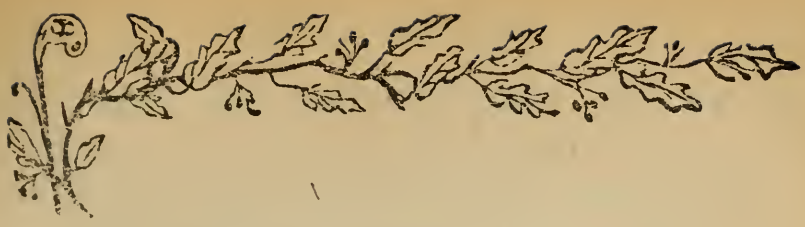
—¡Pues qué!—le contesté.—¿Quería usted que tuviesen sal?

En fin, para no cansarte más, Inés, cuando á la noche trajeron los criados bandejas con tazas, y pensé refrigerarme el estómago con chocolate, me hallé que eran tazas de té.

—¡Muchas gracias!—dije á Clara que me lo ofrecía.—No tomo ese cocimiento sino cuando estoy indispuesta.

Me levanté y me vine; y adiós, que es tarde, y Juan tendrá frío en el pescante, y me voy á tomar ojos de cangrejos, que me ha sentado á perros la comida. Quedas, pues, enterada en las nuevas disposiciones de nuestros regeneradores. Para tener una mesa de buen tono debe

la cacería oler mal, los dulces hacerse sin azúcar, ostentar en ella una pierna de venado en el lugar preferente, y desterrar el pavo, que es una *ganseria*..... ¡Vea usted, el pavo una ganseria! — repetía la Asistenta bajando las escaleras.



CAPÍTULO VII

Estás produciendo más flores que la primavera — dijo un día María al entrar en el cuarto de Elia, hallándola sentada delante de una mesa cubierta de flores de mano.

—No sólo estoy haciendo flores — contestó Elia,—sino que también estoy haciendo versos.

—¡Versos! — exclamó María asombrada.— ¿Quién te ha enseñado á hacer versos?

—Nadie — respondió Elia; — los he hecho por los del Trisagio: conté los renglones, imité las rimas y me han salido muy bien. ¡Tenía tantos deseos de hacerlos!

—¿Y esos versos son.....? — dijo María.

— Para el día festivo de mi madre, el día de mañana. Le he echo este canastito — prosiguió enseñándole una cestita de hilillo de plata,— que llenaré con estas flores, y le ofreceré con mis versos.

—¡Bien, bien, niña mía!—dijo María dando palmadas. — ¡Bien! Eso me gusta. Me voy,

pues, para no entretenerte; que yo también tengo mucho que hacer.

Pero antes de irse volvió á mirar una por una las flores con la mayor complacencia.

—En verdad, Elia—dijo—que el jardín te las envidiará; no las produce el sol más bellas. ¡Qué chasco podrán dar á las abejas!

Al día siguiente todos los felices moradores de la casa se levantaron con semblantes alegres; todos los corazones volaron al encuentro de su señora..... D. Benigno, el primero, le presentó una torta, tamaña como una plazuela, adornada de flores en proporción de su tamaño; entre éstas una sofocada rosa, que llevaba como trofeo de sus hechizos una mariposa de papel con ojos de mostacilla, pegada con goma en su robusto seno. Más que la pomposa torta, valieron sus sencillas, pero tiernamente sinceras felicitaciones. Todos los criados de las haciendas habían acudido trayendo sus regalos, que consistían en pollos, conejos, frutas, tortas de aceite y masa frita. Todo lo admitió la señora con suma complacencia. Era demasiada la delicadeza de su corazón para sentir, ni menos demostrar disgusto, como lo suelen hacer los ricos, ya por orgullo, ya por lo que les cuesta el haber de retribuir, al ver á los pobres meterse en gastos y hacer sacrificios para obsequiarlos con cosas superfluas para ellos. El fin y anhelo de esas buenas gentes era agra-

darla, complacerla, y lo lograban por completo.

Temprano llegaron sus parientes, que le traían ricos regalos de plata y oro, escribanía, rosario, cajeta; la Condesa un lindo almuerzo de China. Esta suplicó en seguida á D. Narciso leyese él mismo la oda que había compuesto para aquella ocasión.

Empezó, pues, este señor la lectura larga y monotona de una oda que oyó la Asistenta visiblemente aburrida, Carlos bostezando y la Condesa con repetidas señales de admiración. Acabó, al fin, puesto que todo acaba en este mundo; que ésta es la verdadera é infalible ley de las compensaciones.

—Pero ¿dónde está Elia?—preguntó Carlos que no se hallaba sin verla.

—No sé—respondió la Asistenta;—ya la he echado de menos. Di que la llamen, Carlos.

Pero en este momento se abrió la puerta, y Elia, radiante como el sol, el corazón en la sonrisa, el alma en los ojos, entró precipitadamente con la canastilla de plata llena de flores en las manos. Seguíala María, más ancha que larga. Pero, á la vista de tantas personas y de los hermosos regalos expuestos sobre la mesa, se quedó Elia repentinamente parada.

—Niña mía, ¿por qué no te acercas?—dijo la Asistenta.—¿Es acaso este regalo para mí?

Elia continuaba inmóvil.

—Vaya—le dijo María,—¿por qué no pre-

sentas tu regalo? ¿Es porque has visto aquellos tan ricos? Amiga, cada una hace lo que puede; y tu trabajo y tus noches pasadas en vela bien valen lo que esos otros regalos han costado.

—Dice bien María — añadió la Asistenta;— y lo que yo aprecio en el tuyo, como en todos, es la voluntad, el deseo que mostráis de obsequiarme y complacerme.

—Anda—dijo María, dando sin que los demás lo notasen con el codo á Elia,—ya ves que la señora da á tu regalo el precio que pudiera faltarle.

Elia se acercó á la Asistenta, y le presentó cortada y en silencio su canastillo.

—De ese modo no—dijo María;—dalo como lo tenías pensado, diciendo tus versos; precisamente han de ser muy bonitos, pues los has compuesto por unos del Trisagio.

—¡Versos!—exclamaron todos.

La Condesa soltó una alegre carcajada, y don Narciso estiró sus delgados labios en una sonrisa heroica.

—María—dijo Elia á su ama en tono de reconvención,—esto era para entre nosotras solamente. Mira cómo me has puesto, y con razón, en ridículo.

—Bien dice el refrán—dijo con un poquito de calor D. Benigno al paño á María—que vale más un enemigo discreto, que un amigo

necio. ¡Qué ganas de sacar á luz las gracias de la pobre niña para que se rían de ella!

—¡En ridículo!.....—decía entre tanto la Asistenta contestando á Elia.—De ninguna manera, hija mía: lo que nace de cariño nunca puede serlo.

—¿Lo ve usted, *D. Enmiendaplanas*?—dijo á su vez al paño María á D. Benigno.

—¡Vamos, niña, dime tus versos!—prosiguió la Asistenta.—A bien que no se van á imprimir ni á echar á volar por ahí, y que no tienen más camino que andar que de tu corazón al mío, que están bien cerca. Apuesto—añadió viendo que Elia aún vacilaba,—apuesto á que me vas á causar un gran placer.

—¿Qué más quieres, premiosa?—dijo María al oído de Elia.

Elia se acercó á la Asistenta, y dijo con voz trémula y bajando sus ojos llenos de lágrimas:

Niña mi madre perdí,
Y al separarnos la losa,
Quiso mi suerte piadosa
Otra madre darme en ti.
Por premio de tus favores,
Si oye Dios mis oraciones,
Derramará bendiciones
Sobre ti..... como yo flores!

Al decir esto vació el canastillo en las faldas de la Asistenta. Esta la estrechó sobre su co-

razón, y cubriendo su frente de besos, le dijo con los ojos arrasados en lágrimas:

—Son tan sencillos, tan ingenuos y tan dulces como tú. ¡Bien sabía yo que así sería!

—Y ahora—exclamó triunfante María dirigiéndose á D. Benigno,—¿qué dice usted del amigo necio?

Y dirigiéndose á D. Narciso, añadió:

—Ahora, señor mío, ¿negará usted que se pueden hacer buenos versos sobre los del Trisagio?

—¡Oh, sí!—contestó D. Narciso.—¡Lástima es que Boileau haya olvidado este nuevo método en su *Arte poética*!

—¿Y no se pueden hacer versos, sino á guisa del señor Bolo?—repuso María.

—Hable usted de tortas y de enjabonados—repuso con altivez el Sr. Delgado,—y no desatine sobre poesía.....

—¡Habráse visto—murmuró María—cigarrón más envalentonado!

Las impresiones que causó esta escena fueron diversas. La Marquesa ocultó en silencio la desaprobación que le merecían las celebraciones exageradas, á su entender, los cariños excesivos, las infinitas lisonjas que se prodigaban, como otras tantas malas simientes, á una niña modesta y sencilla, que con estas cualidades estaba expuesta á perder el reposo y la felicidad de toda su vida.

Fernando, sin dejar de simpatizar con su tía, empezó á vislumbrar con seria inquietud la viva impresión que aquella niña encantadora iba haciendo en el apasionado carácter de su hermano.

La Condesa, por su parte, se entusiasmó tanto con los versos de Elia, que dijo le parecían un ramito de flores del campo, y suplicó á D. Narciso los corrigiese y se los escribiese en su álbum. Pero el Sr. Delgado se negó á ello, pretextando se ajarían las *florecitas* al pasar por su tintero.

—¡Y no dice mal!—murmuró Carlos al oído de Elia.—Porque más valen tus versos, á pesar de que no son una gran cosa, que su oda, cuyos alejandrinos parecen fabricados tomando por modelo, si no las estrofas del Trisagio, la larga, seca y tiesa estructura del autor.

Pero quien estaba como quien ve visiones, y agachando humildemente su cabeza ante la triunfante María, era D. Benigno..... ¡Hacer versos! Esto era para sus justos, pero cortos alcances, cosa equivalente casi á la hazaña de Colón. Sobre ascuas había estado al ver que su querida y sencilla niña, ciertamente instigada por María, que era caridelantera, se había metido en ese berenjenal. Pero apenas vió la aprobación que le merecieron á la Asistenta, cuya opinión era para aquel ente consagrado, identificado á su señora, el todo, cuando la ale-

gría y la admiración no le cabían en el pecho. Y como su moderación y respeto no le permitían jamás mediar en la conversación general, se prometió desahogarse á la mañana siguiente, yendo al convento para participar lo ocurrido á la Abadesa y á toda la comunidad.

Por lo que toca á María, poco le cogió de nuevo que agradasen y fuesen excelentes unos versos hechos por los del Trisagio.

—Á todo esto, Elia—dijo la Asistenta,—tú no has almorzado. Anda, hija mía, vé á desayunarte, y toma algo de las muchas tortas y dulces que hay en el comedor; anda, que es tarde, y ayer ayunaste.

—¿Ayer ayunó usted?—dijo con su risita satírica y acibarada el Sr. Delgado.—Pues no creo fuese día de ayuno, ni que usted tenga la edad.

—Verdad es—respondió Elia;—pero lo hice por devoción y por gusto.

—¿Y halla usted gusto, señorita,—dijo el Narciso—en sentir desfallecimiento, y cree usted es una devoción el tener el estómago vacío?

—Sí, señor—respondió Elia.

—¿Y cuál es, señorita?..... ¿Me lo querrá usted explicar?—preguntó el filósofo con ironía.

—El que se halla—respondió Elia—en hacer un sacrificio.

—Cuando trae alguna ventaja al objeto á

quien se lo hacemos, se puede comprender. Pero, señorita, ¿qué ventaja resulta á Dios de que su estómago de usted esté vacío?

—Ninguna; como de nada que podamos hacer en su obsequio—respondió Elia.—Por eso su Divina Majestad admite las intenciones y recibe los corazones, pues al fin es lo único bueno que tenemos.

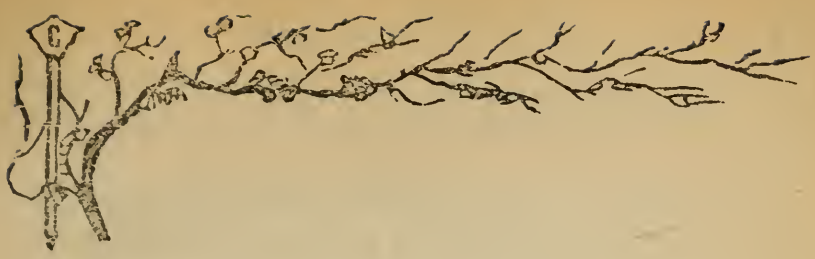
—¡Digo! ¿Y es poco—exclamó María—poner con el ayuno freno á los apetitos, oponer la templaza á la gula, imitar á los grandes modelos de los justos y santos de todo tiempo?

Pero el Sr. Delgado, sin dignarse atender á María, dijo á Elia:

—Créame usted, señorita; para ser buenos, no es necesario privarse de los bienes que el *Sér Supremo* nos has dispensado para disfrutarlos. Seamos morales, virtuosos; tendamos una mano á la humanidad doliente, doblemos una rodilla ante el *Divino Hacedor*.....

—¿Y por qué no las dos?—exclamó con viveza la Asistenta.—Elia—prosiguió—se te olvidó decir al señor, que ha aprendido en Inglaterra á definir el ayuno, que el ayuno es un *precepto*, y que por lo tanto, consiste su principal mérito en la *sumisión* que obedece, en la *humildad* que no examina, en la *deferencia* que respeta, en la *abnegación* que cumple lo mandado, y en el público testimonio de fe en la infalibilidad de la Santa Madre Iglesia, que tan sa-

biamente y con tan santos fines lo ordena todo. Señor Delgado—añadió—está usted en un país católico, en una casa católica, ante una señora (á Dios gracias) católica, y ya que no conozca usted que son sus palabras anticatólicas, que choca en el país y en la casa, y que me ofende á mí, preciso es que yo se lo advierta.



CAPÍTULO VIII

SÓLO aguardaba la Asistenta á que pasase su día para trasladarse á una de sus haciendas, porque le agradaba y le sentaba bien. La Condesa, á la que el aire del campo había de ser provechoso, y á quien gustaba variar de objetos, consintió gustosa en acompañar á su tía.

También Fernando y Carlos accedieron complacidos á la invitación.

Elia estaba loca de contenta de ir al campo, que llamaba un gran jardín, así como á su convento llamaba una pequeña ciudad.

Salieron, pues, en uno de esos hermosos días que crea allí el invierno para avergonzar al verano, con dirección á un pueblecillo cercano, en cuyo término tenía la Asistenta haciendas y cortijos.

Iba esta señora en un vetusto coche de camino, tirado por cuatro vigorosas mulas. A las matusalenas, como las nombraba Carlos, no se

les daba tales malos ratos, y quedaron en vacaciones.

Montaban á un lado del coche Pedro, y al otro el capataz, armados con sus escopetas.

Precedíale la Condesa en su ligera carretela, tirada por dos caballos normandos rabones que había traído del Extranjero.

Fernando y Carlos montaban dos soberbios potros que les había regalado su tía, y eran los mejores de sus yeguadas; ambos vestían el lindo traje de campesino andaluz.

Fueron recibidos en la casa-hacienda que tenía la señora en el lugar por el cura y muchos criados de campo.

Era la casa grande, destartalada, mal pergeñada, escasa de muebles, y éstos, el desecho de la de Sevilla. Hacía, con su espacioso ámbito, su erguida fachada de piedra y hierro, y su gran pórtico coronado con las armas de sus dueños, el más perfecto contraste con esas casitas de campo sin cimientos, de yeso y celosías, que se pueden colocar sobre una batea, como primoroso juguete, que los ingleses y sus imitadores llaman *cottage*, y que duran menos que las vidas de sus poseedores. La Condesa hubiese dado media docena de haciendas como la de su tía por un *cottage*. La Asistenta se hubiese ahogado en éste, que no hubiera dejado de llamar una jaula.

Agolpáronse alrededor de los carruajes una

porción de chiquillos de todos tamaños, que, extáticos y con la boca abierta, miraban la comitiva, pero en particular el coche de la Condesa. De allí á poco saltó una voz, que dijo primero quedo, pero que se fué levantando por grados, uniéndosele otras muchas, hasta formar una especie de asonada, repitiendo en un *crescendo* estrepitoso:

—¡Caballos sin cola! ¡caballos sin cola!

Al oir esta explosión de sorpresa y de asombro, la Condesa y Carlos se echaron á reir á carcajadas. No así el Sr. Delgado, que alzó el palo lleno de ira, y amenazando con él á aquel hormiguero ruidoso, exclamó:

—¿Queréis, zarrapastrosos, callar y respetar los caballos de los señores?

Los chiquillos echaron á correr, y se dispersaron como una bandada de gorriones; pero con la temeridad de tales, volvieron al punto, y animados por las risas de la Condesa y de Carlos, se pusieron á gritarle al Narciso, que acertaba á llevar una gorrita de castor gris:

—¡Miren el tío de la monteruca de papel de estraza! ¡Monteruca! ¡Monteruca!

El Sr. Narciso, que vió el pleito malparado, se alejó furioso, y se salió por una puerta falsa al campo, murmurando entre dientes:

—¡Beduinos legítimos! ¡Hotentotes! ¡Bárbaros! ¡Esto está por conquistar!

Pero el mal nombre le quedó en el pueblo,

en el que sólo fué conocido el elegante y distinguido huésped de los salones de Londres y París por *Monteruca.*

¡Bien dice el refrán que nadie es profeta en su tierra!

Los días se fueron pasando alegres y uniformes, haciendo romerías, ya en coches, ya en burros, á las haciendas de los alrededores. Las noches eran las que se les hacían algo largas. En una de éstas, en la que el viento mugía amenazando con temporal, se habían reunido temprano. Clara, recostada sobre un sofá de pino pintado, que estaba modestamente cubierto de una manta de coco blanco, apoyaba su linda cabeza sobre uno de los cojines.

—El tiempo en que uno se aburre no debería contarse en la existencia—le dijo á Fernando, que estaba sentado á la otra parte del sofá, leyendo á la luz de una bujía colocada sobre un alto velador cartas que había recibido de Sevilla;—porque mira, Fernando, que aburrirse y envejecer á la par, es ciertamente miel sobre hojuelas!

—¿Y por qué te aburres, Clara?—dijo su primo.

—¡Vive Dios!—respondió Clara.—¡Vive Dios! como se dice en esas disparatadas piezas antiguas de nuestro lucido repertorio, que tal pregunta no se haría en la montaña. ¿Conque tú, el *beau*, la *fleur des pois* de los salones

de la corte, me preguntas con la gravedad de un turco por qué me aburro aquí, en la soñolienta Sevilla, que se recrea en su inmovilidad como un brahma indio, y en su obscuridad como una lechuza?

—A riesgo de parecerte un sevillano obscuro é inamovible, te diré, Clara, que á veces me aburrí allí, y que jamás me aburro aquí.

—¡*Chacun son goût!*—dijo Clara.

En materia de gustos
Nadie dispute;
Que para ser de gusto.....
Basta que guste.

—Penderá el no aburrirme en estar á tu lado, prima.

—Siento, Fernando, aunque te quiero de todo corazón, no poderte pagar el cumplido en la misma moneda. Carlos—añadió dirigiéndose á éste que atizaba la chimenea,—¡qué mal lo haces! ¡Qué humo! ¡Nos va á ahumar como chorizos extremeños! De las tres cualidades necesarias al que ha de sobresalir en dirigir una chimenea, poeta, enamorado ó loco, posees al menos la última.

—Y quizás las otras dos *in petto*—respondió Carlos;—pero no consiste en mí el que haga humo la chimenea; consiste en su pésima construcción.

María, á quien no faltaban pretextos para

no dejar la ida por la venida, entró en este instante diciendo:

—¡Jesús, y qué mal huele el inglés!

Llamaba María así á un reverbero de pared que la Condesa había traído de Londres y regalado á su tía; el que, colocado á un lado de la chimenea, alumbraba de lleno un papel público inglés que D. Narciso leía vuelto de espalda á la chimenea. Empezaban entonces á introducirse estos alumbradores, para desesperación de todos los Pedros y todas las Marías indígenas, que no atinaban á saber manejar su complicado mecanismo; y llevaba razón María, porque el mal cuidado reverbero daba, en aquella noche de atmósfera húmedá y espesa, un tufo insoportable.

—¡Oh, Condesa! —exclamó de repente don Narciso con tal vehemencia, que hizo pegar su exclamación un sobresalto á la Asistenta que estaba sentada al otro lado de la chimenea en una butaca, y un respingo á Elia que, sentada al lado de la señora en un banquito ó alzapié, hacía unas primorosas medias caladas con hilo de pelo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la Asistenta.

—Se ha hecho—contestó D. Narciso—el más asombroso descubrimiento en ésa isla, no de cisnes, como dice la poesía, sino de titanes, como muestra la verdad positiva. Se ha apli-

cado la fuerza motriz del vapor á las fábricas con maravilloso éxito!

—¡Qué hombres! ¡Qué genios! —dijo distraída y *banalmente* la Condesa, á quien no interesaba lo más mínimo el gran descubrimiento.

—¿Y qué ventaja tiene eso que á usted le extasía de tal suerte? —preguntó la Asistenta.—Vamos á ver, ¿qué es ese gran descubrimiento?

—¡Ojalá sea—dijo María al paño—un reverbero tan fácil de manejar como un velón!

—Señora—contestó á la Asistenta el entusiasmado filósofo—¡pues ahí es nada!..... Es la economía que proporciona en una fábrica la supresión de doscientos brazos. El que concibió idea tan magna, el que la llevó á cabo, merece.....

—Que le ahorquen—dijo la Asistenta interrumpiendo al extasiado anglomano.

Iba éste á explayarse en un improvisado panegírico sobre toda clase de adelantos morales y materiales, cuando una nueva bocanada de aire impulsó una nube de humo dentro del cuarto. Don Narciso, que lo recibía de primera mano, cerró los ojos y con ellos la boca, estornudando estrepitosamente por repetidas veces.

—¡Sólo en España—dijo al fin,—en que se vive á lo *lazzaroni*, se ven casas de campo tan

detestablemente preparadas! Es la que aquí se nota una inercia fabulosa, un *sans-souci*, que deja atrás á los turcos y á los indios. Esto no es sólo un atraso; es una decadencia, es retrogradar. Por cierto que deseo ver á Cádiz, á la cual llaman los andaluces, con su acostumbrada jactancia y fachenda, una taza de plata. ¡Siempre será una cazuela de barro de Medina!

—¡Válgame Dios! —dijo la Condesa, que esta vez se incomodó con su Hipócrates por su grosería. —¡En todas partes he oído á usted quejarse! En Londres estaba usted desesperado; en París rabiando; aquí lo está usted, y lo estará en Cádiz.

—¿No sabes tú ese cuento de aquel hombre que siempre se andaba mudando, porque tenía duende en su casa —dijo Carlos —y que en una ocasión en que llevaba un carro cargado con su ajuar para trasladarse á otra parte, volvió la cara, y vió encima de toda la carga, formando pirámide, al duende?

—¿De suerte —dijo la Condesa riéndose— que le llevaba siempre consigo?

—Diste en la tecla, prima.

—Debería usted tener presente, para ser justa, Condesa —contestó D. Narciso, —que me desesperé en Londres porque aquel clima maldito exacerbaba mis dolores de reuma á punto de rabiar, y que lo que me chocaba en

París, cuna y templo del liberalismo y de la filosofía (sagradas antorchas de la humanidad), era el ver la detestable hipocresía que habían puesto á la orden del día los Borbones, colocándola como apagador sobre las luces del siglo.

—¿Y en qué consistía?—preguntó la Asistenta.

—¡Señora—contestó D. Narciso—daba grima, causaba náuseas! Esas gentes mundanas, atolondradas, pecadoras, seguían las procesiones, iban á las iglesias!.....

—Y hacían bien—dijo la Asistenta;—que vengan todos, que todos entren en el templo de Dios.

—Señora, es que unos van por hipocresía.

—¡Que entren!—dijo la señora.

—Otros por divertirse.

—¡Que entren!—volvió á decir la Asistenta.

—Otros porque el romanticismo alemán ha puesto de moda el misticismo, con sus catedrales con vidrieras pintadas, sus opacas luces.....

—¡Que entren!—repitió la Asistenta.

—Otros, señora, van por oir la música.

—¡Que entren, D. Narciso!

—Otros—prosiguió éste—por burlarse y criticar.

—¿Como usted? Estos son los únicos que no deberían entrar—dijo la Asistenta.

—¿Y los otros sí?

—¡Sí, sí y sí! Pues mire usted, D. Narciso, cada cual que entra en la iglesia descubre su cabeza, y llega un momento solemne en que todos doblan la rodilla ante la DIVINA MAJESTAD, que ve entonces miles postrados á sus pies; y un acatamiento, aun dado caso que no fuese más que exterior, tiene su mérito. ¿Y por qué no se mezclarían á los fieles los que son tibios ó fríos? Tanto más, cuanto que si el vicio tiene su contagio, tiene también la virtud sus hálitos comunicativos. Y, por consiguiente, ¿quién le dice á usted que no brota de esos corazones duros y frívolos, al doblar la rodilla, y bajo la solemne impresión del santo recogimiento general, un destello de adoración divina? Puede, D. Narciso, que ciertos hombres acerbos sean más exigentes que el mismo Dios de las misericordias!

—Es usted molinista exagerada—contestó D. Narciso con su amarga risita á las dulces palabras que había dictado su ferviente corazón á la Asistenta.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—dijo con viveza esta señora.—Yo, señor, no soy nada que no se pueda decir con voces claras.

—Quiero decir, señora—contestó D. Narciso—que tiene usted la manga muy ancha.

—¡Y tanto, señor, y tanto! ¿No ve que necesito que la tengan así para mí? Pues si yo,

que soy más católica que el mismo Papa, me distraigo alguna vez, ¿qué no sucederá á la gente moza? Créame usted, D. Narciso, deje las severidades á quien competa, y predique con el ejemplo; que entonces es cuando aquéllas hacen fuerza; pero no le pegan ni á usted, ni á mí. No pondría yo, pobre pecadora, esa exagerada exigencia, ni esa estricta austeridad que usted exige, como dos carabineros á la puerta de la casa del que es nuestro Padre común; pondría, sí, un letrero que dijese: ¡QUE ENTREN!

—*¡Que entren!*—repitió Elia con la simpatía de un ángel del cielo por uno de la tierra.

—*¡Que entren!*—dijo D. Benigno con el perfecto acuerdo de la bondad con la indulgencia.

—*¡Que entren!*—exclamó María con el ferviente celo de los católicos por reunir á todos al pie de un mismo altar, en una misma fe, un mismo amor y una misma esperanza.

—Si ustedes creen—dijo D. Narciso con su risita que de acerba pasaba á rabiosa—que con rezar y darse golpes de pecho basta para salvarse.....

—No señor, no basta—dijo la Asistenta;—pero sin esto no se salva nadie. ¡Pues qué! ¿Cree usted que el salvarse es un derecho? No, señor; es una gracia. No se puede por sí solo

merecerla; es preciso implorarla; no erguir la cabeza, sino bajarla.

—Señora—repuso con afectada dignidad D. Narciso—¡bastante que padecer da Dios al hombre en esta vida! Débele una compensación en la otra; pensar otra cosa es un absurdo.

—¡Débele!—exclamó la Asistenta.—*¿Débele?* ¡Me gusta el *débele*! ¡Pues qué! ¿creen ustedes que no hay más que tratar á Dios como tratan ustedes á los reyes hoy día? ¿Restringirle sufragios, prescribirle deberes, limitar su poder, y hacerle, si posible fuera, reconocer alguna constitución, carta ó pamplina semejante, y los derechos del hombre? ¡Rebelión todo, puro espíritu de rebelión!

—¡El rey! ¡el rey!—dijo con acrimonia el Sr. Delgado.—Se le llena á usted la boca con esa palabra, que insulta la dignidad del hombre.

—Y añada usted ¡el corazón!—repuso con expansión la señora.—Sí, sí, con esa palabra santa, grande, eterna, que ha hecho los héroes y los leales, como la de Cristo ha hecho los mártires y los santos.

—Señora—dijo con aire despreciativo don Narciso—el gran Voltaire lo ha dicho: el primer rey fué un soldado afortunado.

—Mintió Voltaire, ese figurón—repuso con fuego la Asistenta.—Eso lo podría decir del

primer conquistador; el primer rey fué un patriarca.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

—Señora—dijo con afectada gravedad don Narciso,—permitid que le haga presente que contradecir la autoridad de hombres tales como Voltaire, Diderot, Helvetius, Rousseau, d'Alembert.....

—¡El demonio y su séquito.....—interrumpió la Asistenta,—que con sus infames doctrinas é infernales libros son hoy día los Nerones y Dioclecianos del Cristianismo! Pero, amigo, mal que os pese á vosotros, discípulos de estos nuevos perseguidores de ellos, como de los otros, triunfaremos, ¿no es verdad, hijos?

—¡Triunfaremos! ¡triunfaremos!—le repitieron todos en ferviente coro.

Entró Pedro en este instante para avisar que estaba servida la cena.

—¿No ve usted, Pedro—le dijo María cuando hubieron salido los señores,—cómo la señora, que en su vida ha leído un libro, deja aplastado siempre á ese Monteruca, que no hace sino leer?

—¡Porque lleva razón, María, porque lleva razón!

Mientras atravesaban los corredores, decía Carlos á Elia:

—Yo también quiero triunfar, Elia.

—¿De tus malas pasiones, Carlos? Harás bien.

—No, yo no tengo sino pasiones buenas, Elia. Quiero triunfar de tu convento, que es un minotauro.

—¡Ay! ¡Qué nombre le das! ¿Y por qué se lo das?

—Minotauro era un monstruo que devoraba doncellas á cientos.

—Si así llamases á tu regimiento—replicó Elia—en que tantos pobrecitos mueren, ¡anda con Dios! Pero que lo digas del convento, eso es..... aguarda que me acuerde cómo llama á eso D. Narciso; es..... una.....—añadió poniendo su blanco dedito en su tersa frente—es..... una..... ello se parece en el sonido á *bala roja*..... una *¡paradoja!*—exclamó dando una alegre palmada y entrando triunfante en el comedor.

CAPÍTULO IX

TRAJO el viento las nubes, y descargaron éstas sus mares de agua dulce. Pero á los dos días la lluvia había pasado, dejando la campiña tan hermosa y tan fresca como una odalisca que acaba de salir de un perfumado baño.

Tratábase de ir á comer al día siguiente á una de las haciendas de la Asistenta, á una legua de distancia del pueblo.

La señora se hallaba en su cuarto arreglando á su satisfacción los preparativos de la romería con Pedro y María.

—¡Qué contenta está usted, madre!—le dijo Elia, al ver la satisfacción que demostraba.

—Sí por cierto, hija mía, que lo estoy, puesto que todos van á tener un buen día mañana.

—¡Qué buena es usted.... madre!—exclamó Elia.

—¡Mejor sea el año!.....—le contestó la señora, pasándole la mano por la cara.

—Con que....., señora, ¿se matará una ternera?—dijo Pedro.

—No, un carnero—intervino María.

—Una ternera—repuso Pedro—da más de sí, y ya sabe usted que la señora quiere que toda la gente se harte. Somos un ciento; ítem más los agregados, á los que no se pasa convite ni tampoco se enseña la puerta.

—También sé—respondió María—que yo soy la que he de hacer el menudo para los amos, y que el de carnero es mejor y más tierno que el de ternera.

—No disparates—dijo la Asistenta;—mátese un carnero y una ternera.

—Por lo testaruda de esa mujer—gruñó Pedro,—se va á hacer ese gasto inútil.

—¿Y será la señora ni más rica ni más pobre por un carnero más ó menos?—opinó María.

—Sentencia de despilfarrados—objetó Pedro;—muchas gotitas hacen un cirio pascual. ¡Qué largo tira usted, señora rumbosa, con bienes ajenos!

—Siempre estáis en pelea—observó la Asistenta;—una de dos: ó se quieren ustedes mucho, ó no se pueden ver.

—Crea vuecencia esto último—dijo María,—porque es cierto que nuestros ángeles están de espaldas.

—Señora—añadió Pedro;—yo soy la carne, y María es el cuchillo.

—Y dijo usted bien—observó María,—de que era usted la carne, porque con la buena vida se ha puesto usted gordo como un sollo. Parece usted un colchón sin bastas, con más cara que el sol de Dios.

—Y usted—respondió Pedro,—con ese genio maldito que la consume, está tan delgada que parece una parra podada, y más amarilla que los legajos del archivo de Indias.

—¿Por qué no se han casado ustedes?—preguntó la Asistenta.—Así, al menos de noche, hubiesen hecho las paces.

—Con esa mujer, señora, no hay paces ni de noche ni de día; apostaría á que en lugar de roncar regaña.

—Ya he sido casada una vez—dijo María;—pero aunque no lo hubiera sido, mejor hubiese querido quedar para vestir santos y para tranca del infierno, que haber tenido á mi lado semejante pelmazo. ¡Jesús..... y qué descansada quedaría su madre el día que le echó al mundo y se vió libre de él!

—Lo que es por mí, señora—dijo Pedro,—también he sido casado, y no me hubiera vuelto á casar ni con la Princesa de Asturias, teniendo presente aquel cuento.....

—¡Pedro, por Dios, déjenos usted de cuentos!—exclamó María.

—Cuenta, cuenta, Pedro, que me divierte—dijo la Asistenta.

—Pues señor—prosiguió Pedro;—éranse dos amigos muy queridos, que se prometieron que el que primero muriese vendría á traerle al otro noticias de cómo le iba por el otro mundo. Casáronse ambos, y el primero que murió cumplió su palabra, y se le apareció al otro: «¿Qué tal va?—le preguntó éste.—Grandemente, contestó el aparecido. Cuando me presenté allá arriba, me dijo San Pedro: ¿Cuál ha sido tu vida?—Señor, respondí, soy un pobre hombre; estaba casado.....—No digas más, dijo su mercé: pasa adelante, que todo lo tienes purgado.—Y en la gloria estoy.» Con esto desapareció, dejando á su amigo tan satisfecho y consolado. Andando el tiempo, se le murió la mujer; y andando un poco más, se volvió á casar. Cuando le llegó su hora, y salió de su casa con los pies por delante, se presentó muy cariparejo á San Pedro. «¿Cuál ha sido tu vida? preguntó el Santo.—He sido casado *dos veces*», contestó muy en sí el recién llegado, dando un paso adelante para colar adentro. Pero el calvo le dió un llavazo y le dijo: «¡Atrás, compadre, que el cielo no se hizo para los tontos!»

—¿Quiere usted un recibo, Pedro?—preguntó María.—Más de veinte veces he oído á usted contar ese cuento, que es más viejo que el modo de andar.

—¿Pues quiere usted uno más nuevo?—le dijo Pedro.

—No, no—respondió María;—guárdelos usted todos para escabeche.

—Cuenta, Pedro, cuenta, chilindrinero—dijo la Asistenta.

—Un predicador—relató Pedro—predicaba la Pasión de Cristo. Después que hubo enumerado todos sus tormentos, preguntó uno de los oyentes: «Padre, ¿fué casado el Señor?—No, hombre, contestó el predicador.—Pues siendo así, dijo el otro, no supo el Señor lo que era padecer.»

La Asistenta se echó á reir, y dijo en seguida:

—María, no se te olvide que á Clara ni le gustan ni le sientan bien las especias.

—Bien, señora; cuidaré de advertirlo.

—Pedro—prosiguió la Asistenta;—ten presente que á mis sobrinos les gustan las tortas de las Mínimas.

—Ya está eso andado, señora.

—María, acuérdate que á Elia le gusta el budín de naranja, que tú haces como nadie.

—Eso está pasado en cuenta—dijo María.

—Cuidado—siguió advirtiendo la señora,—que sean de Castilla los garbanzos, y de Extremadura los chorizos del menudo que tanto gusta á D. Benigno.

—Está bien, señora.

—Pedro, no se te vaya á pasar que ese Delgado Narciso no bebe sino vino tinto.

—¡Válgame Dios, señora!—exclamó María.—¡Ahora va vuecencia á pensar en lo que le guste á ese de las gafas! Que beba vinagre, si no le gusta el vino que acá se gasta. A bien que más dulce ha de ser la bebida que su boca.

—María—repuso la Asistenta levantándose para irse;—está en mi casa y basta para que le atienda. ¡No seas gansa en tu vida, mujer de Dios!

—En todos piensa, de todos se acuerda—dijo María al ver alejarse á su ama,—menos de sí misma. Si usted, Pedro, no hubiese cuidado del pavo, y yo del dulce de huevos, se quedaba mañana sin los manjares que prefiere.

—María—contestó el mayordomo,—para la señora hizo Dios un molde, y lo rompió en seguida; porque como ella no ha habido otra antes, ni habrá otra después.

Aparejábanse á la mañana siguiente los borricos en el patio de la hacienda, y á la puerta aumentábase por momentos el corrillo de angelitos que no pertenecían á los buenos. Tenían éstos fundadas sus esperanzas en ver á los caballos sin cola, que habían apellidado los ranos, puesto que ni D. Narciso, ni tú, lector, aunque seas ministro, individuo de la Academia, archimillonario, ó el mismo tipo de la elegancia, ni nadie, escapa á las burlas y dichos de los pilluelos andaluces. Por eso el gran Alejandro

Dumas, que llevó su buena parte, confiesa, ingenuamente y asombrado, que el pueblo español ha hallado medio de burlarse de los franceses, á pesar de ser éstos el maligno pueblo que inventó el *vaudeville*, que es la zarzuela de aquende los Pirineos. ¡Pobre del que lo toma á lo heroico como D. Narciso, y no se ríe como la Condesa y Carlos!

Pero no habían de gozar los muchachos de aquel fenómeno; porque la Condesa había mandado traer un elegante silloncito de cordobán encarnado, forrado de suave badana, que puesto sobre una vistosa manta, y con una cabecera cubierta toda de moños, borlas y cascabeles, había de engalanar, para que lo montase la Condesa, un borrico vivo y ligero cuanto cabe. Las otras señoras iban á la pata la llana, pero muy cómodas, en las dos toscas equis que forman unas jamugas.

—¡Ay, *Mal-pellejo!*—dijo uno de los borriqueros echando sobre su burro, que huía el cuerpo porque el pobre animal tenía una matadura en el lomo, un serón lleno de provisiones.— Parece que no puedes con la carga, que es ligera como corazón de monja, y puedes con la Giralda.

Diciendo esto, le dió tal varazo con esa falta de lástima que tienen en España los hombres en general hacia los animales, que el infeliz borrico se encogió todo por la fuerza del dolor.

—¡Por Dios, no pegue usted así al animalito!—dijo Elia dolorosamente conmovida.

—No entiende otra *parla*—respondió el hombre.

—Es una barbaridad—dijo la Asistenta—el tratar así á los animales que os ganan el pan.

—¡Toma!—repuso el borriquero.—Si hubiera nacido para obispo, echaría bendiciones.

—Pues no quiero que se maltrate así á los burros—dijo con viveza la Asistenta;—suelta esa vara, si has de venir; y si no, vete, que será lo más corto.

El borriquero, sin responder, se puso á descargar el borrico.

—Señora—dijo el capataz á la Asistenta,—porque un burro dé una coz, ¿se le ha de cortar la pata? Es ése un infeliz que tiene seis hijos, y lleva una parada larga, y al que el jornal y la comida de hoy venían como pedrada en ojo de boticario.

—Pues bien, que venga—respondió la señora;—pero que suelte la vara.

—Miguel—dijo el capataz;—vuelve á cargar, que lo dice la señora.

—¡Sí, estás fresco!—respondió el borriquero.—Si no lleva otro que yo esta carga, ya podrá estarse aquí hasta el día del juicio.

—No seas tonto, Miguel, ni tires coces contra el aguijón—le sopló al oído el capataz;—diez reales como diez estrellas, y carne y vino

hasta tocártelos con el dedo, no es esto de desperdiciar.

—Ni por los catalanes voy—respondió el borriquero.—A mí no se me dice dos veces que me vaya; con una basta: gano mi pan con honra, ó me paso mis hambres con vergüenza.

Diciendo esto, se montó en el burro, y dándole un furioso varazo, desapareció.

—¿Habráse visto más soberbio bribón?—dijo la Asistenta.—De buena gana, si pudiese, le mandaba dar una docena de varazos como los que él da á su burro, para que supiese á lo que saben. ¡Judío! ¡Bárbaro! Pero—añadió—no lo han de pagar su mujer y sus hijos; ¡pobrecillos! Mándales un duro, Frasco, y que no sepan que soy yo quien se lo da.

—¡Genuina andaluzada!—dijo con su risita el Sr. Delgado.—Pobres como Job, soberbios como Tarquino.

—Y eso—dijo la Condesa riéndose—que no han leído vuestro querido *Contrato social*, ni les habéis hecho una arenga sobre la *dignidad del hombre*.

—¡Cómo ha de ser!—dijo el capataz, que quería disculpar á su paisano.—Honra y provecho no caben en un saco.

—No hay duda—exclamó entusiasmada la Condesa;—son almas de príncipes bajo paño burdo. Frasco, déle usted media onza de mi parte.

—Señora Condesa, eso no es razón—contestó el capataz con su buen sentido.

Pero ya la Condesa montaba en su galán pollino, se reía á carcajadas, y no se acordaba del reciente suceso.

—¡Delgado! ¡Delgado!—exclamaba.—¡Qué brillante figura haría yo así en Longchamp!

Fuéronse acomodando las damas en sus jamugas, llevando cada cual su borriquero á su lado. Los hombres montaron á caballo, menos D. Narciso y D. Remigio, que eran malos jinetes, y tuvieron que acudir á la *archigansa locomoción asnal*, como decía el primero.

El día era hermoso. ¡Qué pocos no lo son en Andalucía! Más alta que nunca aparecía la bóveda del cielo; más clara la atmósfera; con más brillo el sol; más animados los pájaros, y más alegre el campo. Sobre los vallados se erguían inmóviles las pitas, como soldados sobre las armas guardando las propiedades; á sus pies, y bajo su amparo, florecían los geranios y rosas silvestres, las pervincas, las viuditas, las amapolas, mientras las esparragueras, como buenas madres, rodeaban á sus hijos de espinas para preservarlos de todo contacto. El tomillo, que sólo nace en un suelo árido, prodigaba el perfume que de éste extrae, como para probar que por estéril, seca é ingrata que sea una cosa, hay modo para sacar de ella algún partido dulce y agradable.

Las escenas de la Naturaleza hacen profunda impresión en las almas cultas que han ensanchado los límites de sus sensaciones, ó bien en los corazones que han sufrido y gozado, que esperan y se inquietan con vehemencia. Pero para aquellos corazones que no han sufrido ni gozado, para los cuales lo pasado y lo por venir están tranquilos y uniformes, como lo está para un navío en calma el camino andado y el que le queda que andar; para aquellas almas que no han perdido, al amoldarse al gusto y sentir ajenos en el mundo y en los libros, en gracia, vigor y naturalidad lo que hubiesen ganado en altura y elegancia, para ellas estas escenas les agradan y alegran sin conmoverlas. Por dicha suya, estaban todos los que alegremente caminaban pisando flores y aspirando fragancia, en uno ú otro de los tranquilos estados de ánimo que hemos referido, y seguía cada cual su propio impulso presente.

—¿Tienes muchos hijos, José?—decía la Asistenta á su borriquero, que era primo del capataz, y muy pobre.

—Ocho, señora.

—¡Tal cual!..... Y los que vengan.

—¡Y los que vengan!—repitió el pobre con resignación.

—¿Y los quieres mucho?

—¡Señora, tantos son nacidos, tantos son queridos!

—¿Son varones?

—Cinco varones y tres hembras, señora; los dos mayores han caído soldados; el tercero es burrero en la hacienda de vuecencia; pero Frasco le quiere despedir, porque dice que no hace falta: los dos chicos son porqueros.

—Vaya, pues ya los varones no te dan ruido, José.

—Verdad es, señora; pero tres hijas y la madre, cuatro demonios para el padre.

—Si mal no me acuerdo, ¿no te adelanté el año pasado para sembrar un pegujar?

—Sí, señora, vuecencia; y si no le he pagado.....

—No lo digo por eso, hombre, no lo digo por eso.

—Pues se *ageñó*, señora; y á un cojumbral que sembré con mi primo Frasco, á parcería, le entró *pringue*, se acorcharon los melones, que sólo sirvieron para engordar un cerdo, al que le entró *lavado*, se hinchó y se murió. Con las ganancias iba á mercar una burra, que me daban con *convenencia*, pero me salió la cuenta fallida, y me quedé mirando al celeste.

—¡Válgame Dios, hombre, nada se te logra!

—Nada, señora; porque en el cielo hay un santo que se llama San Guilindón, que está siempre bailando ante el trono del Señor, y á la par cantando, para hacerle más gracia á Su Majestad:

La cuenta del pobre
Que no se le logre.

—Verdad es, hombre, que no es la fortuna para quien la busca, sino para quien la encuentra.

—Pues hay más, señora; en el cojumbral nos sacudieron unas tercianas, que nos han tenido á todos doblados hasta ahora poco; pocos fueron los melones que cogimos. Su Divina Majestad no sabe decir sino *¡Denle más!* «Señor, le dice San Buenaventura: á Fulano, que es rico, le cayó la lotería.—*¡Denle mas!* dice Su Majestad.—Señor, dice el Santo, á Mengano, que es un infeliz, le han dado de palos.—*¡Denle más!* dice Su Majestad.» Y no sale de ahí.

—José—dijo la Asistenta,—de todo lleva cuenta y razón Su Majestad.

—Ya se ve, señora—contestó el borriquero; —pues si no fuera por eso.....

—Este año, hombre, la parcería la haremos tú y yo.

—¡Dios se lo pague, señora; se lo dé de gloria, y torne cada melón de los de vuecencia en una talega de onzas!

Don Benigno iba detrás de su señora, y con su acostumbrada parsimonia de palabras, sólo decía de cuando en cuando:

—José, cuidado con ese tronco; José, cuidado que esa loma está resbaladiza; José, á la de-

recha hay un hoyo; José, ¿se han aflojado las cinchas?

Elia les precedía, más alegre que el sol. Se entretenía en llenar su falda de flores y de plantas, que á medida que las iba pidiendo, las iba cortando el borriquero.

—Mira—le dijo á Carlos, que se desviaba poco de su lado,—parezco un incensario; ¡tanta es la fragancia de las hierbas! Esta es almoraduj; ésta, hierbabuena silvestre; ésta, mejorana. ¿Sabes por qué se llama así?

—¿Lo sabes acaso tú?—respondió Carlos, riéndose.

—Sí que lo sé—respondió Elia.—Un día fueron á coger hierbas San Joaquín y Santa Ana. Encontró la Santa ésta, y le dijo á su marido: «Joaquín, ésta es *hierba buena*»; pero el Santo, que había cogido esta otra, le contestó: «Esta es *mejor*, *Ana*».

—Buenas serán, Elia—contestó Carlos;—pero harto más me gusta esa hermosa rosa encarnada que llevas en la cabeza debajo de tu toca de muselina, y con la que estás aún más bonita que otros días. Estás tan bella hoy, y el campo tan hermoso, que no sé si es el campo el que te hermosea, ó tú quien embelleces al campo.

—Esta rosa es de Jericó—dijo Elia,—que atendió al elogio de la rosa, y pasó sencillamente por alto el suyo.—¿Sabes por qué tie-

nen este color tan soberano? Estaba un rosal al pie de la Cruz, cuyas rosas eran blancas; cayó una gota de la preciosa SANGRE DEL SEÑOR sobre una rosa, y les dió ese divino color.

—¡Qué *Salmigondis* de temporal y eterno! —exclamó el señor Delgado, cuyo borrico, que era compañero de cuadra del de Elia, se había ido insensiblemente acercando.—¡Qué modo de inventar absurdos! ¿Á qué han de leer ni instruirse estas gentes? ¿A qué traducir á Pestalozzi, fundar enseñanza mutua, establecer escuelas gratuitas, si tienen sus crónicas, etimologías y creencias en coplas, flores, romances y cuentos? ¿Cómo han de llamarse así esas hierbas, por ese motivo, si Santa Ana y San Joaquín no hablaban español?

—¡Que no hablaban español!—dijo Elia, atónita.—¿Pues qué hablaban? ¿Francés..... como usted?

—No, señorita; hablaban hebreo, no se le olvide á usted; que eso es más útil que creer absurdos como el que le contaba usted muy seria ayer á Carlos deshojando una rosa de Pasión: que todos los utensilios de la Pasión se hallaban en ella. ¿Pues no es una chocante irreverencia poner tales cosas en flores?

—Nosotros no las ponemos—contestó Elia; —Dios las ha puesto para patentizarlas ó recordarlas, ó bien las flores lo habrán hecho por sí, por honrar al Criador.

—Vaya, vaya, señorita, no hable usted disparates—repuso con impaciencia D. Narciso. —¿Acaso las flores tienen voluntad propia? ¿Y acaso Dios se había de divertir en poner sentido en miserables plantas que comen los burros? Reflexione y raciocine usted un poco.....

En este instante tropezó el borrico del señor Delgado, el que, estando descuidado en el fuego de su discurso, cayó de narices, y quedó aplastado como una rana.

—¡Maldito sea—decía levantándose y sacudiendo el polvo de su vestido en medio de la risa general—el modo de divertirse aquí, en el campo! ¡Esto es más que vulgar, más que primitivo, es villano!

—Eso es—dijo Carlos—para castigar á usted de tirar cañonazos contra mariposas posadas sobre los labios de Elia como sobre una rosa.

Don Narciso se quedó atrás de todos, de muy mal talante.

—Señor—dijo al cabo de un rato el borriquero,—¿no ha visto su mercé las haciendas de por aquí? Ninguna hay como la del Romeral; trescientas aranzadas bajo una linde; olivar todo nuevo y esquilmeño, sin una marra; un caserío que parece un convento; en todo el término.....

—Hágame usted el favor de callarse—dijo interrumpiéndole el señor Delgado;—cada hombre sensato necesita algunas horas del día

para pensar, esto estoy haciendo, y me importuna usted con su conversación. Nada le he preguntado. ¿Qué me importan á mí haciendas que no son mías?

El pobre borriquero volvió los ojos con harta envidia hacia el borriquero de la Asistenta, de la gran señora tan encopetada y poderosa, que le iba preguntando por sus hijos y por su pegujar.

—¡Qué pronto—dijo para sí—se dan á conocer el que es algo y el que no es nada!

Cerraban la borricada Pedro y María, con las bestias que llevaban las provisiones. Iba Pedro en un caballo que á fuerza de años y trabajo se había quedado en la espina.

—Se le olvidaron á usted los palillos de dientes—le iba diciendo María.—¡Tiene usted la memoria como una zaranda!

—Y usted, que la tiene como una alcancía—repuso el mayordomo,—¿por qué no se acordó?

—No hacen falta—dijo D. Narciso, que habiéndose quedado atrás, se había incorporado á ellos.—En Inglaterra no se gastan; es de mal tono y poco aseado escarbarse los dientes en sociedad. Además, dicen, y con razón, que eso descarna la dentadura.

—¡Espantábame yo—murmuró María entre dientes—que no hubiese salido todavía la *Ingalaterra!*

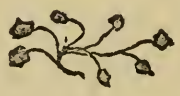
—Pedro—preguntó D. Narciso,—ha cuidado usted del vino de Valdepeñas? Sabe usted que á falta de Burdeos, es lo único que bebo.

—Sí, señor—respondió Pedro;—ahí viene.

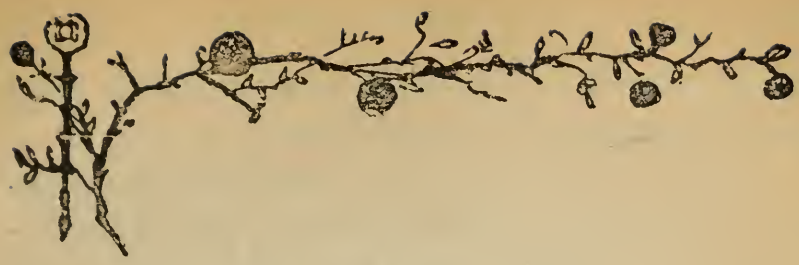
—Lo que es para el vino no le falta la memoria á Pedro—gruñó María.

—Por de contado—repuso Pedro, que la oyó;—porque sepa usted que siempre se ha dicho: ¡agua en los trigos, vino en los hombres, palo en las mujeres!

—Clara—decía Carlos, que se había acercado á su prima, señalando hacia el grupo de la retaguardia,—¿por qué se ve hoy la extraña anomalía de haber cambiado de cabalgadura Don Quijote y Sancho?



térr



CAPÍTULO X

HABÍANSE internado en los olivares, y penetraba ya por entre las obscuras hojas de los olivos la nívea blancura de las paredes de la hacienda del Romeral, enjalbegadas para dar alegremente la bienvenida á su ama. Al frente de la puerta del gran caserío se veía un enorme moral, como otro edificio vegetal levantado por la mano del tiempo. En su tronco se apoyaba un arado; en sus ramas colgaban una escopeta y una guitarra; á su sombra estaba sentado un hombre robusto, de semblante animado y enérgico, que se conocia estaba dispuesto á hacer, según las circunstancias, uso de cualquiera de los tres.

Vino éste diligente al encuentro de los señores, mientras una mujer aseada y de cara alegre se apresuraba á abrir de par en par la puerta.

—¡Gracias á Dios, señora!—exclamó trayendo una silla para que se apease con más comodidad la Asistenta.—¡Gracias á Dios que la

vemos por acá! Si tuviese una campana repicaría. ¿Cómo le va á vuecencia?

—Como á las muchachas de mi tiempo, Beatriz: con muchos años vividos y pocos por vivir. ¿Y tú, mujer, cómo lo pasas? ¿Y tu madre? ¿Y tus hijos? ¿Y el que se rompió el brazo no se resiente?

Decía esto subiendo la escalera y entrando en un gran salón con pocas y malas sillas, una mesa de pino y sin esteras.

—¡Dios mío, tía—dijo la Condesa,—esto parece un hospital robado!

—¿Y para qué quieres que amueble haciendas en las que paso cada dos ó tres años un par de horas?—contestó la Asistenta.

Se pusieron á refrescar con naranjada y limonada, y habiendo echado de menos á don Narciso, al asomarse á una ventana le vieron parado ante una piedra, que con su lente, además de sus gafas, examinaba con la mayor atención.

De allí á un rato entró en la habitación, tan de prisa como se lo permitían sus flacos sostenes.

—¡Señora—exclamó con énfasis,—acabo de descubrir un tesoro! ¡Es la lápida de un sepulcro romano, con su inscripción! Señora, ¿sabía usted que poseía semejante joya?

—No—respondió la Asistenta,—ni me importa. ¿Qué se me da á mí de lo que haya es-

tado puesto sobre el sepulcro de un pagano?

—¿Cómo la hallaron?—preguntó entusiasmado D. Narciso.

—¡Qué se yo!—respondió la Asistenta.

—La hallaron—dijo la capataza—abriendo un horno de cal, y mi marido la trajo para que se ponga de umbral á la puerta de la cuadra.

—¡Oh inepcia!—exclamó lleno de fuego anticuario el Sr. Delgado.—¡Oh estúpida ignorancia! ¡Pues qué! ¿No veía su marido de usted la inscripción latina?

—Mi marido no sabe leer—respondió la capataza;—le estorba lo negro.

En esto entraron Fernando y Carlos, que habían ido á examinar la lápida.

—En efecto, debe ser romana—dijo Fernando;—la inscripción falta, porque está mutilada la piedra; pero están muy claras las S. T. T. L.

—¿Lo está usted oyendo, señora? ¡Las apreciables S. T. T. L!.....—dijo D. Narciso dirigiéndose á la Asistenta.

—¿Y qué quieren decir las apreciables S. T. T. L.?—preguntó la señora.

—Quieren decir—contestó D. Narciso:—*Sit tibi terra levis: Séate la tierra ligera.*

—Pues, señor, dígole á usted—repuso la Asistenta—que dice una gran necedad.

—¡Señora!—exclamó D. Narciso.—¡Señora! La ilustración romana, la sanción de los

siglos, la admiración de los sabios..... ¡Todo va envuelto en ese epíteto de *necedad* con el que usted se atreve á calificar ese lema sublime!

—Y lo repito—repuso la Asistenta,—sin que me impongan sus palabrotas sabijondas ni su tono doctoral. Y lo hago sin más que compararlas con las que pone la fe católica en los sepulcros: éstas son, caso que sepa usted las paganas y no las católicas: R. I. P. A.: *Descanse en paz. Amén*; solemne clamor á Dios por el alma inmortal. Pero..... *¡Séate la tierra ligera!* Esa es una oración dirigida á la *tierra* para que se haga ligera como un volatín y no pese sobre los huesos y polvo, que le estarán muy agradecidos. ¡Devota oración son, por cierto, vuestras apreciables S. T. T. L! ¿Qué le parece á usted ese epitafio, D. Benigno, *Séate la tierra ligera*?

—Señora—contestó con voz modesta don Benigno,—que no le pega al que se entierra en bóveda.

—¡Por supuesto! ¡Cae de su peso! Y tú, María, ¿qué dices? ¿Tú que estás abriendo ahí tanto los ojos?

—Digo, señora—contestó la interrogada,—que parece pegaría mejor que eso el poner, ya que algo ligero había de haber, séante tus culpas ligeras.

—¡Y muy bien que dices, mujer!—repuso la Asistenta.—Mucho mejor que los sabios,

pues en tocando á cosas del alma y de la otra vida no hay más sabiduría, ni más acá ni más allá, que la religión católica. Y á ti, mi niña, ¿qué te han parecido esas *apreciables* S. T. T. L. que entusiasman á D. Narciso?

—No despiertan en mí los pensamientos que me parecen adecuados á la muerte—respondió Elia.

—¿Pues qué pondría usted sobre una tumba, señorita?—preguntó con aire burlón don Narciso, que no se había dignado atender á don Benigno ni á María.—¿Usted, que les quiere enmendar la plana á los romanos?

—Pondría—respondió Elia—una cosa que decía la madre Abadesa siempre que se hablaba de la muerte:

Baja, si quieres subir;
Pierde, si quieres ganar,
¡Muere, si quieres vivir!

—¡Bien, bien, hija de mi alma!—exclamó la Asistenta.—Ven acá que te abrace y te chille. Ya voy viendo que todos sabemos más que esos decantados romanos sólo con saber la doctrina. ¡Váyanse á freir monas con sus latines paganos! Bien pensó tu marido, Beatriz: que se ponga la piedra para umbral en la cuadra.

—Pero, señora—dijo D. Narciso,—si usted no pone precio á semejante objeto, véndala usted, que es de gran valor.

—No vendo sino los años—contestó la Asistenta.

—Regálemela usted á mí, tía,—dijo Clara.

—No estoy de humor de regalar,—contestó su tía, que había decidido determinadamente el exterminio de las *apreciables* S. T. T. L.

—¡Qué terca es tía! — dijo Clara á Carlos, que estaba á su lado, impaciente por la fresca negativa de su tía.

—Como buena propietaria de fincas rurales, no le gustan las *tierras ligeras* — respondió Carlos.

—Ni los sobrinos pesados—dijo con viveza la Asistenta, que lo oyó.

—¡Qué lástima, Clara—prosiguió Carlos,—que no esté aquí nuestro amigo sir Arthur Sidney, que andaba recorriendo todo Madrid en busca de antigüedades, de que era tan entusiasta!

—Como todo hombre ilustrado—dijo pavoneándose D. Narciso.

—¿Y quién es ése?—preguntó la Asistenta. —¿Es aquel violinista de marras?

—No, señora—contestó Carlos;—es un joven inglés muy distinguido, hijo de un obispo.

—¿Qué?—preguntó la Asistenta.—¡Hijo de un obispo! ¿Qué estás diciendo, criatura?

—Sí, señora, eso he dicho. En Inglaterra se casan los obispos.

—¡Mentira más desfachatada!—repuso la

señora.—Esta es propiamente tal, que le da un bofetón á la verdad. ¿Me querrás hacer creer que hay un país en que se casen los obispos?

—¡Vaya con mi tía—dijo Carlos,—que le pone á uno de embustero con la frescura del mundo! Sí, señora; en Inglaterra se casan los curas, los canónigos y los obispos, los monacillos y los capellanes; es un casorio general.

—Oye, barbilampiño—dijo impaciente la Asistenta:—¿te has figurado acaso que yo me las trago como torreznos? ¡Hijos de obispo!..... ¡Ni al enemigo se le ocurre otra!

—¿Qué ocurrir, ni qué ocurrir?—exclamó Carlos soltando una carcajada al ver la incredulidad de su tía.—Pregúnteselo usted á Clara, que ha estado en Londres.

—Es cierto—dijo la Condesa;—son casados allá los obispos, tía; porque, como no son *papistas*, como nos llaman, pueden.....

—¿Y tú también, Clara?—le interrumpió la Asistenta.—¿Están ustedes locos, ó me quieren volver á mí? *¡Obispa! ¡obispa!* D. Benigno, ¿concibe usted una *obispa*?

—No, señora—respondió éste;—ni tampoco una *cura*.

—¿Quiere usted, señora—dijo D. Narciso entre impaciente y compadecido,—que le enseñe á usted, en volviendo á Sevilla, el *Paraje and Baronetage* inglés, en que están anotados de oficio los nombres de todas las casas no-

bles, con sus enlaces, procedencias y descendencias, y verá usted blanco sobre negro las de los obispos?

—¡Viva usted mil años!—respondió lacónicamente la Asistenta.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver; y así, tía.....

Pero la Condesa, interrumpiéndole, le murmuró al oído:

—No insistas, primo, no la convencerás, y no lograrás sino impacientarla. Déjala en su error. ¿Qué mal hay en que esté persuadida de que los obispos son incasables?

—Pues á mí me enternece y llena de un sentimiento de alta veneración—dijo Fernando á su prima—el ver una prueba de la altísima y casi ideal dignidad que han sabido dar nuestros obispos á la mitra, que acaba de demostrarse patentemente en la decidida y calurosa repulsa de tía, que eleva y separa á estos dignos prelados de todo interés, de toda pasión, de todo amor, de todas las relaciones personales de la tierra. Esta instintiva fe prueba más en favor de la institución y de los individuos, que podrían hacerlo copiosos argumentos.

—Pero, señor mío—dijo D. Narciso que se había acercado á ellos,—confiese usted que pasa de castaño obscuro aferrarse así en un error como ese, sin pararse en que no se trata de católicos.

—Pues esto es—repuso Fernando—que ese santo respeto se extiende hasta sobre el nombre que se ha dado á esa dignidad de *obispo*, que mi tía no separa del catolicismo. Aun esto es grande bajo el aspecto de la fe, y bello bajo el de la adhesión; y tiene todas mis simpatías, ¡qué quiere usted que le diga! Envidio esa indignación de mi tía, que oye una verdad que á nosotros no nos extraña, como una profanación, una creación fantástica. ¡Cuán verdad es que cuanto más se sabe..... menos se siente!

—Más vale saber que sentir—dijo el ilustrado D. Narciso.

—¡Eso no!—exclamó Carlos.—Doy todos mis libros por un sentimiento.

—Sobre todo—dijo Fernando—en materias de Religión; puesto que la fe del corazón se da, la de la cabeza se rinde.

Después que hubieron refrescado, salieron á dar un paseo mientras preparaban la comida.

Ofreció Fernando el brazo á su tía.

—No, hijo mío,—le dijo ésta—te lo agradezco; déjame con D. Benigno, que está hecho á mi andar. Tampoco quiero alejarme. Así, vete tú con los demás; sólo te encargo que cuides de Elia; corre mucho, y con el sol que hace puede coger un tabardillo.

Don Benigno abrió un tremendo paraguas colorado, debajo del cual cabían una docena de

personas, para dar sombra á su señora; el capataz iba al lado de ésta quitando estorbos de la vereda.

—Señora—dijo D. Benigno,—Frasco y yo hemos pensado que hay aquí sobra de gente, cuyos salarios se pueden ahorrar. Las ovejas tienen tres pastores; con el rabadán, un pastor y un zagalillo basta; no se necesita burrero, porque las burras están ahora casi todas en el acarreo, y en pasando la cogida, un guarda es suficiente.

—Es verdad—contestó la Asistenta,—llevan ustedes razón; sólo que no han caído en una cosa.

—¿Y cuál es?—preguntaron ambos á una voz.

—Es—contestó la señora—que si yo no los necesito á ellos, ellos me necesitan á mí. Quédese, pues, todo como está.

Entretanto, Elia corría como una corza, examinaba los arbustos, cogía flores, y pronto se adelantó á todos los demás.

—¡Mira—le dijo á Carlos, enseñándole una especie de campanilla morada, de una hechura particular, común en Andalucía,—mira qué *candil de vieja!*

—Más me gusta mirar en tu cara antorchas de joven—respondió Carlos.

—Carlos—dijo Elia,—has tomado desde algún tiempo á esta parte la costumbre de cele-

brarme en mi cara, y esto no está bien; esas se llaman lisonjas; las celebraciones se hacen á espaldas de las gentes. ¿Te gustaría á ti que yo te dijese en tu cara: ¡Qué buen mozo eres, Carlos; qué buen genio tienes, y qué gracia en todo; ninguno de los que van á casa de mi madre se puede comparar contigo!..... así como lo digo á tus espaldas?

—Sí por cierto que me gustaría—dijo Carlos alborozado.—¡Elia, eso me haría feliz!

—¡Alabo la presunción!—repuso Elia.—¿Conque las celebraciones te hacen feliz?

—Cuando salen de tu boca, sí.

—¿Y por qué de mi boca?

—Porque te quiero, Elia, porque te quiero entrañablemente; y no es como el hermano á la hermana, la madre al hijo, el amigo al amigo; es como ama la vida al alma, sin la que no puede vivir, no puede ser perfecta, de la que no puede separarse sin sucumbir.

Una confusión extraña para ella se apoderó de Elia al oir las dulces, pero apasionadas palabras de Carlos; bajó los ojos y dió un paso atrás, encogiéndose, como la sensitiva, al primer latido de su corazón.

—¿Lo crees así, Elia mía?—preguntó Carlos con voz profundamente conmovida.

Elia, echándose en cara aquel primer é instintivo movimiento de desvío como una falta ó una ingratitud, levantó sus negros ojos, los

fijó en Carlos con la dulzura y candor de un ángel, y dijo:

—Sí, lo creo, Carlos; ¿por qué no lo había de creer?

—Y tú, Elia—prosiguió Carlos con queda y temblorosa voz,—¿me quieres como yo á ti?

—Tanto te quiero, Carlos—contestó la ingenua Elia,—que si tuvieses otra vez que marcharte, me volvería al convento, porque todo se me haría triste y vacío sin ti.

—Pues yo te juro—dijo Carlos en tono solemne y pasando con una mano, que en seguida levantó al cielo, un anillo de oro al dedo de Elia,—yo te juro, y pongo á Dios, á tu padre, y á los ángeles, tus hermanos, por testigos, de amarte siempre, de unir mi suerte á la tuya, de ser tu compañero y protector, y de partir fielmente contigo las penas y los goces que trae consigo la vida.

—¿Esto es..... que serás mi marido, Carlos?

—¡A fe de caballero!

—¡Cuánto lo va á celebrar mi madre!

—Nada le digas—exclamó con viveza el joven.

—¿Y por qué, Carlos?

—Porque..... porque..... porque, Elia, toca á los hombres hablar primero, y antes que á nadie á sus padres.

—Dices bien, Carlos, lo comprendo; pero

que sea pronto. ¡Me cuesta tanto callarle algo á mi madre!

—No podrá ser tan pronto, Elia; es preciso preparar á la mía.

—¿Prepararla? ¿Y por qué, Carlos?

—Porque, inocente mía, las madres, por lo general, no son gustosas en que se casen sus hijos, sobre todo..... si..... si son muy jóvenes.

—¿Qué no son gustosas las madres en que se casen sus hijos? ¡Pensaba yo que se alegrarían! ¡Un secreto! ¡un secreto!—siguió murmurando tristemente.

—Elia, ¿no te parece dulce un secreto de amor como el nuestro?

—El amor, sí, Carlos; ¡el secreto..... no!

—¿Por qué, Elia mía?

—Porque todo es más bello á la faz del sol de Dios, Carlos; porque un secreto en un corazón es una mancha en un cristal que le quita su transparencia; porque un secreto es un arco de hierro puesto en un pimpollo de rosa, que le impide desarrollarse.

En este momento Fernando, que buscaba á Elia según se lo había encargado su tía, salió de repente de detrás de los olivos.

Elia, instintivamente avergonzada, huyó. Carlos, sorprendido, quedó mudo.

—¡Carlos, Carlos—dijo Fernando en tono de amarga reconvención,—éste no es el proceder de un caballero!

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó Carlos irritado.

—Que no lo es el engreir con galanteos á la joven que llama hija nuestra tía; á la que es un ángel de inocencia, una párvula en inexperiencia; y no tener presente que son de este ramo las rosas para ti, las espinas para ella.

—Me ultrajas, Fernando, y la menosprecias á ella. En prueba de ello te repetiré lo que á Elia, á la faz del cielo que nos sonríe y aprueba, juraba en este momento. A Elia, tan elevada como humilde, tan débil como confiada, tan bella como buena, llevaré al altar, en cuyas aras se consagran lazos tan poderosos y santos, que merecieron de Dios el poder de quebrantar todos los demás de la tierra.

Fernando, al oir á su hermano, quedó largo tiempo suspenso. Los invencibles obstáculos que se oponían al intento de su hermano, las desgracias y discordias que prevía, le aterraron. Por otro lado, la satisfacción de haber hallado á su hermano, si bien irreflexivo y arrojado como siempre, como siempre también noble y honrado, le desarmaron; y así, acercándose á Carlos, le dijo:

—Perdona, hermano, si he sido injusto; pero no te has parado á considerar que lo que intentas es imposible, y que si insistes en llevar á cabo tu intento, vas á labrar su desgracia y la tuya.

—¿Y por qué?

—Porque Elia, la niña expósita, no debe ni puede, ni querrá ser la mujer de un Orrea.

—Elia—respondió Carlos—es muy novicia en el mundo para sospechar siquiera que la falta de nacimiento levante una barrera entre dos seres que se aman. Además, sabes que por disposición de tía se cree hija de una amiga suya. Por mí, sabes el poco precio que pongo á preocupaciones caducas.

—¡Caducas!—dijo Fernando.—Esto lo dices con la autoridad de palabras huecas y vanas que pulverizan á su paso el tiempo y la experiencia. ¿No sabes, acaso, que hay árboles con tales raíces que, aunque logren cortarlos, vuelven á brotar con más fuerza, porque su savia está en las entrañas de la tierra madre? ¡Carlos, no desafíes á la sociedad!

—¿Qué me importa su fallo?

—No se opone uno al mundo—prosiguió Fernando,—sin que éste se vengue; no se desprecian las opiniones de los hombres, sin que éstas amarguen cruelmente la vida.

—¡Las opiniones!—exclamó Carlos con desdén.—¿Me crees mujer, para que á ellas me someta?

—Están de tal suerte enlazadas en nuestra existencia—repuso Fernando,—que nadie puede prescindir de su influencia. ¡Huye..... Carlos! Sigue el consejo de un hermano que te

quiere con corazón de padre. Sacrificar una pasión á la razón, es derramar paz en la vida.

—¿Qué religión, qué moral, ni qué deberes me imponen ese sacrificio? ¿Sobre qué altar llevaría en holocausto la felicidad de Elia y la mía? —dijo Carlos.

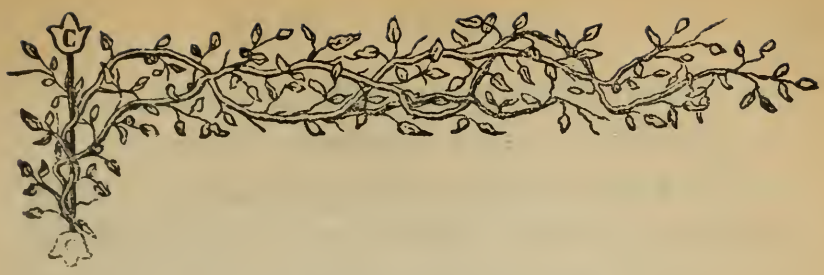
—Lejos estamos de entendernos—respondió Fernando con dignidad—si se encierran para ti todos los deberes del vástago de una casa ilustre, del caballero y del hombre delicado, en los morales y religiosos. Dejando este terreno en que nos separa tu pasión ciega, ten presente, Carlos, que vas á labrar la sepultura á tu madre.

Carlos se estremeció y quedó suspenso, pero después de un rato, dijo:

—¡No, Fernando, no! Es demasiado justa y buena madre; no querrá mi desgracia, se dejará ablandar; debe querer y apreciar á ese ángel puro. ¿Por ventura sofocan el orgullo y la vanidad todos los demás sentimientos del corazón? Y tú, Fernando mío, que has sido siempre mi amparo, mi protector, ¿no me ampararás, no me protegerás ahora?

Diciendo estas palabras, apoyó su encendido rostro en el hombro de su hermano. Este le estrechó sobre su pecho, y le dijo:

—¡Y lo seré siempre, Carlos! Pero prefiero alejarte de un precipicio, á tener que sacarte de un abismo.



CAPÍTULO XI

MIENTRAS pasaban estas escenas, en las que varias pasiones se agitaban amenazando el porvenir, como las agitadas pulsaciones de la sangre que empiezan á precipitarse anuncian una crisis violenta en nuestro sistema orgánico, tenía lugar una escena de muy diferente índole y consecuencias en otra parte del olivar.

Hallábase la Asistenta en medio de un círculo espantoso de multitud de seres cubiertos de andrajos, sucios, desgreñados, que con ademanes descompuestos y voces discordantes gritaban ó aullaban:

—¡Presa!..... ¡Presa!

Lo raro era que la cara de la señora, lejos de estar asustada como era de inferir, estaba muy complacida, y que le decía al capataz, que hacía ademán de querer alejar á aquellos foragidos:

—Déjalos, Frasco, déjalos: están en su derecho.

—¡Presa! ¡Presa!—gritaba el motín.

—¿Queréis callar?—mandó Frasco.

—¿No te digo que los dejes, terco?—le dijo la Asistenta.—No me llevarán á la cárcel. Vamos, hijos—prosiguió,—ofrezco una buñolada por mi rescate.

—¡Bien! ¡bien!—gritó la turba.—Pero preso el secretario.

Don Benigno se apresuró á sacar un duro del bolsillo.

—Quieto, quieto—dijo la Asistenta;—á mí competen los rescates. ¡Espantajos!—añadió.—Un carnero doy por el rescate del señor.

A estas palabras siguió una explosión terrible de regocijo. No hubo *vivas*, pero sí muchos *¡Dios se lo pague!*

—Señora—dijo apurado D. Benigno,—yo no valgo un carnero.

—Pero yo valgo más que una buñolada; así, no se apure usted, que se va lo uno por lo otro—repuso la señora.—Ea, hijos, Frasco queda encargado de pagar el rescate; quedaos con Dios, que parecéis unos Judas.

Eran esta legión de visiones los cogedores de aceituna: suélense formar de mujeres, hombres poco útiles para otros trabajos, y de chiquillos de ambos sexos, en la detestable edad de diez á catorce años, los más pobres de los lugares; y para colmo de perfección típica del género, para no echar por ahí su ropa, tirán-

dose por el suelo húmedo y desgarrándose en las zarzas, se visten de cuanto trapo viejo y desgarrado pueden haber. Estos, según es costumbre, habían preso á su señora; modo indirecto y establecido de pedir un agasajo.

Cuando volvieron á reunirse en la hacienda, se sirvió la comida.

—Delgado, ¿sabe usted que tengo decididamente hambre—dijo la Condesa,—y que me siento capaz de comer la olla?

—¡Como quien dice venablos!—dijo la Asistenta.

—Está usted tanto mejor, señora—dijo María,— desde que se lo pido á San Antonio por la señora D.ª Isabel.

—¿Y quién es esa señora?—preguntó la Condesa.

—Es—respondió María—el ama del Santo, que le cuida y asiste con tal esmero y cariño, y el Santo la quiere tanto, que nada niega de lo que se le pida en su nombre.

—Tales disparates no se pueden oir; ni se puede sufrir que metan los criados su cucharada en todo—dijo á media voz D. Narciso.

—¡Ojalá—gruñó entre dientes María—que ese *matasanos* no metiese la suya sino en la sopa!

—Señor—dijo impaciente la Asistenta,—yo vengo sacando en claro que usted no tiene religión. Vamos á ver: ¿cree usted en Dios?

—Pero..... señora—dijo el filósofo,—me parece, cuando menos..... que no es de sazón este examen.

—Responda usted—dijo vivamente la Asistenta,—pues soy curiosa como una vieja que soy, y voluntariosa como bonita que no soy.

—Sí, señora, sí; creo en un *Sér Supremo.*

—Voz indefinida. Pero adelante. ¿Cree usted que hay cielo?

—Creo en la mansión de los justos.

—Voz vaga. Pero adelante. ¿Cree usted en la oración y su eficacia?

—Creo debemos alabar al *Divino Hacedor*, como lo hacen los pajaritos al alba.

—¡Buenos modelos de devoción! Pero..... ¿y la eficacia?

—No creo en su inmediata consecuencia: es una arrogancia creer que la *Divinidad* se ocupe tanto de nosotros, é intervenga en nuestros mezquinos intereses privados.

—Entonces, ¿á qué rezáis?

—Oro sin exigencias pueriles: es mi culto un *himno de gracias y alabanzas.*

—¿Con *alejandros*, como el del día de mi santo?

—*Alejandrinos*—advirtió D. Narciso.

—Lo mismo tiene—respondió la señora.—¡Para lo que yo los he de volver á nombrar!.....

Todos se echaron á reir, y D. Narciso contestó picado:

—No soy poeta religioso, señora.

—Por cierto—dijo la Asistenta—que es el de usted un catecismo de nueva invención, y me dejo cortar las orejas si se le puede hacer comprender al pueblo; y las narices, si lo entiende usted mismo. ¡Sobre que cuadra bien con aquellas *apreciables* S. T. T. L., y con aquello de que el diablo inventó el agur por no decir adiós (1)!

Elia y Carlos estaban conmovidos. La pura alegría de Elia reposaba á veces en un silencio enternecido, en el que la sonreía lo pasado y lo por venir, sucediéndole lo que al niño, que en el regazo materno sonríe á la vez á su madre y al ángel de su guarda.

Carlos, entregado únicamente á lo presente, estaba embriagado de gozo: sólo veía, sólo pensaba, sólo se ocupaba de Elia.

—¡Qué día tan feliz!—exclamó al fin, rebosando en estas palabras el enajenamiento de su corazón.

—¡Qué día tan feliz!—repitió Elia, que ni sabía ni imaginaba fuese el disimular en sociedad á veces hasta decoroso.

---

(1) Dice el gran escritor Bonald:

«En Francia se ha sustituído la palabra *moralidad* á la de *moral*. En Alemania, la de *religiosidad* á la de *religión*. En todas partes, la de *honradez* á la de *virtud*. Es esto á la manera que la palabra *crédito* sustituída á la Hacienda.»

—¿Acaso existe la felicidad?—dijo el misántrofo filósofo.—¿Dónde está? ¿Qué es la felicidad? ¿Me lo querrá usted decir, señorita, usted que la preconiza?

Esto dijo el amable Delgado, dirigiéndose á Elia, que como la parte más inocente, débil é inofensiva, era por lo regular la que atacaba con sus agrias hostilidades.

Elia se quedó cortada con esta brusca interpelación.

—La felicidad existe—dijo la Asistenta, en quien hallaba D. Narciso siempre un antagonista con espada en mano:—consiste en PODER y QUERER hacer el bien.

—¡Jesús, señora!—repuso el señor Delgado. —En eso podrá consistir la virtud, pero no la felicidad.

—Por eso la cifro yo—dijo Elia—en hacer de nuestros deberes otros tantos placeres.

—Bien dices, Elia—le murmuró Carlos de quedo;—y así completaremos la felicidad de amarnos, haciendo de ese placer un deber.

—¿Qué piensa usted de esto?—decía entre tanto D. Narciso á Clara.—¿Será un placer para un artillero ponerse ante la boca de un cañón?

—No es exacto ni justo vuestro argumento, Delgado—se apresuró á decir la Condesa.—Hay deberes excepcionales y duros; pero aun éstos tienen su satisfacción, no en el acto de

cumplirlos, sino en haberlos cumplido. Esto no obsta á que esté con usted, que tanto conoce el mundo y el corazón humano (aunque, á la verdad, no bajo su punto de vista más ventajoso), en que la felicidad propiamente dicha no existe; y así, la única dable es no desearla.

—¡Eso es alta filosofía!—dijo D. Narciso.

—Y á usted, querido D. Benigno —dijo chancera la Condesa, para evitar una intervención armada que veía amenazadora en los ojos de su tía,—¿en qué le parece que consiste la felicidad?

—En no ofender á Dios—contestó el excelente hombre, á quien no turbaban ni imponían los sarcasmos.

—Esto es—dijo la Asistenta—*profundamente religioso.*

—¿Á qué se cansan—decía Carlos al oído de Elia—en buscarla? La felicidad está en un secreto de amor como el nuestro.

—No, Carlos, no—contestó Elia;—un secreto es una media mentira.

—La felicidad—decía Fernando—es para nosotros el juguete en la mano del niño: tan luego como lo posee, lo destroza. Así la puso Dios en la esperanza. Estas se renuevan á la par que al realizarse las aniquilamos.

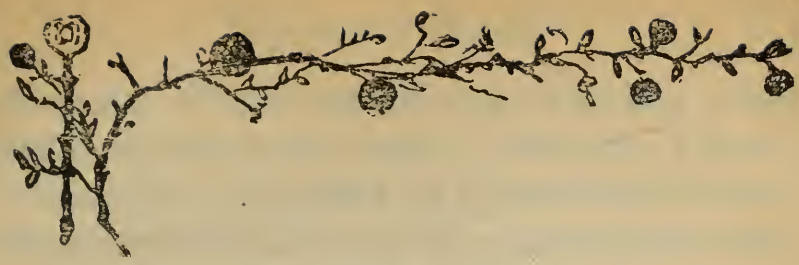
—Desengáñate, Fernando—dijo la Asistenta,—hay gentes que nunca son felices; y esto

consiste en ellas y no en las circunstancias. La felicidad es como la buena tez: la da la sangre y no los menjurges.

Cuando fueron á subirse en los burros, dijo Elia á María en un *aparte* que tuvieron:

—María, dos cosas tengo que decirte: la una..... no puede ser por ahora; la otra es que dice D. Narciso que San Joaquín y Santa Ana no hablaban español.

—No me espanta—respondió María.—¡Todo lo quiere ese renegado á la extranjera!



CAPÍTULO XII

A l'ombre du figuier, près du courant de l'onde,
Loin de l'œil de l'envie et des pas du pervers,
Je bâtirai pour eux un nid parmi le monde
Comme sur un écueil l'hirondelle des mers.
Là, sans les abreuver à ces sources amères
Où l'humaine sagesse à mêlé son poison.
De ma bouche, fidèle aux leçons de mes pères,
Por unique sagesse ils apprendront ton nom.

LAMARTINE, *Méditations.*

(A la sombra de una higuera, cercano á la corriente, lejos de los ojos de la envidia y del ámbito de los malvados, labraré un nido para ellos, como sobre un aislado escollo lo labra la golondrina marítima.)

(Allí, sin abrevarlos *(á mis hijos)* en las amargas fuentes en que el saber humano ha mezclado su ponzoña, de mi boca, fiel á la enseñanza de mis padres, por único saber aprenderán tu nombre.)

HABÍAN regresado todos del campo: Carlos, con una pasión intensa y decidida á vencer todo obstáculo que se le opusiese; Fernando, con una punzante inquietud y un impotente deseo de detener un torrente desastroso en sus consecuencias; Clara, pronta á servir en todo á los amores romancescos, que no se la ocultaron; D. Narciso, diciendo que no había corazón más infla-

mable que el de una devota; María, pensando que tal para cual, y que eso no podía fallar. Sólo la Asistenta y D. Benigno volvieron sin haber notado nada ni maliciado lo más mínimo, sin sospechar que la suave y transparente atmósfera en que vivían se cargaba del ardoroso ambiente de tormentosas pasiones.

Se acercaba el Carnaval. Era esta noche la del jueves de compadres. La Condesa, siempre dispuesta á divertirse, y siempre usando de sus derechos de niña mimada en casa de su tía, improvisó en secreto una *soirée*, como se dice ahora, ó sarao, como se decía entonces, para sacar, como ella dijo, á la soñolienta tertulia de su letargo, tal cual lo había hecho Bonaparte con el león español; pero no con el fin de que llenase, como éste, con sus *rugidos espantosos la tierra de pavor* (1), sino para que con su brillantez y bailoteo llenase á toda Sevilla de admiración, haciendo morir de envidia á la Alameda vieja y sus inamovibles huéspedes César y Hércules. Con este objeto había convidado la Condesa en nombre de su tía á cuantas personas se echó á la cara en los días anteriores á éste. Sucedía, pues, que se iban llenando los salones de una multitud de tertulianos exóticos, á punto que la amable y natu-

(1) Alusión á una canción patriótica de la guerra de la Independencia.

ral cordialidad de la Asistenta no podía sobreponerse á la sorpresa que le causaba la aparición sucesiva de tantas personas extrañas á su círculo habitual; resultando que se iba aumentando en su cara la admiración á cada recién llegado. Clara y Carlos, que la observaban, estaban en sus glorias y riéndose á cual más.

—Me hace recordar esto—dijo Carlos á su prima—de unas bromas que teníamos unos cuantos oficiales alegres. Vestidos de paisanos fuimos una noche á la tienda de un montañés, que estaba en esquina y tenía dos puertas. Entró uno de nosotros por una puerta, saludó con cortesía al montañés, que estaba detrás de su mostrador, y se salió por la otra. El montañés, lisonjeado de ver tan deferente urbanidad en un caballero de pocos años, devolvió el saludo con las mayores muestras de agradecimiento. Un minuto después, otro de los nuestros hizo lo que el primero, y el montañés tornó á volverle el saludo, asegurando al montañuco tiznado de carbón que estaba á su servicio, que la juventud ganaba por día en finura y buenos modales. No había acabado este elogio, cuando otro tercero y respetuoso saludo hizo desvanecer la complacida sonrisa de sus labios, la que á la cuarta cortesía fué reemplazada por una expresión admirada, como la que vemos en este instante en el semblante de la tía; al quinto, se puso serio; al sexto, preguntó si tra-

taban los de levita de burlarse de él; al séptimo, gritó que aquello era una picardía, y al octavo, que lo hizo un muchacho tontón que llevábamos á remolque en nuestras excursiones, le tiró un candil á la cabeza.

Decíale entretanto el maestrante, que jugaba con la Asistenta:

—¡Señora, van dos renuncios!

—¡Qué quiere usted, amigo—contestó la Asistenta,—si no hago más que corresponder á los saludos que recibo de tanta gente! ¿No está usted viendo que mi casa se ha convertido esta noche, sin saber yo el cómo ni el porqué, en una feria? Sobre que estoy como el rey en la corte, recibiendo gentes que no conozco! Juego más; solo.

—Tía—dijo Carlos, acercándose con un caballero joven y bien parecido;—mi amigo Ríoseco há días desea tener el gusto de visitar á usted, que tiene relaciones con su madre.

—No digas relaciones, di amistad—repuso la Asistenta.—De ello me honro, así como de que su hijo favorezca mi casa.

—Tía—dijo á su vez la Condesa,—presento á usted al Sr. Conde de Polikteiski, recomendable y desgraciado hijo de Polonia.

—Muy señor mío—dijo la Asistenta saludando á un rubio y peludo caballero.—¿De quién dijo que era hijo?—preguntó la Asistenta cuando se alejaron.

—De Polonia, señora, del país más revoltoso del universo (1).

—Ya me tuvo el hijo cara de la madre. ¿A qué me traerá Clara aquí á ese oso rubio?

—Como es jueves de compadres.....—contestó el maestrante.

—Es que yo no quiero en mi casa semejantes compadres—dijo apresuradamente la Asistenta.—¡Qué dirá Inés!

—Codillo, señora.

—¡Perder un juego así!—exclamó rabiosa la Asistenta.—¡Basto, malilla, as, dos reyes! ¡Y por culpa de ese Judío errante, que vendrá aquí, cuando más y mucho, á poner una logia de masones para pervertir á la juventud!..... ¿A qué traerá Clara eso aquí? ¡Qué dirá Inés!

Hizo entonces explosión el estrépito de una banda de música que Clara había hecho introducir secretamente en un gabinete.

—¡El pecado sea sordo!—exclamó la Asistenta tapándose los oídos con ambas manos.—¿Qué es esto? ¡Dios nos asista!

—Como es jueves de compadres.....—dijo su compañero de juego.

---

(1) El autor no ha podido averiguar á punto fijo la época de la invasión de desterrados polacos; perdónese, si lo es, este anacronismo insignificante.

—¡Dale con el jueves de compadres!—replicó la Asistenta.

En un instante Clara, trayendo de la mano á Elia alegremente sorprendida por la música, y acompañada de Carlos y otros parientes jóvenes, se llegaron á la Asistenta y la rodearon con mil cariños y zalamerías.

—Pero..... ¿qué es esto, señores?—exclamó la Asistenta.

—Esto es que vamos á bailar, tía—decía Clara;—nos vamos á divertir y usted también. ¡Venga usted, venga usted!

—¡Están locos!—decía la Asistenta medio enfadada, medio risueña, al verse rodeada de aquella alegre pandilla.—¡Armar una fiesta! ¡En mi casa! ¡Y sin contar con mi anuencia! ¡Pues está bueno!

—¡Si es jueves de compadres, tía!

—¡Otra te pego con el jueves de compadres! ¿En ese día, por ventura, no tengo yo voz en mi casa? ¡Ah, Clara, Clara! ¡Ya que no pudiste encajar la peluca, me metes un baile de contrabando en casa! A mí no me gustan esos alborotos. ¡Jesús! ¡Qué dirá Inés!

—Venga usted, tía—dijo Clara,—que va usted á ver lo mejor.

Y levantando casi á la fuerza á la buena señora de su silla, la sacaron del gabinete en que estaba, y se la llevaron á la sala.

Allí, en un momento, se vió subida Clara en

una estrada que se había colocado en el testero, teniendo en la mano cantidad de cintas de diferentes colores, cuyos largos cabos pendían los unos á la izquierda, los otros á la derecha. Era este espectáculo tan bonito y animado, que la sonrisa iba disipando en el semblante de la Asistenta todo resto de desaprobación.

Hizo pasar Clara á las señoras á un lado y los caballeros al otro. Hizo á todos coger los cabos de las cintas sin deshacerse de ellas, hasta que, cogidas todas, abriese su mano, quedasen sueltas, y cada pareja se hallase unida como designase la suerte. Los que así quedasen unidos por las cintas, eran compadres, y por precisa obligación tenían que bailar uno con otro la primera contradanza.

—Que agarre tía una cinta—dijo Clara de lo alto de su estrada.

Y que quiso que no, tuvo la señora que acceder á las súplicas y empeños que de todos lados le hacían.

—¡La celeste!—murmuró Clara al oído de Carlos al acechar la elección que de este color hacía Elia.

Carlos siguió el consejo, y al soltar Clara las cintas, se halló unido por ese lazo de color de cielo á la que amaba. Carlos apretó agradecido la mano de su prima al ayudarla á bajar del tablado. Clara se echó á reir; pero paró su risa al notar la cara que ponía su tía, al verse, por

una fatal casualidad, unida por la cinta que tenía en la mano con el polaco. Fué tal el coraje de la señora, que metiendo la cinta en la mano de Clara, le dijo:

—Carga tú con el compadre, y dile al hijo de Polonia, como tú dices, que ni bailo, ni sé francés, y que soy por lo tanto una pésima comadre; á ti no te pesará, puesto que te llenas la boca al decir *hijo de Polonia*, como si dijeses los hijos de Pelayo.

Alejóse apresuradamente la señora, y se acercó á una puerta á la que estaba asomada la cabeza de María, que más ceñuda y avinagrada que nunca, contemplaba aquel inaudito barullo.

—María—le dijo,—llama á Pedro; menearse y andar ligeros, aprontad refrescos, dulces, bizcochos, pastelillos, bollos, tortas; que nada falte. ¡Vaya con esa niña! ¡No haberme siquiera avisado!.....

—Ya ha cuidado de todo la señora Condesa, que bien hubiera podido dar la fiesta en su casa —respondió de mal talante María.

—¿Y qué daño te causa que sea aquí, pizpireta? ¿Estamos acaso en Cuaresma? ¿No sabes que es jueves de compadres?—dijo la señora.

—¡Buenas se van á poner las esteras!—gruñó María.

—¡Anda á paseo!—repuso impaciente la Asistenta, volviéndole la espalda.

María se fué murmurando, y se halló en el corredor á D. Benigno, que con un *dominguillo* encendido en la mano, tocaba de retirada y se iba á acostar.

—¿Ha visto usted el chasco?—le dijo.—¡No contenta con volver patas arriba su casa, viene la señora Condesa á trastornar ésta!

—¿Qué dice la señora?—preguntó D. Benigno.

—¡Toma! ¡Tan contenta! ¡Tan satisfecha!—respondió remilgadamente María.—¡Tan embullada como los otros!

—Pues entonces—repuso D. Benigno,—me parece muy bien esta fiesta, y propia del jueves de compadres.

—¡Vaya, mujer—dijo la Baronesa de San Bruno á la Asistenta, al verla pasar,—que está tu sala hecha una olla de grillos! ¡Y la concurrencia un mistiforis, un churiburi!

—Verdad es, Baronesa; pero ¿qué hago? ¿Cojo una zaranda, ó mando tocar á silencio? ¡Esa Clara es capaz de alborotar un convento! ¡Y ya no hay más que, una vez en el burro, aguantar los azotes!

—¡Qué fachas!—prosiguió la Baronesa.—Aquel que habla con tu amigo Delgado es un profesor que da lecciones á mis hijos. El currutaco aquel que da el brazo á Clara, es un hacendadete de tres al cuarto, hijo de un mercader que se hizo asentista..... ¡Y no digo nada

de aquel matamoros feróstico que bailó con tu sobrina! ¡Qué cara! Mira, la prudencia no riñe con nadie, dile á María que guarde los candeleros de plata.

—Pues para que veas lo que es—repuso la Asistenta,—tus ponderaciones y alharacas me reconcilian con él. ¡Sobre que ahora que le miro mejor me parece un real mozo!

—¡Cómprale dulces!—dijo con sorna la Baronesa.

—No—respondió la Asistenta;—pero si abre Clara una suscripción en su favor, como me lo ha dicho há poco, pondré dos onzas.

—¡Dichosa tú—repuso agriamente la Baronesa,—que eres rica..... que puedes darte el gusto de tirar el dinero para chafar á una amiga!

—Si no lo doy por caridad (que bien puede ser que así sea, que yo no miento), será para chafar una enormidad malévola, y compensar una injusticia mordaz, ¿estás, Baronesa?

Diciendo esto, se alejó la Asistenta y se acercó á la mesa en que jugaba su cuñada.

—Inés—le dijo,—¿qué te parece?

—Muy bien, Isabel—contestó ésta;—pero yo me voy, porque es tarde y me duele la cabeza.

—¡Quédate, Inés!—suplicó la Asistenta.—¡Anda, compláceme! ¡No te lleves á Esperanza!..... ¡Si hoy es jueves de compadres!..... ¡Deja que se divierta la gente moza!

—Perdóname, hermana; dispénsame, Isabel; pero el ruido y las jaranas me son antipáticas. Además, sabes que no quiero que baile mi hija, y no transijo sobre esto; así, lo mejor es que me quite de compromisos: ahí te quedan mis hijos. Adiós.

Había bailado Elia la primera contradanza con Carlos, el que, secundado por la Condesa, había fácilmente enseñado á Elia el modo de bailar las contradanzas españolas, que tan bien se aviene con la graciosa languidez habanera, que las ha vuelto á poner en moda con el nombre de la *dancita*. Había sido luego sacada á bailar Elia por Ríoseco, que era un joven teniente coronel de milicias, de arrogante figura, que no disimulaba la profunda impresión que le había causado la belleza y angelical candor de Elia; y fué esto de una manera tan marcada, que á nadie se le ocultó, pero menos que á nadie á Carlos. Este, incomodado y sentido, se apoyaba en el quicio de la puerta, siguiendo á la hermosa pareja, que se mecía graciosamente al compás de la música, con miradas ceñudas é inquietas. Acabóse el baile, y Elia se vino á sentar en el asiento que halló desocupado más próximo á la puerta.

Carlos, en lugar de acercarse á ella, se alejó y se salió á la antesala; golpe heroico de celosos. Pero apenas había notado Elia su ausencia, cuando ya Carlos la había puesto térmi-

no, y estaba sentado á su lado, pero tan callado y tan ásperamente engestado, que Elia creyó ver en él otro hombre, y por segunda vez se encogió su corazón; esta vez, no como la sensitiva, sino como la flor á la primera escarcha.

—Elia—dijo al fin Carlos,—¿sabes lo que significa el color de la cinta que nos ha unido esta noche?

—¿Celeste?—respondió Elia.—Sí, la pureza de María.

Carlos quedó un momento suspenso, como si la frase de Elia fuese la respuesta á sus íntimos pensamientos; pero al cabo de un rato añadió:

—En el lenguaje del mundo, Elia, significa celos. ¿Sabes lo que son celos?

—Sí—respondió Elia;—es el dolor de haberse engañado en su cariño. San José los tuvo injustos de María, y así dice la copla de Nochebuena:

San José tenía celos
Del preñado de María,
Y en el vientre de su Madre
El Niño se sonreía.

—¡Válgame Dios!—exclamó Carlos impaciente.—¡Desgracia es inspirar pasiones y no comprenderlas! Elia..... no estamos en tu convento. Sábete que la pasión que engendra ce-

los no aguarda pruebas; que en el mundo los celos no se fundan sobre convicciones, y que

Son celos unos recelos
De una opinión mal fundada:
Si son algo, no son celos;
Si son celos, no son nada.

—Pues si no son nada.....—dijo Elia con dulzura.

—Es que—repuso Carlos con vehemencia—lo que no es *nada* para el indiferente, es enorme para el que ama; es que éste sufre, cual el que anda sobre llamas, cuando ve á otros ambicionar, sustraerle su amor, y que éste se presta á ello, se distrae, olvida.....

—¿Y tú crees que he podido olvidarte?—dijo Elia.

—Al menos..... que no has pensado en mí.

—¡Sí, Carlos!

—No lo creo.

—¿Lo ves, Carlos?..... Desde que he aprendido á *callar*, me crees capaz de *mentir*.

—¡Pero si veo que desde que empezó la música sólo piensas en bailar, lucir y distraerte!

—¡Desde que oí la música, Carlos, cantaba mi corazón palabras tan dulces..... en un idioma que no pueden pronunciar los labios! Sólo tu nombre sonaba distinto y repetido.

—¿Muchas veces, Elia?

—Tantas, tantas..... cuantos ángeles plegue á Dios enviarme á la hora de mi muerte. Así, Carlos, no concibo esos celos que.....

—Pero, Elia—dijo Carlos interrumpiéndola,—si me vieses bailar con otra y obsequiarla, ¿no los tendrías tú?

—No—respondió Elia,—no. Jamás me cabría el pensar que me querías menos por eso; nunca sospecharía que me engañabas.

—Pues yo, que no tengo tu admirable sangre fría—exclamó Carlos, volviéndose á montar;—yo, que tengo celos hasta de las brisas, á las que no bastándoles las rosas del jardín, vienen á posarse en tus labios, no quiero que bailes con nadie.

—No bailaré—dijo la dócil niña.

—Que no hables con nadie—prosiguió Carlos.

—No hablaré—tornó á decir Elia.

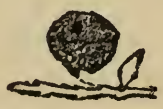
—Que no mires á nadie—añadió Carlos, haciéndose más exigente á medida que más sumisa hallaba á Elia, desfogando en despotismo el despecho que no podía desahogar en querella.

—No miraré—dijo Elia bajando los ojos.

—Pero..... ¿por qué lloras?—dijo Carlos al cabo de un rato de silencio, al ver caer como estrellas del cielo lágrimas que brillaban por las mejillas de Elia sobre las flores que llevaba al pecho.

—¡Lloro.....—respondió Elia—sin querer! Pero es porque siento haberte incomodado sin saberlo; y sobre todo, porque jamás pensé que tales maneras y tal acritud pudiese tener nadie conmigo, y tú menos que nadie.

—¡Oh! ¡Perdona!..... ¡perdona!—exclamó Carlos, vencido y fuera de sí.—¡Perdona, Elia! He sido duro, injusto, cruel; he envuelto en abrojos el corazón que debía colocar sobre armiño. ¡Discúlpame, Elia mía, y no juzgues la pasión por tu dulce y apacible cariño! Comprende bien que ha sido mi falta hacia ti un exceso de amor. Perdona que no haya tenido presente que el mortal que te ame no podrá nunca hacerte descender á su esfera, y deberá elevarse á la tuya.



CAPÍTULO XIII

ESTABA Carlos demasiado apasionado, y era Elia demasiado sincera para que pudiese quedar oculto su mutuo cariño. Así era que nadie ignoraba sus sentimientos, sino la señora de Calatrava, porque ésta amaba tan tiernamente á su hija adoptiva, que ningún extremo de ternura gastado con ella podía parecerle extraño.

Muchas hablillas se hacían sobre esto; censurábase á las madres, criticábase á Carlos, y sobre todo condenábase á la presuntuosa Elia. Se le trazaba á cada cual con admirable acierto la línea de conducta que debía seguir, las medidas que debía adoptar para lo sucesivo; en fin, era cada cual—según costumbre, según lo sois vosotros que esto leeis, y yo que lo escribo—avisado, prudente y entendido en negocios ajenos.

Explayábase sobre esto en aquella ocasión la Baronesa de San Bruno, que, como hemos visto, era una de aquellas personas que han

nacido con un alma poblada de púas como un erizo, hostiles á todo por carácter, por tono, por costumbre, haciendo de la crítica zancos para elevarse, sin tener en cuenta que esos mismos zancos ponen más á la vista las propias deformidades. Estos entes desgraciados, colocados en la sociedad como atalayas por la envidia, como telégrafos por la maledicencia, parecen haber recibido la triste misión, opuesta á la de la abeja, que de todo saca miel, de sacar veneno de todo. ¿Y quién podrá corregir este defecto capital de nuestra época? ¿Qué freno podrá retener ese desprestigio general que se ha echado sobre las cosas y los hombres, con la misma mano y espíritu atrevido que ha desdorado los altares? El ser nosotros virtuosos, que con la virtud entran en nuestros corazones sus compañeras la benevolencia y la indulgencia.

La Baronesa, decimos, daba rienda suelta á sus comentarios, afirmando no comprender la conducta pasiva de la Marquesa. Cordobesa de la Cepa (1), tan ridículamente vana como una

---

(1) Bajo el nombre de *Cepa* se conoce el doble concedido por el cabildo de la santa iglesia catedral de Córdoba en 1368, el cual se hace con la campana mayor y otras tres, á la memoria de los descendientes de los señores D. Alonso Fernández de Córdoba, señor de Montemayor; á los de D. Gonzalo Fernández de Córdoba, se-

de sus parientas, que habiendo á la muerte de una reina de España oído tocar una campana que no doblaba nunca sino en la muerte de alguno de la Cepa, preguntó con un escandalizado remilgo: «¿Dobla nuestra campana? ¡Pues qué! ¿La Reina era acaso de la Cepa?» Guardábale aquella señora ojeriza á la Marquesa por el siguiente motivo:

Era la alcurnia de la Baronesa injerta en planta algo fresca; de lo que resultaba que su casa, que era magnífica, reunía al mejor gusto de épocas en que las artes estaban más en flor, más comodidades y más solidez que la casa de los Orreas, que no sólo era anterior á la conquista y al repartimiento, que fué cuando le cupo en suerte á un Orrea, sino que á ser un caserón vetusto, reunía lo destartalado, y estar situado en mal sitio, pues los antiguos grandes se aislaban, como si temiesen les faltase espacio para estirar sus poderosos brazos, y levantaban alto los techos, como si temiesen les faltase altura para alzar sus erguidas cabezas.

Habiendo necesitado una obra de consideración la deteriorada casa de la Marquesa, dijo la Baronesa en una ocasión que la casa de la

---

ñor de Aguilar, y á los de D. Diego Fernández de Córdoba, señor de Lucena, en reconocimiento de la defensa que en 1636 hicieron de aquella ciudad contra el rey don Pedro, coligado con los moros de Granada.

Marquesa era una capa burda remendada y de mala hechura, colgada en un zaquizamí. No faltó un correvedile, más diligente que un correo palomo y más expeditivo que un camino de hierro, que se lo repitiese á la interesada, la que dijo, sin salir de su calma, que nadie como la Baronesa, que vivía en una casa tan nueva y hermosa, tenía razón al opinar así; que consistían todas las faltas de su casa en ser muy vieja, siendo por cierto una fatalidad redundase en mal para las casas lo que redundaba en bien para los pergaminos.

No hemos averiguado si, á fuer de cristiana, perdonó este dicho la de la casa nueva á la de la casa vieja á la hora de su muerte.

No obstante, la Marquesa, á pesar de su aparente indiferencia y abandono, no estaba tranquila; porque aunque le parecía cosa sencilla y fácil el cortar de raíz, cuando determinase, esta *atolondrada fervorotada* de su hijo, le temía á su carácter impetuoso, el que podría llevarle á hacer extremos y exterioridades que diesen que hablar é hiciesen perder á Elia, cuyo buen nombre era para ella un sagrado.

Consideró, pues, que ya no había tiempo que perder, y determinó hablar á su hijo, y convencerle, ó forzarle á volver á su regimiento.

Entonces, una vez puesta tierra por medio, estaba tranquila; porque pensaba, y pensaba

bien, que no había amoríos que resistiesen á la razón, al tiempo y á la ausencia reunidos.

Por su parte, hacía tiempo que Carlos había determinado abrirse á su madre, habiéndolo dejado de día en día por no hallar medio de abordar la cuestión.

No había buscado intermediario, porque á nadie conocía que ejerciese influencia sobre su madre en punto á cosas de familia. Sólo su tía habría podido intervenir entre madre é hijo; pero la delicadeza de Carlos no le permitía mezclar en este asunto á su tía.

Un día, pues, que habían acabado de almorzar y se habían retirado los criados, le dijo de repente con tono templado, pero firme, la Marquesa á su hijo:

—Carlos, aunque sea contrario á la dignidad materna el mezclarse en las intrigas amorosas de sus hijos; aunque yo sobre esto, como lo hago sobre otras cosas, quisiera cerrar mis ojos de madre, no es posible en esta ocasión presente. Es mi deber el precaver y evitar las resultas de tus atolondros, que tú con tu irreflexivo carácter ni prevés, ni piensas. Por lo tanto, me veo en la necesidad de prescribirte tu ulterior conducta, cuando la anterior ha dado pábulo á comprometer á una joven.

Al oir este inesperado exordio, los tres hermanos quedaron sorprendidos y sobresaltados.

Fernando, conociendo el carácter de su ma-

dre y la pasión é intenciones de su hermano, presagió una escena violenta, cuyo resultado podría no ser el que aguardaba la Marquesa, y así le dijo:

—Madre, nosotros los hombres nos entendemos mejor entre nosotros. Si quiere usted darme el encargo de hacer saber á Carlos su voluntad, se podrá evitar de esta suerte una escena que para ambos debe ser igualmente penosa.

—No—respondió la Marquesa;—los consejos de una madre sólo en sus labios tienen toda su fuerza; su voluntad sólo en su boca tiene toda su autoridad.

Esperanza miraba á su madre temblando y descolorida. Fernando se sentó agitado, y bajó la cabeza. Carlos pensó en Elia, se limpió el sudor de la frente, y se serenó al decirse: «¡Ahora ó nunca!»

La Marquesa atribuyó la visible emoción de sus hijos á la sorpresa que les causaba hallarla sabedora de los amores de Carlos, y creyendo por lo mismo conseguir más fácil y prontamente su intento, prosiguió con calma:

—No es mi ánimo, Carlos, reconvenirte por haber puesto los ojos en una muchacha, que debería haberte sido sagrada, como huérfana y como protegida de tu tía. Tu razón te lo demostrará mejor que pueden hacerlo mis palabras; tu conciencia, cuando le des oídos, lo

hará más sentidamente que mis razones. La opinión de Elia ha padecido por tus inconsideradas exterioridades, y la opinión, Carlos, es el primer dote que pide un hombre á la mujer que hace suya, la más bella recompensa que da ella á sus padres, y la más gloriosa herencia que deja á sus hijos; es su corona en el mundo, su epitafio en la tumba; y esa opinión, Carlos, es como una rosa que se ajase de mirarla. Así, pues, es preciso se desvíen de Elia esas miradas del mundo, que marchitan. Para esto no hay más que un medio; es fácil, sencillo, no llama la atención, y, sobre todo....., es mi voluntad. Carlos, partirás inmediatamente.

Reinó un rato de silencio; sobre las cruzadas manos de Esperanza cayeron dos gruesas lágrimas.

Por fin Carlos, con tono deferente, cual le inspiraba su profundo respeto á su madre, pero decidido, cual se lo daba su vehemente pasión por Elia, dijo á su madre:

—Madre, si usted lo exige, partiré. Mas no piense usted por eso que yo renuncie á mi consagrado amor; él es mi vida, mi alma, mi destino y todo mi sér. Amo á un ángel que Dios ha puesto en la tierra para cerciorarse de si los hombres lo sabrían apreciar; ha acogido mi amor, y nada en el mundo puede separarnos.

Fué tal la sorpresa de su madre al oir estas

palabras, que enmudeció por lo pronto, fijando sus ojos atónitos y desmesuradamente abiertos sobre su hijo, mientras que una palidez mortal se extendía sobre sus facciones.

—¿Qué?.....—dijo al fin con voz ahogada.—¿Qué es lo que te atreves á proferir en mi presencia? ¿Que no hay poder en el mundo que te pueda apartar de una insensata demencia? ¿Me han engañado mis sentidos?..... ¿Es mi hijo, el hijo del hombre que amo y venero en la tumba, quien ha proferido esas palabras?

—Sí, madre; sí, es su hijo, que está pronto á sacrificarle todo, menos su cariño. ¡Oh, madre, madre! ¡No le condene usted! ¿Por qué ha de condenar un sentimiento tan puro, tan noble, tan invencible? No me fuerce usted á desconocer su autoridad, á la que me he sometido siempre; que he consultado con la confianza del pastor á las estrellas, que no fallan. ¡Consienta usted, madre, para que, recibiendo á mi compañera de su mano, me sea sagrada dos veces!

—¿Y te atreves siquiera á imaginar—exclamó la Marquesa fuera de sí—el unirte á..... ¡Sí! Caiga el velo que cual una nube preñada de tormentas y males ha cubierto el fatal secreto de su nacimiento. Sabe, pues.....

—¡Oh, madre!—dijo Carlos interrumpiéndola con exaltación—¿qué me importa? ¿Me haría más feliz, la amaría yo más entrañable-

mente si fuese hija de un rey? ¿Qué me importa cuáles sean las flores en cuyo seno se crió la miel que ha de endulzar mi vida? Madre, ¿querrá usted tener en cuenta preocupaciones al decidir mi suerte? ¡Sólo el orgullo puede tenerlas en más que la inocencia, la virtud y la hermosura!

—¡Está demente!—dijo la Marquesa con voz sofocada.—¡Ni oye razones..... ni escucha á su madre..... ni atiende á nada! Vuelve en ti, Carlos; habla como hombre cuerdo á tu madre, y deja las novelas para circunstancias menos graves.

—No sea usted, madre mía, inexorable en su oposición, como yo incontrastable en mi firmeza. Mándeme lo *posible* para que pueda obedecerle, que es todo mi deseo, y no estrelle usted su autoridad, que venero, contra un imposible.

—¡Huye de mi vista, hijo rebelde!—exclamó la Marquesa, trémula, con la indignación que su carácter altivo y su genio violento agolparon en su corazón al oir á su hijo.—Que el sol de mañana no te alumbre aquí. No vuelvas á parecer ante mis ojos sino cuando traigas tu sano juicio, el sentimiento de tus deberes, los miramientos que debes á tu familia, y el respeto que debes á tu madre.

—Partiré—dijo Carlos levantándose,—partiré; pero no antes de haber renovado en

su presencia de usted el juramento que he hecho á Elia á la faz del cielo, á fin de que no confíe usted, para que lo olvide, ni en el tiempo, ni en la ausencia, ni aun en su autoridad. Elia que amo y que me ama, Elia en quien confío y que en mí confía, Elia será mi mujer.

La Marquesa se levantó erguida; su rostro estaba desencajado, sus dientes rechinaban, y alargando su brazo hacia su hijo, cayeron de sus pálidos y trémulos labios estas terribles palabras:

—¡Pues llévale en arras, hijo indigno, la maldición de tu madre!

Esperanza lanzó un grito. Fernando se abalanzó á su hermano, que cayó anonadado en sus brazos.

La Marquesa salió con pasos precipitados. Esperanza la siguió, torciéndose las manos.

—¡Madre, madre!..... ¿Dónde va usted?—exclamó al ver que ésta se ponía la mantilla.

—¡Voy—contestó la Marquesa—á desengañar á la osada que se ha atrevido á admitir juramentos insensatos y á fomentar una demencia; voy á disipar sus ilusiones locas!

—¡Madre!—volvió á exclamar Esperanza, echándose de rodillas delante de su paso.—Elia está indispuesta. ¡Déjeme usted ir á mí! ¡Deje que una amiga le abra los ojos, si en ello persiste usted!..... ¡Pero no vaya usted, no vaya..... en este momento al menos..... no vaya!

— Déjame — respondió la Marquesa, desprendiéndose de las manos de su hija, con las que se asía ésta á sus rodillas. — ¡Que no halle yo hoy en cada uno de mis hijos un contrario!

Diciendo esto, salió, y Esperanza, anonadada, quedó de rodillas con los brazos extendidos hacia la puerta por la que había salido la Marquesa.

CAPÍTULO XIV

ESTABA Elia algo indispuesta, recostada en su sofá. Habíala arropado María, que en pie delante de ella, con un vaso y una cuchara en la mano, le decía:

—Vamos, Elia, toma este lamedor de malvavisco: yo misma lo he hecho, está muy rico.

—Lo tomaré, María—respondió Elia;—pero, aunque tú misma lo hayas hecho, está muy feo.

Y hacía un gracioso gesto de asco.

—¡Cómo arde tu piel!—dijo María pulsando á la niña.

—Empeñada estás en que estoy mala—repuso ésta;—y todo por hacerme tragar tus queridos jarabes. Tómatelos tú, ama, que yo, aunque rabies, estoy buena, buenísima, y más contenta y más alegre que unas pascuas, porque mañana, ó pasado, ó el otro, sale á luz mi secreto. Y desde ahora te digo que tú, de puro contenta, no vas á dormir en tres noches, ni á gruñir en tres días.

—Siempre será ese secreto—dijo María sonriendo para sus adentros,—con el que me tienes tan curiosa, la montaña que parió un ratón.

—Al contrario—repuso Elia con viveza y ahinco,—al contrario, María; es el ratón el que va á parir la montaña. ¡Verás!..... ¡verás!

Abrióse de repente la puerta del cuarto, y la Marquesa, pálida, severa, imponente, apareció en el quicio.

La cuchara cayó de la mano de Elia, y María se volvió sorprendida.

—María, aléjese usted—dijo la Marquesa,—que tengo que hablar á Elia.

María no se movió, y dejó caer sobre la asustada Elia una mirada de insondables sentimientos tiernos.

—¿Me ha oído usted?—dijo secamente la Marquesa al cabo de un momento.

María, aturrullada y confusa, se retiró.

—¿Sería posible?..... ¡No, no, no lo es! ¡no puede ser! ¿Y mi señora?..... ¡No puede ser! ¡Sería preciso, si lo hiciese, ahorcarla con su propia lengua!—iba María murmurando.

Cuando María hubo cerrado la puerta, la Marquesa tomó una silla y se sentó á alguna distancia frente de Elia.

—Elia—le dijo,—hay cosas en este mundo que pueden quedar ocultas mientras que el ig-

norarlas no da pábulo á graves males, pero que deben descubrirse si no se halla otro medio de evitar estos males. Este es el caso respecto al secreto que se te ha guardado con el de tu nacimiento, por lo cual me veo precisada á revelártelo.

Calló un momento y prosiguió:

—Escúchame, y sírvate lo que te voy á referir de gobierno para graduar lo que en adelante te toque hacer.

En uno de los viajes que hizo mi hermana al campo, en el que la acompañé, nos detuvimos en la venta que se halla en el camino, por el empeño que puso mi hijo Carlos en ir á besar la mano al cura, á quien quería mucho y al que vió á la puerta de la venta.

Mi cuñada quiso saber qué motivo poderoso le determinaba á entrar en Sevilla, donde ya hacía estragos la primera epidemia, que tan desastrosa fué. Nos retiramos á un cuarto, y el cura nos contó lo siguiente:

«Habrá ocho días que me despertaron fuertes golpes que daban á mi puerta; me levanté y abrí. Un hombre desconocido, que se tapaba la cara con una manta en que venía embozado, me dijo se necesitaba mi ministerio y que le siguiese. Vacilé un instante ante aquella imponente aparición; pero en seguida le dije:

»—Ande usted, que le sigo.

»Atravesamos las solitarias y obscuras calles

del lugar, hasta llegar á la salida, en las que hallamos dos caballos atados á un árbol.

»—¿Adonde vamos?—le pregunté.

»—Adonde se necesita de su ministerio—tornó á contestar.

»Vi que me exponía á ser parte ó víctima en algún lúgubre misterio. Pero me encomendé á Dios, y seguí á mi guía.

»Habríamos andado á buen paso media hora, cuando se paró mi conductor en la portada de un olivar cercado. Nos apeamos, y me llevó por una vereda angosta, hasta llegar á un claro en que ardía una hoguera; en su alrededor estaban sentados ocho ó diez hombres. No era fácil equivocarse: eran ladrones.

»—Padre—me dijo uno de ellos, joven y de buena presencia y que parecía el jefe, á juzgar por su porte altanero y su tono de mando,—confiese usted á esa mujer.

»Y me señalaba, al hablar, á una infeliz que estaba tendida en el suelo sobre una manta. En seguida se alejó con sus demás compañeros. Pensé que iban á asesinarla, y la sangre se heló en mis venas. Me acerqué á ella, y viendo que no hacía movimiento, la alcé la cabeza; la luz de la hoguera dió de lleno en su rostro: era hermoso.

»—Padre—exclamó la malhadada,—yo me siento morir. Pero antes quiero confesar mis culpas, que son sin cuento. Padre, diga usted:

¿podrá nunca morir en paz tan gran pecadora? ¿Concederá Dios esta gracia á la que la pide, cuando ya no le queda otra cosa que pedir?

»Tranquilicé cuanto pude aquel agitado espíritu, y vine en conocimiento, al redoblar sus quejidos, de que la infeliz estaba con dolores de parto. Era urgente procurarle socorros temporales. Llamé al capitán, le hice presente el peligro que corría la paciente, y me brindé á llevarla á mi casa, en la que mi hermana le daría la asistencia que le era indispensable. Después de algunas objeciones que allané, se avino á mi propuesta, pero con la condición de que en pasando algunos días, los más precisos á su restablecimiento, se la volvería á entregar; acerca de lo cual le empeñé formalmente mi palabra. Fuéme preciso concederle su exigencia; lo que, sin embargo, hice poniendo á mi vez por necesaria condición el que ella lo consintiese voluntariamente; pero esto no parecía dudarlo el bandolero.

»Trájose, pues, la infeliz á mi casa, en la que, después de infinito padecer, dió la existencia á una niña, perdiendo la suya, que entregó en manos del Señor, lavada en las eficaces aguas de lágrimas de contrición. Cuando vino por ella el que me la entregó, le llevé al féretro. Mucho tiempo estuvo en silencio, contemplando con asombro aquellas hermosas facciones, que blanqueaba y serenaba la muer-

te, como purifica y tranquiliza el alma del que sabe morir como cristiano. Así se hallaban á cada lado del féretro de aquella bella joven, á quien el amor costó la honra y la maternidad la vida, el hombre que la perdió, y el que tuvo la santa misión de salvarla; el que lleno de terror y espanto consideraba aquella muerte como un horroroso castigo, y el que rezaba tranquilo considerándola como una misericordiosa disposición de Dios.

»Traje á la criatura; pero al verla, el bandolero prorrumpió en una imprecación, cual si le reprochase la muerte de su madre, se golpeó la frente, y se arrojó fuera de la casa.»

—¿Y..... la abandonó?—exclamó Elia, que con las manos cruzadas y el alma en sus bellos ojos escuchaba el relato de la Marquesa, conmovida, pero sin atinar á comprender el secreto en que vendrían á combinarse estos lejanos hechos, y que tan solemnemente le había sido anunciado por la Marquesa.—¡Pobre criatura de Dios! ¡Pobre desamparada!—siguió murmurando en queda voz al ver que la Marquesa proseguía, sin contestarle, la relación del cura.

«Aguardé aún varios días á ver si volvía su padre por la criatura, que había bautizado con el nombre de su madre. Pero no habiendo parecido nadie, me veo precisado á encomendar á la providencia de Dios y á la caridad de los

hombres á la pobre huérfana abandonada, y llevarla á la Inclusa de Sevilla.

»—Que es el purgatorio de los ángeles que expían las culpas de sus padres (1),—exclamó mi cuñada con su acostumbrada petulancia.—Traiga usted la criatura, señor cura, que quiero verla.

»Se la trajeron dormida; pero al tomarla Isabel, abrió los ojos y pareció fijarlos en los suyos. Isabel, que siempre se deja llevar por su primer ímpetu, la besó y dijo:

»—Señor cura, esta niña es mía.»

—Esa niña—añadió la Marquesa levantándose—*¡eras tú!* Ahora..... pesa bien si la hija de un facineroso y de una mujer perdida puede pensar en unirse á las dos primeras casas de Andalucía.

Diciendo esto, salió la Marquesa, ostentando una tranquilidad no alterada, que desmentían un temblor involuntario y una palidez mortal.

María, que no se había alejado, vió salir á la Marquesa, y se apresuró á volver al cuarto de Elia. Sus gritos atrajeron á todos los de la casa, cuando al entrar halló á la niña que había criado que, habiendo caído sin sentido, yacía en el suelo como un cadáver.

Con pasos acelerados y sostenida por don Benigno llegó la Asistenta.

---

(1) Téngase presente la fecha en que se habla.

—¿Qué es esto?—exclamó atravesando el cerco de criados que rodeaban á la inanimada Elia.—¿Qué ha sucedido?

—¡Que se muere!..... ¡que se muere!—gritaba María, que había perdido la cabeza.

—¡Elia! ¡Elia! ¡Hija de mi corazón!—exclamó la Asistenta.—¡Un médico! ¡un médico! ¡Corred, volad todos!

Don Benigno corrió á abrir la ventana; Pedro á traer vinagre.

—¡Pero, María, estás sin tino!—decía la Asistenta.—¡Habla! Di, ¿qué ha motivado esto?

—No lo sé—respondió María;—yo no estaba aquí.

—¿Pues dónde estabas, mujer descuidada? ¡Yo que confiaba en ti para cuidarla en su indisposición, que creí leve!

—Señora—respondió María,—la señora Marquesa me mandó salir.

—¿Mi hermana ha estado aquí?—dijo sorprendida la Asistenta.

En este momento Elia, que había sido acostada sobre el sofá, abrió los ojos, y apenas los hubo fijado en el angustiado rostro de la Asistenta, cuando, levantándose con un repentino impulso, se echó á sus pies, y abrazando sus rodillas, exclamó:

—¡Señora, señora, yo no soy hija de una amiga vuestra! ¡Soy la despreciable hija de un

bandolero..... de un padre que me abandonó! ¡Yo no soy digna de que me dé usted el dulce nombre de hija! ¡Llámeme esclava, señora! ¡Yo serviré á los criados si no desdeñan mis servicios! ¡Yo me pondré en mi lugar, y poco me costará si de tantos beneficios me deja usted el que más vale, el que más aprecio: su cariño!

Sus sollozos no la dejaron proseguir.

La señora de Calatrava se había echado en un sillón, pálida, trémula; y á la más dolorosa sorpresa que se había pintado en su franco y expresivo rostro, iba siguiendo la más violenta cólera.

—¡Esto es una iniquidad!—murmuraba.—¡Esto es una vil traición! ¿Y á qué? ¡Y sin prevenirme!..... ¡Eso es tener corazón de tigre! Levanta, hija mía—dijo estrechando á Elia sobre su corazón;—éste es tu lugar, y lo será siempre. Eres mi hija, y quien no te quiera considerar como tal, que se aleje de mí para siempre. ¡Yo te vengaré, hija mía! ¡Quieren rebajarte! Yo te subiré ó he de poder poco. ¡Hija mía, hija mía!

Pero Elia no respondió: había caído en un nuevo síncope, acompañado de delirio.

—¡Señora, señora!—gritó María, loca de dolor.—¡La han matado! ¡Esto es una puñalada! ¡Señora, señora, la niña estaba mala ya y esto le abre la sepultura! ¡Clama al cielo!

¿Qué le había hecho esta inocente, esta rosa sin espinas?

Y María se deshacía en lágrimas.

—María, no aflija usted más á la señora—dijo D. Benigno, sin apartar la vista del alterado y lloroso semblante de la Asistenta.

—¡Consuélela usted si puede!—contestó María.

Entró en este momento Pedro con el médico, que hizo sangrar y recoger en cama á Elia, prometiendo volver algunas horas después.

Cuando éste se hubo ido, hizo seña la señora á D. Benigno de que la siguiese, y se fué á su cuarto.

—Traiga usted el tintero—le dijo cuando se hubo sentado, con la voz clara y las palabras breves que le eran naturales cuando estaba sobrexcitada.

Don Benigno se aturrulló de tal modo al oir estas palabras y al presagiar lo que iba á suceder, que en lugar del tintero trajo un candelero.

—¿En qué está usted pensando, hombre de Dios?—dijo la Asistenta con rabia, levantándose y trayendo ella misma el tintero con la agilidad de una joven.

Cuando todo estuvo preparado, dijo la Asistenta:

—Escriba usted.

Y dictó:

«Me has matado á mi Elia.....»

Don Benigno se detuvo, mientras temblaba la pluma entre sus dedos, como si la hubiese movido el aire.

—¿Por qué no escribe usted?—preguntó la señora.

—Pero..... ¿á quién va dirigida la carta?—preguntó á su vez D. Benigno, incapaz de empezar una carta sin encabezarla con el nombre de la persona á quien iba dirigida.

—Ya lo dirá el sobre—contestó deshaciéndose de impaciencia la Asistenta.

—*Elia*—repitió D. Benigno, después de haber estampado la frase.

«Me has hecho traición—siguió diciendo la Asistenta;—me has herido en la parte más sensible de mi corazón; ¡me has ofendido irreconciliablemente! La crueldad de tu proceder *con mi hija* (subraye usted la palabra *hija*, don Benigno); *con mi hija*.....» ¿Está?

—Sí, señora;—respondió con doliente voz el secretario.

La señora prosiguió:

«..... y tu ofensiva é inexplicable conducta para conmigo, me lleva á declararte que tanto tú como tus hijos podéis renunciar para siempre, á mi amistad tú, á mis bienes ellos.»

Hasta la palabra *amistad* inclusive escribió bien que mal D. Benigno; pero cuando llegó á la de *bienes* se le cayó la pluma de las manos,

y suplicó á su señora, con un valor nunca visto en él, que retractase aquella inmeditada sentencia, ó que le eximiese del cargo de estamparla; cargo que le era imposible cumplir.

La Asistenta le arrancó el papel de las manos, echó dos borrones, puso con letras grandes y desiguales la cuestionada palabra *bienes*, firmó la carta, la dobló como Dios quiso, le puso una grande y cuadrada oblea encarnada, luego el sobre, y la envió en seguida en casa de su cuñada.

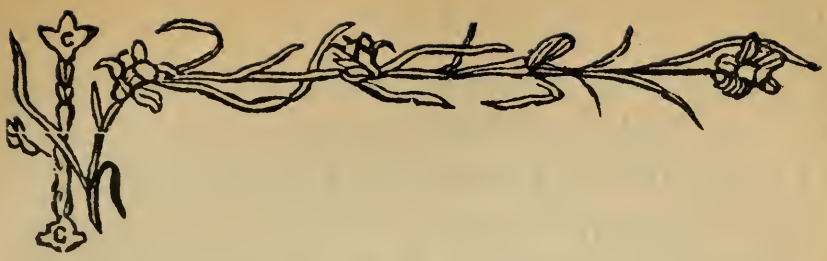
Media hora después recibió una esquela primorosamente doblada. Era éste su contenido:

«Las casas de Orrea y Córdova han vivido siglos en opulencia y con decoro sin que para eso hubiesen menester tu caudal. Por lo tanto, lo miramos todos con indiferencia, dejando la sed de oro á las clases y almas bajas. No me sucede otro tanto con tu amistad, que siento haber perdido. He dado un paso acaso duro, pero necesario. A grandes males, grandes remedios. Pero no trato ni trataría de disculparme, en razón de que no reconozco otro juez á quien satisfacer que mi conciencia. Tu s. s. q. t. m. b., *Inés de Córdova*.»

—¡Y llama—exclamó indignada la Asistenta después de leída la carta,—llama esa cuñada mía *grandes males* al que yo mime á ese ángel y que la llame mi hija! ¿Podrá creerse?

¡Pues mi hija ha de ser, pésele á quien le pesare!

De lo que es fácil deducir que la Asistenta estaba á mil leguas de sospechar la peripecia de aquel drama, cuyos efectos tocaba, sin adivinar las causas.



CAPÍTULO XV

Cuando salió la Marquesa de su casa, Esperanza, fuera de sí, llamó á su hermano Fernando, le contó sollozando la determinación que había tomado su madre en su concentrada ira, y le suplicó fuese á traer al P. Salvador de capuchinos, confesor de la Marquesa, única persona á quien se le conocía ejercer algún influjo en aquella alma altiva, cuyo temple no cedía al del acero, y tan celosa de su autoridad de madre. Esta autoridad la habían hecho siempre respetable á sus hijos el juicio y la austeridad de la viuda la nobleza y dignidad de la señora, la entera consagración á los intereses de sus hijos de la madre, las virtudes de la cristiana.

—Sólo su confesor—decía Esperanza á su hermano,—sólo su voz, que es la de la Religión, podrá aplacar esta tormenta del alma, como el Salvador del mundo calmó la de las olas del mar.

Fernando aprobó el dictamen de su herma-

na, y para evitar toda intervención de criados en tan críticas circunstancias, fué en persona al convento, del cual volvió trayendo consigo al P. Salvador.

Era tan venerable el aspecto del religioso, en su tosco sayal y con su plateada barba, que hacía patente que no es en el oro ni en la seda en lo que resplandece más la dignidad del hombre.

Cuando regresó la Marquesa, ya el P. Salvador sabía que sobre aquella casa tan virtuosa y pacífica había caído cual un rayo el anatema materno, dejando su huella funesta, y conmoviéndola hasta los cimientos.

Al ver á su confesor, se sorprendió amargamente la Marquesa, tan exasperada ya; echó una mirada de indignada reconvención á sus hijos, y con la mano les hizo seña de salir de su presencia.

Cuando se hubieron alejado, dijo la Marquesa con aspereza al capuchino:

—Ha sido usted llamado, según presumo.

—Y bien, si así fuese..... — contestó el religioso.

—Creería que ha sido una inaudita insolencia en mis hijos la de quererme imponer un juez.

—No vengo como juez; vengo como mediador.

—¡Y qué! ¿Piensa usted por ventura con-

vencerme á que consienta en el monstruoso casamiento que intenta hacer mi hijo?

—Sabe usted, señora, que jamás he intervenido en los negocios temporales de su casa; menos mundano y más elevado es el interés que me trae.

—Ante todas las cosas, Padre, supongo está usted enterado de la enormidad de los proyectos de mi hijo, del escándalo de su conducta, de la insolencia de su emancipación. Siempre temí se portase según era de temer de su poco seso y de lo perverso de sus principios; pero que pensase, como intenta hacerlo, deshonrar á su familia, mancillar su nobleza, desafiar la opinión pública, manchar su estirpe y la de sus hijos, y hollar á sus pies, á los veintidós años, la voluntad de su madre, eso..... jamás..... no, jamás pude figurármelo!

—Su juventud de usted, santamente pasada en el retiro del convento—repuso el P. Salvador,—su carácter sentado, su feliz matrimonio, la han preservado de las pasiones; no las conoce usted, no gradúa su violencia, y así juzga sus resultados con demasiada severidad.

—¿Quiere usted disculpar desenfrenos y locuras?

—De ningún modo. Sólo advertiré, señora Marquesa, que nunca es la pasión más absoluta y decidida que cuando se halla hostigada con obstáculos despóticos, ni más arrogante

que cuando se la desprecia. La dulzura, la prudencia, alcanzan más con el tiempo que lo que pueden hacer de pronto el rigor y la intolerancia.

—¿Y es un ministro de la Religión, un juez en el confesonario — dijo con agria ironía la Marquesa — el que aconseja lenitivos hacia las pasiones?

— Porque lo soy, por eso lo hago, señora; y si no, ¿se arrodillarían muchos á nuestros pies? Marquesa — añadió con voz acompasada, pero firme, el director, — se ha conducido usted con violencia y con soberbia, aunque en lo que usted condena lleva razón, y en prohibirlo está usted en su derecho. Y así, su voluntad de usted se hará, su hijo partirá; no puede ni debe exigir usted más por ahora; pero retractará usted su maldición materna, dada con harta ligereza.

—¡Yo, yo!—exclamó la Marquesa, cubriendo sus pálidas facciones el carmín de la cólera. — ¡Yo retractarme un momento después de lo que hice un momento antes! ¡Yo humillarme á mis hijos! ¡Yo ceder á un rebelde insensato!..... Se chancea usted, Padre. Harto sabe usted que la veleidad no es culpa de que tenga que abochornarme.

—Pero ha de ser en esta ocasión virtud de que usted pueda gloriarse. Se lo he dicho á usted hartas veces, Marquesa; la humildad,

esa virtud tan pequeña, tan menospreciada, que, cual el diamante sin pulir, ni luce ni brilla, esa virtud es, no obstante, el guía más seguro para la perfección.

—Si la humildad exige de una madre bajarse y acatar á un hijo demente y aferrado en su demencia; si exige esta virtud que á él le dé su madre alas, en lugar de ponerle trabas, para correr á un precipicio..... señor, una buena madre renuncia á tal virtud.

—Pues mientras sostenga usted lo hecho—dijo el P. Salvador,—no podrá, bajo mi dirección, acercarse á los Santos Sacramentos.

—A bien—repuso con irritada altivez la Marquesa,—á bien que hay otros sacerdotes en Sevilla que mirarán el asunto bajo otro punto de vista, y no exigirán de mí una cosa que comprometa mi dignidad. Cese la causa y cesará el efecto. Predique usted esa humildad al hijo, en quien es más propia que en la madre.

—No soy director de su conciencia, señora; lo sabe usted.

—Pues tampoco lo es ya de la mía: no quiero dejar á ese indómito esa ventaja.

—Pues cesan aquí mis funciones—repuso sin alterarse el confesor.—Nuestro yugo es tan voluntario en el que lo lleva, que basta desear sacudirlo para soltarlo. Cuanto viene de Dios, viene acompañado del libre albedrío, para que el bien sea meritorio y el mal sin dis-

culpa. Por mí—añadió el recto consejero acercándose á la puerta,—no transijo con lo que me parece mi deber como director espiritual. Adiós, señora; tenga usted presente que si no cedo, es porque no debo, y que me lo impide mi conciencia; y que si usted no lo hace, es porque á ello la induce su obstinación.

Diciendo esto, saludó y salióse con paso lento; y cuando el último doblez del tosco hábito del capuchino desapareció en el quicio de la puerta, se oyó una voz ahogada que exclamó:

—¡Padre Salvador! ¡Padre Salvador! ¡Vuelva usted..... le obedezco!

La mujer religiosa había triunfado de sus pasiones: ¡la católica pisaba la cerviz de la serpiente!

Con esta exclamación había dejado caer la Marquesa su erguida cabeza sobre sus manos, y un torrente de lágrimas llenó por fin aquellos secos ojos.

El Padre Salvador volvió á entrar.

—¡Hija!—le dijo á la afligida madre con voz profundamente conmovida.—¡En esto hay más mérito que en un año de vida ascética y perfecta!

Al día siguiente, Carlos, absuelto, se alejaba de Sevilla, sacrificando con violento dolor su felicidad presente, pero firme en sus esperanzas para la venidera.

CAPITULO XVI

Un mes después de los sucesos referidos, reinaba en el cuarto de Elia, que poco há parecía el santuario de las flores, los cantos y la alegría, un profundo silencio. Las cortinas estaban cuidadosamente corridas en las ventanas, para interceptar la luz. El perfume de los nardos y jazmines estaba reemplazado por el sahumerio de la alhucema y azúcar; pomadas, cintas y flores habían cedido el puesto sobre el tocador á jarabes, píldoras y recetas. La Virgen de la Esperanza, advocación predilecta de la Asistenta, y San Antonio, santo de la devoción de María, se hallaban colgados á la cabecera de la cama. Sobre la cómoda había un Crucifijo, ante el cual ardía una vela bendita; bajo las almohadas de una camita blanca como una azucena asomaban los cordones de seda carmesí y oro de una bolsita con reliquias, que habían sido enviadas por las monjas. En fin, se observaba allí todo aquel

aparato católico que mira el desgraciado á quien le falta la fe, sin poder comprender que aliente en el peligro, sostenga en el dolor y dulcifique la muerte.

A la cabecera de la mencionada cama estaba sentada la Asistenta; frente de ésta, á los pies del lecho, D. Benigno, que alternativamente y lleno de solicitud fijaba los ojos, ya en la que yacía en la cama, ya en su señora, cuyo semblante abatido manifestaba sus vigilias y cuidados. Al otro lado de la cama estaba María, sentada en una silla baja y teniendo en la mano una caña coronada de tiras de papel cortado, para poder ahuyentar con ella cualesquier mosquito ó mosca que se acercase al sitio donde reposaba Elia. Esta yacía inmóvil en el lecho; los brillantes colores de la salud y de la juventud habían desaparecido de su semblante, y á cierta distancia se hubiese confundido la dormida niña con sus blancas sábanas, si en su cabello no tuviese dibujado el contorno de su pura frente. Caía aquél partido en dos largas trenzas por ambos lados, apareciendo así á una imaginación supersticiosa como los negros y descarnados brazos de la muerte, que ponía sus manos, como atrayendo una presa, sobre aquella cabeza inerte.

Este grupo que hemos descrito estaba lleno de profundo interés, formando contraposición con los que solemos imaginar para nuestro

consuelo, en los cuales los ángeles compasivos son los que velan sobre las miserias de la humanidad, siendo en el que pintamos, el ángel; el que era custodiado por tres seres que resumían en sí aquélla, personificando la Asistenta á la vejez, D. Benigno á la impotencia, y María á los achaques.

—Este es el sueño más largo y más tranquilo que ha tenido—dijo en voz baja la Asistenta.

—Seguramente—respondió D. Benigno, sacando su gran reloj;—cuarenta y tres minutos y medio.

—¡Si hoy es día de San Antonio!—exclamó María, abriendo las manos y extendiéndolas hacia la imagen del Santo con vehemente expresión de ferviente gratitud.

De ahí á un rato dijo la Asistenta, como si lo que dijese fuese el fruto de sus reflexiones anteriores:

—Carlos se ha ido, según me han dicho, ¡y ni siquiera se ha venido á despedir de mí! Pero ¡ni tampoco de mi pobre niña, á quien aparentaba querer tanto!..... ¡Ni de usted, don Benigno, que tanta paciencia tiene con él! ¡Quién lo hubiese creído! ¿Qué hierba han pisado los de esa casa? A ninguno veo sino á Fernando, que disculpa muy mal á su hermano, con la premura de su salida. ¡Y esa cuñada mía, más dura que una roca, más cruel que

el rey D. Pedro....., después de ponerme mi niña á morir, no venir á verla! Pero ¡ni siquiera enviar un mal recado! ¡Esto pasa de castaño obscuro! Si halla usted á esto todavía palabras de disculpa, D. Benigno—¡y qué bien le viene á usted el nombre! ¡Ni que le hubiese bautizado á usted Zacarías!—si le halla usted disculpa, dígole á usted, D. Benignísimo, como decía mi Carlos, que es usted capaz de levantarle un altar á Herodes.

En este momento abrió Elia sus hermosos ojos, y los fijó con una indecible expresión de dulzura y gratitud en las personas que la rodeaban.

Don Benigno se levantó con estrépito, y fué á correr un lado de la cortina, por el que entraba un rayo de sol.

María se apresuró á extender y estirar los faralaes de las sábanas, y la Asistenta tomó la mano de la enferma, observó su calor, sus pulsaciones, y puso su mejilla sobre la frente tersa de la enferma.

—¿Cómo me será dado—dijo Elia con débil voz—agradecer tantos beneficios? ¡Un solo corazón no basta; una sola vida no alcanza!

—Calla—respondió la Asistenta, poniéndole la mano sobre la boca,—calla, tontilla. Nosotros somos los que tenemos que agradecerte á ti que no te hayas muerto, y que te estés restableciendo á toda prisa tomando tus

jaropes y tus bebistrajos de la botica como una buena y dócil niña que eres. Pues, hija mía, si tú faltases, ¿habría sol en esta casa, flores en el jardín, ni consuelo para nosotros? Ahora, corazón mío—añadió después de un rato la Asistenta,—me voy á la catedral á oir la misa que ofrecí á la Virgen de los Reyes si te ponías buena. Son las diez, y la misa se dice á las once. ¡Adiós, gloria mía! María, cuéntale un cuento, y tenla entretenida hasta mi vuelta.

Cuando la Asistenta y D. Benigno hubieron salido, se hallaron Elia y su ama por primera vez solas desde la mejoría de Elia. Esta fijó sus ojos por largo tiempo en los de María, y en la suave languidez de su mirada había una súplica que no se atrevían á pronunciar sus labios ni aun ante su ama.

La agudeza de María comprendió luego esta muda pregunta que aguardaba y temía, porque no quería supiese Elia la partida de Carlos, la que María desaprobaba altamente. Por otro lado, temía la supiese á la primera ocasión por la Asistenta, que nombraba continuamente á sus sobrinos. Saberlo así de repente por la señora, podría sobresaltarla y ser causa de varios males. Tomó, pues, María un medio indirecto para dar de una vez, y con la misma mano, la herida y el bálsamo.

—Voy á contarte un cuento—dijo,—según me lo ha mandado la señora.

Y principió en estos términos:

«Había una vez una pastorcita tan buena, tan preciosa y tan cristiana, que era un hechizo. Guardando un día sus ovejitas por unos parajes muy solitarios y desiertos, llegó á un vallecito más fresco y verde que una maceta de albahaca. En medio de muchas florecitas silvestres, que parecían querer enterrarla entre ellas, notó unas ruinas, cuyos paredones estaban tan tristes como el que no puede ni vivir ni morir. En el que más descollaba y que aún estaba en pie, gracias á un ciprés que había crecido á su espalda como para sostenerlo, vió en un nicho una imagen de la Señora. Sus vestidos, que habían sacudido los vientos y empapado los aguaceros, estaban descoloridos y hechos jirones.

»Nada adornaba el nicho sino unos pabellones de telarañas y una rama de hiedra, que entreponía sus hojitas entre el temporal y la imagen. La pastorcilla se puso á llorar amargamente, diciendo:—¡Ay, Madre mía, Madre mía! ¡Qué sola y qué abandonada estáis! ¡Qué dolor, qué dolor que la Reina de los cielos esté tan desatendida en la tierra! ¡Quién fuera rica para volver á levantar esta capilla y restablecer aquí vuestro culto! ¡Quién tuviese siquiera lo necesario para compraros un vestido!—Y la pastorcita, no pudiendo hacer otra cosa, se puso á limpiar el nicho, y lo rodeó

con guirnaldas que hizo con las florecitas del campo; y todos los días, mientras sus ovejitas pastaban en aquella abundante pradera, ella hacía guirnaldas frescas para adornar el nicho de la Virgen, y enseñaba á los corderitos á doblar la rodilla ante la imagen.

»Sucedió que un príncipe muy hermoso, volviendo un dia de caza, llegó al vallecito, y cuando vió á aquella pastorcita tan bella y tan buena, se enamoró perdido, y le dijo se quería casar con ella. Pero la Reina, que era más orgullosa que el mismo Lucifer, no quería para nuera una pastorcita hermosa y santa sino una princesa, más que fuese más mala que Barrabás y más fea que yo. Y así, para desatarlo de esos amores, envió á su hijo con una embajada á un vecino reino. El hijo, que era obediente por demás; ¡sí..... *por demás!*—repitió María, apoyando sobre el *por demás*—cumplió lo mandado; pero volvió muy luego más enamorado con la ausencia, como al amor firme compete, y se casó con la pastorcita tan real y santamente como yo me casé con el maestro de escuela; y la pastorcita, á quien la Virgen había hecho feliz y rica en recompensa de buena devota suya que era, le labró de nuevo la capilla, como se lo había ofrecido.» Y se acabó mi cuento con pan y pimiento, y un granito de sal; no lo cuento más.

—No, María—dijo Elia con triste y débil

voz, mientras sus lágrimas rodaban incesantes por sus escuálidas mejillas, porque había comprendido á su ama y supo que Carlos había marchado;—no es así el *ejemp o;* que yo lo sé mejor. Tú lo has mudado á tu antojo y hecho *cuento*. La verdad es que la infeliz pastorcilla nunca más vió á su hermoso príncipe. Lo que sí sucedió fué que una noche oyeron los pastores unos quejidos; se acercaron, y al entrar en la choza de la pastora que estaba entre las ruinas, la hallaron tendida sobre la paja mojada, porque había llovido, y su cabecita caía sobre la dura tierra; y al verla tan mala, fueron corriendo á avisar á un convento, y salieron á socorrerla al punto dos religiosos. Cuando se acercaron á la choza, vieron una claridad muy grande, y pensaron que estaría ardiendo. Pero cuando entraron en ella, vieron unos mozos cuyas túnicas blancas resplandecían tanto, que causaban aquella claridad. Cerca de la pastorcita estaba una señora muy hermosa, reclinada, y le había levantado la cabeza y apoyádola sobre su pecho, y cuando entraron vieron á la pastorcita sonreir, suspirar y morir. Entonces la hermosa señora hizo seña á aquellos bellos mozos, que se acercaron, la cogieron entre sus brazos y se la llevaron consigo al cielo, porque eran los ángeles y la VIRGEN DE LAS RUINAS, y ésta se volvió á su nicho para ganar más almas al cielo. Esta es la verdad. María: tú todo

lo has echado á perder con traer un príncipe. ¡Oh! ¡Dichosa pastorcita, María, que nunca partió su corazón, y tan entero se lo guardó á Dios y á María! Yo, ama mía, me iré á un lugar en que purifique mi alma, y me haga digna de tal suerte!

Elia levantó los ojos hacia la imagen de la Virgen, y sus lágrimas se secaron, como si lágrimas mundanas no tuviesen cabida en el cielo. María, al contemplarla tan ideal de belleza y tan sublime de santidad, se volvió hacia la imagen de la VIRGEN, por haberse imaginado que esta Señora bajaba sus miradas al encuentro de las que Elia levantaba.

CAPÍTULO XVII

La pobre María, cuya energía moral había vencido su debilidad física, como le sucede á toda mujer que ama, percibió al tranquilizarse su espíritu con la mejoría de Elia, que había abusado de sus fuerzas. Habíanse éstas agotado á punto de obligarla á guardar cama.

Su cuarto estaba situado en un entresuelo debajo del de Elia, y, como éste, daba al jardín.

Aquel día se había levantado María; sentada frente de la ventana y con la mano en la mejilla, miraba, sumida en tristes cavilaciones, al cielo azul en que resbalaban algunas altísimas nubes, blancas y puras como todo lo que se eleva en la tierra. Los jazmines que se enredaban en las rejas de las ventanas, mecidos por el aire de la tarde, parecían llamar con sus deditos blancos á los cristales, como convidando á María á que abriese éstos y gozase de su fragancia. La dama de noche, que no quiere luz ni ruido, aguardaba á que se acabase de poner

el sol y callasen los pájaros, para extender su fragancia á la noche. Los cipreses, á los que se acogen legiones de pájaros como á un sagrado, estaban hechos unas verdes torres de Babel. Las cañerías de los estanques, destapadas, daban paso á alegres borbollones de agua, que salían como chiquillos de la escuela, para ir á alegrar, como aquéllos, el cuadro que era su paradero.

—Y bien, María—dijo Pedro al entrar, trayéndole una taza de caldo; —¿cómo vamos? Como siempre, supongo: ¡el mal por menor, las quejas por mayor!

—Como usted está bueno y sano como una manzana—respondió María,—y tiene la cara como la luna de Enero..... ¿qué sabe usted de males? Míreme, y verá si los tengo sellados en esta cara de desenterrada!

—Y también..... ¿por qué no se cuida usted?—repuso Pedro.—¿No hubiera podido estar bien cuidada la niña sin usted matarse? ¿No había acaso quien la cuidase?

—Nadie como yo, Pedro.

—Fantasías de enfermera—contestó éste.—Las señoras mujeres se figuran en su alta sabiduría que no hay sino ellas para ciertas cosas.

—Sí, Pedro, sí; y son aquellas que necesitan una consagración absoluta, un amor infinito.

—Pero, mujer de Dios, ¿no queremos todos á la niña como á nuestro corazón?

—Todo el mundo podrá quererla; pero nadie como yo, que la he criado. Usted no sabe lo que es criar una criatura á sus pechos, Pedro.

—Lo que sé es que siempre andan ustedes buscando razones para querer más y mejor.

—Pedro—dijo María;—usted, que tiene tantos cuentecillos necios que sacar en prueba y apoyo de sus majaderías, oiga usted un sucedido para que sepa lo que es alimentar una criatura á sus pechos.

«Había una mujer tan dada á los vicios, tan liviana y codiciosa, que su corazón se hizo duro y frío como el metal que era su ídolo. Cuando esa desalmada paría, iba á su ventana, que daba á un río, y arrojaba por ella lo que daba á luz.

»Si alguna vez por Cuaresma entraba en sí, iba á confesar y lloraba sus culpas; pero era tal su perversidad, que á poco reincidía en ellas.

»Habiendo vuelto en una ocasión al confesonario, y viendo el Padre hasta qué punto eran poco estables los buenos propósitos en aquella perdida, le mandó que si alguna vez era tentada de volver á cometer semejante iniquidad, antes de ejecutarla diese de mamar á su hija. La mujer obedeció: la primera vez

que volvió á parir dió el pecho á su criatura, fué en seguida á la ventana para echarla al río; pero..... Pedro, ¡no pudo! La estrechó sobre su corazón, deshecha en lágrimas, se hizo madre, y volvió á la virtud.»

Oyéronse en este momento unos golpecitos dados á la puerta, y Pedro se escabulló.

—¿Quién es?—preguntó María.

—Quien no será—contestó una voz conocida.

—¿Usted, comadre Catana?

—Servidora de usted.

—De Dios lo sea usted por muchos años.

—Este Señor guarde á usted—dijo entrando el ama de llaves de la Marquesa.

—Venga usted con Dios, comadre—repuso María, queriendo levantarse para ir al encuentro de su visitadora.

—¡Quieta, quieta!—dijo ésta agarrando á María por los brazos y forzándola á volverse á sentar.—El mejor de los cumplidos es no hacer ninguno. ¿Conque ha estado usted mala?

—¡Ay, comadre! He pasado las noches en un potro y los días en un ay.

—¡Ya! ¡Ese solano maldito!

—No, comadre, no; el solano y yo nos llevamos bien.

—¿Acaso será ese viento de la mar, más húmedo que las olas de entre las que sale?

—Tampoco; ese viento de la mar ahuyenta al Norte, que es mi verdugo.

—¿Pues qué es, comadre?

—Comadre, la fe de bautismo.

—De ese color, amiga mía, todas tenemos un vestido.

—El color será el mismo, señora, pero no la tela. La de mi saya está averiada.

No era, no obstante, según lo indica este coloquio, sólo el interés por la salud de su comadre el que traía á verla á la señora Catana. Había ésta visto con asombro la desunión de las cuñadas, tan unidas hasta entonces; la repentina marcha de Carlos, la enfermedad de Elia: notó el coincidir todos estos eventos á un tiempo, sin haberse traslucido lo más mínimo acerca de las causas de estos trastornos, en aquella casa tan austeramente reservada. Venía, pues, á ver si algo sonsacaba á María, sabiendo por notoriedad que nada le ocultaba su señora. Pero para sonsacar algo á María era preciso mucha maña, porque era igualmente notoria la discreción de la fiel criada. Así fué que Catana entabló la conversación tomando el punto de partida el más distante del objeto que la traía.

—Comadre—le dijo;—vengo á que me diga usted cómo hace el *budín* de naranjas, porque mi señora siempre me está echando en cara que usted lo hace mejor que yo.

María se halló sumamente lisonjeada de un triunfo tan palpable como lo hacía el ser reconocido por su competidora; se sonrió con más satisfacción que Apolo cuando triunfó de Marsias; pero mucho más generosa que el dios, en lugar de desollar á su competidora, le contestó:

—La Marquesa me favorece demasiado. Esto será aquello de «sol de casa no calienta». Ese es el *budín de mi niña*, como le llama la señora mía; y le diré á usted cómo lo hago. Al zumo de nueve naranjas se le echa una libra de azúcar molida, que antes se deslíe con una docena de yemas de huevos frescos y dos cucharadas en colmo de flor de harina de la superior: se tiene preparado un molde de hojalata, untado con manteca de Flandes, que se derrite acercándolo á la lumbre para que no quede sin percibir la manteca ninguna parte del molde; de lo contrario, se le pegaría la masa. Se pone en el baño de María á que cueza, tapándolo con una cobertera de lata con ascuas, que se renovarán si se apagan (1).

Catana dió las gracias á María por la minuciosa receta, y le dijo en seguida:

—¿No sabe usted nada de nuevo, comadre?

—¿Qué quiere usted que sepa—contestó

---

(1) El gran Dumas ha dado en una de sus obras una receta de tortilla; séanos permitido poner una de *budín* en boca de un ama de llaves.

María, — metida aquí entre cuatro paredes como un pollo en su cascarón? No veo sino á Pedro con quien poder hablar algo en razón, y éste nada dice, porque como es tan desvergonzado, asegura que decir una cosa á una mujer es dar dos cuartos al pregonero.

—¿Sabe usted, comadre — dijo Catana — que el cocinero francés de la señora Condesa, que tiene más humos que un grande de España, se despidió días pasados porque dijo no eran aquí las carnes cebadas, que era rancia la manteca de Flandes y flacos los pollos? Pero la Condesa añadió diez á los veinte duros que le daba de salario, y se ha dignado quedarse.

—¡Vaya con el señor Príncipe de las cacerolas! — repuso María. — Mi señora dice que no le gustan sus guisos y que no sabe asar un pavo.

— Pero, comadre, aquí que nadie nos oye, ¿no es una verdadera desgracia que las señoras, que siempre se han llevado tan bien como los dedos de las manos, se hayan indispuesto?

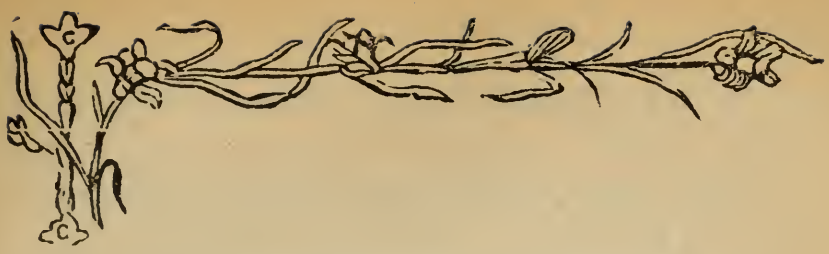
La fisonomía de María, hasta allí tan abierta y tan complacida por su reciente triunfo, que la colocaba en una altura de la cual miraba de arriba abajo al discípulo de Carême, mudó de expresión al oir estas palabras, reemplazándola su habitual gesto avinagrado.

— Lo que ha motivado esta desavenencia — prosiguió Catana — es un misterio hasta para

los más antiguos y fieles de la casa. Apuesto á que la señora Asistenta no ha sido tan reservada con usted, y que usted no ignora nada de lo que debe haber acaecido. ¡Mire usted que es cosa desairada, después de tantos años de estar en la casa, verse una tratada como una extraña, y no saber qué contestar cuando le preguntan!

María no despegó sus labios al pronto. Al fin contestó:

—Comadre, si usted desea saber algo que me concierna, le abriré mi corazón de par en par como á amiga; pero en tocando á cosas de mi señora, perdone usted que calle; porque mis faltas tendré, pero leal soy como el oro, fiel como el peso, y de fiar como el sello.



CAPÍTULO XVIII

Algún tiempo después, en el cuarto de Elia estaban ésta y la Asistenta sentadas frente á frente, delante de una mesa cubierta de primores que la señora había mandado comprar para su niña, cuya inmensa tristeza se notaba al través de los profundos esfuerzos que hacía la infeliz para ocultarlo. Elia estaba más hermosa que nunca, porque las primeras lágrimas que derrama una mujer, si bien apagan en sus ojos la abierta y graciosa mirada de la niñez, inauguran en ellos la sentida y elevada ojeada de la juventud; son como el pedal que apaga y suaviza las melodías que brotan del corazón; forman un velo de gasa, que se interpone, sin ocultarla, entre la mujer y los ojos que la miran.

Discutían la Asistenta y María, que estaba sentada sobre una silla baja, el capítulo de la salud.

—Por cierto, María—decía la Asistenta, —que si le damos á Elia caldo de pollo, como le

mandaba D. Narciso, que todo lo cura por empacho, las lía.

—Dice que la dieta acaba con el mal—observó D. Benigno.

—Y también con la persona—repuso la Asistenta.—Son estos hombres que curan á lo nuevo como aquel que por matar á una mosca en la frente de su vecino le dió tal mazazo, que le mató á él.

—¡Y á buena parte venían con eso!—dijo María.—¡Á mí, que hacía el caldo! Sobre que el que quedaba al día siguiente estaba hecho jalea, sin necesitar para cuajarla, de nieve, como la necesita el Príncipe de las cacerolas de la señora Condesa.

—Y ahora que estás restablecida, niña mía—dijo la Asistenta,—es preciso que vuelvas á estar como lo estabas antes, alegre y contenta; porque no veo motivo para que te dejes ir á esa tristeza en que estás sumida. ¡Si al menos me fuera dado atinar con lo que pudiera distraerte!..... ¡Ah!—prosiguió, dirigiéndose á D. Benigno.—¿Dónde está aquella carta que llegó cuando la gravedad de la niña, y le dije á usted de guardarla? Ahora que me acuerdo, tráigala usted, que puede le sirva al alma mía de distracción.

Era preciso ser tan cándida y falta de malicia como lo era la Asistenta, para no apercibirse del embarazo y de la emoción que pro-

dujeron sus palabras en las personas que la escuchaban; las tres callaron.

—¿He hablado en griego?—dijo después de unos instantes la señora.

—Era tal la confusión en aquellos días—respondió María, al ver el vivo carmín y la expresión de angustia que se pintó en el rostro de Elia—que es positivo que perdería D. Benigno la carta.

—¡Don Benigno perder una carta!—exclamó la Asistenta.—¡Vaya una proposición! ¡De tal cabeza, tal sentencia! ¡Parece que le conoces de ayer mañana, Maruja! ¿No es verdad que no la ha perdido usted, D. Benigno?

—No, señora; no la he perdido — contestó éste, demasiado honrado y verídico para ayudar á María en su estratagema.

—¿Pues por qué no va usted á buscarla?—preguntó la Asistenta.

—Señora—contestó D. Benigno perturbado,—temo le sea perjudicial á la niña aplicar la vista á una letra tan confusa que apenas se entiende el sobre.

—Usted se la leerá como me lee á mí las mías—repuso la Asistenta.

—Pero.....—opinó María con una sonrisa que procuraba hacer alegre y chancera, y que más parecía una mueca;—pero, señora, la señorita podrá tener sus secretillos que no quisiera ver descubiertos!

—¡Secretos!..... ¡Y para conmigo!—exclamó la Asistenta, mirando á Elia con sorpresa.

Y notando el vivo color de sus mejillas y la alteración de sus facciones, añadió:

—Bien está. No hablemos más de la carta, ya que contiene secretos.

—¡No, no los quiero tener!—exclamó Elia—Pesarían á mi conciencia como una culpa; á mi corazón como una ingratitud. D. Benigno—añadió—suplico á usted que traiga la carta.

Don Benigno quedó inmóvil y miró á María como el molinero al viento. Esta tiraba de las faldas á Elia, diciéndole á media voz:

—¡No es sazón de eso, Elia! Deja que vuelva; no tienes quien te sostenga.

—Traiga usted la carta, D. Benigno—dijo en voz grave la Asistenta.—Hace bien Elia en no ocultar nada á su madre, y encuentro extraño, por cierto, que haya quien de ello quiera disuadirla.

Don Benigno obedeció al punto, y volvió con la carta, que entregó á Elia; ésta, sin abrirla, la puso en manos de su madre.

—¿Sabes, pues, de quién es?—le preguntó ésta.

—No—respondió Elia;—pero lo sospecho.

La Asistenta abrió la carta, se puso sus espejuelos, y leyó:

«Elia, una voluntad despótica, un deber tiránico, me obligan á partir, sin dejarme ni

el triste consuelo de decirte adiós, esa dura palabra que precede á la ausencia y á la muerte; sin dejarme renovar con la voz del corazón los juramentos que estampo aquí con mi sangre! Mía has de ser ante el mundo y los hombres, como lo eres ya santamente ante Dios y los ángeles, desde el día en que, tomándolos por testigos, puse en tu dedo el anillo de oro, símbolo de la eternidad.

»No te arredren ni perturben reprobaciones que no pueden alcanzarte, que la razón hará impotentes y acallará el tiempo, así como te probará mi amor infinito y mi constancia sin término.—*Carlos.*»

Imposible es explicar cómo se fueron sucediendo en la móvil fisonomía de la Asistenta, que jamás pudo ni quiso ocultar ninguno de sus sentimientos, á medida que iba leyendo la carta, las diversas expresiones de sorpresa, de espanto, de desagrado y de dolor.

Al concluir la carta, escapó ésta de entre sus manos, que cruzó y levantó al cielo, dejándolas caer en seguida sobre sus rodillas al echarse atrás en su butaca exclamando:

—¡Jesús María!

Siguió á esto un grande silencio, que nadie se atrevió á interrumpir, pues estaba la señora tan absorta en sus reflexiones, que ni notaba los desgarradores sollozos de Elia.

Gruesas lágrimas caían por las escuálidas

mejillas de María, que miraba á su hija querida con una expresión de amor y lástima tal, que en ellas parecía fundirse su alma. D. Benigno fijaba la vista en su señora con ansiedad y angustia.

—¡Conque por eso fué!.....—dijo después de este largo silencio la Asistenta.

Y en seguida calló.

Pero Elia, que la había comprendido, acabó la frase.

—Sí—dijo,—por eso fué que la Marquesa vino, como debió hacerlo, á desengañarme é impedir que mi ignorancia abusase del cariño y desprendimiento de su hijo; y fué delicadeza de su proceder el poner el *no*, que debía volver las cosas á su lugar, en la boca que al pronunciarlo no ajaba á la persona que lo recibía. Ya ve usted, madre mía, que hizo lo que competía á la buena y noble madre de Carlos y á la señora generosa que se interesaba por mí. Así es, que queja de usted hacia ella sólo puede fundarse en haber ignorado las causas de su proceder. ¡Si supiese usted, madre mía, cuál es mi dolor y mi remordimiento al ver desunida por mi causa á la noble familia que amo y venero, á la que tanto debo! ¡Oh, madre!..... ¡Oh, señora!—añadió echándose á sus rodillas.—Yo suplico á usted, como suplicaría á Dios por la gloria, que se reconcilie con su hermana. No sea yo como la serpiente que am-

paró el generoso leñador, y vierta cual ella veneno en el pecho que la abrigó. Haga su corazón de usted justicia al de la digna madre que vela sobre la honra de su casa y de su estirpe ahora, como veló sobre la cuna de sus hijos, apartando siempre peligros que no veían los ojos que entonces cerraba el sueño y que ahora ciega la pasión. Perdone usted á su justo recelo; si tuve yo el baldón de la enemistad, tenga el lauro de la reconciliación.

—¡No!—respondió la Asistenta.—Perdono el mal que se me hace, pero no perdono el que se hace á las personas que quiero. Disculpo todo, menos la dureza de corazón. Sin consultarme....., contra toda mi voluntad....., vendió un secreto que no era suyo. Y después de ponerte á las puertas del sepulcro, no se ha movido ni su corazón ni su conciencia siquiera á informarse de ti. Esto no es sólo una falta á mí, es una falta de caridad; ¡y la caridad es la llave del cielo! Levanta, hija mía—añadió, asiéndola de las manos,—y no vuelvas á tocar á este punto, si no quieres incomodarme; en la inteligencia de que mientras más humilde, más desprendida, más dulce te veo, más dura, más egoísta me parece ella: así logras lo opuesto de lo que pretendes.

Volvióse á sumir después de haber dicho estas palabras la Asistenta en sus dolorosas meditaciones.

Eran éstas amargas.

—¡Y yo que nada he notado!—se decía.—¡Es imperdonable! ¡Ciega! ¡ciega, como el día que nací! ¡Un Orrea, un descendiente del rey D. Pedro! ¡No puede ser! ¡Oh! ¡Dios sabe si tendría Inés razón!..... ¡Si habría sido la hija mía más feliz en su convento! ¡Si la habré labrado su desgracia! ¿Es, pues, posible que el bien haga un mal? ¿Que dañen la bondad por demasía, el cariño por exceso?

Estos dilemas tenían confusa y absorta á la Asistenta.

—Don Benigno—dijo al fin,—usted que ha estudiado, explíqueme en qué consiste que las gentes que se guían por la prudencia y la razón atinan por lo regular mejor en hacer el bien, que no aquellas que se dejan guiar ciegamente por su corazón.

—Señora—contestó D. Benigno,—en mis estudios, que no fueron muchos, no me acuerdo haber hallado nada que esto explique; pero, á mi corto entender, paréceme que es porque la esfera de la prudencia es el mundo y la del corazón es el cielo, y porque, como dice el Evangelio, no se puede servir á la vez á dos amos.

CAPÍTULO XIX

El conocimiento que adquirió la Asistenta de la mutua pasión de los dos seres que más amaba en este mundo, había sido un golpe terrible para ella. Resultaba del incesante combate que sostenían su cariño y su razón, así como de la amarga inquietud que le causaba la idea de que su imprevisión había dado margen á esta desgracia que hubiese podido evitar, atendiendo á los prudentes consejos de su hermana, una perenne lucha en el ánimo, hasta allí tan tranquilo de la señora; un incesante malestar que gastaba sus fuerzas morales; á lo que se agregaba el vacío que sentía en su corazón y en su vida con la separación en que vivía de toda su familia, pues Clara había ido á Cádiz á tomar los baños de mar. Influyó este estado de sufrimiento en su salud.

En vano engordaba Pedro pavos con nueces; en vano se esmeraba María en poner en práctica todas sus recetas de las más exquisitas

golosinas. Su ama, tan alegre y buena vividora, no comía; de noche, la doncella que dormía en el cuarto de junto al de la señora la oía suspirar é inquietarse en su desvelo, y por la mañana volvía mucho más tarde de la iglesia.

Fernando, que nunca había dejado de visitar diariamente á su tía, á quien amaba con la ternura que por ella tenían todos sus sobrinos, consultó con el facultativo acerca del decaimiento que se notaba en la señora, y éste opinó por el suave beneficio de la mudanza de aires. Había refrescado el tiempo con las largas noches de Octubre, y le fué fácil á Fernando persuadir á su tía á que emprendiese, antes de lo que solía hacerlo, su viaje al campo, que debía igualmente aprovechar á Elia, que seguía aún macilenta.

Emprendióse el viaje, pero faltándole aquella alegría y bienestar con los que se hacía otras veces, como si le faltasen á la primavera sus flores y sus pájaros.

Se apearon en la venta que se hallaba en el camino, en la que los aguardaba, como siempre lo hacía, el cura, que salía á su encuentro. ¡Recuerdos dolorosos despertó esta vez la pobre venta en todos los que en ella se reunieron! Allí era donde diez y siete años había trajo el cura á aquella desamparada criatura, que ni aun voces tenía para pedir piedad. Y

allí fué donde halló una caridad tan grande, que en su exceso le había quizás de ser más perjudicial que la escasa y seca de los que la practican por oficio. Allí había sido arrancada á su humilde suerte; pero ¿era esto un bien? ¿Era un mal?

Guardaban todos sumidos en sus reflexiones un triste silencio, cuando se oyó un repentino rumor. Las gentes de la venta se arrojaron hacia la puerta y se les oyó repetir:

—¡Castro! ¡Castro!

—¿Qué es eso? ¿Y quién es ese Castro?—preguntó la Asistenta.

—¿No ha llegado el nombre de Castro á sus oídos?—contestó el cura.—Es el nombre de ese implacable oficial encargado en la persecución de ladrones.

—¡Señora—exclamó María, precipitándose en el cuarto,—son soldados; han venido á las manos con los ladrones, y traen consigo á los heridos! ¡Jesús, señores, qué espanto! ¡Vámonos!

El cura se levantó para salir.

—¿Dónde va usted, señor?—preguntó angustiada la Asistenta.

—A socorrerlos, señora—contestó el cura.

Salió, y María se apresuró á cerrar la puerta, para ocultar á su señora el terrible espectáculo de que iba siendo teatro la venta. Entraban bruscamente los soldados, dando golpes

con la culata de sus fusiles, descargando en el suelo heridos y moribundos, que no se quejaban; las mujeres gritaban, los caballos relinchaban y pateaban, y sobre todo el tumulto se hacía oir la voz fuerte de mando del comandante.

—¡Vámonos, vámonos—exclamó la Asistenta sobrecogida,—puesto que aquí nada podemos hacer ni aliviar!

—Aguarde vuecencia á que hayan entrado y dejado el paso libre—respondió María, que se había asomado á la ventana, y pálida y temblando acechaba el momento en que les fuese posible alejarse de aquella terrible escena.

Al cabo de algunos instantes se abrió la puerta, dando entrada al cura.

Al través de la serenidad habitual de su semblante penetraba una profunda emoción. Se acercó á la Asistenta, diciéndole deseaba hablarla reservadamente, y habiéndose retirado con ella á un lado, le dijo:

—Señora, á dos pasos de aquí está el padre de Elia; está expirando, me ha reconocido, y en este instante supremo me pregunta por su hija. ¿Cumpliré con mi deber si se la oculto? ¿Le arrancaré á un moribundo su último consuelo? ¿Sería mi silencio la causa que impida á una hija el cerrar los ojos á su padre, y evitará mi ocultación la posibilidad de que su presencia haga brotar los suaves sentimientos

que puedan alzar á Dios el corazón de un criminal y preparar su alma á no morir en la terrible impenitencia final?

La Asistenta quedó aterrada.

—¡Mi pobre niña!—exclamó con vehemencia.—¡Eso la mataría! ¡No, no, no consiento en ello! ¿Qué obligación tiene hacia aquel que tantos lazos rompió al abandonarla? ¡No, no, que no lo sepa! ¡Aléjese usted, aléjese usted!

—Señora—dijo el cura,—considere usted que no tiene el derecho de interponerse entre padre é hija. Dígala usted lo que ocurre, y que decida ella lo que debe hacer. Hay circunstancias, señora, tan delicadas y de tan insondable trascendencia, que intervenir en ellas es asumir sobre su cabeza una inmensurable responsabilidad.

La Asistenta cayó abismada sobre un banco.

Elia, al notarlo, corrió hacia ella.

—¿Qué es eso, madre mía?—exclamó.—¿Qué sucede?

—No hay momentos que perder—dijo el cura.—Elia, tu padre está aquí y está expirando.

Al oir estas palabras, dió Elia un penetrante grito y se precipitó fuera del cuarto; el cura la siguió, y cuando la Asistenta, trémula, fuera de sí, la alcanzó, y cuando llegó, sostenida por Fernando, la halló de rodillas, divina como la Caridad, sublime como el valor cris-

tiano, hermosa como el deber filial, sosteniendo con sus blancas faldas una cabeza obscura, ensangrentada, terrible, que habría causado repulsión á un valiente, apretando sobre sus puros labios una mano negra, dura, manchada por el crimen, cuyo contacto hubiera rechazado el verdugo.

El bandolero, moribundo, había abierto sus ojos, y los había fijado en aquella celeste aparición.

—Esta es—le decía el cura—vuestra pura é inocente hija, que viene á enseñarle la clemencia de Dios y el camino del cielo.

—¡Serafín que Dios me envía á la hora de la muerte—dijo el moribundo con lentas palabras y apagada voz,—como la esperanza....., como la misericordia....., para que en ellas confíe....., ruega á Dios por el perdón que imploro! Dios oirá tu voz, porque tú has oído la suya, cuando dice: «Honra á tu padre y á tu madre», y no exceptúa á ninguno.

Apretó la mano al cura, y expiró.

Elia fué llevada al coche, que partió al galope.

—¡Ah!—decía María, prodigando á la anonadada Elia sus cuidados.—¡Qué imprudencia! ¡Qué crueldad! ¡Qué barbarie! ¿Cómo ha podido el cura hacer semejante atrocidad?

—María—repuso la Asistenta, hecha un mar de lágrimas,—no juzguemos las cosas que creen deber hacer los sacerdotes. Si en lo que

han hecho han atinado, nuestro juicio es una temeraria calumnia; si han errado con buenos fines, es una atrevida censura que no nos compete. ¿Quién te asegura, lo que en tus cortos alcances no puedes comprender, si acaso no habrá salvado un alma?

El cura y Castro quedaron solos en el cuarto de la venta, en donde este último aguardaba los auxilios que había mandado pedir á Sevilla.

Había volado la tarde tras del sol, y llegado la noche con su silencio.

Estaban sentados ambos frente á frente en una mesa en que ardía un velón, cuya llama se mecía inquieta y vacilante, como si le fatigase su impotencia á rechazar todas las tinieblas de aquel recinto. Arrojaba, empero, sus luces de lleno sobre la venerable y blanca cabeza del cura, mientras que la cabeza inquieta y severa, de crespa cabellera negra, de Castro, quedaba en la sombra que hacía la pantalla del velón. Estas dos figuras, la del hombre de paz y la del hombre de acción, que eran el apóstol del poder divino, y el ministro del poder humano, formaban así un marcado contraste, teniendo uno en su sencillo traje negro á su lado un breviario, y el otro en su abigarrado vestido militar al suyo unas pistolas. Levantábanse á menudo, el cura para velar á los heridos, Castro para asomarse á la ventana, por observar si en el silencio de la noche no le anunciaría algún

ruido la llegada de los socorros que aguardaba, ó alguna sorpresa hostil de los bandidos por libertar á su jefe, que no sabían era muerto.

Dijo al fin el cura á Castro:

—Lleva usted una vida bien fatigosa. ¿No quiere usted dormir un rato?

—Es preciso—contestó éste—que unos velen para que otros puedan dormir tranquilos.

—Pero..... ¿no apetece usted á veces el descanso?

—¡No hay descanso para mí!—respondió amargamente Castro.

—Señor—dijo el cura con suave sonrisa;—esa queja no existe sino en boca de los réprobos.

—Ó de los desesperados—repuso Castro.

—No hay dolor sin consuelo, señor de Castro, en un alma cristiana.

—Sí, señor, existen dolores que dejan el alma sin consuelo, y sin más que una necesidad y un placer.

—¿Y es éste?.....—preguntó el cura.

—¡El de vengarse!—contestó Castro.

—¡Ojalá hubiese usted dicho el de perdonar!

—¡Cuán fácilmente pronuncia la boca esa palabra, señor cura!

—Señor de Castro, cuando la boca tiene la fuerza de pronunciarla, el corazón no la desmiente.

—¿Y cree usted, señor cura, que, según lo desea, todo se pueda perdonar?

—¡Sin excepción!

—Pues dígame usted cómo se perdona lo que le voy á referir—dijo Castro;—y si halla dable el hacerlo, bórrese de la lengua la pabra imposible. En un viaje que hice recién casado con una mujer que amaba con tanta pasión como ternura, fuimos asaltados por bandidos que se apoderaron de ella y de mí después que hube disparado dos pistolas, una de cuyas balas mató al que más de cerca me amenazaba. Furiosos por esto, me ataron á un árbol con las correas de los caballos del carruaje, encadenaron mis manos, y pusieron una mordaza á mis labios. Entonces trajeron á mi mujer, que asesinaron ante mis ojos, después de cubrirla de todos los oprobios; la vi rodar á mis pies, en las angustias de la deshonra y de la muerte; vi fijarse en los míos sus ojos moribundos, pidiéndome auxilio en su agonía; conté sus suspiros y gemidos; la vi morir abandonada del universo; ¡y yo estaba allí!!! ¡Estaba allí..... sin poder socorrerla ni desviar mis ojos de aquel cuadro aterrador! Mis miradas eran la única y última prueba de cariño que podía darle. ¡Su sangre vino á mojar mis pies! ¡Expiró clavando en mí sus ojos! En los míos halló una inextinguible promesa de venganza..... y vivo sólo para cumplirla.

En este momento se abrió la puerta, y vieron entrar á Fernando.

—Señor de Castro—dijo,—vengo á pediros un favor.

—No es la voz pedir, sino la de mandar, la que debe usted emplear, señor Marqués—contestó Castro.

—¿Puede usted disponer—prosiguió Fernando—de á quién ha de entregar á los malhechores que persigue?

La cara de Castro se puso ceñuda.

—¿Viene usted, señor—dijo,—á hablarme en favor de alguno de esos foragidos?

—No—respondió Fernando;—vengo á pedir un cadáver.

—¿El del capitán quizás? ¡No, no puede ser! Su cabeza se va á poner sobre un poste, para que aterre en muerte á los malos, como aterró en vida á los buenos.

—¿Se niega usted, pues, á mi súplica?—dijo Fernando con creciente y austera dignidad.

—Me es forzoso—contestó Castro.

Pero después de un momento de silencio, añadió:

—¿Qué quiere usted hacer con el cuerpo de ese malvado? ¿Es acaso un estudio curioso frenológico?

—No, señor—respondió Fernando;—le quiero enterrar.

—¿Como á un buen cristiano?..... ¿Como á un hombre honrado?—exclamó Castro.—No; eso sería un funesto ejemplo.

—¡Señor de Castro—repuso Fernando,—los vivos no envidian las prerrogativas de los muertos!

Castro dió algunas vueltas por el cuarto.

—¿Y pone usted—dijo al fin—mucho precio á lo que me pide?

—¡Un precio infinito!—repuso Fernando.

Castro siguió dando algunas vueltas por el cuarto; luego, parándose delante de Fernando, dijo:

—Lléveselo usted. Nada puedo ni debo negar al Marqués de Valdejara; no por su clase ni por su rango, sino por su persona, que mucho há aprecio y respeto.

—Señor de Castro—respondió Fernando,—crea usted que la estimación y gratitud que me inspiran el favor y el modo de hacerlo, no se borrarán jamás de mi alma.

Cuando el día abrió los ojos, el cuerpo del bandolero había hallado descanso y amparo en el camposanto del lugar, en cuya iglesia se decía una misa de difuntos en solemne silencio y con profunda devoción. La iglesia estaba aún desierta; no se veía en ella sino á un noble y bello joven arrodillado cerca del púlpito.

Un mes después, la casa de la Asistenta había cambiado de aspecto. No era aquella casa apacible y risueña cuya atmósfera parecía tener un tinte color de rosa y dar la bienvenida con la cordialidad con que la daba su ama, no.

Reinaba en ella un hosco silencio; veíanse sólo rostros azorados y abatidos; sus puertas estaban abiertas de par en par. Junto á la cancela del patio se hallaba colocada una mesa con plumas y tintero; al lado de éstos se veía una lista cubierta de nombres de infinitas personas que habían acudido á inscribirse; estaba la lista encabezada con estas palabras: «La enferma sigue en la mayor gravedad.»

En la alcoba de la Asistenta reinaba una casi obscuridad. Entre las cortinas de damasco que colgaban del macizo cielo de la cama, yacía la Asistenta, la única en la casa que en el peligro que corría había conservado su serenidad: á un lado de la cama estaba Elia; al otro lado María; al pie del lecho estaba D. Benigno. Seis días hacía que ninguna de estas tres personas se habían movido de su sitio, ni tomado más alimento que caldos, que Pedro les forzaba á tomar, haciéndoles observar eran necesarias sus fuerzas para la asistencia de la enferma. Ninguna de estas personas hablaba, lloraba, ni casi respiraba; sus vidas parecían haberse suspendido.

En el cuarto inmediato consultaban cinco facultativos. Fernando, apoyado sobre una mesa, los escuchaba pálido, pero sereno. Pedro, temblando y con el semblante desencajado, se mantenía en pie cerca de la puerta.

—Señor Marqués—dijo el médico de cabe-

cera dirigiéndose á Fernando,—es inútil ocultarlo: ¡no hay esperanza! Desde que volvió la señora del campo, ha hecho el mal rápidos progresos; ha sostenido su postración una pasión de ánimo, producida tal vez por el presentimiento de su cercano fin: es preciso que se disponga.

Fernando inclinó la cabeza en silencio en señal de haber oído.

—Pedro—dijo;—que se avise al confesor de la señora.

Pedro salió, cubriendo su rostro con ambas manos.

En seguida se sentó Fernando, y escribió estos renglones, que envió con un criado á casa de la Marquesa:

«Madre, nuestra tía va á ser administrada.»

Pronto llegó el confesor, que entró con Fernando en el cuarto de la enferma. Esta no se sorprendió al verle, pues había venido con frecuencia en el curso de su enfermedad, habiendo la señora misma pedido confesarse.

—¿Cómo se halla usted, señora?—le dijo.

—Bien—respondió ésta, entreabriendo sus apagados ojos.

—¿Tiene todavía algo que decirme?—prosiguió el confesor.

—Nada; mis disposiciones temporales están hechas; desearía, si de ello me halla usted digna, recibir los últimos Sacramentos.

—Grato me será—repuso el sacerdote,—administrar á usted esas fuentes de gracia y consuelo.

Un profundo gemido brotó del pecho de Elia.

—¡Pobre niña mía!—dijo la Asistenta procurando mirarla.

Fernando quiso alejarla; pero ella se asió con fuerza al pilar de la cama.

—Déjala, hijo mío—dijo la Asistenta, que lo notó.—¡Es tan grato para mí el verla á mi lado!

Entretanto, María, animada con lo augusto del acto que se preparaba, estaba levantando con la ayuda del cura y de Pedro un altar enfrente de la cama, que cubría de seda, de oro y plata, y coronaba con un magnífico Crucifijo de marfil. Habíaseles pasado recado de aviso á los parientes y más íntimos amigos.

La casa se iba llenando de una multitud de gentes, cuyo silencio, recogimiento y aflicción testificaban su respeto y su cariño. No se oían sino los sollozos sofocados de los criados y de los pobres, que se agolpaban en el zaguán.

A poco viéronse las gentes pararse en las calles, arrodillarse y descubrir sus cabezas, abrirse los balcones, y postrarse en ellos los que en las casas estaban. Se vieron los muchachos de la calle dejar sus juegos, y decir al ponerse de rodillas en los umbrales de las puertas:

—¿Adónde vas, Jesús mío,
Tan bizarro y tan galán?
—Voy en casa de mi hija,
Que me ha mandado llamar;
Y si me recibe en gracia,
La tengo de perdonar,
Aunque tenga más pecados
Que arenitas tiene el mar.

El toque de una campanilla anunciaba, y dos largas hileras de hombres con cirios en la mano precedían al sacerdote que traía á aquel Señor que no hay voz que no oiga, para cuya clemencia no hay choza chica, para cuya grandeza no hay palacio grande. Seguíale una banda de música militar, grave y solemne.

—¿Qué es esa música y ese esplendor?—preguntó la Asistenta á María.

—Señora—contestó ésta,—es el aparato con el que ha querido el señor Marqués que éntre Su Majestad en esta casa.

—¡Cuánta pompa! ¡Cuánto boato! ¡Tanto para mí..... y tan poco para Dios! —dijo la señora.

Fernando y un primo suyo salieron con cirios al encuentro del Augusto Huésped, y le precedieron al cuarto de la enferma.

Habíanla levantado y apoyado en cojines. Fijaba ésta sus apagadas miradas, dirigiendo en ellas fervorosas oraciones al Redentor, cuando entró el sacerdote.

Recibió el Viático con una profunda y tierna adoración.

Acabada la solemne ceremonia, quedó la religiosa moribunda en una santa y tranquila meditación. Su confesor la sacó de ella, diciéndole:

—Señora, sé que toda clase de resentimiento contra la Marquesa está extinguido en vuestro corazón.

—¡Oh! Del todo, del todo—dijo la moribunda.—Siento no verla antes de morir.

—No será vano ese deseo,—repuso el Padre.

Y la Marquesa, pálida y conmovida, se arrojó y estrechó á su hermana entre sus brazos, mientras que Esperanza cayó sollozando á los pies de la cama.

—¡Hermana!—dijo con débil voz la Asistenta.—¡Cuán agradecida te estoy!

Y cayó fatigada por la emoción.

Después de un rato de silencio entreabrió sus ojos, y dijo:

—Inés, mi Elia, mi pobre niña..... ¡queda sola y desamparada!

La Marquesa se volvió hacia Elia, que se mantenía siempre en su sitio en un estado lastimoso, la tomó y estrechó en sus brazos, y dijo:

—Admito el depósito, hermana.

—¡Dios mío!—murmuró la Asistenta.—¡Muero tranquila!..... Su virtud, su caudal, su

bienestar, todo queda asegurado. ¡Dios os bendiga á todos y os haga dulce la vida, como me habéis hecho la muerte!

Al cabo de un momento oyó el Padre que la auxiliaba salir de sus labios con su último aliento estas quedas palabras:

—¡Señor, recibe mi alma!

—Así—dijo el sacerdote—pasan las almas de los justos al seno de Dios. ¡Roguemos!

Todos se postraron con el solemne respeto que causa la muerte, con los profundos sentimientos de piedad que inspira, con el dolor desgarrador que deja tras sí en los que sobreviven á los que aman.

—¡Madre mía! ¡madre mía!—gritó Elia desesperada.

Se la llevaron en brazos á su cuarto, á pesar de su resistencia.

—Aléjate, hija mía—dijo la Marquesa cogiendo del brazo á Esperanza, que besaba sollozando las manos del cadáver.—Ve con Elia y llorad unidas, cual compete á dos hermanas que han perdido á su madre.

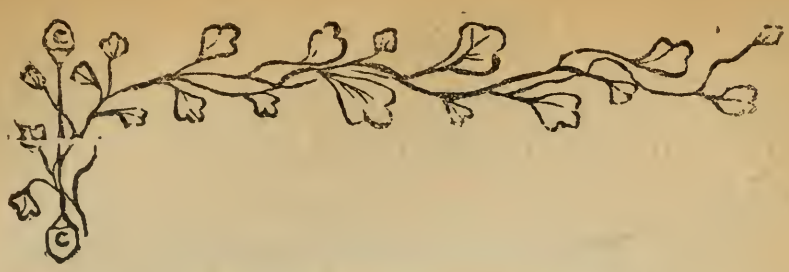
Esperanza se apresuró á obedecer.

La Marquesa dió las órdenes necesarias, tomó las disposiciones que exigían las circunstancias. Quiso avisar á las mujeres del oficio para que amortajasen á la difunta; pero María se opuso.

—No, señora—le dijo,— no la tocarán ma-

nos mercenarias; yo seré la que le haga este último servicio.

Despejaron el cuarto, y entonces observaron oculto entre los anchos pliegues de la colgadura de la cama á D. Benigno, con los ojos huraños y estúpidos clavados en el cadáver de su señora, las manos unidas y extendidas hacia él, los labios sin voces, el pecho sin sollozos. Se lo llevaron, y él se dejó conducir como una masa inerte y sin voluntad.



CAPÍTULO XX

AL día siguiente levantaban tristes las campanas su solemne plegaria mortuoria; santos sonidos que levantan con ellos los corazones al cielo. Gruesos cirios colocados en altos hacheros, cual guardias de honor de los cadáveres, estaban repartidos por el patio, escaleras y corredores de la casa mortuoria. En el estrado, colgado de negro, estaban las ventanas cerradas y ardían blandones. Estaban allí reunidas y sentadas en rigurosa escala de parentesco y amistad las parientas y amigas de la difunta. Fernando, con sus más allegados, en otra sala, en pie y de riguroso luto, recibía el pésame de los que con ellos habían vuelto del servicio fúnebre, celebrado con gran magnificencia en la parroquia; y esa casa, á la que afluía toda Sevilla, estaba vacía, como una cabeza sin pensamientos, como un pecho sin corázón!..... pues aquella mañana bajaba, para no volver á subirla, la ancha escalera aquella cuya presencia era como la pri-

mavera para aquellos sitios, y que dejaba un vacío en cada corazón, un huérfano en cada pobre.

Nueve días duró este triste aparato de duelo, que en algunos corazones había de ser eterno. Al décimo estaba Elia en su cuarto, del que no había podido ni querido salir, en un desconsuelo sin treguas.

A su lado estaba la buena D.ª Marianita, que quería mucho á Elia, y que en ella respetaba el cariño que le había tenido su difunta y excelente parienta. Echaba mano la buena señora de cuantas palabras de consuelo contiene el repertorio vulgar.

—Es una santa más en el cielo—decía.

—Sí—contestaba Elia;—¡pero una menos en la tierra!

—¡Cuántas penas y males le ha quitado Dios llevándosela para sí!

—¡Y cuántas felicidades y dulzuras á mí!

—Es preciso, niña mía, conformarnos con los golpes que nos envía el Señor en este valle de lágrimas.

—Es preciso sentirlos; si no, no serían golpes, ni el mundo valle de lágrimas.

—Pero..... Elia, ¿para qué sirven el talento y la razón?

—¡Para más sentir!

—Pero, hija, si ya no tiene remedio!

—¡Pues ese, ese es el dolor que parte mi cora-

zón!—exclamó Elia hundiendo su cara en el cojín del sofá mojado de lágrimas.

Volvía D.ª Marianita á su repertorio de consuelos vulgares sin fuerza, sin lógica, sin efecto, y que, no obstante, sirven de mucho, porque hacen ver el buen deseo del que quiere consolar, aunque no lo logre; porque para las heridas del corazón no hay sino un bálsamo, que es el del cariño é interés, que si no las cura las alivia.

Abrióse en este momento de paroxismo del dolor de Elia la puerta, y entró la Marquesa.

—Hija mía — dijo al ver á Elia — ¿cómo es que te veo sin luto?

La infeliz no había pensado en ello.

—Vamos—prosiguió la Marquesa,—vístete de negro y ven conmigo.

La dócil niña obedeció sin pregunta ni réplica; se puso su basquiña y un pañuelo negro, y siguió á la Marquesa. En el estrado donde la llevó estaban todos los de la casa reunidos. Un escribano estaba sentado delante de una mesa, sobre la que había un pliego cerrado.

Sentado en un rincón, vestido de negro, con la cabeza agachada y las manos cruzadas, estaba D. Benigno, siendo presa á la vez del más profundo dolor y de la más viva inquietud. Pero cuando vió á Elia extendió los brazos hacia ella. Ésta se precipitó en ellos, y sus sollozos se confundieron.

—Vamos, cálmate—dijo la Marquesa á la desconsolada dos veces huérfana;—siéntate á mi lado y contráete, que lo exige la presente circunstancia.

—Señores—dijo el escribano cuando se hizo silencio:—aquí está el testamento de la difunta Sra. D.ª María Isabel Orrea de Calatrava (que Dios goce), hecho en pliego cerrado, legalizado y depositado en mi escribanía, que he sido llamado á abrir.

Elia se levantó.

—¿Para qué he de estar yo presente á esta escena cruel, en que llega la voz de mi madre al través de las tablas de su ataúd?

—Es—respondió la Marquesa—que ese testamento te interesa, y te incumbe asistir á su apertura.

—¡Señora, por Dios!—suplicó Elia.—Este es un acto de familia, y yo soy una extraña.

—Elia—repuso la Marquesa con suave firmeza,—quedarte es un deber que te impongo, con los derechos que sobre ti me legó tu madre; es un homenaje á su memoria. Y si hay más ternura en llorar, hay más mérito en respetar y acatar á las personas que Dios llamó á sí.

Elia se volvió á sentar, y el escribano abrió el pliego y se puso á leerlo.

Después de varios legados y mandas pías, declaraba el testamento á Elia por heredera universal.

—¡Jesús María!—exclamó ésta tornándose la palidez de su rostro en un subido carmín.—¡Jesús María!—volvió á repetir con más asombro aún que sorpresa.

—¡Cómo!—dijo la Marquesa.—¿Esto te sorprende? ¡Serás la única!

—¡Dios mío!—repuso Elia, en quien una palidez más marcada que la anterior había reemplazado los vivos colores.—¡Este es el único sentimiento que jamás me ha causado esa santa madre mía! Su cariño la llevó á hacer una enormidad, una lesión á los suyos insostenible. Señor—añadió acercándose al escribano,—extienda usted incontinenti un acta que pueda firmar ahora mismo; pues ansío el quitarme este peso que me oprime y me avergüenza, en que exprese usted claramente que renuncio á ese caudal ajeno para que pase á sus legítimos herederos.

La Marquesa se levantó.

—Elia—dijo con severidad,—esa acta, si se hiciese, sería nula y de ningún valor, por ser tú menor y hecha contra la expresa voluntad mía, que soy la persona en quien tu madre moribunda legó sus poderes sobre ti. Pero fuera de esto, dime, ¿cómo te atreves á quebrantar con tanta ligereza la voluntad de tu madre, cuyo cadáver aún no se ha enfriado?

—Pero ¿para qué quiero yo, para qué me serviría ese gran caudal?—exclamó Elia con la

más sencilla naturalidad y sincera convicción.

—Tuyo es—repuso la Marquesa;—la edad y el tiempo te enseñarán su uso y su manejo.

—¡Pero yo no lo quiero! ¡no lo quiero!—insistió Elia.—Lo cedo, como es natural, á sus dueños legítimos.

—¿Y crees acaso, inocente—dijo la Marquesa,—que nosotros admitiríamos de ti el caudal que no nos legó su dueña? Si lo has pensado, sírvate de excusa á la ofensa tu inocencia, que no la alcanza.

Al oir estas últimas palabras, que pronunció la Marquesa con severa dignidad, Elia quedó cortada.

—¿Nos has creído tan interesados—le dijo Fernando con dulzura—que habríamos aceptado tu noble desprendimiento y generoso sacrificio?

—Pero ¿qué poder en el mundo—dijo Elia después de un momento de reflexión—me podrá forzar á considerar como mío lo que no conceptúo como tal?

—La voluntad de la testadora—contestó la Marquesa,—la solemne voz de los muertos, la que tú desoirías al rehusar, así como nosotros al admitir.

—¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?—exclamó Elia cuando se halló sola con María y don Benigno.

—Darles—dijo la primera—si te escrupuliza

tu conciencia timorata, lo que pertenezca al caudal de Orrea, que es poco, y quedarte con lo de Calatrava, que es mucho, y tan tuyo como tus cabellos.

—¿Qué hacer, D. Benigno?—dijo Elia, sin atender á lo que le decía María.

—Dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César—contestó sin vacilar don Benigno.

—Y á Juan Lanas lo que es de Juan Lanas, —gruñó María.

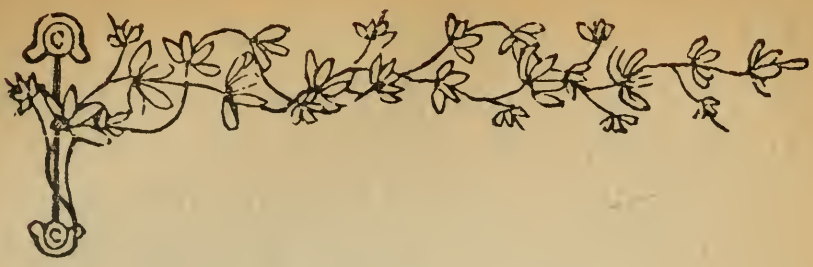
Elia apretó con calor la mano al ente simpático que la comprendía.

Y la Baronesa de San Bruno decía aquella noche en una tertulia:

—¿No saben ustedes la novedad? La Asistenta, que ya chocheaba, ha dejado todo su caudal á la mojigatilla de la cunera, que sabe más que las culebras, y que con este fin indispuso á las cuñadas, que siempre se habían llevado tan bien. ¡Cómo estará la soberbia de Inés, que ya habría pensado mudarse de su cascajo á la hermosa casa de la Calatrava! ¡Qué chasco! ¡Buenas danzas dicen que ha habido en la casa! En la apertura del testamento hubo una de San Quintín. Me han dicho que está tan contenta la improvisada ricacha, que ni luto quería ponerse. ¡Vaya si sabe la taimadita de la niña! Pues Carlitos también supo lo que se hacía. Ahora se casará con ella, y será sólo

dueño del caudal, y la Marquesa tendrá que tragarlo, mal que le pese. ¡Bien empleado se la está por vana!

¡Esto es el mundo! ¡Así cumplimos aquel divino precepto de amar al prójimo como á nosotros mismos!



CAPÍTULO XXI

REPETÍASE el justo y piadoso juicio de la Baronesa por un oficial recién llegado de Sevilla, con la excesiva fe que se da á toda crítica, fe que tanto se escasea á los elogios, en un café concurrido de Madrid.

Hacía este oficial parte de un alegre círculo de jóvenes sentados alrededor de una mesa, sobre la que humeaba un tazón de ponche. Ninguno de ellos había reparado en un joven enlutado, que se hallaba sentado en una mesa detrás de la que ellos ocupaban, apoyando su cabeza sobre su mano, y no levantándola sino para mirar hacia la puerta de entrada, como si aguardase á alguno con impaciencia. Pero apenas acababa de referir el oficial esa sarta de denigrantes falsedades, cuando vió frente de sí al joven enlutado, pálido y con aire altivo.

—Caballero—le dijo—lo que acaba usted de decir es una infame calumnia.

La sorpresa que causó esta brusca interpela-

ción fué tan grande y general, que todos enmudecieron.

—Caballero—dijo al fin irritado el oficial—¿con qué derecho se constituye usted juez de mis palabras?

—Con el derecho—contestó el joven—que da la verdad á todo hombre honrado, de defenderla; con la obligación que impone la justicia á todo corazón bien puesto, de sacar la cara por ella.

—Es D. Carlos Orrea—dijo al oído uno de sus amigos al oficial.

—En ese caso—dijo el oficial, dirigiéndose al enlutado,—le suplico á usted que esté persuadido de que no fué mi intención la de ofenderle; ignoraba delante de quién hablaba.

—Así lo creo—replicó Carlos, cuya voz estaba trémula de indignación.—No pido razón de una ofensa hecha á mi persona, sino de un ultraje hecho á la verdad. Exijo se retracte de una vil calumnia, si la ha forjado usted, y si no, que me diga su autor.

—Me retractaría con mil amores de una cosa que me importa poco, y que sólo repito por oídas—repuso el oficial—si lo contrario me fuese demostrado; pero la voz de mando no la reconozco fúera del servicio.

—Pues yo, señor mío—dijo Carlos—espero obligarle á dar crédito á una verdad que un caballero defiende con su espada.

—Estoy á su mandato.

—Mañana á las seis estaré fuera de la Puerta de Recoletos.

—No aguardará usted.

Carlos saludó y salió, dejando á aquel grupo, poco há tan alegre, en una consternación general.

—Tiene razón..... y yo la tengo también—dijo el oficial.—¡Malhaya la facilidad con que se habla de las gentes sin conocerlas!

Y luego añadió para sí:

—¡Pues ya tengo puesta una pica en Flandes para con el Rey, que odia los desafíos y tiene buena memoria! ¿Pues y mi madre, que es viuda y no tiene más hijo que yo? Pero no anticipemos—prosiguió en alta voz—males que no se han podido evitar. Vamos al teatro, que representa Máiquez.

Carlos, al salir del café, se encontró con un amigo, á quien dijo, cogiéndole por el brazo para seguir paseando:

—Te aguardaba aquí, según convinimos ayer, para participarte el proyecto que había formado de ir á Sevilla, y, por lo tanto, encargarte de varias cosas. Pero ha mudado el caso, y es ahora otro el favor que quiero de ti.

Afligióse el amigo cuando Carlos le participó que consistía el favor en que fuese su padrino en un desafío.

Eran entonces los desafíos poco frecuentes

en España, siendo fácil colegir la razón de esto, cuando se examinan las principales causas que los hacen frecuentes en otros países. Son éstas á menudo:

Ostentación y alarde de valor.

No se hacía, por creerse pierde en mérito intrínseco lo que se exhala en bravatas.

La susceptibilidad, hija de la vanidad.

Existía en contra de esto una tolerancia fácil y de buen gusto en un país donde era desconocida la grosería, que tan frecuentemente origina los lances en otras partes. Además, no estaban los ánimos exasperados, agriados, desunidos y soberbios, cual los han puesto, para eterna desgracia, la diversidad de opiniones políticas y la libertad de imprenta, ese punto culminante de las modernas exigencias, la que va introduciendo las luces que es un contento!

Había aún más: los desafíos estaban *mal vistos*, y no existía la completa despreocupación moderna en punto á la opinión. El que hubiese creído adquirir la fama de bizarro por medio de los falsamente llamados *lances de honor*, sólo hubiese logrado adquirir la de quimerista y *valentón*. Omitimos el hablar de las santas y nobles ideas religiosas, que ejercían su influencia adorable sobre las cosas, los hombres y la opinión, porque mezclarlas hoy día en las cosas del mundo, que hace gala de desatenderlas, es mezclar un solemne acorde del

órgano al discordante y estrepitoso toque de tambores y cornetas.

Añádase á esto que el Rey tenía una animadversión pronunciada á este resto de vandalismo, que mientras exista, impedirá al fatuo siglo XIX de gloriarse de haber sacudido todo el polvo de los siglos bárbaros. Dicen los que la echan de puritanos tocante al punto de honor, que no se pueden evitar, ó por mejor decir, desterrar los desafíos, siendo éstos un freno que contiene al insolente. Pueden evitarse sin leyes, prohibiciones ni castigos, y sólo con observar la noble calidad del respeto. Respetémonos unos á otros, no por lo que pueda cada cual valer, sino porque el respeto y la política son, para quienes los merecen, un tributo debido y al que no, lo son, barreras las más difíciles de superar. Se engaña el que piensa imponer por la insolencia, porque de cierto hallará siempre otro más insolente que él.

Fuése en seguida Carlos á su casa, escribió algunas cartas y rompió varios papeles. Entre éstos halló el único recuerdo que le había dado Elia. Era una estampita que representaba al Niño Dios sentado en el suelo, teniendo en la mano una rosa cuyas espinas le han herido. Debajo estaban escritos con una letra tiesecita y poco ejercitada estos versos:

—¿Qué producirá, mi Dios,
Tierra que regáis así?

— Las espinas para mí
Y las flores para vos.
¡Regada con tales fuentes
Un jardín se habrá de hacer!
—Sí; mas de él se han de coger
Guirnaldas muy diferentes.
¿Cúyas han de ser, mi Dios,
Esas guirnaldas, decí?
— Las espinas para mí
Y las flores para vos.

Carlos besó mil veces el recuerdo tan dulce y santo como la que se lo había dado, lo regó de lágrimas, y escribió al pie:

Que este mi último adiós,
En papel que riego así,
Siendo un recuerdo de mí.....
Sea un consuelo para vos!

Le puso dos sobres, uno para Elia, y otro para Fernando, á quien debía ser entregado si sucumbía; y sin embargo, al día siguiente á las seis y media de la mañana, el oficial yacía con un hombro deshecho por una bala, y Carlos, con una grave herida en el costado, era trasportado sin sentido por sus inconsolables amigos á una casa de poca apariencia en un barrio extraviado.

CAPÍTULO XXII

La Marquesa se había llevado á Elia á su casa, en la que era objeto de los comedidos agasajos de la madre y de los tiernos cariños de la hija. Pero Elia nada decía sobre sus proyectos futuros, y esto tenía inquieta á la Marquesa.

Pensaba á veces que podría Elia, como dueña de un gran caudal, quizás figurarse allanados en parte los inconvenientes que se oponían al desproporcionado enlace que había proyectado. Era dable también que, prolongándose la estada de Elia en su casa, cobrase Carlos esperanzas, se arrojase á volver, y comprometiese su autoridad de madre y la hospitalidad que tan generosamente había ofrecido á la desconsolada huérfana, que le había encargado su hermana en su lecho de muerte. No le permitía la delicadeza tomar la iniciativa en la cuestión de los futuros proyectos que formase Elia; pero, entretanto, un día la ocasión se presentó naturalmente.

Una mañana que estaban reunidas en una galería de cristales que daba al jardín, después de leer el *Año cristiano*, dijo la Marquesa á Elia, que bordaba en un mismo bastidor con Esperanza un paño de altar:

—Elia, ¿conoces há tiempo á Lorenzo Ríoseco?

—Sí, señora—contestó Elia;—le he visto con frecuencia en casa de mi bienhechora.

—Es hijo—prosiguió la Marquesa—de una excelente señora amiga mía y de mi difunta hermana; de familia distinguida, aunque escasa de riqueza: es teniente coronel de milicias, y sería coronel si tuviese los veinticuatro mil reales de renta que se necesitan poseer para obtener ese destino. Conoces su buena presencia y finos modales; pero aún no conoces como yo las bellas prendas que lo adornan, la nobleza de sus sentimientos, su conducta ejemplar. Te ama desde que te conoce; y aunque el amor no sea necesario en un enlace que por todos estilos conviene y promete la felicidad, tanto mejor que exista cuando todo lo demás concuerda. Quiere hacerte su mujer, y por mi parte he prometido á su madre apoyar su solicitud con tanta mejor voluntad, cuanto que creo hará tu felicidad, así como tú la suya. Como he prometido á tu madre en su lecho de muerte hacer contigo sus veces, debo aconsejarte este enlace, pues si tú le llevas caudal,

él te da una posición y un rango distinguido en el mundo.

Elia no levantó la cabeza mientras habló la Marquesa. Un vivo carmín se extendió sobre su rostro, y lo que no había logrado la acción de postrarse y besar la mano de un bandido infame, llamándolo padre; lo que ningún desprecio ni dureza habían podido lograr, el humillar aquella alma suave y sin hiel, lo logró la proposición que le hizo la Marquesa.

Pero, comprimiendo ese impulso de un alma superior que se siente rebajar, respondió con dulzura, pero con firmeza, mientras que dos gruesas lágrimas cayeron por sus mejillas, puras y silenciosas como su dolor.

—Señora, mucho tiempo antes de la muerte de mi bienhechora estaba irrevocablemente fijada mi resolución: mis intenciones han sido siempre, y son, las de volver al convento cuando tuviese la desgracia de perder á aquella de quien ni podía ni quería separarme. Si he venido á esta casa, sólo ha sido con el objeto de demostrar á usted toda la gratitud que me infundían sus beneficios, aceptándolos. A no ser por eso, ya estaría con las monjas, tan hermanas mías en la tierra como lo seremos todos en el cielo.

La Marquesa miró á Elia con admiración: ahora que no la temía, le pareció lo que era. Conoció era sublime renunciar, á su edad, con

su hermosura y sus riquezas, á un mundo que la adulaba; renunciar á su amor y á una lucha en que podía tener fundadas esperanzas de vencer. Era esto una elevación de alma, una abnegación, que la conmovieron profundamente. Una lágrima asomó á sus ojos al fijarlos sobre aquella suave flor del convento, y se sintió impulsada á estrecharla sobre su corazón.

—Hija mía—le dijo después de un rato de silencio,—admiro tu resolución, sin aprobarla. Antes de arrojarte á dar un paso tan decisivo, es preciso examinar profundamente tus inclinaciones; y eso no se hace en un día ni en dos. A tu edad son variables: tu vida empieza; no decidas ligeramente de tu porvenir. Ten presentes las ventajas de tu posición, que la edad y la experiencia te harán apreciar más de lo que lo haces hoy día.

En este instante anunciaron que había visita, y la Marquesa se fué á recibirla.

—¡No te separes de mí!—dijo Esperanza á Elia, echándole los brazos.—¡Quedemos unidas! ¡Casémonos al gusto de mi madre, para vivir tranquilas!

Elia no pudo responder sino con lágrimas, y se fué precipitadamente á su cuarto.

Allí encontró á D. Benigno, que había venido á verla; hablaba con María, pero no parecían estar muy de acuerdo. María estaba animada; D. Benigno, impasible, como siem-

pre, pero moviendo la cabeza en señal de desaprobar lo que María con gran profusión de voces y de gestos le quería inculcar.

Elia entró enjugándose las lágrimas.

—¡Jesús!—exclamó María.—¿Qué es esto? ¿Qué tienes, hija de mi alma? ¡No llores, que me partes el corazón! ¿Te han ofendido? ¿Te han lastimado?

—¡No, no!—respondió Elia.—Al contrario, me han dado nuevas pruebas de interés y aprecio. Lloro, María..... al despedirme de las personas que tan bondadosamente me han acogido en mi desamparo.

—Eso es otra cosa—dijo María:—me parece bien; porque en lo que es fino, más vale quedar por carta de más, que por carta de menos. ¿Y dónde vamos?

—Voy al convento—respondió Elia.

—¡Al convento!!!—exclamó María.—¿Se te han ido el juicio, la memoria y la voluntad á un tiempo? ¿Así guardas consecuencia, flaca criatura? ¿Qué dirá el Príncipe de la pastorcita?

—La hallará muerta al mundo, y llevada por los ángeles lejos de la tierra. María, los príncipes no se casan con pastorcitas sino en tus cuentos.

—Pero ¿tú has considerado, ciega criatura—dijo María,—que si la señora te dejó todo sus bienes fué con intención de que volviesen á entrar contigo en la familia?

—Se engaña usted, María—dijo D. Benigno;—nuestra difunta señora, en paz descanse, no tuvo otra intención al dejar sus bienes á su hija de adopción que la de hacerle en muerte como en vida todo el bien que pudo.

—Dice bien D. Benigno, María — opinó Elia;—su recto juicio no transige con nada: no le ofuscan pasiones, ni le inclinan intereses, ni le intimidan declamaciones mundanas. Tus canas, María, no han calmado la exaltación de la cabeza que cubren, y los extremos con que me amas ofuscan tu razón. Sólo hay dos existencias para mí posibles: una brillante, de incesante combate; otra humilde, de inalterable paz: una adecuada á mi genio; la otra, antipática. Escojo, pues, lo que me conviene. Mi bienhechora te dejó una cómoda independencia. Quédate unida á D. Benigno para cuidarle, y vivid ambos en la casa en que ella vivió, murió y santificó, que no deben profanar extraños.

—No hago falta á D. Benigno—respondió María;—se puede quedar en la casa con Pedro. Pues..... ¿crees acaso que te dejaré ir sin mí al convento?

Elia abrazó á su ama.

Encerróse luego con D. Benigno, hizo el arreglo que hacía tiempo tenía meditado, y tomó las disposiciones siguientes:

«A su muerte pasaría el caudal á la familia

de los Orreas. Entre tanto, las rentas que produjese serían empleadas en mejoras, redención de censos, nuevas adquisiciones que agregar al caudal: una quinta parte de dichas rentas se destinaría á obras de caridad.»

Don Benigno quedaba de administrador.

María, al presenciar tantos absurdos, no trató de combatirlos. Se retiró bajo su tienda, como Aquiles, pensando que el año de noviciado contaba muchos días en que muchas cosas podían suceder. Decíase que hacer nada en ausencia de Carlos era contar sin la huéspeda, y echaba anticipadas miradas de triunfo á don Benigno, al que no sacaban de su paso ni de su andar de cronómetro.

Algunos días después, habiendo permanecido Elia inflexible en su resolución, la Marquesa la llevó al convento.

—Entrego á usted—dijo á la abadesa—esta su hija, tan pura como salió del convento, trayendo además grandes virtudes que ha adquirido y de que ha dado muestras en el mundo.

Esperanza y Elia se echaron en los brazos una de otra; Elia pasó la reja, que se cerró tras ella.

Al atravesar el zaguán del convento se encontró la Marquesa con D. Benigno y María, que venían trayendo el equipaje de Elia.

—¿Conque viene usted—dijo la Marquesa á

María—á encerrarse en el convento con Elia? Esto es una prueba de cariño que la honra.

—Sí, señora—contestó María;—me vengo con el fin de amonestarla día y noche para que no profese.

—¿Usted también ha venido?—preguntó la Marquesa á D. Benigno, sin contestar á María.

—Sí, señora—respondió éste;—vengo á darle el parabién por su santo propósito.

—¡Vaya usted bendito de Dios, señor don Benigno!—le dijo María al separarse de él.—Usted ha estado metiendo el palo en candela para que este cordero se sacrifique. ¿A usted le parece que ha ganado la borla de doctor con contribuir por sus sentencias de Salomón á separar á estas dos criaturas?..... Lo que es contra Dios. ¡Y eso que decía usted que quería tanto á la niña! ¡Vivir para ver!

—María—contestó D. Benigno,—tiene usted la vista más corta que un topo.

—¿Y usted?—dijo María volviéndose bruscamente.—¿Pretende usted tenerla de águila?

—Si no veo largo, veo justo.

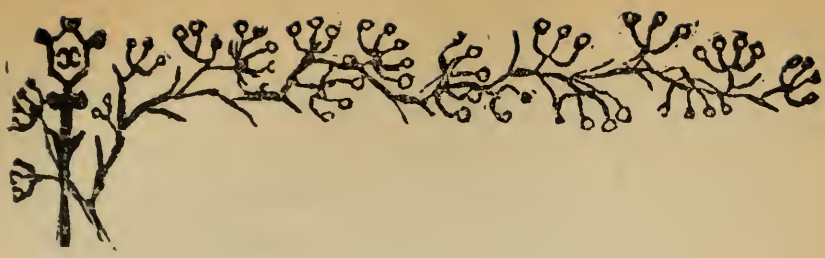
—Justo, lo largo de su nariz—dijo el ama.

—Vamos, María, después de treinta años de llevarnos bien, separémonos amigos.

—¿Amigos? No, señor, no; no lo soy de quien quiera mal á mi niña y se compincha con *la reina de Egipto*. Servidora de usted,

D. Benigno. Reñidos, sí señor, reñidos, hasta el valle de Josafat.

Con esto se entró con pasos apresurados en el convento.



CAPÍTULO XXIII

CARLOS despertó de un estado semejante á un largo sueño. Se incorporó en su lecho apoyándose sobre su codo, y extendió sus miradas por el cuarto desconocido en que se hallaba. Al fin se fijaron en una persona sentada á su cabecera. De repente dió un grito de sorpresa y gozo, que despertó á la persona sentada á su lado, á quien la falta de descanso había embelesado. Levantóse, y estrechó en sus brazos al enajenado Carlos, que murmuraba: «¡Hermano! ¡hermano!»

Era, en efecto, Fernando, que á la primera noticia de lo acaecido á Carlos, voló á Madrid, siendo en esta ocasión, como en todas, su protector, su amparo, su refugio; en fin, el noble tipo del mayorazgo que con los bienes de la casa, con el consagrado derecho de primogenitura, hereda los deberes de padre, uniendo la protección de éste á la simpatía de hermano.

Después de los primeros desahogos, tan tiernos en Fernando, tan vehementes en Carlos,

se informó éste de la impresión que su funesto accidente habría causado en su madre. Pero Fernando le tranquilizó, asegurándole que le había sido cuidadosamente ocultado y que lo creía enfermo por causas naturales. A las preguntas de su hermano sobre Elia, contestó que estaba ésta en casa de su madre, siendo por parte de la Marquesa objeto de atenciones y de aprecio. Estas palabras causaron en Carlos la más viva alegría, haciendo nacer en él las más halagüeñas esperanzas.

Era Fernando demasiado franco y recto para no disiparlas desde luego. Así, pues, dijo á su hermano:

—No te lisonjees, Carlos, ni tomes la noble y generosa conducta de madre como prueba de que desista de su sensata oposición á tu intento. El gran caudal que posee ahora Elia, esos bienes que á los ojos del mundo aparecen aproximar distancias, esas riquezas que *alzan*, si no *elevan*, son, hermano mío, un nuevo obstáculo á tus deseos. Madre se creería envilecida si diese á Elia rica el nombre de hija, que negó á Elia pobre. Te creería rebajado de tu clase si debieras tu caudal á una mujer, separada de ti por todos los escalones de la escala social. Difícil era, pero estaba en la posibilidad, que hubiese alzado del caño á una nuera indigna; pero que la vaya á buscar sobre una pila de oro, no lo está. ¿Has podido creer por un momen-

to, Carlos, que hubiese circunstancia alguna que llevase á madre á tolerar el ver enlazados en las soberbias ramas de su árbol genealógico la cuerda del ahorcado, los grilletes del galeote; á consentir en sus puros pergaminos la imborrable mancha de la ilegitimidad, el baldón de la prostituta? ¡Carlos, aún deliras en la fiebre si esto pensaste! ¿Exiges de la Marquesa de Valdejara consienta en lo que no consentiría el hombre de la clase más humilde? Además, Elia está decidida á volver al convento, su única patria, como ella le llama, y razón lleva, siendo la de la inocencia y de la virtud.

Carlos hizo un ademán de despecho y rabia.

—¡Madre será—exclamó—la que se lo haya imbuído! Quiere sacrificar esa criatura angelical á miras de orgullo; pero no lo conseguirá, no, no. Si hay mérito en no arrostrar la voluntad de una madre justa y benévola, hay debilidad en someterse al despotismo de una madre dura é inflexible, en quien el orgullo sofoca todos los sentimientos amantes y generosos. ¡Y éstas son—añadió con amargura—éstas son las personas que se jactan de religiosas, y hablan de virtudes cristianas, y que queriendo la religión en política, la desatienden en la vida privada!

—¡Carlos!—dijo severamente Fernando.

—¿Pues es acaso—prosiguió con vehemen-

cia Carlos—es acaso humildad cristiana la que quebranta dos corazones y destroza dos existencias, sólo por orgullo? ¿Es espíritú religioso el que hace de conventos prisiones? No; en los corazones endurecidos por viles intereses mundanos no puede existir verdadera religión.

—Indignación causaría el oirte—dijo Fernando—si el estado de padecer físico y de trastorno moral en que te hallas no antepusiese un sentimiento más dulce: el de lástima. ¡Raro derecho es por cierto el que se arroga el que quiere fallar temerariamente en lo que le place llamar deberes ó virtudes! ¡Rara exigencia es la de no tolerar que una persona por ser religiosa no sea perfecta, y perfecta á la manera que cada cual le prescribe! ¡Que una persona por ser religiosa pierda todo derecho á la tolerancia, es un odioso absurdo! ¿Y acaso es virtud religiosa en una madre el consentir que los primeros arranques amorosos de su hijo le lleven á decidir de su suerte, y esto de una manera que toda su vida le pese? Considera, Carlos, si haría bien madre en tolerar un enlace que bien pueden aprobar hoy tus correligionarios, apóstoles de la igualdad, á pesar de que mañana serían los primeros en mirar á tu mujer con desdén. Porque, Carlos, las teorías, aunque admitidas y otorgadas, son acerca de lo existente, establecido y sancionado por la

mano de los siglos, lo que el papel moneda acerca del oro; formó el uno un rasgo de pluma; salió el otro de las entrañas de la tierra. Lo que sí es duro, acerbo é injusto á todas luces, Carlos, es el juicio que te atreves á formar sobre tu madre. ¡Pues qué! Aquella voluntad firme y altiva de una madre ofendida, que un pobre capuchino quiebra como un junco; aquella reconciliación tan tierna en el lecho de muerte con una hermana que causó todas sus penas y deshereda á sus hijos por una extraña; ese amparo y protección tan generosamente prometidos y tan noblemente cumplidos á la que, aunque inocentemente, le ha amargado la existencia y amenaza la honra de su casa; esa vida que ha sido y es un modelo de austeridad y de virtud; todo eso, Carlos, que el mundo admira y la sociedad venera, ¿su propio hijo no lo ve? ¡Todo eso se desconoce por el sólo hecho de oponerse como madre prudente á lo que todo el mundo reprueba y condena como severo juez! Dices, hermano, que ciega el orgullo. ¡Oh! ¡Cuánto más ciegan otras pasiones!

—¡Sí! — repuso Carlos amargamente. — La generosa protección prometida, y el noble modo de cumplirla, que consiste en persuadir á una tímida y dócil criatura á encerrarse en un convento, es un modelo en su género jesuítico é hipócrita. ¡Pero tú defiendes admirablemente

todo esto! A otra Santa Mónica no podía faltarle otro San Agustín.

—Ni faltará—dijo Fernando sin alterarse—á un hermano imprudente que zahiere, un hermano sensato que disimule.

—¡Perdona, hermano!—exclamó Carlos echándose á su cuello.—Es mi sangre á veces tan agria y efervescente, que dudo pase por mi corazón. Pero, Fernando, cree que en su contacto, si él no la calma á ella, ella tampoco le amarga á él.

—Así lo creo—repuso Fernando.—Además, te engañas si crees que madre haya influído sobre la determinación de Elia; al contrario, puedo asegurarte que la ha aconsejado con insistencia postergue la ejecución de su propósito. Es madre demasiado leal y altiva para usar de medios indirectos ó solapados para alcanzar sus fines; confía sólo en lo justo de su causa y en el poder de su voluntad. Si en el fondo no deja de aprobar la resolución de Elia, es aún más por motivos de razón que por inclinación religiosa. Conoce que la posición de Elia en el mundo que la adula y la desdeña, que la busca y la rechaza, que la sonríe y la hiere, que la acaricia y la humilla, es una falsa posición, en la que aquella alma tan suave se hallará siempre desgraciada. Demasiado humilde para sobreponerse á la opinión, demasiado tímida para arrostrarla, pero dema-

siado delicada para no sentirse lastimada por ella; demasiado modesta para embriagarse con las ficciones de la vanidad y el oropel de la riqueza, tiene cabalmente las cualidades que le impedirán gozar de las ventajas de su posición, y la harán sufrir por todas sus desventajas.

—Pero ¿acaso crees, Fernando—dijo Carlos—que yo pueda conformarme con perderla? ¿En nada me toman ustedes á mí en cuenta? Yo no consentiré en que se nos sacrifique. ¿Qué me queda á mí en la vida sin ella?

—¡El olvido!—respondió Fernando.

—¡El olvido, Fernando!..... ¿Te burlas, ó me insultas? ¿Qué has dicho?..... ¡El olvido!

—¡Sí, hermano, sí! Pero no quiero decir el olvido que borra la imagen de las cosas, sino el que embota sus impresiones; avergüénzase nuestra alma del olvido, á la par que cede á su irremediable influjo. Dios ha hecho del olvido una necesidad moral de nuestra existencia, como del respirar una necesidad física; y así, aspira el alma el olvido, como nuestro pecho el aire, por un irremediable impulso.

—¡Dignas palabras del hijo de nieve de una madre de hielo!—exclamó Carlos.

—Carlos—prosiguió Fernando,—el fuego de las pasiones las lágrimas lo alimentan, las quejas lo atizan. Sólo un remedio hay para evitar sus estragos; éste es ahogarlo.

—¡Imposible!—gritó Carlos.

—Te engañas—repuso Fernando.—Es posible..... y puedo—prosiguió con voz profundamente conmovida—afirmártelo con palabras y probártelo con hechos.

Al oir el tono doloroso con que su hermano profirió estas palabras, Carlos, sorprendido, volvió la cabeza y le miró fijamente. Fernando tenía esa mirada vaga que se clava sin interés en lo primero que halla, como sobre un punto de apoyo; su bello rostro estaba pálido, pero tranquilo. Sólo la contracción de sus negras cejas y un imperceptible movimiento de su obscuro bigote imprimían en él fases de dolor, como sobre un papel blanco imprime la tinta la expresión de un acerbo sufrimiento.

—¡Fernando! ¡Fernando!—dijo Carlos.—¡Oh!..... ¡Comprendo! Ya cuando niño la amabas. ¡Malhaya el corazón egoísta que ama y presencia, sin notarlos, los sufrimientos callados y ocultos de un hermano! ¡Sí, Fernando, la amas! ¡Amas á Clara!

—No pronuncies su nombre—repuso Fernando—sino como el de tu hermana, si no quieres privar á mi padecer de su pureza y de su virginidad. Sírvate mi secreto de prueba de que todo lo bueno es posible, y vuelva á su tumba, que es mi corazón!.....

—¡Eres un héroe, Fernando!—exclamó Carlos.

—No—respondió Fernando,—pero soy un hombre honrado. Vamos—añadió, observando la creciente emoción y desasosiego de su hermano,—esta conversación se ha prolongado demasiado; es preciso que descanses y te tranquilices. Nada apremia en los acontecimientos venideros; lo que urge es que te restablezcas del todo.

En breve pudo Carlos levantarse. Entonces Fernando le informó de que la madre y parientes del oficial su contrario, el cual, aunque no había muerto, seguía en el mayor peligro, habiéndose hecho necesaria la amputación del brazo, perseguían este asunto con la mayor actividad, habiendo reunido unánimes declaraciones que atestiguaban ser Carlos el agresor. El Rey estaba furioso y había prometido castigar al promovedor del lance.

No le quedaba á Carlos, por el momento, sino la alternativa de ir á un castillo ó emigrar. No podía razonablemente oponerse á adoptar la última, tanto más, cuanto que presumía que, una vez en el castillo, su madre influiría para que no saliese de este otro convento hasta que Elia profesase en el suyo. Partió, pues, con lágrimas de despecho y rabia, confiado en la promesa que le hizo su hermano de poner en ejecución cuantos medios estuviesen en su poder para facilitar su regreso en el más breve término. Confiaba, y con razón, en una pala-

bra de su hermano como en un Evangelio. Así fué que dejó igualmente á su cuidado una carta para Elia, en la que le decía que, viéndose obligado por asuntos del servicio á alejarse por un par de meses, no se oponía á su estada en el convento, en el que tranquila podría aguardar su regreso. En toda la carta reinaba la expresión del más profundo y apasionado cariño, le suplicaba una y mil veces no olvidase las promesas que le había hecho, las que vendría en breve á reclamar, y que le daban derecho á arrancarla, aun al pie de los altares, para que se las cumpliese.

Algunos días después llegaba esta carta al convento, esa *trinchera de almas frías egoístas*, como decía el filósofo Narciso, y Carlos llegaba á Inglaterra, *nido de cisnes*, como decía Shakespeare; sobrenombres que, en justicia, ¿no te parece, querido lector, que haremos bien en trocarlos?

CAPÍTULO XXIV

La Marquesa no ignoraba el desafío de Carlos, aunque aparentó ignorarlo. Le causó una profunda aflicción. No obstante, respondió al amigo que se lo comunicó: «Si todos hiciesen lo que él ha hecho, al oir ultrajar á su madre, los mal hablados pondrían freno á sus lenguas.»

Pero mientras Fernando se desvivía en Madrid para conseguir la gracia de su hermano, su madre conseguía por sus amigos y parientes que se retardase. Deseaba que Carlos no regresase hasta que Elia hubiese profesado, sin otra razón que la de evitar locos extremos, que eran á su carácter grave y sentado en alto grado repugnantes. Así era, pues, que se hacían infructuosas las diligencias de Fernando, paralizadas por un ministro inclinado á los intereses de la madre: sólo podía éste consolar á su hermano con las esperanzas que le daban á cada nueva solicitud. Exasperaban estas demoras á Carlos, el que con su apego exclusivo es-

pañol á su amor y á su patria maldecía su destierro. Todas las magnificencias de Londres pasaban ante sus ojos como sombras chinescas, sin interesar su mente ni su corazón. En las reuniones de la alta sociedad, en las que iba á aburrirse tanto ó más que un viejo millonario lord, resbalaban sobre el gallardo español, como agua sobre hule, las *vivísimas ó languidísimas* miradas de las inglesas, que al imitar á las hijas del Sena, las han sobrepujado en coquetería.

Entristecíase profundamente bajo aquel cielo ceniciento, que aparece el primer atacado del indígena mal, el *spleen;* en aquella fría neblina, en la que se envuelve la gran ciudad como en una mortaja, y que es sobre vuestras cabezas una noche sin estrellas, á vuestro alrededor una noche sin descanso. Alzábanse sobre la nieve tersa y fría como el mármol los negros y deshojados árboles, como esqueletos que levantasen sus brazos al cielo para pedir sepultura. Para él los días no tenían fin, y las noches eran eternas. Y á pesar de parecerle parado el reloj del tiempo, los meses corrían persiguiéndose sin descanso. El invierno daba sus últimos bramidos en el equinoccio al verle triunfar de sus lúgubres noches los días apacibles de la primavera. Aunque pálido y débil, aparecía el sol como un convaleciente. Cubríase el suelo de un aterciopelado césped como de un fresco vestido de primavera; el campo ostentaba to-

das sus galas, prodigaba todas sus sonrisas, y brindaba todos sus encantos en aquellos sitios campestres, tan suaves y románticos como sus poemas. Pero nada hablaba al corazón del desterrado..... en que sólo cabían recuerdos y esperanzas!

Acabósele de hacer intolerable su situación cuando calculó que sólo quedaban á Elia dos meses de noviciado. Aguardó aún el último plazo que le había señalado su hermano; pero cuando llegó, y vió que, como los anteriores, era este nuevo plazo otro eslabón de una cadena forjada para retenerle ausente, se indignó, y sin esperar más, sin cuidarse de las resultas, pidió su pasaporte y se embarcó á la ventura.

¡Cómo palpitó su corazón de intenso gozo cuando vió bosquejarse al horizonte la España, y redondearse las costas de su patria como el seno de una nodriza! El puro azul del cielo y el brillante azul del mar parecían entreabrirse como una concha de turquesa para mostrar en su seno la blanca Cádiz como una perla. Veía á su izquierda la ciudad de Sanlúcar, pareciendo la urna en que se apoya el Betis, con su corona de juncos, su barba de plateada espuma y su aliento de azahares. Vió á Rota, el Puerto de Santa María, Puerto Real, la isla de San Fernando, formadas como cortesanos de la primavera en derredor de Cádiz;

á Medina, que han labrado en alto como un nido de alabastro. Vió en la bahía aquella selva movediza de masteleros, árbolès esclavos tostados con soles de los trópicos, endurecidos con las nieves de los polos, diciendo alegremente el nombre de su patria con sus lenguas de colores, recogiendo sus velas como pájaros que descansan sus alas, confiando en sus áncoras como el comercìo en la buena fe. Fijó una mirada agradecida en el faro de San Sebastián, que Cádiz ha alejado de sí, y edificado sobre unas peñas en medio del mar, á fin de que el ruido de la ciudad no pueda distraerle y el de las olas le recuerde su santa misión; cíclope de granito, centinela impasible como la confianza, vigilante como los celos, mientras la mar le azota los pies con sus olas y le salpica la frente con sus espumas; perenne vigía, vestal cristiana cuidando esa pequeña llama que da tanta claridad! ¡Llama santa, con la que la caridad estampa en la pérfida obscuridad la voz CUIDADO; dedo de fuego, con el que la humanidad indica el peligro que oculta la noche; buen consejo, que envía al través del espacio las tinieblas y las tempestades, el hermano al hermano; simpatía práctica, que une al que peligra aislado con los que descansan seguros; aulas de caridad, que los ángeles señalan á Dios con el dedo para mostrarle que los hombres recuerdan su santo Evangelio!

Vió Carlos todo este conjunto tan vasto, tan espacioso, tan dilatado, y sin embargo recogido y distinto por la pureza del aire, que impide se confundan los objetos en la distancia. Sobre este inmenso cuadro el cielo andaluz, que tiene el encanto de una sonrisa, el embeleso de una mirada de amor, la poesía de lo infinito, cuya magia es un magnetismo del alma; ese cielo tan puro, que no se empaña sino con albas nubecillas como copos de nieve que vagan sin dirección, como la mirada de un recién nacido, y por la noche con sus estrellas, como con sus brillantes la mujer que desea agradar; ese cielo siempre sereno, siempre apacible como la virtud, que no se cubre de nublados sino después que, reseca la tierra, le dice: *¡Tengo sed!*

Apenas hubo desembarcado Carlos en Cádiz y recorrido algunas de sus calles primorosas y derechas como niñas bien criadas, se embarcó para el Puerto en un falucho que con su semiarrogante semipiadoso letrero de

¡CON DIOS VOY:
MIS OBRAS DIRÁN QUIÉN SOY!

se le brindaba. Este, desplegando su enorme vela latina, que se hinchó al soplo de la brisa, como se hinche de alegría el corazón que emprende la vuelta á su hogar, se puso á bogar ligero contra las olas, que sorprendidas murmuraban á sus costados como entes voluntario-

sos á quienes se les quiebra la voluntad. Pasada la barra que precede á la entrada del río Guadalete, en cuya orilla se extiende el Puerto de Santa María, quitóse el patrón su sombrero, y entonó en alta voz un Padrenuestro por las almas de los muchos que han perecido en aquel peligroso escollo; ¡santo sufragio, tierno recuerdo del que se salva al que sucumbió, que debían respetar por humanidad los que no lo respetan por devoción! Pero esta tierna, piadosa y grave costumbre ha sido abolida, sirviendo el impío sarcasmo de puñal para unos, de espantajo para otros. Así hicieron los impíos el gran servicio á la *ilustración*, de helar la oración en la boca de la generalidad. Las gentes superiores, á quienes ni hieren ni imponen escarnios, enmudecieron también, temiendo dar pábulo con el testimonio de su fe á que se emitiesen impiedades y herejías que hiciesen más daño que provecho podría causar su buen ejemplo (que buen ejemplo es el socorro, la dádiva moral, obligatorios del que es rico en inteligencia al que es pobre). Tal es la osadía inaudita y provocativa de los blasfemos, en esta lucha, que hace considerar á los fieles un silencio como una concesión, una tregua como una gracia.

Llegó Carlos al Puerto de Santa María, que con ser una ciudad poco poblada, y tener alrededores estériles, halla medio de ser alegre y

bonita; anduvo en poco tiempo en una ligera calesa las tres largas y monótonas leguas que separan este Puerto de Sanlúcar, que rico de frutas, como Pomona, ofrece al sediento viajero su fina manzanilla y las puras y variadas aguas de sus fuentes. Allí donde se traga el mar ansioso las dulces aguas del Guadalquivir, se embarcó en el vapor el que voló hacia Sevilla cual si adivinase llevaba un amante que depositar al lado de la que amaba. Subió Carlos las orillas del río, monótonas, solitarias, tristes, como una larga existencia al llegar á su término, y que tanto se alegran, se visten de huertas y naranjos al acercarse á Sevilla, porque Sevilla es su querida, y fueron los confidentes de sus amores los poetas antiguos y lo son los modernos; que el amor no tiene secretos para la poesía, ni la poesía para el amor; así como no los tienen el alma y el corazón.

Llegó de noche. Alumbraba la luna con su serena luz á la naturaleza, arrullada en su dulce *farniente* por el canto del ruiseñor, que tiene una indefinida emoción que llena de lágrimas los ojos; por el sonido de las guitarras, que esparcen pensamientos de amor, y por la perfumada brisa, que la refrescaba, como á una hurí el aire de su abanico de olorosas plumas.

Carlos no quiso desde luego entrar en la dormida ciudad, y se quedó vagando por aquellas calles de árboles de los paseos, entre cuyo ra-

maje brillaban aún algunas luces de los reverberos, que parecían rayos que el sol hubiese olvidado, escondidos como estaban entre la hojarasca.

Es preciso tener en Sevilla su patria y sus amores, para enajenarse y gozar, como lo hacía Carlos, de la felicidad del regreso—¡que se compra tan cara con la ausencia! — y saborear como él la encantadora armonía que entre sí tienen el amor, la primavera, los cantos, la soledad y la luna; astro que está, como el corazón que ama, entre el cielo y la tierra.

CAPÍTULO XXV

DABAN las siete cuando el joven llamó al torno de las monjas de Madre de Dios.

—Voy á llamar á la Madre tornera—dijo una voz que le era bien conocida.

—¡María!—exclamó el joven.

—¿Quién me llama por mi nombre?—preguntó la misma voz.

—¿No me conoces, María?

Un grito vivaz de alegría resonó detrás del torno, y se oyeron pasos precipitados alejarse, al mismo tiempo que estas palabras: «¡Lo sabia! ¡Sabía que había de venir! ¡Ni un momento dudé! ¡Yo sé lo que es querer!»

Llegó entonces la Madre tornera, y habiéndose hecho conocer Carlos por el hijo de la Marquesa de Valdejara, le dió la llave para que pasase al locutorio.

Carlos entró en una pieza vasta, entrelarga; á la izquierda de la puerta: en el fondo, se ha-

llaba una grande y fuerte reja doble, detrás de la cual se extendía una gran cortina negra; sobre esta reja se leía esta inscripción:

NOSTRA CONVERSATIO IN COELIS EST.

Del lado opuesto, una pequeña ventana enrejada y abierta cerca del techo derramaba por el ámbito con perfecta igualdad una grave y pálida luz, cuyo reflejo moría sobre la cortina negra. En la pared, frente á la puerta, colgaba un cuadro de grandes dimensiones, que representaba á Santa Cecilia renunciando en sus bodas á las seducciones del amor, convirtiendo á su marido al espiritualismo de su elevada fe, transformando el tálamo en altar, coronado por los ángeles con blancas rosas.

Algunas sillas de rejilla y alto espaldar con filetes dorados guarnecían las paredes del locutorio, frías y albas como la nieve.

Carlos sintió al entrar en aquel austero y silencioso recinto como si una mano fría se pusiese sobre su corazón y comprimiese sus latidos. Sucedíale como al vivo y brillante pájaro de los trópicos, al cual llevase su destino sobre las ramas de los pinos de la Laponia, cuyas hojas son témpanos: se estremece, sus alas se rinden y su garganta se anuda.

Carlos se dejó caer sobre una silla. De repente se descorrió rápidamente la cortina. Un aposento grande y claro apareció á los ojos

deslumbrados del joven. En pie, en medio del cuarto, estaba Elia. Carlos no pudo hablar, y extendió los brazos hacia ella.

—¡Oh, Carlos!—dijo ésta, con el acento de la más pura serenidad y cariñoso contento.—¡Qué placer me das en venir para el feliz y solemne día en que voy á pronunciar mis votos! ¡Sólo tú, entre las personas que quiero y me quieren, me faltaba!

Carlos fijó los ojos en Elia como se fija la atención sobre un enigma que se quiere adivinar.

No podía darse nada más bello que aquella encantadora aparición, cercada de una aureola de luz. Sus ojos brillaban serenos, reflejando su alma amante y pura; sus cejas negras se dibujaban con nobleza en su plácida frente. La toca cortaba en línea recta esa frente, y ceñía el óvalo perfecto de su cara. Su hábito blanco, que caía en anchos pliegues hasta el suelo; el velo que ondeaba desde su cabeza hasta sus pies, daban á aquella figura juvenil una dignidad dulce y grave, y hacían que al mirarla se mezclasen en igual grado el respeto y la admiración. En aquel instante parecíale á Carlos que se marchitaban sus esperanzas como flores arrancadas á la tierra y puestas en el altar de una santa; pero sobreponiéndose á su dolorosa impresión, dijo:

—No vengo, Elia, para presenciar tus vo-

tos; vengo á impedir que los hagas; vengo á cumplir mis promesas, y á reclamar las que me hiciste. ¿Acaso las has olvidado? ¿Hásete borrado el recuerdo de lo pasado?

—Todo se ha borrado de mi corazón en el convento, á medida que ha aumentado mi gratitud, que lo llena todo.

—¡Y te atreves á decirlo!—exclamó Carlos.—¡Te atreves con esa misma mano que distribuye limosnas, que seca las lágrimas de los que padecen, que adorna los altares con flores, á clavar el puñal en el corazón del hombre que te ama, del compañero de tu infancia, de aquel que tu madre llamaba hijo!

—Me atrevo—contestó Elia—á alargársela para separarle de una senda extraviada y traerle á la senda que debe seguir.

—¡Estas son las ideas que te han inculcado! Con eso, lo que han hecho es trazarte á ti la senda del sacrificio..... ¡y á mí la de la desesperación! Elia..... ¿destruirías la felicidad del hombre que te ama únicamente y se llama tu compañero? Tú, tan dulce, tan buena....., ¿serías ingrata y cruel? Tan joven, tan hermosa....., ¿serías bastante insensata para renunciar á los goces de la vida, aferrándote en un intento que todos deben reprobar?

—¿Y quién podrá culparme—respondió Elia—porque me separo de un mundo que cada uno de sus habitantes maldice? Hállame

uno solo que esté contento con su suerte, hállame uno solo que diga: «El mundo me ha dado una felicidad constante, una tranquilidad inalterable; he conservado en él una conciencia pura, aun de rencor; ninguna palabra, ninguna sonrisa, ninguna mirada llegó jamás á herirme; he vivido sin temores y sin esperanzas, ó bien he visto realizarse los primeros y desvanecerse las segundas sin sufrir ni abatirme; no he encontrado ingratos y malévolos, ó bien no me han lastimado el corazón.....»; hállame, Carlos, en el mundo quien diga: «He visto huir la juventud sin sentimiento, he visto llegar la vejez sin repulsa»; hállame uno sólo, y será una razón sólida que oponerme, un elogio práctico del mundo que convenza, un argumento que triunfe. ¡Carlos! ¡rápida fué la ojeada que eché al mundo!..... pero fué lúcida; ¡y la repercusión la he sentido en el corazón! La sensatez, á falta del dedo de Dios, me trazaría la senda que debo seguir: me es dulce y querida, y no me separaré de ella. ¡Sí, Carlos, mis días de silencio y de oración se deslizarán semejantes y dulces como las gotas que destila el panal de la miel!

—Elia—repuso Carlos,—estás bajo la influencia de una exaltación religiosa, que en este momento cubre tu vista, como una nube de incienso que te hace desconocer tu corazón, te ciega sobre tu porvenir, y sofoca tus senti-

mientos. Pero yo no consentiré jamás—prosiguió con viva agitación—que tiranices tu suerte y sepultes tu porvenir; á mí has prometido tu fe, á mí has jurado pertenecer; á mí estás ligada desde el día en que con el anillo de esposa admitiste sus derechos y su deberes. No puedes disponer de tu destino, que me pertenece. ¡Sabré hacer valer mis derechos!

—¿Dónde están, cuáles son esos derechos?—exclamó Elia en tono de reconvención.—¿Soy yo la que era? ¿No están entre nosotros el mundo, la opinión, la voluntad materna? Atrévete á venir á arrancarme al pie de los altares; atrévete á decirme: «Te privo de un bienestar tranquilo y constante, y te ofrezco en cambio la efímera felicidad del amor mundano»; atrévete á separarme de mi convicción con la crueldad, con la que se arrancase á un niño del seno de su madre. ¡No, no! Abandona toda esperanza; estamos tan separados en la vida, como lo están el sol, que se rodea de brillo y ruido, y la luna, que busca el silencio y la noche. Sigue tu destino como una corriente vivaz y presurosa, y no quieras arrancar la débil florecilla que hallas á tu paso en la margen, y que no podría unirse á esa corriente sin perecer en ella. Así, Carlos..... el que está ciego eres tú; cegado por una pasión, que ésas sí ciegan, y no el incienso, como dices, que no hace más que dirigir nuestros ojos hacia el cielo, al cual sube.

—¿Y por qué dices—exclamó Carlos—que sea ciega mi pasión, Elia?

—Porque, Carlos, todo lo que lleva á arrostrar la opinión y arrollar el orden establecido, es ciega pasión; y ésa no guía bien, y debe ser guiada.

—¡Qué tranquila, qué serena, qué fría estás!—dijo Carlos con despecho.

—Porque he orado, Carlos.

—¡No me has amado nunca!—exclamó Carlos, cayendo en una silla y cubriendo con ambas manos su rostro bañado de lágrimas.

—¡Oh, sí! Te he querido y te quiero—contestó Elia con voz suave y dulce. — Pero en este íntimo é infinito amor que te tengo no hay presencia ni ausencia, presente, pasado ni futuro: el tiempo pasa sobre él como sobre la eternidad, sin alterarlo. Es un amor que no distrae de Dios el corazón, sino que lo identifica más con ese Dios, fuente y fin del amor perfecto. Es un amor que no teme la ingratitud, porque se da sin exigir correspondencia; es un amor inalterable, que se mezcla en las oraciones y se lleva consigo al cielo. Es un amor que en la noche terrestre brilla como una estrella de otras regiones, que se ama cual ellas, sin querer asirlas, porque subiremos á ellas.

—¡Pero ese amor—dijo Carlos con desconsuelo—ese amor que separa aquí á los que se aman, no da la felicidad, Elia!

—¿Y á qué llamas felicidad, Carlos?—preguntó Elia.—Si es la paz que da la ausencia de todas las pasiones, el reposo de la conciencia; si es la suave calma que se disfruta cuando lo pasado no tiene remordimientos que roan, ni el porvenir temores que torturen; si se halla en una vida que tiene el sueño tranquilo y el despertar sereno; si la hay en esperar la muerte sin desearla ni temerla; si ésta es la felicidad verdadera y sin liga..... la he comprendido, Carlos, y la he hecho mía!

Carlos, profundamente conmovido, destrozado el corazón, elevada el alma, echó su cabeza atrás sobre el respaldo de su silla, se tapó los ojos con sus manos, y al través de sus dedos rodaron gruesas lágrimas, mientras su pecho se henchía agitado.

—¡Carlos!—prosiguió Elia conmovida y en tono de súplica.—¡No me aflijas con tus lágrimas, no me inquietes con tu dolor! Amame lo bastante para no perturbar mi tranquila felicidad; ven fuerte y generoso á unirte á mí en aquella altura, de la que yo contemplo los intereses y pasiones de la tierra. Esa altura, Carlos, ¡harto lo he visto en el mundo! no la alcanzan el talento, el saber, el genio; la alcanza la Fe, aquella fe divina que llena el mar más vasto y halla cabida en el corazón más sencillo. No la alcanzaba D. Narciso, y la alcanzaba D. Benigno. En esa altura, Carlos, ¡parece la

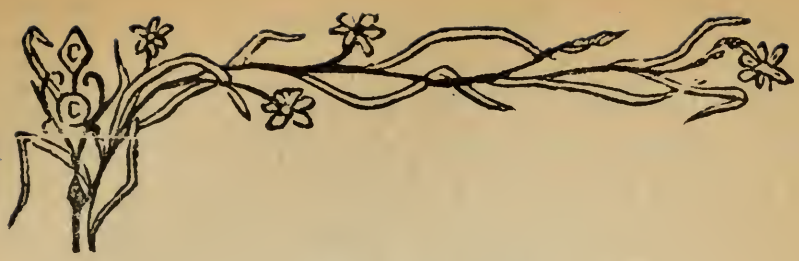
vida tan corta, tan mezquina!..... ¡Es una nada con la eternidad! Y, sin embargo, puede encerrar muchas lágrimas y preparar muchos remordimientos. Sólo en esa altura, Carlos, se despoja de ignominia la que la heredó de sus padres, como los hijos de Adán la maldición que él mereció. Allí se ve despojada de ella, como la mariposa que vuela en la atmósfera del sofocante capullo en que la crió la oruga. En esta altura, hermano mío, se está más lejos de la tierra, pero más cerca del cielo; del cielo—repitió, levantando los ojos y los brazos hacia él con una santa y suave exaltación—allí..... en donde se reunirán todos los corazones amantes en el amor celestial y perfecto, que es la bienaventuranza!

Elia, inspirada, llenos de santas lágrimas sus ojos, se presentó á la vista de Carlos divina como una aparición bajada de altas regiones y pronta á volver á subir á ellas.

Conmovido, fascinado, arrastrado por un poderoso impulso comunicativo, Carlos se postró, y apoyando su inclinada cabeza sobre los hierros de la reja, exclamó:

—¡Comprendo, por mi desgracia demasiado tarde, que en medio del torpe materialismo que va invadiendo los espíritus, cual las crecientes olas de un diluvio universal, en que perecerán nuestras inteligencias, hay seres cuyas almas arden como divinas antorchas en las

tinieblas, como faros en la noche, que están tan elevados que los profana una pasión, y que sólo se deben amar sobre la tierra como se aman los ángeles en el cielo!



EPÍLOGO

Si se preguntase: ¿Qué se hizo de los que quedaron en el grande y variado escenario del mundo? Debiendo dar cuenta y razón el novelista de los personajes que pone en escena, podríamos responder lo que Schíller en unos hermosos versos á los que le preguntaron qué se hizo de Thecla.

«¿Preguntáis, acaso, qué se hace de los ruiseñores cuyos cantos os encantaban en la primavera? ¡No existieron sino mientras amaron!»

No obstante, la vida se compone de dos partes: la ideal y la material, y referiremos la sesegunda, que sobrevive á la primera.

Fernando murió en Madrid en la jornada del 7 de Julio de 1822 defendiendo al Rey.

Carlos, fiel á una causa ya perdida, pereció en el Trocadero el año 23, en aquella desgraciada acción en que se derramó sangre sin entusiasmo, se peleó sin esperanza y se halló muerte sin fruto.

La Marquesa sufrió con valor la muerte de Fernando, de aquel hijo querido y perfecto que

había realizado todas sus esperanzas; aquel hijo, según su corazón, digno de ser cabeza de la casa de Orrea. No se puso luto, ni se la vió derramar una lágrima. Tenía en su cuarto el bello retrato de su hijo, que adornó con una corona de laurel y una palma. Pero la muerte de Carlos la destruyó. Era el último Orrea, y el primero que había muerto defendiendo una causa que no era la de la Religión, la del Rey ni la del país. Su existencia se rindió y aplomó como las velas del barco al que falta la brisa vivificadora. Murió en los brazos de la inconsolable Esperanza, que se había casado con un hombre de mérito, elegido por su madre.

Esta hija perfecta tuvo dos hijos. El mayor, criado al lado de sus padres, pasó en 1837 á las filas de D. Carlos, y sucumbió en el sitio de Bilbao. El segundo, criado en el Colegio de Artillería, hizo sus primeras armas al lado del general de la Reina, Córdova, y halló la muer- en la acción de Mendigorría.

Cuando Esperanza, loca de dolor por tan crueles pérdidas, por ver todos los ídolos de su corazón víctimas de la terrible y horrorosa guerra civil, el más espantoso azote que se fragua el hombre por su propia mano, se hallaba ahogada por lo intenso de su dolor, se iba al convento á ver á Elia, y volvía de él serena y resignada.

CON MAL Ó CON BIEN

Á LOS TUYOS TE TEN

CON MAL Ó CON BIEN
Á LOS TUYOS TE TEN

Y sólo el hombre pervierte
Sus justas obligaciones,
Si no vence sus pasiones
Como valeroso y fuerte.

(JUAN RUFO Á SU HIJO.)

Nosotros, insensatos, hemos hecho del matrimonio un miserable espantajo, que tratamos incesantemente de ridiculizar: ¡como si no fuera al contrario!.....

(JULIO SANDEAU.)

I.

QUIEN por los años de 183... hubiese paseado por la muralla de Cádiz, ese paseo de piedra apropiado á aquella ciudad compacta que parece haber salido de una cantera en una sola pieza, fuerte, bella y armada, como Minerva de la cabeza de Júpiter; quien en esa época hubiese pasado por el trozo que corona la puerta del Mar, hubiera podido notar dos mendigos que, arrimados al pretil, imploraban la caridad pública, más con su triste

aspecto, que no con descompasadas voces. Era el uno un soldado, según lo demostraban los restos de una casaca militar que llevaba; faltábanle ambas piernas, y sentado sobre un pedazo de corcho sujeto á su cuerpo con correas, se movía, merced á sus manos que apoyaba en el suelo. Á su lado una mujer joven, pero avejentada, y conservando á pesar de su decaimiento un doble tipo de belleza, se cubría parte de su rostro con un pañolón, desteñido por la intemperie, que llevaba sobre la cabeza, meciendo en sus brazos á un niño pálido y enfermizo, como su madre; mientras el lisiado enseñaba á una niña de seis años aquellas palabras más apropiadas para mover el corazón del hombre, y aquellas bendiciones más adecuadas para incitarle á merecerlas; esto es, la hermosa deprecación: «¡Señores! ¡por la sangre de Nuestro Redentor y por los pechos que le criaron, muévase su corazón á piedad hacia estos infelices, sin más amparo que el del cielo y el de las buenas almas! ¡Así Dios les libre de un malvado, de un testigo falso y de una mala lengua!» Y la pobre añadía suspirando: «¡Y les dé salud para criar á sus hijos!»

Algunos ricos pasaban, respondiendo así á este clamor de la miseria:

—¡Qué plaga! ¡Qué repugnante aspecto en un paseo público! ¿Por qué no habrá aquí, como en otras capitales del Extranjero, asilos

forzosos para la mendicidad? ¡Qué atrasados estamos! ¡Miren ustedes eso: un ente así, casado y con hijos! ¿Debería eso permitirse? ¡Aquí anda todo como Dios quiere!

Pero otras buenas almas — generalmente mujeres, clérigos ó niños — se paraban, y daban limosna.

— ¡Ahí tiene usted — decían los primeros; — la limosna mal entendida, el *ochaveo*, el maldito ochaveo, que es el que mantiene á esos vagos, á esa lepra! ¿Y sabe usted por qué dan esos beatos? Para que los vean dar, por pura hipocresía.

Y lo que vosotros hacéis en no dar, detestables cancerberos de vuestro dinero, ¿cómo se llama?

La muralla que ostentaba tales hombres — que harían bueno al socialismo si, por fortuna, no fueran raros y contados — ostenta también otros seres encantadores, que á su albedrío ríen, saltan, corren, caen, se vuelven á levantar y á formar grupos parecidos á los que forman los amorcillos en las escenas pastoriles de Boucher.

Estos seres son los niños que, primorosamente vestidos á la inglesa, envían sus madres, en compañía de sus amas, á esparcirse en la muralla, mientras éstas, sentadas en el ancho parapeto, ó en los escalones que separan unos de otros los cañones que asoman por

fuera del recinto su formidable ojo negro, se entretienen en conversación unas con otras, sin perder de vista su rebaño.

Hacen allí, como es de pensar, gran papel los rosqueteros, que, con sus canastos en las manos, pasan como una tentación viva por entre aquellas hordas liliputienses.

Tenemos, por reata del pecado de golosina de nuestra infancia, afición á los rosqueteros, que nos parecen dulcísimos miembros del cuerpo social, á pesar de que, por una rara anomalía, suelen tener cara de vinagre. Aun hoy día nos parece que adornan mucho más graciosamente la muralla que no los soberbios cañones, y creemos infinitamente preferibles las anises de los primeros á los de los segundos. Ello es que son entrambos, los cañones y los rosqueteros, accesorios necesarios de la muralla de Cádiz: sin los niños, los rosqueteros y los cañones, pierde todo su prestigio y toda su fisonomía.

—*¡Quero uno otro rosquete!*—dijo á su ama una rubita de tres años, cuyos rizos volaban al viento por sus hombros, debajo de una capotita de raso color de rosa.

—Y yo un merengue—añadió su hermana, decana de la tropa, que ostentaba con dignidad siete años.

—¿Y no sería mejor—respondió el ama envejecida en la casa (pues lo había sido igual-

mente de la madre de las niñas),—no sería mejor, pues ya os compré esas chucherías, que dieseis ese dinero á aquella pobrecita niña, que quizás hoy no habrá comido pan?

El ama tenía dos fines: el caritativo y el higiénico.

—¿Que no habrá comido pan?—dijo asombrada la niña mayor.

Y sin volver siquiera la cara al incitador canasto del rosquetero, tomó los dos cuartos de manos de su ama, corrió hacia la pordiosera y le dió la moneda.

—Y tú, Lolita, ¿no le quieres dar limosnita á la pobre?

—*Quero uno otro rosquete*—respondió en tono decidido y firme la de la capota rosa.

El ama se lo compró.

—¡Quiere usted ahora—dijo refunfuñando el viejo rosquetero—que los angelitos de Dios dejen de comer dulces! Si eso sucediese, mujer de Dios, ¿de qué viviríamos nosotros? ¡Caramba con usted, que desnuda un santo para vestir á otro!

—¡Cicatera, golosa, mal corazón!—decía entretanto la mayor á su hermana;—esa pobre niña no ha comido pan, y tú has comido muchísimo, y budín y postres. Anda, dale tu rosquete, corre.

Y agarrándola por la mano, la llevó de remolque, á paso redoblado, hacia la pordiosera, le

cogió la mano que llevaba el rosquete y la puso en la de la niña pobre.

Esta no se atrevía á tomar la dulce é incitadora ofrenda.

—Tómalo, tómalo—dijo la niña mayor.

—¿Me lo das?—preguntó la pobrecita con ese encantador tuteo de los niños, compañero de su inocencia.

—¡Sí, sí, cógelo, anda!

La pobrecita lo tomó tímidamente, diciendo:

—¡Dios te lo pague!

Toda esta escena había sido una sorpresa para la de la capota rosa, que no comprendía bien lo que pasaba, y á la que la veloz carrera á remolque había aturrullado. Pero apenas vió pasar su querido rosquete á manos extrañas, cuando abrió su poderosa boca y se puso á berrear como un becerro.

—¡Qué fea estás! ¡Qué feísima estás!—le dijo su hermana echando á correr y dejándola plantada en medio de la muralla.

Entonces subieron los berridos al fortísimo, acompañados de un copioso aguacero de esas lágrimas que brotan y se secan en los niños instantáneamente.

El ama acudió, y también la pobrecita, que quiso devolverle el rosquete. Afortunadamente, el rosquetero, que giraba alrededor del grupo de las niñas como un abejorro alrededor de las flores, acudió, atraído por una seña del

ama. La de la capota rosa, metiendo su blanca manita en el canasto con el mismo íntimo placer con que un avariento mete la suya en un talego de onzas, cogió un rozagante rosquete, en el que hincó con triunfo y denuedo las blancas perlitas que adornaban su boca.

Satisfecho su primer anhelo, el de la golosina, trató su señoría de satisfacer el segundo, que era el de vindicar el derecho sobre su propiedad, con ese apego y potestad sobre ella tan instintivo é innato, que han sido precisas toda la fuerza y autoridad del cristianismo para crear el desprendimiento. Pero la niña, que era aún demasiado chica para comprender la dádiva ni hacerse cargo de la necesidad ajena, corrió hacia aquella que graduaba de usurpadora de su rosquete, y le aplicó bien aplicada, con todas las fuerzas de que podía disponer, una palmada en el brazo.

—¡Ah, pícara!—exclamó, sacudiéndola por el hombro su ama, que corrió tras ella—¿qué se entiende, pegar, y pegar á una pobrecita que no te ha hecho nada? ¡Pídele perdón ahora mismo, ó si no, se lo digo á tu madre!

—¡Niña mala, niña mala!—dijo su hermana:—pide perdón al instante á la pobrecita.

—No *quero*—recalcó á voz en grito y con magnífico aplomo la culpable incontrita.

—¡Bueno, bueno! ¡Pegona, soberbia y arrogante!—dijo su hermana.

Cierto que si la de la capota rosa hubiese leído á *Bernardo del Carpio*, habría contestado lo que el moro contestó á aquél:

¡La arrogancia toda es mía!

Pero á falta de voces, expresó eso mismo en una altiva y firme mirada.

—¡Vaya! pedir perdón á una mendiga—dijo remilgadamente una niña de medio pelo, que lucía una peineta, un velo, el cual estiraba furiosamente, y un abanico, que parecía en sus manos un soplador de cocina.

—A todo el que se ofende se pide perdón—contestó el ama;—á eso las tiene acostumbradas su madre. Si te cuesta pedir perdón á un pobre, pizpireta, no le ofendas. Mis niñas saben que, sin perdón, está la ofensa siempre viva y como una mancha en la conciencia, y que sin tener la conciencia limpia nadie puede vivir contento, sino que está dejado de la mano de Dios. Pero tú díle á tu madre que en lugar de abanico te compre un libro de doctrina; así perderás los humos, que á todos les están mal, mi alma, pero á los pobres peor que á los ricos, ¿estás?

La niña á quien iba dirigida esta filípica dió un nuevo estirón á su velo, y puso en movimiento acelerado á un tiempo sus pies y su abanico.

—Pide perdón á la pobre, Lolita, mi cora-

zón —prosiguió en tono suave y suplicatorio la buena mujer;—si lo haces, te llevo á la Alameda, donde verás á tu mamaíta.

—¿Hay *muca?*—preguntó la niña.

—Sí, hay música; la de la tropa.

Lolita volvió su carita, que engarzaba la capota rosa, hacia la niña mendiga, y le dijo:

—*Pedón, poecita.*

Y en seguida, como, tanto en la senda del bien como en la senda del mal, el primer paso es el que cuesta, según dicen muy bien los franceses, dado éste, Lolita, entusiasmada alargó su rosquete á la pobre niña, con el ademán y expresión de rostro de Escipión al devolver á Alucio su hermosa novia hecha esclava en Cartagena. Verdad es que faltaba al rosquete la mitad, y que el ansia de Lolita había sido mayor que su apetito.

A la noche, la niña mayor refirió á su madre cuanto había pasado.

Esta señora, verdaderamente ilustrada, y que tenía los buenos sentimientos que la verdadera ilustración ennoblece y refina, tuvo un pesar real por la acción de su niña, y al día siguiente fué ella misma con sus hijas á llevarle á la pobre ropa y socorros. Le gustó tanto la niña, que ofreció á su madre vestirla y costearle la escuela, y por eso hemos referido el anterior incidente, puesto que la impertinente palmada de Lolita tuvo para su pobre víctima

incalculables resultados. Pero no anticipemos sobre lo venidero: preciso es saber antes de todo quiénes eran aquellos mendigos que presentamos al comenzar este relato; y esto es lo que vamos á referir, si nos quereis prestar atención.

II

El día de San Juan del año 1821 se notaba en el muelle de Cádiz un gran y alegre movimiento, debido á que era día de toros en el Puerto.

Presentaba, seguramente, dicho muelle una bella y animada perspectiva á los ojos: en cambio eran destrozados los oídos por una descomunal y destemplada gritería, con la que el barquero de la bahía de Cádiz abusa espantosamente de sus pulmones y de los tímpanos de los que le oyen. Ciertamente, se debería poner coto, por orden de buen gobierno, á esta licencia de garganta, que, unida á la de expresiones, incomoda, aturde, escandaliza é indigna al público indígena, y asusta al exótico.

—Señorito—dijo uno de los patrones de falucho, que se agitaba, gritaba y se movía sin cesar, y cuya voz ya estaba ronca, á un joven, agarrándole por un brazo,—venga su mercé

acá, mi amo; que en este mismo instantito doy la vela, y pongo á su mercé en el muelle del Puerto en lo que canta un gallo, sin que haya siquiera notado que va surcando el charco.

Y sin saber ni cómo ni por dónde, nuestro joven se halló sentado en el falucho, ó por mejor decir, preso en un pontón, pues una vez en el barco, ni se hizo á la vela éste, ni pudo volver á tierra aquél.

—Patrón, ¿hay buen viento?—preguntó acercándose medrosa é indecisa una vieja.

—En popa, como un puntapié. Ande usted, que nos vamos. Iza, Miguel. ¡Eh, vosotros, á izar, á izar, que nos vamos!

Por de contado, los marineros no se movieron, pero el patrón había cogido á la vieja por los hombros, y la había empujado en el falucho como un fardo.

Apenas bogaba el barco cuando, conociendo la vieja que el poco viento que hacía era contrario, exclamó desesperada:

—Patrón, ¿no me dijo usted que el viento era en popa?

—Ya ha mudado.

—¿Si me acaba usted de decir que era en popa?

—Como que no tiene ajuar, pronto se muda —contestó el patrón.

Servando Ramos—tal era el nombre del joven de quien hicimos mención,—hijo de un rico

comerciante de Cádiz, había sido educado en Inglaterra; y á su reciente regreso á su patria, habiendo muerto su padre, se hallaba poseedor de una brillante herencia. Llevaba en su expedición el elegante traje de majo serio que los jóvenes gaditanos habían adoptado para ir á los toros. Consistía en pantalón, chaqueta y chaleco blancos y finos como los copos de la nieve; una faja de seda celeste ceñía su cintura; un pañuelo del mismo género y color rodeaba su cuello, pasando los picos por una sortija en la que brillaba un solitario de gran valor; calzaba zapatas de rico ante, para semejar á las de vaca de los *majos crúos*; sobre su cabeza, que adornaba una ensortijada cabellera, llevaba un sombrero calañés algo inclinado á la derecha; en una mano una chivata visualmente pintarrajada, y en la otra (esto es, *del conjuro*) un abanico de caña ó *calaña*, en que estaban reproducidos con los más primitivos rasgos del dibujo el tío Nones, el tío Perniles y el tío Conejo, gitanos que vendían ó habían vendido por las calles trébedes, tenazas y otros cachivaches, y cuyo tipo original se explota en el teatro hoy día con los tíos Caniyitas y otros personajes de zarzuelas y sainetes, que, si bien no serán tipos romanescos ni estéticos, son indisputablemente cómicos y genuinos.

Aunque por su larga ausencia de la *tierra de María Santísima* le faltase á Servando Ra-

mos algo de la soltura y gracia necesarias para llevar bien el traje que vestía (que sólo se adquiere en el país y con la costumbre de llevarlo), no obstante, sentaba este traje muy bien á su linda persona; tanto, que habría podido servir de modelo á un pintor que hubiese querido ilustrar con adecuados tipos una novela de costumbres andaluzas.

Fiel á los hábitos contraídos en el Extranjero, Servando, lejos de mezclarse en la conversación general que sostenían los demás pasajeros, se recostó sobre el codo y se puso á mirar hacia el mar.

Esta tiesura é incomunicación, que nace generalmente en los ingleses de su cortedad de genio y de los hábitos de su país, son en ellos cosas naturales y no ofenden. Mas aquellos que en nuestro país imitan esto, sin que á ello les autorice la costumbre ni les disculpe la cortedad de genio, se hacen insufribles, porque demuestran desdén. Ahora bien; de todos los insultos ninguno hiere cual el desdén; pues que los demás insultos recaen sobre algo, y nacen de una causa; pero el desdén germina y se eleva sin que se siembre, como la mala hierba.

Servando miraba la hermosa vista que á sus ojos se ofrecía, por no mirar á otra parte y no porque le llamase la atención. Hay seres que, á no moverlos una pasión, nada miran con interés ni detenimiento á no ser su espejo, cuan-

do están ellos delante. Son los tales instrumentos sin melodías, en los que no vibra sino una sola cuerda. No obstante, la vista era magnífica y grandiosa, como todas las que ostenta en su composición el mar, que es la vista más admirable y conmovedora después de la del cielo. Aquel día uno y otro rivalizaban en esplendores; la atmósfera que entre ambos se movía suavemente brillaba como un fluído cristal.

Veíase en lontananza á Rota, rústica jardinera que, con las manos llenas de frutas y de legumbres, es la primera en dar la bienvenida á los barcos, que cansados y exhaustos de la travesía del líquido desierto llegan á los puertos recogiendo sus velas, como los pájaros sus alas al llegar á sus nidos. Mientras más avanzaba el falucho hendiendo las aguas, que en aquel día hermoso levantaban suaves murmullos y melodiosos gorjeos á su paso, más se iba destacando la imponente mole abandonada del castillo de Santa Catalina, detrás del cual se iba retirando modestamente Rota, cual si se volviese á sus huertas, á sus viñas y á sus melonares. El fuerte coloso se alza aún, haciendo frente al embate de las olas, aunque sin su vida de fuego y su corazón de bronce; como un valiente y fuerte centinela que, aun desarmado y herido, no abandona el puesto. Entró el ligero surcador de la bahía en el

Guadalete, á cuya orilla izquierda se tiende y estira el Puerto de Santa María. Lo primero que á la vista se presenta son sus magníficas bodegas, que surten á Europa de su mejor vino; y algo retirado de la orilla, ese circo magno, esa plaza de toros, teatro de la extraña y bárbara diversión, por desgracia anexa al nombre español. Añeja diversión que el tiempo poderoso no embota, que la civilización no modifica siquiera; en la que sólo es necia y toscamente grande el hombre que por lucro expone su vida, é impiadosa é inhumanamente pequeños los que, sin riesgo y seguros, le aplauden y le animan, sin poder socorrerle si sucumbe. Esto hace que tan repulsante regocijo no halle más disculpa ante el juicio de la razón ni ante el sentir del corazón sino la embriaguez que produce, trastornando al hombre que ambas cosas posee, entendimiento y corazón; como lo hace la embriaguez del vino. Quítese, pues, la causa para evitar el efecto, y así probará al mundo la España moderna que no cifra todo su pensamiento *civilizador* en suprimir los monjes y dejar arruinar los conventos.

Servando, con su propensión inglesa al aislamiento, había venido solo á los toros del Puerto, lo que le privaba de disfrutar con todos sus accesorios de aquella afamada romería, como lo hacían los demás jóvenes que reuni-

dos hacían el viaje, comían y paseaban. Así fué que andaba las calles del Puerto, tan alegres y animadas en semejantes días, como pájaro bobo, según la expresión del país.

Llegada la hora de los toros, siguió al tropel de gentes que se encaminaban ruidosamente hacia la plaza; entró y se colocó cerca de un grupo de jóvenes gaditanos, en el que se hallaban varios conocidos suyos.

Servando, que fué muy pequeño á Inglaterra, nunca había visto los toros, y tenía inculcadas las ideas que infunde la educación en los países extranjeros, sobre la indisculpable inhumanidad que hay en maltratar y hacer padecer á los pobres animales, puesto que no hay sana razón que pueda admitir que los crease el Dios de bondad sólo para sufrir y ser víctimas del hombre. Sabía que en la ilustrada Inglaterra, en aquellas cámaras formadas de los hombres más notables del reino, que van á ellas por interés al país y no por el propio; sabía, decimos, que aquella asamblea de hombres superiores no se había desdeñado de discutir esta materia, formando benéficas leyes que ponen coto al bárbaro abuso del hombre sobre los pobres animales, que padecen el dolor físico y sienten la angustia moral, sin un amparo, sin un consuelo, sin una compensación. ¿Qué es, Dios mío, toda la cultura del entendimiento sin la del corazón? Un brillante sol sin calor,

una linda flor sin perfume, una bella voz sin modulaciones, un hermoso rostro sin lágrimas y sin sonrisas.

Así fué que, aunque no era Servando por cierto una persona de sentimientos delicados y tiernos, ni tenía uno de esos corazones fervientes de caridad y henchidos de compasión, que pasan por este mundo cruel como las ovejas por entre los abrojos, dejando, cual ellas, copos de su suave vellón, lágrimas de compasión en cada espina; aunque no tenía sino las más sencillas y cotidianas ideas sobre la humanidad y cultura, al ver salir la acosada fiera y arrojarse sobre el primer indefenso caballo que, dócil al hombre, aguardaba á pie firme la espantosa embestida, al ver al toro destrozar sus entrañas, al ver al jinete en peligro de muerte, y que este atroz espectáculo era saludado por una algazara general, sintió todo su sér sublevarse, y se preguntó si estaba en alguna diversión ó en una carnicería. Hasta su físico se resintió al ver por el suelo enrojecido de caliente sangre las entrañas de un animal, aun vivo en la doble agonía de la muerte y del espanto; palideció y se levantó.

—¿Estás malo?—preguntó uno de sus amigos.

Servando contestó afirmativamente, y se salió.

Alejóse de la plaza, entrando en el pueblo

por aquellas calles, poco há tan bulliciosas y animadas, ahora silenciosas y desiertas. Este silencio y soledad le hicieron bien al alma, cual lo hace un baño tibio á un cuerpo molido y cansado. Siguiendo rectamente la primera calle que se le presentó, que era la de Santa Lucía, se halló en la plaza de la Iglesia Mayor.

Posaba ésta grave y tranquila sobre sus gradas de piedra, como sobre un pedestal. Su vista causó al disipado joven un inexplicable sentimiento de bienestar moral. Nunca está el ánimo tan ansioso por sensaciones suaves y más dispuesto á gozarlas, como cuando ha sido conmovido por sacudimientos fuertes. Servando se sintió irresistiblemente impulsado á entrar en aquel lugar, cual el fatigado nadador á descansar sobre una firme peña, alrededor de la cual se agitan las olas del mar en su incesante movimiento. El templo estaba en aquella hora desierto; algunas lámparas ardían tranquilas ante las aras, cual vigilantes guardianes de aquellos lugares, derramando una suave y melancólica luz, semejante á la de la luna sobre los altares á que daban culto. En aquel silencio dulcemente solemne, ni aun sus propios pasos oía Servando: ¡tal era el instintivo respeto con que pasaba, cual una pequeña sombra, bajo aquellas augustas y elevadas bóvedas! Así dió la vuelta al coro, y, siguiendo la fila de capillas que separan de las naves

grandiosas verjas de hierro, llegó á la última, que está al frente y es colateral al presbiterio. Venérase en ella la santa imagen de María Santísima de los Milagros, patrona del Puerto, que lleva su nombre (1).

La reja estaba abierta, y así pudo entrar Servando en aquel hermoso santuario, asombro de dignidad y riqueza, como los labra y solemniza el culto católico en España.

Cuando estuvo en él, notó que no estaba solo. Ante el altar de la Señora había una mujer arrodillada, que con los brazos en cruz y el rostro alzado hacia la imagen, oraba como oran los que oprime el dolor ó ahoga la angustia. Servando se paró. A pesar de ser un hombre de los más adocenados, sentía, por el concurso de extrañas y conmovientes circunstancias, elevarse su espíritu á la contemplación. «¡Qué contraste!—pensó;—ésta llora y reza; aquéllos se solazan con horrores y ríen.» ¿Cuál es, pues,

(1) El castillo del Puerto de Santa María, que pertenece á los Duques de Medinaceli, á pesar de estar poco cuidado, se conserva perfectamente. Es antiquísimo pues fué fundado por Mnesteo, príncipe ateniense. En 1264 expulsó el rey D. Alonso *el Sabio* á los moros que le ocupaban; y en la torre primitiva, que aún existe, aunque reconstruído y agrandado el castillo por los moros, se halló oculta la santa imagen, que escondieron allí los cristianos anteriores á la invasión; por lo que dió el Rey á la población el nombre de la Señora.

el estado más perfecto? ¿No será el del dolor, que atrae á la criatura á los pies del Criador? ¿No son quizás un dón de atracción las lágrimas, si hacen levantar los ojos que bañan al cielo?

Tales escenas como la que hemos descrito, se deberían presentar al hombre disipado para hacerle pensar, pues hay muchos que pasan su vida en una continua actividad mezquina y estéril, sin caer en que el hombre debe pararse alguna vez, y separando su mente del círculo estrecho de intereses mundanos, elevarla á más altas esferas, esferas en que todos concordaríamos, y en las que se realizaría el bello ideal de igualdad y convergencia, si todos de buena fe nos esforzáramos para alcanzarlas.

De cuando en cuando, algún nuevo lance de horror suscitaba en el circo una de esas inmensas griterías, de las que en otros países no se tiene ni aun remota idea; la que con golpes, palmadas y silbidos forma ese aturdidor conjunto, extraño y anómalo, que es á un tiempo lúgubre y triunfal, asombrado y delirante, desatinado y lógico, divergente y compacto, compasivo é inhumano, aterrador é incitativo.

Servando notó que cada vez que bramaba esta tempestad de humanas voces, llegando en su ímpetu á aquel augusto santuario, ante el cual hay una valla que respetan el ruido y el movimiento del mundo, aquella mujer arrodi-

llada se estremecía, y un acongojado gemido brotaba de su pecho.

Silenciosa y lentamente avanzó algunos pasos, arrimado siempre á la pared, hasta que pudo distinguir el rostro, que sólo miraba á la Virgen. Era una joven de correcto perfil griego, con ojos árabes; tipo que se halla con frecuencia entre las mujeres del pueblo andaluz; flores preciosas y delicadas, y que, por lo mismo, se ajan al primer contacto de la vida, sin el concurso de los años.

En sus grandes ojos negros brillaban lágrimas que corrían por sus mejillas aprisa, como corren las lágrimas cuando son muchas.

Al verla tan bella, debió redoblarse en el joven que la observaba el interés que le había inspirado. La hermosura es un gran favor de la naturaleza, que expende á sus predilectas, á unas para su bien, á otras para su mal.

Oyóse entonces en el silencio el ruido que producían las ruedas de una calesa, que en lenta vuelta tocaban contra las chinas del empedrado. Apenas llegó este ruido á los oídos de la arrodillada joven, cuando se levantó con desaliento, y con rápido paso, atravesando las naves de la iglesia, se dirigió á la salida. Servando, sorprendido de aquel brusco arranque, siguió á la joven, y se halló casi á la par de ella en las gradas de la colegial. Hallábase en este momento la calesa en medio de la plaza;

llevaba el calesero el caballo del diestro; en la calesa estaba sentado un picador; su cabeza estaba caída sobre el hombro; sus brazos pendían inertes á sus costados; su chupa de tisú de plata y sus calzones de ante estaban enrojecidos de sangre; una mortal palidez cubría su rostro.

El griterío se oía en la plaza, más vivaz, más animado, más atronador que nunca.

—¡Qué! ¡tan poco vale la vida de un hombre! —respondió mentalmente Servando á aquellas alegres y exaltadas aclamaciones, mientras que á su lado resonó el grito más destrozador que puede lanzar pecho humano con la voz: ¡¡¡PADRE!!! y la joven se precipitó hacia el carruaje, que apenas pudo el calesero parar á tiempo para que no fuese atropellada aquella infeliz, ciega y desatentada de dolor.

—¡Dios nos asista! ¡es su hija! —dijo el calesero conmovido por ese profundo respeto y alta consideración que siente y demuestra el pueblo al tierno y santo amor á los padres.

—¿Está muerto? —preguntó Servando, que había seguido á la joven.

El interrogado hizo un gesto que significaba que si no estaba muerto, en breve lo estaría.

—¿Dónde le lleva usted? —tornó á preguntar Servando.

—Al hospital —contestó el calesero.

—No —dijo Servando; —llévele á una posada.

Y subiendo á la calesa á la infeliz hija, que estrechaba en convulso abrazo las rodillas de su padre, la sentó al lado de éste, que yacía sin sentido; y marchando junto al funesto carruaje, atravesaron las desiertas calles hasta llegar á una posada. En ella hizo Servando preparar un lecho al herido; mandó á varios emisarios en busca de un hábil facultativo, y, ayudado por los criados, subió y acostó en el lecho al infeliz moribundo.

A pesar de que ninguna esperanza dieron los cirujanos, todos los medios de curación y de alivio fueron practicados por disposición y bajo la inspección de Servando, en vista de que el herido permanecía en un completo letargo, y su hija, fuera de sí de dolor, incapaz de disponer nada.

Antes de proseguir, referiremos lo acaecido en la plaza al picador (1).

---

(1) Todo lo que vamos á referir es la más exacta verdad. El lugar y fecha donde esto pasó, no es del caso; pero escenas análogas se han visto en la mayor parte de las plazas de toros que en todas partes se han ido construyendo en estos tiempos ilustrados y regeneradores, á medida que se han derrumbado iglesias. Y no se han construído sólo en España, á la que por tanto tiempo ha servido de baldón su afición á los toros. Existe en Nimes un circo romano que sirvió á las bárbaras luchas de fieras que tenía aquel pueblo fuerte, tosco, guerrero y primitivo. Sirvió después para ver despedazar por dichas fieras carnívoras á los primeros santos y sublimes con-

El tercer toro estaba inmóvil en medio de la plaza, en su reconcentrada ira. Veía pasar ante él á los chulos desplegando sus capas de visuales colores, como pájaros de diversos plumajes, sin hacer más que seguir á esos mezquinos y temerosos provocadores con una despreciativa mirada, clavando en seguida su negra y ardiente pupila en los jinetes, fuertes campeones que, con su lanza en ristre, se le presentaban como adversarios más dignos de sus poderosos bríos, y aguardando, como un hábil táctico y prevenido veterano, el ataque en que no se le pudiese escapar el enemigo.

Los picadores, que conocían el inminente peligro, aguardaban á su vez que los chulos trajesen á la fiera á la cercanía de un lugar de refugio en la inevitable catástrofe.

El caballo en que estaba montado el padre de Regla se bamboleaba bajo el peso de su pesada carga, puesto que el miserable sér era de aquellos que se denominan en los *compte rendus* de estas cultas fiestas jamelgos, mosquitos,

---

vertidos. Lució la gran antorcha del Cristianismo, y aquel pagano circo quedó anatematizado y sumido en su sangriento polvo. ¿Es creíble que sea el puritano, el filántropo el humanitario y fatuo siglo XIX el que, después de diez y ocho siglos, rehabilite aquel teatro de horrores y de luchas sangrientas que cerró la civilización cristiana? Mal hacen los franceses en dar pábulo y estímulo á los instintos sanguinarios de su pueblo.

arañas, esqueletos y otros burlones y despreciativos epítetos, sin que jamás les preceda el epíteto de *pobres*, que demostrase hay compasión en los corazones, como en un día de borrasca tal cual rayo de luz entre los nubarrones prueba que hay sol en el cielo.

Este estado de inacción, tranquilo y siniestro preludio del espantoso drama, se prolongaba. El público ansiaba por el excitante y ameno desenlace, y cuantos insultos contiene el soez repertorio de groseros improperios y denuestos, eran lanzados por este público á los infelices picadores, hombres valientes si los hay, y pundonorosos en su oficio de toreros, tanto como el valiente militar en su noble carrera de las armas.

—¡A él, cobarde, á él! ¿Para qué te metes á picador si te pega mejor la rueca que la garrocha?

—Bien se deja ver que no es el toro una caña de vino; que no te vas á él.

Estos apóstrofes y otros que no son para estamparlos nuestra pluma, ni para presentarlos á nuestros lectores, lanzaba el público á los picadores, como clavan los chulillos las banderillas á los toros para desatinarlos.

La algazara se hacía estrepitosa, y la autoridad, olvidando su misión y abusando de sus poderes, mandó al padre de Regla que fuese á picar al toro.

Es sabido que en esta suerte el toro debe ser el que tome la iniciativa, si ha de quedar en la lucha un medio de salvación á su contrario. El picador, con todo el derecho que le prestaban las leyes establecidas, protestó. Entonces el bárbaro instrumento de la cruel autoridad y del inhumano público, descargó un palo sobre las ancas del caballo, que, asustado ya por aquella vocinglería infernal, abierta y ensangrentada la boca por el freno con que le sujetaba su jinete, y con los ojos vendados, partió desatinado y sin dirección, y se echó encima de la fiera, cayendo traspasado el pecho por sus astas y arrojando al picador sobre el lomo del toro, de donde rodó á sus pies. Este bajó la cabeza, introdujo su asta por la ingle de su enemigo, y levantándole en alto, le presentó al público como un ligero trofeo, y como diciéndole:—«¿Estáis contentos? ¿Os he divertido? ¿Me perdonaréis la vida por esta hazaña, con el fin de que propague mi casta para vuestro solaz?—Después, como si le incomodase aquel colgajo, sacudió la cabeza; pero gravitando el picador con todo su peso sobre el asta, se le había estado introduciendo en el cuerpo hasta atravesarle y salir por la espalda, y, siendo el asta curva, no lo despidió; así fué que permaneció el infeliz vivo en su cadalso. El toro entonces volvió á sacudir la cabeza, como para ensanchar la herida; después, bajándola y al-

zándola con violencia, lanzó á gran distancia á su víctima, que cayó en el suelo boca abajo como un costal de arena. Aquel hombre enérgico se levantó erguido; su lívido rostro estaba cubierto de sangre que vertía una herida que al caer recibió en la frente; alzó un brazo, con el que señaló á la autoridad y al público, como citándoles ante el juicio de Dios; llevó la otra á la enorme herida, de la que á borbotones se precipitaba la sangre, y cayó al suelo para no volver á levantarse más.

Algunas voces de las gentes del pueblo se alzaron indignadas. En los demás, aquel homicidio, aquella atroz agonía, aquella solemne acusación y protesta de un moribundo, aquella terrificante responsabilidad ante Dios y la humanidad, todo aquel conjunto de asombrosos horrores pasó como un incidente; la fiesta siguió con la misma animación y el mismo regocijo. ¡Y os lavaréis las manos diciendo que el torero se presenta voluntariamente! ¡No, no! ¡que no se adormezca la conciencia con ese subterfugio! ¡No! Si no pagaseis con vuestro oro, si no animáseis con vuestros embriagadores aplausos á esos hombres, no habría toreros. ¿Decís que sois diez mil? ¡Inválida disculpa! puesto que la sangre de un hombre se compone de bastantes gotas para que haya una que manche cada una de las monedas que habéis dado para costear ese sacrificio hu-

mano, y la culpa de la muerte de un hombre es tal, que, aun repartida en diez mil partes, basta la que os quepa para que en su día os diga el gran Juez: «Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?»

Esta es la ocasión perentoria de hacer una digresión. El autor tiene todo derecho para hacer cuantas quiera, así como el lector tiene el de no leerlas. El romanticismo, que define Víctor Hugo diciendo que es la libertad en literatura, nos da derecho á hacer digresiones, así como se lo ha dado á Karr, tan querido del público, y á otros, que llaman novelas á un conjunto de digresiones diversas, y que á veces no tienen la más mínima relación con el fondo ni con la idea del asunto primordial, ni aun giran sobre puntos de interés ni de crítica. Empero la digresión que vamos á hacer es de un interés grande, trascendental, y tiene la más patente relación con el asunto.

En el periódico *L'Artiste* del mes de Septiembre de 1853 hemos leído un artículito ligero y lleno de chiste, escrito por Teófilo Gauthier, en el que se entusiasma con toda la *furia francesa* por las corridas de toros.

Lejos estamos de acriminar al Sr. D. Teófilo su afición á los toros, que tienen, cual él, tantas otras personas apreciables por su mérito, y distinguidas por su talento; y le agradecemos que, más justo que anteriores escri-

tores, no condene á la nación entera al estado de barbarie sólo por las corridas de toros, sino que reconozca lo grandioso y fascinador de este espectáculo. Pero sentimos ver que después de tantos años en que los extranjeros han colgado á España sus corridas de toros como un sambenito; en el momento en que la opinión de las gentes cultas y de buenos y humanos sentimientos principia á darse á luz contra ellas; cuando empiezan á caer en la prensa estas gotitas del agua pura de la moral, de la humanidad y la cultura, que á fuerza de repetirse y con el auxilio del tiempo acabarán por filtrar el duro ladrillo; sentimos que escritores extranjeros, más españoles que los españoles, vengan haciéndose paladines de este espectáculo inhumano, cuando en España misma no los ha hallado en la prensa. ¡Tal es el buen sentido de esta nación, enemiga de la paradoja y llena de respeto á los sentimientos morales! Al leer aquel artículo, escrito por uno de los hombres más cultos de uno de los países más civilizados del mundo, no hemos podido menos de preguntarnos: ¿si será la decantada civilización de nuestro siglo un fuego fatuo, un barniz, un dorado *roulz* que cubre el hierro y no le penetra?

De este artículo pequeño sólo copiaremos unas pocas líneas, que ponemos á continuación, aunque no sea más que para defendernos

por nuestra parte del ridículo que echan sobre los que claman contra una diversión que se compone de tan horrorosos hechos, y tiene moral y materialmente tan perniciosas consecuencias. Dice así:

«Dígase lo que se quiera; pero ese noble y *católico* desdén por la vida, tiene una grandeza que siente vivamente el pueblo, y que no podrán rebajar las *sensiblerías lacrimosas* de los retóricos (*rhéteurs*). Suprimid las corridas de toros, y ciertamente se hará un cambio grande en el *timbre* moral de la España. Ciérrense las plazas, y caerán los españoles en la inepta adoración de los castratos y de los tenores, en el insípido *enervamiento* musical, en la apoteosis de la arieta y de la cavatina: en lugar de España habrá Italia.»

¡Nunca hemos visto más, ni más brillantes paradojas acumuladas en menos palabras! Al ver hasta qué punto puede una rica y florida imaginación extraviar á un hombre de talento tan superior y de cultura tan distinguida, se pregunta uno si será la imaginación, cuando se emancipa de la razón, la sirena de los bellos cantos del mito griego. ¿De dónde habrá sacado Mr. Gauthier que el desdén á la vida sea católico? ¿Equivocándolo con el ansia por el martirio de los santos mártires?

Llama Mr. Gauthier retóricos ó declamadores á los que se han pronunciado contrarios á

los toros. Nunca hubo epíteto peor aplicado, y la prueba está en los tres escritos que, bajo los auspicios de *El Heraldo*, y reproducidos por otros respetables órganos de las opiniones reinantes, vieron la luz pública; fué el uno un grave y razonado artículo que resumía los perjuicios materiales de tan destructora fiesta; fué el otro una composición en verso que, llena de chiste y de gracia, ponía en relieve todo el tosco ridículo de tan heterogénea reunión de hombres y de cosas; y, por último, el tercero una sencilla llamada á los más comunes sentimientos del corazón y á las más cotidianas nociones de cultura, escrito por la pluma que traza estos renglones. Ninguno de los tres necesitó acudir á la retórica, ni á su verbosidad y artificio para exponer sus razones profundamente morales, altamente cultas, incontestablemente religiosas y humanas.

Suprimidas las corridas de toros, Mr. Gauthier no halla otro estado posible para España que el insípido enervamiento musical: en su opinión, no hay alternativa. Los franceses pueden ser franceses; los ingleses, ingleses; los alemanes, alemanes, sin toros ni enervamiento. Pero España sin toros está amenazada de una furiosa melomanía, con todas sus fatales consecuencias.

No nos detendremos ni cansaremos al lector con la refutación de estos y otros parecidos

asertos, que estampó sin duda el Sr. D. Teófilo en la embriaguez de la alucinación que causa al hombre de más mérito la fascinadora atrocidad. Pero no podemos menos de decir que creemos que todo hombre de razón y de buenos sentimientos debe anteponer á la atracción que arrastra hacia inhumanos espectáculos, la represión de los incultos instintos del hombre, el pudor de la moral y la delicada decencia del buen gusto. La rienda suelta en las acciones, así como en los pensamientos, forma los calaveras de hechos y de ideas. Dice su paisano Desmahis que el talento es como el oro: dale su valor el uso que de él se hace. Así es que la misión del hombre de talento crítico y escritor público no nos parece que es adular las pasiones públicas y de la plebe, aunque en su fuero interno participe de ellas; sino que es más severa, más culta, más civilizadora esta misión, y creemos que tiene más mérito, más desprendimiento y mejor intención el que las combate. Hombres como Mr. Gauthier, á los que dotó Dios de un gran talento, lo deben emplear como faros en seguras y floridas márgenes, y no como antorchas de saturnales. ¡Qué bien pensaba Condé cuando decía prefería un *bon esprit* á un *bel esprit*, esto es, la sensatez al chiste, lo que tan bien expresa nuestro refrán popular: «Más vale adarme de razón, que libra de talento.»

III

Volvamos á la cabecera del desgraciado agonizante, donde gemía su hija, á quien iba á dejar su muerte huérfana y desamparada.

Hasta entonces, cuanto había hecho Servando era la noble acción de un corazón generoso y compasivo. Pero, por desgracia, no era sólo la compasión la que le movía y la que le detenía al lado del moribundo: era el encanto que tenía y la atracción que ejercía sobre él aquella hermosa y pura joven, tan interesante en su inmenso dolor, y tan abstraída por él, que ni aun se le había ocurrido rehusar ni agradecer los cuidados y la costosa asistencia que procuraba á su padre aquel bello y elegante desconocido. Servando había querido avisar la desgracia á Medinasidonia, pueblo de naturaleza del herido; pero Regla—así se llamaba la hija del picador—le había objetado que no existía su madre, y que no tenía ningún pariente cercano allí.

Servando, pues, en vista de esto, no quiso abandonar á la pobre desvalida. Rico, mimado por su madre y dueño de su voluntad, escribió á esta señora, que, agradándole el Puerto de

Santa María, pensaba permanecer en él algunos días.

Servando era como son hoy día muchos jóvenes, que con una apariencia afectadamente fría, y erigiéndose neciamente en propagandistas del indiferentismo en todas materias—indiferentismo desdeñoso que establecen como punto culminante de la superioridad moral del hombre—sienten, á pesar de sus teorías, una gran efervescencia sanguínea ó nerviosa, sin perjuicio de su gran sequedad de corazón. Así fué que se apasionó de Regla. No obstante, al verla tan pura y tan cándida, tan amante de su padre, tan ciegamente abandonada á la caridad de un extraño, Servando no osó premeditar un plan, porque no era un malvado, ni era un seductor.

Ese horroroso tipo es desconocido en España, aunque lo nieguen aquellos que nos querrían al nivel de todo lo extranjero, hasta al de sus más refinados vicios. Seductor de profesión no lo es en primer lugar ningún hombre joven: todo tiene que aprenderse en este mundo, hasta la perfección en los vicios. Y por lo regular, el mal hombre que escoge una víctima para seducirla, es un hombre frío y gastado, que desea por atractivo, por vanidad ó por testarudez, y no ama de corazón; que así, todo lo calcula y nada siente; y que gozando en triunfar y no en ser amado, hace derramar lágrimas

premeditadamente, y ofrece su amor, como el asesino vil que envenena ofreciendo una emponzoñada flor.

Un incidente vino en breve á dar más vehemencia á la efervescente, aunque efímera pasión de Servando. Una mañana, que estaba sentado con la hermosa hija á la cabecera del moribundo, que yacía siempre sin conocimiento, se abrió la puerta y entró un mozo bien portado en traje de campesino, en cuya franca fisonomía se veían el sello de la honradez y la entereza de un carácter enérgico.

Al verle Regla, prorrumpió en sollozos exclamando:

—¡Sebastián, Sebastián! ¡se muere! ¡Al padre de mi alma me lo han matado!

Pero Sebastián, estático, sólo contemplaba al elegante joven, sentado con tanta franqueza y libertad al lado de Regla.

Quizás en este momento, y no antes, Regla consideró claramente una situación que hasta entonces había visto confusa al través de sus lágrimas. Levantóse como asustada, y cogiendo á Sebastián, que permanecía inmóvil, por la mano, le arrastró tras sí al lado del postrado herido.

—Padre—dijo acercándose á su oído;—aquí está Sebastián; Sebastián, vuestro sobrino.

El moribundo no dió señal alguna de haber oído.

—¡Lo ves!—exclamó Regla torciéndose las

manos. ¡No te conoce, no te conoce! ¡Se muere, se muere!

Entonces Sebastián, llevándose á la desconsolada joven al extremo opuesto del cuarto:

—¿Qué hace ahí ese usía?—preguntó con la severidad de la honradez y la aspereza de los celos.

—¿Ese?—contestó Regla;—si no fuera por ese, ¡qué sería de mí! ¿Acaso estabas tú aquí?

—¿Y necesitas—repuso con reconcentrada indignación Sebastián,—quien haga mis veces cuando yo ausente esté?

—Yo no sé lo que ha pasado—contestó angustiada la pobre niña.—Pero sé que nada podía yo hacer ni disponer; que él todo lo ha hecho por mi pobre padre, y que es un ángel que Dios me envió en mi tribulación.

—¿Un ángel, eh?—dijo con rabiosa sorna Sebastián.—Mira, Regla; nada puedo decirte ahora, porque la garganta se me anuda; pero sábete y créeme: CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN. Voyme, porque no soy dueño de mí, y no quiero que haya un desmán. Voy á hablar con el contratista de la plaza; dentro de una hora estoy de vuelta; y ten entendido que si he de entrar yo, ha de haber salido ese señorito; que aquí no hay lugar para los dos. O él, ó yo: estás prevenida. Dueña eres de tu voluntad, que puñal no te he de poner al pecho para que á mí me la des. Pero ten presen-

te, Regla, lo que á decirte vuelvo: CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN.

—¡Sebastián!—exclamó Regla;—Sebastián, óyeme.

Pero Sebastián había desaparecido sin añadir ni un adiós.

Regla se volvió ahogada en llanto á la cabecera del herido.

—¡Padre mío!—exclamó la pobre niña.—¡Padre mío! ¡No te vayas, no me dejes desamparada!

—¿Qué tiene usted?—preguntó Servando.

—Es que no quiere volver.

—¿Quién?

—¡Sebastián!

—¿Y qué le hace?

—Mucho, señor.

—¿Pues quién es Sebastián?

—Es mi novio.

—¿Y le ama usted mucho?

—¡No tengo más amparo que él!

—¿Y yo?

—No es usted mi novio.

—Pero puedo serlo.

—¡Qué, señor! los ricos no son novios de las pobres.

—¿Qué lo estorba?

—Aquello de que «cada oveja con su pareja».

—Parejas son los que se aman, Regla.

—Señor, no haga usted burla; no es sazón

hacerla de una hija á la cabecera de su padre moribundo.

—Es que no me burlo, Regla; pues te juro que te amo con toda mi alma.

—Eso no quita que quiera usted hacer burla de mí, señor.

—Si tú me amases á mí, Regla, no serías tan desconfiada. Serlo conmigo, prueba que eres una ingrata.

—¡No soy ingrata, no, no!—exclamó la pobre niña, que dió otro sentido á la frase.—Lo que le agradezco lo que por el padre de mi alma está usted haciendo, Dios lo sabe, que es el que conoce los corazones. ¡Ay, Jesús, Jesús! ¡Padre, no me dejes desamparada!

Los sollozos desgarraban el pecho de la infeliz Regla.

Todos los corazones son accesibles á la compasión en ciertas circunstancias, y más si quien la inspira reune á una situación destrozadora el encanto de la juventud y de la hermosura.

—¿Por qué te desconsuelas así, Regla?—dijo con voz conmovida Servando;—¿por qué ese desasosiego y congoja?

—Porque dice Sebastián que se va y no hace más caso de mí si le halla á usted aquí cuando vuelva—contestó la atribulada niña.

—¡Y bien, que se vaya!—respondió con rabia y desdén Servando.

—¿Y qué será entonces de mí?

—Una mujer rica y feliz.

—¿Cómo?

—Eso es de mi cuenta.

—Se equivoca usted, señor, que es de la mía.

—Te doy desde luego, y por ahora, esta posada que está de venta.

—Yo no tomo regalos de un extraño—repuso Regla con esa dignidad femenina, la más pura y la más noble de todas las dignidades.

—¿Me rechazas, Regla? Me iré, pues—dijo Servando.

—¡Y qué otro remedio!—exclamó la pobre niña, volviendo á verter un torrente de lágrimas que le arrancó la próxima separación de su bello y generoso protector.

—¡Dejarle ir á él!—contestó éste.

—Eso es una mala partida, señor.

—¿Y no lo es echarme á mí?

—No, señor.

—¿Y por qué?

—Porque usted, señor, me da mala sombra, y él, aunque pobre, me la da buena.

Servando, vencido en sus argumentos por la sencilla lógica de la honradez, dió indeciso algunos pasos por la habitación. Mil sentimientos diversos le agitaban. Su pasión exaltada por los celos, su orgullo ajado por verse echado de allí por un rústico campesino, la impresión de felicidad que le causaba la incli-

nación que dejaba traslucir por él aquella sencilla é ingeniosa joven, á quien dos hombres venían á acongojar á la cabecera de su moribundo padre; todas estas cosas le afectaron profundamente. Conoció que no había alternativa. Debía alejarse, ó debía amparar honradamente á aquella inocente y bella criatura. Así fué que, después de un rato de reflexión, prefiriendo como hombre débil y voluntarioso lo presente á lo futuro, la satisfacción al sacrificio, Servando se acercó á Regla, y le dijo con ese tono de sinceridad que no se imita:

—Regla, ¿quieres ser mi mujer?

Regla contestó con la misma sinceridad:

—¡Tanta dicha para mí!

—¡Tanta dicha para ambos!—repuso él.

Y acercándose al lecho del picador, asido de la mano de Regla:

—Vivid—le dijo;—vivid para vernos felices.

Regla dió un agudo grito; pues en aquel instante abrió el picador desmesuradamente los ojos, dió un gemido y expiró.

Regla se echó sobre el exánime cadáver de su padre.

En este momento llegaba Sebastián. Servando le salió al encuentro y le atajó el paso.

—Murió—le dijo; y alargándole un bolsillo de dinero, añadió:—Disponga usted el entierro.

—El cuidado será mío—respondió Sebas-

tián sin tomar el dinero.—Y para costearlo tengo los medios; que no há menester que se entierre mi tío de limosna.

Dió en seguida unos pasos para entrar en el cuarto mortuorio.

—¿Qué quiere usted?—preguntó con sequedad Servando.

—Llevarme á mi prima.

—Es que me la llevo yo.

—¡Usted!—exclamó Sebastián encendiéndose sus ojos como dos hogueras;—eso está por ver. Regla, al perder la sombra de su padre, no debe estar, ni estará, ¡por las llagas de Cristo lo juro!, sino á la sombra de su marido.

—Y así será, porque su marido soy yo.

—¡Usted!—exclamó palideciendo el pobre joven.—¡María Santísima, qué desatino!

—Si desatino se comete—repuso con altivez Servando,—estará de mi parte.

—¡De ambas, señor, de ambas!—exclamó con dolor Sebastián.

—¿Y en qué funda usted tan insolente aserto?

—Lo fundo en que ha de ser Regla más infeliz que la nave que naufraga por llevar mucha vela; y usted, como la que no camina á gusto por llevar á remolque un cuerpo extraño. Porque extraños son y lo serán, y siempre aconsejó el refrán «que con mal ó con bien, á los tuyos te ten», y dijo la sentencia «que á quien de los suyos se aleja, Dios le deja».

Diciendo esto, se alejó Sebastián desesperado.

Servando depositó á la desconsolada Regla en casa de la hermana de la posadera, que era una mujer honrada, y mientras á su lado le prodigaba consuelos y halagos, Sebastián, con otro pariente y dos de la cuadrilla, llevaban sobre sus hombros el cadáver del picador al cementerio; último, tierno y respetuoso tributo de cariño y aprecio que da el pueblo á sus allegados.

IV

Algunos días después de las escenas que hemos referido, estaba Servando una mañana en su cuarto en Cádiz, echado sobre su sofá, pasando revista á un frac y chaleco que le habían enviado de Londres.

Estas remesas de vestidos enviados de Londres á los currutacos de Cádiz por los paquetes, sea dicho entre paréntesis, fué lo que les valió el nombre de *paquetes*.

Abrióse la puerta y entró un caballero francés, amigo suyo, sujeto que definiremos *roué*, como él se definía con complacencia á sí mismo, lo cual quiere decir, *liebre corrida*. Es de

advertir que esta liebre había sido corrida, no por verjeles, sino por bastos matorrales; lo que no impedía que vistiese con suma y aun exagerada elegancia, que no siempre están en armonía lo interno y lo externo.

Mr. Artur Folichon, éste era su nombre, no era el tipo del francés alegre, vivo, amable, chistoso, valiente, bondadoso, tan dispuesto á dar una estocada como un abrazo; tan apto para el placer como para el estudio; á los goces como á los sacrificios; á llorar con el triste como á reir con el alegre. No, ¡nada de eso! Mr. Artur Folichon era un francés *parlamentarizado*, serio, sentencioso, echándola de importante, aunque maldita la importancia que tenía. Estaba este ciudadano alzado sobre su opinión en todas materias, como sobre un pedestal. No creía en la infalibilidad del Papa, pero creía en la suya, lo cual hacía honor á su despreocupación, pero no á su modestia. Entre varias anomalías que ostentaba, era una la de detestar é imitar todo lo inglés, pero sobre todo la afición á viajar y á la ironía: en este ramo era una especialidad, y rayaba en lo sublime, como la gran cómica Mlle. Rachel.

Poco interés tiene la biografía de semejante sujeto; sólo diremos, en globo, que habiéndole hallado á mano en una revuelta política un personaje, le dió una misión secreta y poco propia para salir á luz; que la desempeñó per-

fectamente mal; que el personaje, para quitarse de encima aquel moscón que podía zumbar desagradablemente, le proporcionó la regencia de un periódico, cuyos fondos desaparecieron con Mr. Artur Folichon, que se los comía en la agradable vida de *touriste*, esto es, viajero que viaja sin más objeto que el de divertirse. Soberbias existencias, llenas de boato y de goces, que hace brotar á centenares el siglo XIX por ensalmo, como trasformaciones de comedias de magia, ante cuyo resplandor instantáneo se quedan algunos papamoscas con la boca abierta, incluso el que esto escribe.

— ¡Oh! — dijo al entrar — por lo visto, el Puerto es un Versailles poblado de Lavallières, Montespanes y Fontanges, puesto que no es posible que sean los ojos de los toros los que hayan detenido allí á un Lovelace como es usted. ¿Ha dejado usted á alguna Ninfa del Guadalete su corazón tierno y juvenil?

— ¡Por qué no he de confesarlo! — exclamó Servando con expansión — ¡se ha fijado para siempre!

— ¡Para siempre! Querido, ese aserto en punto á amores, y por regla general en todas materias, ha caducado con el despotismo y la Inquisición. *Pour toujours*, no se halla más que en los lemas de los sellos, con las florecitas, pensamiento y eternas, que han perdido toda actualidad y elegancia.

Ni jamais ni toujours
C'est la divise des amours.

—Me indigna —repuso Servando —que los indiferentes se burlen de un lenguaje que mañana les harán usar unos bellos ojos.

Mr. Folichon se levantó y dió algunos pasos hacia un elegante botiquín que Servando había traído de Londres.

—¿Qué hace usted?—preguntó éste.

—Quiero prepararle unas gotas de digital—respondió el interrogado.—La digital es un medicamento que tiene la virtud de calmar la efervescencia de la sangre.

—No estoy malo—dijo Servando.

—¡Oh, y de peligro!—repuso su interlocutor;— tiene usted calentura de más de cien pulsaciones por minuto.

—Si lo estoy, no quiero curarme.

—¿Es usted feliz?

—Lo seré.

—Las esperanzas son los modestos goces de una virtuosa juventud.

—Sabrá usted, para que no crea ilusorias mis esperanzas, que me voy á casar; pero es un secreto. No quiero que lo sepa mi madre.

—¿Casarse? ¡Á los veintidós años! *quelle folie!* Pero locura que hace honor á su moralidad de usted. Sólo nosotros, los hombres de mundo, esto es, los *corrompidos*, como dicen

las mamás, miramos como una detestable carga el *santo vínculo.*

De cierto que si la madre de Servando ú otra persona sensata y sencilla hubiese estado oyendo á Mr. Folichon, hubiese tomado esta fina y graciosa ironía por una verdad de Perogrullo.

—No tengo el mérito de casarme por moralidad—repuso Servando, — lo tiene aquella divina criatura, tan imposible de seducir, como imposible de olvidar.

—¿Una Lucrecia? ¡Qué casualidad! ¿Hay muchas por aquí?

—Averíguelo usted — respondió Servando soltando una carcajada.

—Me guardaré, me guardaré—contestó picado Mr. Folichon; —no me quiero exponer á dar con tan inexorable vestal, que me hiciese perder la cabeza hasta el punto que la ha perdido usted. ¡Guarda, Pablo! como dice mi Gil Blas cuando limpia las pistolas que me sirven para mis desafíos.

—Pues, amigo mío, cada cual busca la felicidad á su manera. Por mí, me uniré á aquel ángel, sin el que no podría hallarla.

—Busque usted otra voz; el *ángel* ha pasado de moda; equivale á Cloris, y es *espantosamente rococo.*

—¡Si viera usted qué bella es!

—¡Ya! las feas no entran en juego.

—¡Qué pura y qué virtuosa!

—¡Ah, ah! ¡tanto peor!

—¡Qué corazón tan amante!

—Á los que tengo la más decidida antipatía.

—¡Antipatía! ¿Y por qué?

—Porque un corazón amante es el más despótico y egoísta tirano; es la caja de Pandora; es un manantial de lágrimas, un ventisquero de suspiros, un repuesto de exigencias, un arsenal de quejas y reconvenciones. Pero á todo esto ¿quién es la dichosa?

—No me desdeño de decirlo: es la hermosa hija del picador á quien mató un toro en la corrida del día de San Juan.

—¡La hija de un picador!—dijo sin alterarse el confidente de Servando.—Una *mesalianza* es una cosa muy *fashionable*, amigo mío, pero es muy tonta.

—¡Tonta!

—Sí, sí; es, como dice nuestro profundo Talleyrand, peor que una culpa; es una pifia.

—Es que usted hace del casamiento un asunto de cabeza, y para mí es un asunto de corazón.

—Ese es el lenguaje de una cándida y sentimental colegiala de Saint-Cyr.

—¡Ah! ¡Si la viera usted!

—Por vista. Será una Venus; pero toda la belleza del mundo, no hace *conveniente* á un partido.

—Es la virtud misma.

—Cálculo, amigo, cálculo. Es usted muy novicio, extremadamente novicio, *mon cher*.

Don Arturo Folichon se creía padre maestro porque siempre pensaba lo peor. Muchos hay que tienen esa misma convicción, y que suelen equivocarse en sus fallos, como Mr. Folichon en la referida circunstancia.

—Mi palabra está dada—dijo resueltamente Servando para cortar una polémica que le era enojosa.

—¡Palabra á mujeres!—exclamó Mr. Folichon alzando los hombros; —*allons donc!!*

—¡Me casaré, sí, señor, me casaré!—repuso exasperado Servando.

—Tenga usted presente—dijo su interlocutor—que es para toda la vida, según las sabias instituciones que nos rigen. Supongo que así como es usted un tortolito en el amor, será un fénix en la constancia; un segundo Adán en el exclusivismo.

—Ello es—contestó riendo Servando—que no sería malo el poder renovar la mercancía cuando se avería ó cuando cansa.

—Vea usted ahí por lo que no quiero casarme—dijo el solterito de cuarenta años, el calavera rancio, el enamorado gastado, el mariposón valetudinario, el petimetre *á régimen confortativo*, arreglando delante de un espejo el casquete que adornaba su cráneo calvo y va-

cío.—No me he casado, por no ser un mal marido; porque *siempre perdiz*, hasta al Obispo cansó, cuando se las hizo servir diariamente Luis XIV.

El Sr. Folichon colocaba en la misma calificación el estómago y el corazón, el paladar y los sentimientos; en lo que lógicamente seguía las inspiraciones de su escuela materialista.

—Creame, *mon garçon*, desista usted de esa locura—prosiguió el consejero.

—¡Oh, imposible, imposible!—exclamó Servando—sin aquel sér encantador no puedo vivir.

—Pues haga usted un casamiento fingido, ya que sólo la grave ceremonia puede humanizar aquel *dragón de virtud;* eso es novelesco, y es un golpe digno de un legítimo D. Juan Tenorio, héroe poetizado, cantado, popularizado y admirado, y cuya gloria es imperecedera.

—Eso es una felonía—exclamó Servando.

—Y usted, con esos *grands mots* y severos principios, un tipo de moralidad digno de recibir el premio de virtud instituído en mi país por el benemérito *Mr. de Monthyon.* Venga usted acá, inocente, ¿no ve que esa mujer, esa *mijaurée*, esa marisabidilla, le quiere arrastrar á cometer un disparate? Considere usted que cuando se desengañe de la estratagema estará hecha á la buena vida, y que con tal que se la proporcione usted estará con-

tenta, y habrá usted pagado su deuda. No faltará un ayuda de cámara que cargue con ella si la dota usted. *Mon cher, cela se voit tous les jours* (1).

—En otras partes puede—dijo Servando,—pero aquí no.

—Pues es preciso, querido—repuso Mr. Folichon,—que se despreocupe y éntre usted de lleno en la senda de la libertad universal, de hechos, de sentimientos, de pensamientos, de palabras, de cultos, y, sobre todo, de conciencia. Mientras la libertad no reine sola y universalmente, no hemos hecho nada.

Servando tenía una de esas naturalezas, como por desgracia tienen muchos, que son semejantes á las materias absorbentes é inodoras, que se impregnan desde luego de la esencia de aquellas con que se ponen en contacto; naturalezas fluídas como los ríos, impetuosas á veces, pero que siempre acaban por seguir la senda por donde se las quiere llevar. Por eso los buenos padres cuidan y deben cuidar tanto de las relaciones que hacen y de las sociedades que frecuentan sus hijos.

El amigo de Servando, no sólo logró con su perversa fraseología persuadir á Servando á cometer el más inicuo fraude, sino que le ayudó en todo á llevarlo á cabo, haciendo en esta sa-

(1) Eso se ve todos los días.

crílega farsa de testigo, y su bien adiestrado Gil Blás de sacerdote.

Pasaron los presuntos esposos algunos meses felicísimos, que fueron para ellos esa *luna de miel*, como llaman los alemanes é ingleses al tiempo que nosotros denominamos *comer el pan de la boda*, y que tiene su mayor encanto para los que se aman, en la dulce certeza que encierran justamente aquellas palabras que horripilaban á Mr. Folichon, y son: ¡PARA SIEMPRE! ¡Cuán lejos estaba del amante y honrado corazón de Regla el falaz engaño de que había sido víctima! Pero digamos en honor de la realidad, puesto que los tipos enteramente malos son raros, y mucho menos cotidianos que los enteramente buenos, digamos que Servando, que amaba á Regla, abrigaba el propósito firme de legitimar á su mujer é hijos, si los tenía, cuando faltase su madre. ¡Qué poco tienen presente los que difieren un buen propósito, un refrán que sabiamente dice, que por la calle de DESPUÉS se llega á la plaza de NUNCA.

V.

Sebastián, aquel hombre honrado que se había visto expulsar del lado de su prima por otro nuevo amor y por la brillante é inespera-

da suerte que éste la ofrecía, siendo así que él la amaba con tan profunda pasión; Sebastián, herido en sus sentimientos, avergonzado y abatido, no quiso volver á su pueblo: se contrató por sustituto en un regimiento, envió el dinero á su madre, y marchó.

La entrada de las tropas de la intervención francesa, que por aquel entonces se verificaba, y ofrecía la perspectiva de una guerra, le afirmó en su propósito.

Servando, imbuído por su amigo en las ideas más ultraexaltadas, se comprometió ostensiblemente en los sucesos que tuvieron lugar por entonces, que no es del caso referir y es triste recordar, como todo lo que son disturbios en una familia, tan feliz, tan gloriosa, tan respetada cuando era unida.

Servando, pues, con su energía de fósforo, gritó, escribió, actuó, gastó é hizo cuanto es dable para ponerse en evidencia, y lo logró tan á deseo, que en cuanto el Rey salió de Cádiz, tuvo él que esconderse por no ser arrestado.

En cuanto al interesante Arturo, desde que se acercaron á Cádiz las tropas francesas había desaparecido como por ensalmo.

Desde luego los amigos de Servando le aconsejaron que emigrase por algún tiempo, mientras estuviesen vivos y activos los resentimientos, esos resentimientos con que cada partido recrimina al contrario, cual si estuviese libre

de ellos. Se habló al capitán de un buque inglés para que recibiese á su bordo á él y á Regla, de la que no quería separarse. La dificultad que se presentaba era el cómo trasladarse á bordo, siendo Cádiz una plaza cerrada, cuyas tres únicas puertas se cierran de noche.

Está Cádiz minado por magníficos husillos, muy conocidos de los contrabandistas en grande, que en todos tiempos, á pesar de la vigilancia, han entrado por ellos contrabandos en escala mayor. Aun cuando están estas galerías subterráneas provistas de trecho en trecho de enormes rejas, se sabe superar este obstáculo cuando el interés excita la voluntad, aguza el entendimiento y triplica la fuerza del hombre; así es que dichas rejas han sido limadas cuando las circunstancias lo han requerido. La salida por un husillo fué, pues, el medio adoptado para la fuga de Servando, y se fijó una hermosa noche de luna para emprenderla.

En aquella misma noche, Sebastián, cuyo regimiento había venido de guarnición á Cádiz, estaba colocado de centinela en uno de los puestos de la muralla. La luz de la luna, que hace aparecer los objetos menos distintos y más bellos, como aparece el rostro de una mujer al través de un suave velo de gasa, daba á las hermosas y uniformes casas de Cádiz el aspecto de palacios de mármol. El mar parecía hallarse en uno de sus pocos momentos de

completa calma y sentir placer en dejarse platear por la luna. Los barcos que poblaban la bahía estaban inmóviles, cual si estuviesen presos en un mar helado. Alrededor de la vasta ensenada yacían tranquilos los pueblos que la circundan, como blancos campamentos de un dormido ejército. Nunca la Naturaleza preparó una noche más muda para el silencio, más tranquila para el sueño. Sólo oía Sebastián el ruido de sus propios pasos, y el anhélito angustioso de su pecho, cuando tendía la vista en lontananza y la fijaba en el Puerto de Santa María, aquel lugar de funestos recuerdos, de acerbas memorias, en donde su destrozado corazón había aprendido cuánto dolor podía contener sin quebrarse, y cuánta sangre podían derramar sus heridas sin dejar de latir.

—¡Allí—pensaba—allí está aquélla, que tan pronto aprendió lo que nunca sabré yo, el olvidar su primer amor! Se deslumbró como mariposa ante cuyos ojos se presenta una luz. ¿Quemaráse en ella, ó será feliz? ¡Si siquiera supiese que lo es! ¡Si la viese una vez siquiera!

Parecióle en aquel instante que oía al pie de la muralla el chapaleteo de un remo que con precaución hendiese las aguas. Sebastián se paró sorprendido. El ruido, aunque lento, continuaba.

—¿Qué podrá ser esto?—pensó.—Será al-

gún pobre mariscador que buscará mariscos entre las rocas que la marea baja deja á descubierto.

El ruido no era interrumpido, y parecía acercarse.

La curiosidad movió á Sebastián á asomarse por una tronera. ¿Cuál no sería su sorpresa al ver que en una pequeña lancha que se había arrimado á la muralla se preparaba á entrar un hombre, que una vez dentro hacía señas á una mujer, que cual una sombra parecióle que salía de la base de la compacta muralla?

Sebastián creía soñar. No quería creer á sus sentidos, cuando una voz queda, pero que la completa calma hacía llegar distinta hacia él, pronunció estas palabras:

—No temas, Regla.

El corazón del soldado despertó sobresaltado, y con todas sus pasiones, al oir aquel nombre, cual el dormido león por la bala que le penetra.

—¡Regla!—repitió, cual un apagado y lúgubre eco.—¡Ella! ¿Es ella?

Saltaba en este momento la joven de roca en roca, sostenida por la robusta mano del barquero.

El espesor de la muralla era tan considerable, que Sebastián no distinguía bien toda la escena. Ansioso, fuera de sí, suelta el fusil, y sube al ancho reborde, que hace declive: el fu-

sil suena con fuerza al dar contra la argamasa del piso; al oir aquel ruido la joven, que ya está sentada en la lancha, alza la cara, la que entonces alumbra la luna de lleno. Sebastián la ha reconocido. ¡Ella! Es ella, la mujer que tanto ama, la que al fuerte empuje de los remos se aleja en aquella embarcación, que huye ligera sobre la superficie del mar, deslizándose pronta como un trineo sobre el resbaladizo hielo.

Un vértigo obscurece la vista y hace perder el equilibrio á Sebastián, que resbalando en el plano inclinado de la tronera, cae desde aquella inmensa altura sobre las rocas.

El infeliz se ha quebrado en la caída ambas piernas. No puede moverse, y en vano implora su voz auxilio en aquel paraje desierto: dos horas faltan hasta el relevo de los centinelas. Para colmar el horror de su situación, la marea empieza á subir, agitada é inquieta, y no descansará hasta que llegue á la muralla, cubriendo á su paso las rocas. Ya en su ascenso va golpeando las más avanzadas, con lo que hace imposible oir á distancia el clamor del desvalido. En vano los redobla, ¡nadie responde! Y el agua sube, sube, sin que poder conocido, sin que circunstancia eventual haya jamás detenido un instante su periódica y pujante invasión. El infeliz ensaya el rastrearse sobre sus manos; ¡vano esfuerzo, pues no pue-

de arrastrar sus destrozadas piernas! ¡Y el agua sube sin detenerse, sin vacilar, sin descanso! ¡Y llegará á su límite, pasando sobre el desvalido, fría, amarga, brutal, inexorable como la crueldad! Quiere, en su agonía, asirse á una roca más elevada que las que la circundan, no puede, y cae con un gemido de dolor: ¡y el agua sube todavía! ¡Ya ha cubierto sus doloridas piernas; ya ha salpicado su pecho; ya murmura la sentencia de muerte en sus oídos! Entonces Sebastián, que era un buen cristiano y un hombre valiente, se resigna; cruza sus manos y levanta su corazón á Dios en actos de fe, pues en Dios cree á puño cerrado; en actos de caridad, pues á todos sus hermanos perdona y abraza en un último adiós; y en actos de esperanza, pues implorando y confiando en su misericordia, en manos de su Dios entrega su alma. Y en el horizonte asoma el alba, tranquila, suave y pura, como si el día al cual trae de la mano hubiese de dar la vuelta de este miserable globo sin alumbrar horrores y sin oir lamentos. Acompañábala una fresca brisa que henchía las velas de una fragata inglesa, mientras al compás de la monótona cantinela de sus marineros levaba el ancla que aún la retenía.

Llegaba entonces á la bahía el *Seronero* del Puerto, esto es, el falucho que antes de abrirse las puertas trae al muelle de Cádiz frutas y le-

gumbres para su abasto. Los marineros divisaron al infeliz que había renunciado á la vida, le recogieron y llevaron exánime al hospital.

¡Qué cadena de casualidades eslabona á veces la fatalidad! Acatémosla como piedra de toque, para no maldecirla como cruel enemiga.

VI

Había Servando, al llegar á Londres, alquilado una casa pequeñísima (y ponemos el superlativo, porque allí son todas pequeñas). Estaba situada esta casa pasado Bedlam, que es el hospicio de los locos, y el jardín zoológico de Surrey, en el arrabal de Kensington, por ser menos caros allí los arriendos. Entrábase por la puerta de la calle (que en Londres están todas cerradas, como signo de inhospitalidad), en un corredor largo, que al frente tenía una escalera angosta de madera, como son todas allí, cubierta de un paño ó lienzo de alfombra, que sujetaba en cada escalón una varita de metal. En el hueco de la escalera estaba la bajada de otra que conducía á la cocina, despensa y demás oficinas interiores, colocadas allá en sótanos que reciben la luz por zanjas abiertas delante de las casas, guarecidas

por verjas de hierro. A la izquierda del corredor había dos puertas: la primera era la de una salita cuadrada, con dos ventanas á la calle; la segunda daba entrada al comedor, que tenía dos ventanas al jardín; jardín pequeñísimo, frío y estéril, en el que un solo árbol, triste como un cautivo solitario, delgado y lánguido, se estiraba, á fin de sacar sus ramas por cima de la tapia, buscando el campo. Arriba tenía la casa dos habitaciones iguales á las de abajo, que servían de dormitorios. El tercer cuerpo se componía de buhardillas, en una de las cuales dormía la sola criada que tenían.

Por las mañanas, según allí se acostumbra, llegaban á la puerta el carnicero, el panadero, el lechero, y el que traía la hortaliza; lo demás necesario para la vida, y los géneros ultramarinos, los traía la criada de una tienda vecina. En este local, que aquí llamaríamos *tabuco* (en lo demás, bien y cómodamente alhajado), instaló Servando á Regla, y en él permaneció completamente sola y aislada, porque hasta el mismo Servando, con motivo de la gran distancia del centro de la ciudad, no tardó en pasar todo el día fuera de su casa.

Cuando alguna vez se quejaba Regla suavemente de su completo aislamiento, eran los usos del país, el ignorar ella el idioma, y las pocas relaciones que aseguraba tener, suficientes pretextos á Servando, para convencerla de

que no podía ser otra su vida de la que era, mientras estuviesen en Inglaterra. Pero ¿quién podría explicar la profunda melancolía, ese llamado por los suizos, que de él enferman y mueren, *mal del país*, que se apoderó de la hija de la bella y resplandeciente Andalucía, en aquel país mustio y encapotado en sus neblinas, de la expansiva y afectuosa española, entre aquellas gentes esquivas y reconcentradas; gentes que despiden de sí cuando no conocen, cual si por cada poro arrojasen, al modo de la penca del cactus, una sutil púa? ¡Cuántas veces buscó la pobre niña, separada de sus semejantes, la mirada de una vecina, joven como ella, cuya fresca y sonrosada cara asomaba bajo una profusión de dorados rizos, ó la de alguna grave matrona, cuya blanca, tersa y serena frente parecía el trono de la virtud clemente! ¡Con el corazón en ella, les salía al encuentro la dulce mirada de la reclusa, implorando una recíproca señal de benévola atención! ¡Mas era en vano! Las miradas inglesas no se fijan en nadie; lo que si bien tiene mucho de fría sequedad, tiene también no poco de circunspecto decoro. Pero esto no estaba al alcance de la pobre hija del picador, ni mucho menos podía figurarse que fuese el contacto con ella uno de los casos que autorizan y hacen loable esa circunspección. Veíase, pues, sola y estacionaria entre aquel inmenso gentío en cons-

tante movimiento. Y nunca es más amarga la soledad que en medio del bullicio, no sólo por el contraste, sino porque de esta suerte pierde su dulce calma y su suave tranquilidad, sin una compensación.

Como por consuelo, tuvo Regla por aquel entonces una niña, cuyo nacimiento y bautizo pasó tan solitaria y calladamente como pasaban todos los demás incidentes de su triste vida.

A los tres años dió Regla un hermano á su hija, sin haber variado su vida en nada sino en el alejamiento cada vez mayor de su marido. Levantábase éste á las dos; salía á las tres, á cuya hora pasaba un ómnibus por su puerta, y no volvía á entrar en su casa hasta la madrugada. Así fué que este niño nació y se crió entre lágrimas; pues Servando, no sólo demostraba á Regla falta de cariño, sino un despego que tocaba en desdén.

En esta época había encontrado allí, y se había vuelto á intimar Servando con Mr. Arturo Folichon, pues hay entes que parece pone el mal espíritu en la senda de los que quiere perder, en los momentos oportunos, para ejercer su maléfica influencia.

El Sr. Folichon había querido visitar á Regla. Pero Servando había sabido sustraerse á esta exigencia, porque en los hombres de mucho amor propio sobreviven los celos al amor,

y Servando conocía á un tiempo que Regla era una rara belleza, y el Sr. Folichon un hombre corrompido, que ignoraba absolutamente lo que era respeto en concepto alguno. Menos corrompido que él, era Servando más vicioso. Juntos jugaban en las odiosas casas de juego. Servando se arruinaba, y su amigo, siempre impasible, nunca perdía. Juntos bebían; pero jamás se privaba el ex-agente. En sus bajos amores, nunca prodigaba éste su dinero ni sus halagos, y mientras el egoísta calculador andaba boyante, dándose tono y con ínfulas de diplomático, comprando cosmésticos, Servando había destruído á un tiempo, en aquella gran Babilonia, su salud, su caudal, su juventud, su honra y su bella parte moral, y descendido gradualmente á la ignominiosa cloaca á que conducen los vicios. Habíase efectuado este fatal descenso empezando por despreocupado y acabando por cínico. Así, aquel joven tan bello, tan rico, tan querido, que había sido la gloria y la esperanza de sus padres, arruinado, exhausto, embrutecido y mortalmente enfermo, fué preso un día por disposición de sus acreedores, y detenido en la prisión por deudas, *The Fleet.*

Dos días hacía que Servando faltaba de su casa. La pobre Regla lloraba, aunque no era ésta la primera vez que había sucedido; pero ¡temía, temía instintivamente *algo!*

Tenía una mañana su niño en brazos, y para dormirle, le cantaba en suave y triste voz las estrofas siguientes de una antigua letrilla que recordaba:

Que no quiero amores
En Inglaterra,
Porque otros mejores
Tuve yo en mi tierra;
Que cuando allí vaya,
¡A fe, yo lo fío!
Buen galardón haya
Del buen amor mío;
Que son desvaríos
Los de Inglaterra,
Pues otros mejores
Tuve yo en mi tierra!

Su canto acabó en lágrimas; pues Regla, cual un pájaro de clara y brillante atmósfera, había perdido, en aquella tan fría y tan densa en que vivía, sus alegres gorjeos y ligeros voleteos.

Abrióse en aquel instante la puerta, y Regla fué agradablemente sorprendida por la vista de un antiguo amigo de su marido, que éste había escogido por testigo de su casamiento. Así fué que le hizo una cordial acogida.

Mr. Folichon, pues él era, manifestó á Regla, con expresiones harto familiares, que la hallaba embellecida y más linda que nunca. Preguntóle en seguida si le agradaba aquel

país, y si no echaba de menos el suyo. Al oir nombrar á España, los hermosos ojos de Regla se llenaron instantáneamente de lágrimas.

—Esto parece á usted muy triste—dijo su visitante;—es natural. Aquí, en lugar de naranjas, hay patatas; en lugar de vino, cerveza; en lugar de sol, gas; en lugar de guitarra, maquinarias, y la hija de las riberas de la bahía gaditana, que es el trono de la luz, no puede aclimatarse en el país de la triste obscuridad; así, es una inaudita barbarie el dejar á usted tan sola.

—Me acompañan mis niños—dijo Regla, mirando á su hija sentada á sus pies sobre la alfombra, y á su hijo dormido en la cuna.

—Esto no basta—repuso el visitante;—á su edad de usted se desea disfrutar de otras compañías, de simpatía y de amor, del mundo y de sus placeres.

Mr. Folichon, diciendo esto, se acercó á ella atrevidamente, y añadió:

—Siempre he sido apasionado de usted, Regla. No se lo he podido demostrar, porque Servando, con sus feroces celos españoles, ha tenido á usted secuestrada de todo trato, con lo que le ha proporcionado una vida triste y descolorida. ¡Oh! yo haré vuestra existencia brillante y divertida; no languidecerá usted obscura y solitariamente. Erguid la cabeza, quiebre usted su cintura, coloque un puñal elegante

en su liga, y yo prometo que la bella andaluza, hija de un picador de fama, la adquirirá europea bajo mis auspicios, sólo con alargarme esa mano que Servando desdeña.

Regla apoyó el pie en el suelo, y con este empuje hizo retroceder á conveniente distancia el sillón de rodajas en que estaba sentada.

—No quiero ni deseo más amor que el de mi marido—dijo,—más compañía ni más distracción que la que me proporcionan mis hijos.

—Pero ¿acaso posee usted el amor de Servando?

—¿No lo había de poseer su mujer, la madre de sus hijos?

El Sr. Folichon se echó á reir.

—Vamos, Regla—prosiguió,—descienda usted de sus zancos al terreno llano de la realidad, y contésteme á la proposición que le he hecho.

—¿Olvida usted, señor, que está hablando con una mujer honrada, que lo es de un amigo suyo?

—Con la señora de Ramos, ¿eh?

—Con la mujer de D. Servando Ramos.

—¿Habla usted formal, cara de rosa?

—¿Ha venido usted á insultarme?—exclamó indignada Regla—¡esto es inaudito!

—No, no; he venido, como vienen los buenos amigos, en la necesidad y cuando puedo ser á usted útil.

—¡Desbarra usted!

—No desbarro; pero desbarro sería en usted desechar la suerte que le brindo. ¿Ama usted, pues, tanto á ese perdido que no le hace caso? ¡Vamos, si no hay como tratar mal á las mujeres, para tenerlas sumisas, amantes, fieles y satisfechas!

—No se trata de si estoy satisfecha ó no; se trata de mi deber. ¿Úsase acaso en Francia que las mujeres abandonen á sus maridos?

—Maridos como el de usted, sí.

—Pues las españolas no abandonan ni á los buenos ni á los malos.

—Pero, señora, un marido como el de usted es de quita y pon, y no incurrirá en el delito de bigamia por tomarme á mí en su lugar.

—No le comprendo á usted, ni sé lo que quiere decir. Lo que si sé es que deseo que concluya tan escandaloso tema.

—Pero ¿será posible—repuso con impaciencia su interlocutor—que hace tanto tiempo viva usted, como el primer día, en el error craso de creer á esa buena pieza de Servando su legítimo marido? ¡Que tenga usted aún aquella farsa, en la que por complacerle hice el papel de testigo y mi ayuda de cámara el de sacerdote, por lo que ustedes los religiosos llaman un *santo sacramento*, y la pulcra ley un *contrato indisoluble*? ¿Se finge usted ignorante, ó lo es realmente?

Regla, al oir estas palabras, por un violento impulso se había puesto de pie; pero faltándole las fuerzas para sostenerse, se apoyaba con una mano en el brazo del sillón.

—¡Famosa actriz!—pensó el Sr. Arturo contemplando aquel rostro lívido, aquellos ojos asombrados y el temblor nervioso que se iba apoderando de la infeliz.

—¿Conque—le dijo—qué determina usted? ¿Será usted por más tiempo, con su belleza y juventud, la víctima de ese déspota?

—¡Salga usted!—dijo con honda y ahogada voz Regla.

—¿Y acaso sabe usted que Servando está en *The Fleet* preso por deudas, y que no tiene usted á quien volver la cara?

—Déjeme usted y aléjese—tornó á decir la infeliz con sus trémulos y descoloridos labios.

—Tenga usted presente—prosiguió el *buen amigo*—que en Londres no tendrá, como en su país, el *Mesón de la Estrella* que á todos cobija. El de aquí, cuyas estrellas son de gas, es un soto vedado. Cuando la echen á usted de esta casa el día que no la pague, será severamente perseguida por vaga.

—¡Váyase, váyase!—gritó en su desaliento y desesperación Regla;—¡váyase, ó pido socorro!

—¡Vamos, hermosa, *cachaza!* como se dice en su tierra—repuso su interlocutor;—no se exalte usted, ni irrite su sangre, que eso

hace criar mala tez, y la de usted ha ganado mucho con las frescas nieblas del Támesis. Dejaré que se calme esa sangre andaluza *mousseuse* como el vino de Champagne, y volveré cuando esté usted más serena y en disposición de apreciar lo que en su situación vale un amigo.

Y se levantó. Cerca de la puerta se volvió y añadió:

—Lo primero que debe usted hacer con esos niños.....

El Sr. Arturo iba añadir: «es llevarlos á un hospicio»; pero al notar que Regla había cogido á su niña en uno de sus brazos, y que echada de rodillas ante la cuna apretaba con el otro á su hijo contra su pecho, salió murmurando:

— No es sazón ahora. Vamos, estas españolas son energúmenas en toda especie de amores. Dejemos pasar la ráfaga. La necesidad me la traerá atada de pies y manos.

¿Qué extraño es que aquel hombre vagabundo, sin casa ni hogar, sin lazos domésticos, no comprendiese siquiera los hermosos sentimientos de los vínculos santos de familia?

Regla no tenía hacia su marido uno de esos amores obstinados que ningún comportamiento entibia, que ningún desvío aleja y que ninguna repulsa rechaza; amores que por cierto no nos simpatizan, porque no nos gusta el amor

que es ciego, ni el que se impone á la indiferencia. Pero si no amaba ya con ternura y pasión al hombre cruel y vicioso que la había abandonado, le conservaba un profundo apego, pues era su marido y el padre de sus hijos. Todo lo hubiese sacrificado por él, y conservaba la esperanza que tienen las mujeres virtuosas casadas con calaveras, de que la vejez, los padecimientos ó las desgracias les volverán á traer á los extraviados, recibidos entonces por ellas como hijos pródigos. ¡Cuántos casos de estos se hallan! Pero el mundo, ni los ensalza, ni repara siquiera en ellos: miles de plumas se emplean en poetizar los sufrimientos y combates de la indigna mujer adúltera. Pero ¡cuán pocas en pintarnos el común, aunque sublime tipo de la mujer de virtudes domésticas!

—¡Madre, madre! —repetía la niña abrazando á la inerte Regla.

Pero Regla no respondía.

Entonces la niña empezó á llorar con corazón encogido.

Al oir el llanto de su hija, Regla sacudió su postración y tomó á la niña en sus brazos con apasionado cariño.

—¡Pobre mía..... pobre mía! —exclamaba ahogada en sollozos.—¡Pobre mía! ¡Qué suerte te han hecho tus padres! Tu madre te deshonra; tu padre te reniega. Extraños pasaréis en la sociedad, hijos de mi alma, porque en

ella no os proporcionaron lugar los que os dieron el sér. Huérfanos morales, sin nombre, sin raíces, sin filiación ni consanguinidad, sin más amparo que el de vuestra pobre madre, que nada os puede dar, nada, sino la sangre de su corazón.

Regla se hizo desde luego cargo de su situación y de su completo desamparo: sabía de atrás que Servando caminaba á su ruina; que despegado de ella y de sus hijos, enfermo, estragado y embrutecido por los vicios, y, por último, encarcelado, nada haría ni nada podía hacer por ella. En breve sería expulsada de la casa; en breve no tendría pan para sus hijos. A una sola persona conocía en aquella inmensa Babel, y esta persona sólo se había acercado á ella con el fin de abusar de su desgracia. Pero Regla tenía aquella energía innata en las almas honradas, que les da el noble valor de arrostrar la vergüenza para huir del oprobio.

—Acudiré—pensó—á su familia, para que ampare á estos inocentes, ajenos á la infamia de su padre, y si me rechazan, alargaré la mano para mantenerlos á la caridad pública allá en España, donde no hay una inhumana ley que lo prohiba. ¡Oh España, madre mía, muera yo en tu suelo, y ampara á mis hijos!—exclamaba, asiéndose su alma á su última esperanza.

¡España! país benéfico para los necesitados, en que la pobreza anda libre y honrada como

la vejez, y en donde se halla el magnífico tipo del pobre altivo, no porque conozca la modernamente vulgarizada palabra de *dignidad del hombre*, sino porque sabe las antiguas y rancias máximas y sentencias cristianas, tales como éstas:

«No hemos de socorrer á los pobres como á necesitados, sino rogarles como á patronos é intercesores.»

«Más merced te hace el pobre en recibir tu limosna, que tú en dársela.» (Lo que quiere decir que el provecho espiritual es para el que da.)

«Cuando un pobre te pide limosna, considera á Jesús que te dice: *Dame lo que te di.*»

¡España! conserva tu religiosidad como antorcha de Dios; mientras que todas las que encienden en otras partes los hombres, son fuegos fatuos, mudables, inconsistentes y sin calor.

Tres días después recibió Regla por un elegante *groom* (especie de paje caballista), la siguiente esquela:

«Servando ha sucumbido anoche de unas calenturas tifoideas; está usted, pues, libre, pero aún más desamparada que antes. ¿Rehusará todavía el amparo con que le brinda un hombre que la ama?—*Arturo Folichon.*»

Regla hizo entrar al criado; le presentó la esquela, que en seguida echó sobre las brasas de la chimenea, y le hizo seña de que llevase esa respuesta á su amo.

VII

Pagó Regla un sincero tributo de dolor á la muerte de aquel que tan inicuamente la había engañado, pero que había sido su tierno amor y el padre de sus hijos, y pensó en poner cuanto antes por obra la determinación que había tomado de volver á su patria. Vendió para el efecto cuanto tenía, por medio de la criada, acudiendo en seguida al Cónsul español, que, compadecido de su desamparo, de su falta de saber y experiencia, se encargó él mismo de proporcionarla su pasaje á bordo de un buque mercante inglés de los que hacen la travesía de Londres á Cádiz.

El capitán de este buque era una masa estúpida é inofensiva, que en toda la navegación dió cuenta de su persona; tomó el meridiano, mandó la maniobra, comió con buen apetito carne salada y patatas, durmió profundamente, como angelito proporcionado á la cuna y á las mecidas que le arrullaban el sueño, y no habló una palabra.

Quince días duró su largo y penoso viaje; quince días, en que las más amargas penas y acerbos cuidados asaltaron sin cesar el corazón de aquella infeliz mujer, con la misma constancia con que las amargas olas del mar asal-

taban al barco, á quien no dejaban un momento de sosiego.

Al llegar á Cádiz se destrozó aún más dolorosamente su corazón, pues en Inglaterra sólo dejaba recuerdos de sus desgracias, pero aquí hallaba todos los de su corta felicidad.

Al saltar en tierra, trémula y avergonzada, se cubrió la cabeza y parte del rostro con un gran pañolón; tomó á su niño en brazos, á la niña de la mano, y, con el corazón palpitante, se dirigió á casa de la madre de Servando. Pero aquí la aguardaba un nuevo desengaño: la madre de su marido había muerto. Entonces Regla se presentó al marido de la hermana de Servando, hombre muy rico, pero tan positivo, que sin documentos ni papeles legalizados, rehusó reconocer en ella á la mujer y en los niños á los hijos de su cuñado, á quien calificó de disipador, de mala cabeza, de vicioso, añadiendo que había hecho muy mal en tener queridas, y mucho peor en quedarle á deber unos cuantos miles de reales que salía alcanzando en la cuenta de la testamentaría; que así, era justicia distributiva la que le había arrestado en Londres por deudas.

Regla salió de allí aterrada. ¡Era cierto que la infeliz ni un documento, ni siquiera una carta, tenía que presentar en comprobación de lo que decía! ¡Estaba perdida! ¡Hundida en la más profunda miseria!

Si Servando hubiese muerto en su país, con un sacerdote á la cabecera que le ayudase á bien morir, ciertamente que en el lecho de muerte se hubiese casado legalmente y legitimado así á esas pobres criaturas. De esta suerte, aunque hubiese disipado todo su caudal, les habría proporcionado, además del nombre y del nacimiento, el amparo de su pudiente familia, y dado el derecho á herencias que en lo sucesivo pudieran haberles tocado. Mas nada de eso había sucedido; y Servando había muerto solo, sin consuelo, sin guía, sin solemnidad, cara á cara con el horripilante esqueleto que tan propiamente simboliza la muerte.

Nos hemos valido de la frase vulgar de *bien morir*, porque cuando más queremos elevarnos para pintar en su exacta luz los más altos puntos de la religión católica, tenemos que acudir, con preferencia á las voces é imágenes de que se sirve la cultura literaria, á las expresiones comunes y usuales de que se sirve el pueblo español, pues ningunas expresan la idea católica con más propiedad, concisión, exactitud, profundidad, poesía y elevación.

El cuñado de Servando vivía frente á la muralla. Al salir de allí Regla, sin saber qué hacer, ni atinar dónde refugiarse, huyendo de las gentes que se cruzaban en las calles con la febril agitación comercial, se subió por la primera rampa ó escalera que se le presentó á la

muralla. Era por la mañana, y estaba este paseo de la tarde casi desierto. Regla andaba desatinada. Su misma angustia la hacía no poder estar parada, y así seguía andando, llevando siempre en brazos á su hijo, débil y macilento, y teniendo de la mano á su niña, que no había probado aún bocado y le pedía pan. Sus ojos ardían con el fuego de una calentura lenta que minaba su vida, y era hija de la tisis, mal que tan fácilmente se adquiere y desarrolla en la fría y variable atmósfera inglesa. Su pecho se partía de dolor, á un tiempo físico y moral. ¡Cuánto había decaído, cuánto había envejecido aquella pobre joven en pocos meses! ¡Cómo había tronchado el huracán aquella hermosa y lozana planta que se ajaba y secaba inclinada sobre sus tiernos retoños!

Llegado que hubo al paraje de la muralla que cubre la bulliciosa Puerta del Mar, se paró exánime, y miró aquella plaza de San Juan de Dios, en que bulle con tan incesante actividad el hombre; en la que se ostenta el gran acopio de comestibles, que sustenta á un tiempo al que los compra y al que los cría, al que los transporta y al que los vende. Recapituló cuán magna y benéfica es la institución del dinero, cuán universal su poder y su acción, pues une el hombre al hombre, los países á los países, y hasta el hombre á su Dios, si de su dinero hace buen y benéfico uso. De aquí recayó en la

contemplación de sus desgracias, recordando al autor de todos sus males, que sin ser un hombre perverso ni un consumado bribón, había llegado á ser un criminal y un ente desnaturalizado, sólo por esa indiferencia hacia el bien, esa falta de respeto á la religión y á las instituciones, esa carta blanca dada á las pasiones, llamándolas *instintos de la naturaleza*, y á éstos incontrarrestables, pretendiendo que el Criador, pues que las dió, no pudo hacer una ley de la virtud, ni constituir en deber el dominarlas y vencerlas.

—¡Ah!—exclamó—¡qué de oro echaste á tu vanidad y á tus vicios, y tus hijos no tienen pan ni lo pueden aún ganar!

—¡Tengo hambre, madre, tengo hambre!—repetía la niña llorando.

—¡Hija, si no tengo qué darte!—respondió la madre desesperada.

—Toma, pobrecita criatura de Dios—dijo alargándole un pedazo de pan un pordiosero, pobre soldado que, privado de ambas piernas se arrastraba por el suelo.

La niña se abalanzó al pan; la madre volvió la cara para dar gracias al compasivo mendigo, y ambos, al encararse, quedaron cual dos estatuas, fríos é inmóviles.

—¡Regla!—exclamó al fin el soldado.

—Sebastián, ¡oh, infeliz!—gimió Regla, prorrumpiendo en un acerbo llanto.

—Menos de compadecer soy que tú—repuso el lisiado con amargura; — yo no tengo sobre mí desventuras ajenas.

Regla redobló sus sollozos.

—¿Y tu marido? — preguntó el mendigo.

—El padre de mis hijos murió.

—¿Y nada ha hecho por vosotros?

—Murió encarcelado por deudas.

—¿Y su gente?

—No nos quieren reconocer.

—Pues ¿qué te queda, infeliz?

—¡Nada!—respondió la desdichada, dejándose caer anonadada sobre el pretil de la muralla.

—Te quedo yo, Regla—dijo dolorosamente compadecido Sebastián.—Soy un pobre lisiado, y poco puedo por ti; pero me queda voz para pedir limosna, y oídos cristianos que me oigan.

—¡Pedir limosna!—exclamó Regla sollozando.

—¿Y qué mal ni qué ignominia hay en eso para aquellos á quienes otro recurso no queda? Alza tranquila la frente; que lo que Dios no prohibe no es deshonra. Seis años há que soy un miserable lisiado sin poderme valer, y ni un día, Regla, me ha faltado el pan. No me he acostado una noche con hambre y sin rogar á Dios por las almas caritativas que no se desdeñan de alargar su limosna á un pobre.

Desde aquel día prohijó el pobre lisiado á aquellas criaturas abandonadas; les dió pan y hogar, su cariño y su amparo. Pero Regla caminaba con paso rápido al sepulcro, á pesar de los cuidados y esmero de su primo, que redoblaba con angustia sus apelaciones á la caridad pública.

En uno de esos días de tribulación fué cuando acaeció la escena que hemos referido al principiar, con la niña de la capota rosa, y que tuvo por resultado el interesar á su madre por la pobre niña, á quien visitó y puso en la escuela. Entonces Sebastián pudo dedicarse con más desahogo al cuidado de Regla, que cayó postrada. Pero todo su esmero fué en vano; el mal de Regla no tenía remedio, así como su pena no tenía consuelo.

La enferma se preparó á morir con la calma del que mira una buena muerte como un descanso, pero también con la angustia de la madre cuya muerte rompe el solo lazo que une sus hijos al género humano. Solos, desconocidos, pobres, repulsados, ¿qué iba á ser de ellos?

—¡Oh, mis pobres hijos!—dijo la infeliz estrechando á ambos contra su pecho.

—¡Tus hijos son hijos míos!—dijo Sebastián;—descansa, que cuenta te daré de ellos ante el tribunal de Dios cuando en él comparezcamos todos.

—¡Sebastián..... ¡Sebastián!—exclamó con

débil voz la moribunda;—¿cómo pagarte cuanto por mí haces y has hecho?

—Y yo, ¿qué he hecho, pobrecita mía?

—Sellar cuanto puede hacer una criatura por otra, con no poner precio á sus beneficios. ¡Dios te bendiga, como lo hago yo en la hora de mi muerte para premiarte, porque las bendiciones de los moribundos llegan á Dios con sus almas! Sebastián, tú hubieras hecho de mí una mujer feliz y respetada, y cuando todos me faltaron, has sido mi único amparo. ¡Tarde conozco cuán cierto fué lo que me dijiste en aquel entonces, y á lo que por mi mal no atendí: «¡Con mal ó con bien, á los tuyos te ten!»

A los pocos instantes, aquella infeliz joven era cadáver. Cuando la señora que había amparado á la niña supo la muerte de su madre, la recogió y crió con mucho cariño en su hogar, y después de ser una linda y bien criada joven, la casó con un dependiente de su casa, sujeto hábil, modesto y honrado, que la hace feliz.

Sebastián puso todo el cariño de su corazón en el niño; le crió con esmero y dedicó á la carrera de la marina mercante; le embarcó temprano en un barco, perteneciente á uno de sus favorecedores, al que había interesado por el huérfano. Este es en el día un joven y entendido piloto de la carrera de Manila: su capitán, que le quiere mucho, pronostica al buen marino una lucida carrera y un rico porvenir.

Todo lo referido prueba que en esta alternativa de opuestos principios, que se disputan el corazón del hombre y el predominio del mundo, si muchas veces triunfa el mal, otras tantas triunfa el bien, y que si vemos al vicio abandonar á sus hijos, vemos á la caridad ampararlos.

FIN.

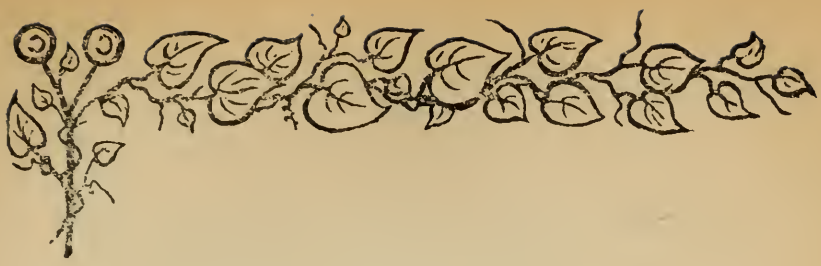
EL

ÚLTIMO CONSUELO

Á LA SEÑORA

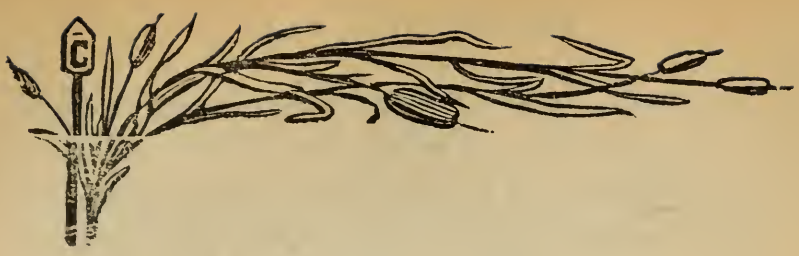
Doña María Florencia Romero de Pastrana.

L modesto homenaje que con esta dedicatoria le tributamos, no es sólo una muestra de la entusiasta y profunda amistad que profesamos á una señora que con orgullo puede mostrar España á los ojos de aquellos que se atreven á poner en duda que haya en ella mujeres que brillan por su saber, por su distinción, por sus superiores alcances y por su esmerada educación en la más alta esfera de la cultura europea, sino que es también una deuda que pagamos, por ser ella la que nos ha comunicado el hecho principal y verídico que es el asunto del cuadro que vamos á delinear.



ADVERTENCIA

HASE dicho, para rebajar la realidad, según la propensión de los pesimistas, que inventamos los cuadros que escribimos. Lo que la imaginación crea en punto á hechos y sentimientos religiosos, está patente en la impúdica religión de los griegos, en la feroz de los salvajes, en lo grotesco de la de los indios y en lo ridículo de los ídolos chinos. Lo santo y lo sublime, en sentimientos como en hechos, *no lo inventa la imaginación*, y sólo se encuentra en aquello que dimana de su fuente, que es la religión cristiana, en su pureza y en su no interrumpida filiación católica.



EL ÚLTIMO CONSUELO

CAPÍTULO PRIMERO

Votre indulgence, à vous, ne se lasse jamais,
Mères! vous n'avez point d'enfer, pour les mauvais,
Et rien ne peut tarir ces sources éternelles;
L'amour dans votre cœur, le lait dans vos mamelles!

CHARLES RAYNAUD.

(Nunca, ¡oh madres! se agota vuestra indulgencia, é infierno no tenéis para los malos hijos. Nada logra secar las dos perennes fuentes que para ellos manan en vosotras: la de savia de vida en vuestros pechos, la de bálsamo de amor en vuestros corazones.)

En la curva que abre el continente para formarle á Cádiz su espaciosa bahía, entre el Puerto de Santa María y la ciudad de San Fernando, generalmente denominada la Isla, se halla situado Puerto Real, el más modesto de los vecinos de Cádiz, á pesar de su nobilísima procedencia, puesto que la fundaron los Reyes Católicos, como lo atestiguan y blasonan sus armas y su bello y sonoro nombre.

Este pueblo, como los otros, ó acaso más

que los otros, debe su buen caserío, su elegancia, la riqueza de sus iglesias y ex conventos á aquellos poderosos y espléndidos moradores de la rica y activa hija de Mercurio, que se trasladaban á ellos para gozar de las auras del campo, y variar los goces y pasatiempos de que en el pasado siglo disfrutaban sus felices contemporáneos con ánimo alegre y espíritu tranquilo. Así es que el caserío del mencionado pueblo, aunque no tan elevado, no desmerece del de una capital, aventajándole en sus jardines, en los que, si bien han enterrado los gaditanos muchas talegas, han recolectado abundante cosecha de hermosas flores; trueque que han visto las gaditanas con tanto placer como si fuesen hijas de Flora, en lugar de serlo del cisne del Océano.

Puerto Real está separado del mar por terrenos pantanosos, cortados por caños que llena y vacia el mar en su magno é incesante bamboleo. Á la izquierda, y en los terrenos que hemos mencionado, ha creado la industria las vastas salinas tan renombradas por la bondad y abundancia de sus sales. La vista que ofrecen es triste y monótona, no cubriendo estos terrenos salitrosos sino una vegetación pobre y mustia, entre la que predomina una especie de brezo llamado armajos, unos juncos llamados sapina, y una planta llamada salada, de verde ceniciento y menudas flores, las que

florecen como avergonzadas y de mala gana. ¡Ellas, madres de la dulce miel, á orillas del amargo mar, que las desdeña, y entre la incisiva sal, que las marchita! Asemejándose en su destino estas pobres flores á la poesía en nuestra época, que presenta sus flores sola y triste á orillas del amargo piélago de la política, que las desdeña, y entre el incisivo y descreído sarcasmo que las marchita (1).

No alegran por cierto á estos parajes anfibios los enormes montes de sal que de trecho en trecho se alzan como pirámides monumentales, muy saladas en la materia de que se componen, pero muy sosas en su desfusión. Bien mirado, podría simbolizar un famoso mote y generalizado axioma, vigente y puesto en práctica cuando la guerra de la Independencia, pero que desde entonces acá ha desaparecido

---

(1) Como para probar la exactitud cumplida de esta comparación, existe y canta entre estas salinas una ROSA, cuyos dulces y sonoros cantos, que contienen siempre una *idea*, por lo regular elevada, bella y santa, la que expresan con claridad y elegancia, no alcanzan á pesar de eso, y de los merecidos elogios que de ellos hizo en *El Heraldo* uno de nuestros primeros y más autorizados críticos D. Manuel Cañete, todo el lauro á que son acreedores. Ya que en la prosaica era en que vivimos la fama no cultiva ni riega las flores de la poesía, reciba al menos esta ROSA en su cáliz, como una gota de rocío, nuestro pobre tributo de elogio y la expresión de nuestra sincera simpatía.

con los héroes que la sostuvieron. Es este mote, que hoy día sólo á las pirámides cuadra, *En la unión está la fuerza*, en vista de que estas moles se amontonan, porque así reunida, resiste la sal á los temporales y aguas del invierno, criando su superficie con las primeras sales derretidas por las lluvias una costra, sobre la cual resbalan las aguas sucesivas.

Á estas pirámides, que llaman sencillamente *montones*, y que suelen reunir hasta doce mil fanegas de sal, se les hace cimientos á manera que á las casas de Amsterdam, primer puerto de la pantanosa Holanda, hundiendo en la tierra movediza enormes estacas, bastante largas para encontrar terreno sólido en que apoyarse. Esto ha dado lugar á que se diga de aquella ciudad, «que si se volviese lo de abajo arriba, aparecería como un espeso bosque». Llaman á estos terrenos *albinas*, y á los que no se les halla fondo, *rabizas*.

Á la derecha de Puerto Real, aunque separado por iguales terrenos, está el famoso Trocadero, de cuyo nombre se apoderó la Fama, y que hasta llenó de moños esa ligera y mudable francesita que se llama la *Moda* (1), mientras que su individuo permanecía en el más completo silencio, soledad y abandono.

---

(1) En el año de 1823 se hicieron en París sombreros, y fabricaron telas llamadas Trocadero.

Labrado dicho fuerte en el espacio más saliente de la costa, como lo ha sido Puntales en la orilla opuesta, parecen ambos venir mancomunadamente al encuentro uno de otro, como dos valientes y alertas centinelas que guardasen uno de los tres arsenales, joyas de la Península, y vigilasen el interior de la bahía, que como salón de descanso y como hospital brinda Cádiz á los peregrinos del mar.

El Trocadero, antes de vestir la armadura y empuñar la lanza, era un pacífico y benévolo calafate, al que, con motivo de volver los buques para carenarlos, denominaron *el Trocadero*, nombre que ha conservado, porque los nombres son lo más adherente que se conoce, por más que el furor de cambiarlo todo no los exceptúe hoy de su universal *quita y pon*.

El Trocadero guarece á Puerto Real de las poderosas embestidas de la mar, á las que no resisten ni aun las potentes murallas de Cádiz; así, pues, abrigado por el fuerte, y parapetado con sus pantanos, duerme tranquilo ese lindo pueblo entre sus flores, bajo la custodia de su patrono San Roque.

Pero si carece del contacto de su terrible vecino el mar, no por eso carece de su vista, y el que por la tarde pasee por su bonita alameda de carretones, que abriga con sus álamos el camino real, y desde donde el espacio se ostenta en toda su anchura, podrá divisar á su

derecha el gran coto que se prolonga hasta las primeras alturas, las que, siempre creciendo y elevándose, constituyen la Sierra de Ronda. Al frente puede ver al Puerto de Santa María mirándose en las aguas de su río Guadalete; á la izquierda á Cádiz, con sus rocas por cimiento, sus murallas por pedestal, sus torres por corona, su faro por antorcha, y sobre su blanco pecho su iglesia del Carmen por santo escapulario. Y, por último, puede admirar entre el Puerto de Santa María y Cádiz la inmensidad del mar, y al Rey de la luz apagarla con despacio entre las olas, dejando mientras descansa su misión de luz en el cielo á las estrellas, y en la tierra al faro, el más santo de los monumentos que erige el hombre, después del templo del Señor.

CAPÍTULO II

No admiraba ni la mar ni la puesta del sol un hombre que, montado en su burra, se encaminaba á esta hora por el camino de las canteras al pueblo. Aunque sólo contaba cincuenta años, sus cabellos habían encanecido, y las arrugas que surcaban su inclinada frente atestiguaban que las penas aventajan á los años en la triste misión de destruir al hombre.

El que se dirigía en su burra al pueblo era uno de sus honrados vecinos, que estaba casado con una mujer de aquellas que reconcilian á Dios con la humanidad; de esas mujeres en que todo es corazón y todo lágrimas, que ponen en práctica el divino y ascético lema *amor no dice basta*, aplicándolo así al amor á Dios y á las cosas divinas, cuanto al amor de familia y al amor del prójimo, hasta hacerlo extensivo al enemigo; amor sublime que bajó de la Cruz, y se ha ido debilitando de manera que, cuando

la generalidad lo ve en seres privilegiados, apenas puede darle crédito.

Este matrimonio, bien acomodado en su clase, que gozaba de buena salud y de gran consideración en el vecindario, hubiera podido ser feliz, si fuese la felicidad cumplida (por más que digan los filósofos) cosa concedida al hombre, que por la culpa degradó su propio primitivo sér y el de su estirpe. Los trabajos en el hombre; los dolores en la mujer. ¿Quién levantará ese anatema de Dios que pesa sobre la humanidad?

Amarga había sido la parte de sufrimiento que á este buen matrimonio había cabido. Padres amantes, lloraban aquel día como el primero la muerte que en la guerra civil hallaron dos hijos que habían sido su gloria, y la de una hija que había sido su encanto, y que les arrebató el mal que desde el Ganges viene á buscar sus víctimas. Únicamente les quedaba el más pequeño de sus hijos, que había acertado á ser, como le calificaba la vecindad, el Judas de aquella honrada familia.

Bernardo, tal era su nombre, que á la sazón contaba doce años, tenía todas las malas cualidades que suelen nacer unas de otras. La pereza había traído la ociosidad, y ésta las viciosas inclinaciones. No había dejado de contribuir á tan peligroso desarrollo el extremado cariño de sus padres, en particular de su ma-

dre, que les impedía gastar con él el rigor necesario para domarlo. Así es que su hijo había acabado por unir á sus demás malas cualidades el fatal espíritu de independencia, padre del desenfreno y verdugo del respeto, hermoso sauce del verjel de las virtudes; y cuando en almas díscolas y groseras falta el temor que le suple, pierde el bien en este mundo, después de su ángel custodio, su salvaguardia.

Mientras Antonio Parra, montado en su burra, caminaba cabizbajo hacia el pueblo, estaba María, su mujer, sentada en la sala de su casa, teniendo á su lado á una niña de seis años, á la que enseñaba la costura y la doctrina. La madre de esta niña, hermana de María, era una pobre viuda que ganaba su vida lavando en las casas pudientes, la que ni podía costear á su hija la amiga, ni tampoco podía tenerla á su lado, por lo cual su buena tía la tenía por el día en su casa.

—Verónica, hija mía—le preguntó la buena mujer,—¿sabes ya de corrido la relación que te ha enseñado tu vecina la santera?

—Sí, señora tía—contestó la niña sin dejar de trabajar en su dechado, lo que hacía con sumo placer.

Y en seguida relató la siguiente relación:

En la gran Jerusalén
Caminaba hacia el Calvario

Una afligida mujer
Vestida de azul y blanco.
—¿Ha visto usted por aquí
Al hijo de mis entrañas?
—Por aquí pasó, Señora,
Antes que el gallo cantara,
Con una Cruz en sus hombros
De madera muy pesada,
Y una corona de espinas
Que el cerebro le traspasa.
Como el madero le abruma,
Tres veces ha arrodillado;
¡Tres veces tocó la tierra
Con sus santísimos labios!
Allí salió una mujer
Que Verónica la llaman.
Con un paño que traía
Limpia aquella hermosa cara.
Tres dobleces tiene el paño,
Tres caras allí estampadas.
La primera está en Jaén,
La segunda en Roma estaba,
Y la tercera en la mar
Para consagrar las aguas.

—Tía—añadió en seguida la niña;—aquella Cruz, que tanto abrumaba al Señor que lo hizo caer tres veces, ¿de qué era que pesaba tanto?

—Pesaba tanto el divino madero por su gran tamaño: el tronco era de ciprés, de palma el palo que lo atravesaba; aquel en que asentaron sus divinos pies, de cedro, y la tablilla de las cuatro letras, de olivo; que todo tiene gran misterio—contestó á la niña su tía.—Pero

ahora—prosiguió—ya puedes dejar tu tarea y ponerte á jugar, hija mía.

La niña dobló con mucho primor su dechado, que guardó con la seda y el dedal en una faltriquera que, formada de la misma tela, tenía aneja la almohadilla; en seguida se levantó, y arrodillándose ante la imagen de bulto de la Señora, que estaba colocada sobre una mesa, cruzó sus manitas y dijo:

Virgen Santísima,
Vuestra esclava soy;
Con vuestra licencia,
Á jugar me voy.
Con vuestra mano bendita,
¡Madre de mi corazón,
Aunque soy pecadorcita...
Dadme vuestra bendición!

En seguida se puso á vestir un niño de barro, que después de cuidadosamente envuelto en uno de los recortes que le había dado su tía, acostó en sus brazos, meciéndolo y cantándole suavemente la tonada que para dormir á los niños tienen sus madres, infantilmente denominada *la nana*, con la siguiente copla:

Todo lo chiquitito
Me hace gracia,
Hasta los pucheritos
De media cuarta.

—¿No quieres dormir?—añadió, sentando á

su niño en la falda.—Pues entonces, te voy á enseñar á rezar. Por las mañanas, lo primerito que se dice es:

¡Bendita sea la luz del día,
Y el Señor, que nos la envía!
Tenga usted muy buenos días.

—Y para acostarse—prosiguió la niña—se dice:

Me acuesto con mi señor,
Que no hay otro mejor,
Ni lo ha habido, ni lo habrá,
Ni nació, ni nacerá.
¡Señor,
Si me duermo, despertadme;
Si me muero, perdonadme! (1).

—¿Dónde habrá ido ese niño?—dijo al cabo de un rato la buena madre.—Ya es cerca de oraciones, su padre va á venir, y si no lo encuentra en casa se va á incomodar.

—Estará jugando al toro con los otros muchachos—contestó la niña, que era todo lo dócil y bien inclinada que no era su primo.—¡No sé qué gusto encuentran en semejantes gritos, carreras y embestidas!

(1) ¡Qué fe, qué ternura, qué encantadora sencillez hay en todas estas oraciones infantiles! Sólo podemos compararlas con las alas que ponía Murillo á las cabecitas de ángeles que, confiados y sonrientes, se ciernen en las glorias que pintó en sus cuadros.

—Lo que gusta á los muchachos no puede ni debe gustar á las niñas—repuso su tía, que instintivamente disculpaba siempre á su hijo, aun en aquellas cosas que más la mortificaban. —Él sentará, hija mía, él sentará.

—¡Ya se ve! Cuando sea viejo—contestó sin malicia la niña.

Oyéronse carreras y desentonados gritos, de esos con que los muchachos soeces lastiman sin compasión ni miramientos los tímpanos ajenos, y el niño de quien se hablaba entró estrepitosamente en la sala.

—¡Válgame Dios, hijo, cuál vienes!—exclamó su madre al notar su chaqueta y pantalones desgarrados. — ¿Con qué te has hecho esa ropa jirones?

—¿Qué más le da á usted que sea con un clavo ó con un gancho?—dijo el muchacho.—Si no quiere usted que me desgarre, no me haga usted los vestidos con esta tela de tiritaña.

—¡Qué habían de ser de tiritaña, hijo! Son nuevos y de *pan de pobre.*

—Pues hágamelos usted de *pan de rico*—repuso con descaro el muchacho.—Verónica—prosiguió, dirigiéndose á la niña,—en el pretil de tu azotea estaba tu gato; le tiré un chinarro, no lo maté, otra vez será.

—¿Y qué te ha hecho mi pobre gatito para que lo persigas?—repuso la niña, prorrumpiendo en un amargo llanto.

—¡Ay que guaza!..... ¡Llorar por un gato!—exclamó el muchacho echándose á reir.—¿Pues no era menester, D.ª Soponcios, enjugarte esas lágrimas con un manojo de ortigas?

—Capaz eres de hacerlo, Herodes—dijo la niña, corriendo á guarecerse al lado de su tía.

Oyéronse entonces una campanada, y después otra, y otra, como si muchas veces repitiese la santa voz de la iglesia la palabra «*¡Orad, orad!* que acaba el día en que no habéis muerto, y empieza la noche en que podeis morir.» La tía y su sobrina, que atendían y comprendían ese lenguaje católico, se pusieron instantáneamente en pie, y la primera dijo á su hijo:

—Vamos, Bernardo, á saludar á la Virgen y á rezar, que esta mañana no tuviste gana.

—Es que ahora tampoco la tengo—contestó éste, sacando de su faltriquera piñones, que se puso á partir y á comer.

Su buena y mansa madre, que conoció que nada conseguiría con insistir, dijo suspirando:

—Pues yo rezaré la oración dos veces, una por ti y otra por mí.

Y en seguida empezó la salutación á la Virgen, respondiendo con su voz infantil Verónica, concluyendo ambas la devoción de esta suerte:

Recibid, Virgen María
Estas tres Avemarías
Que ésta tu esclava te envía.

La primera, por los que están en agonía,
La segunda, por los que están en pecado mortal,
La tercera, por los que andan en las aguas de la mar
Y peligros de la tierra;
Las pongo en las manos vuestras,
Para que sean perdonados
Nuestras culpas y pecados.
—«Y que estén á punto asados
Los piñones que he mercado»,

añadió Bernardo, con esa facilidad que tienen en España hasta los niños para sacar consonantes.

—Calla, Bernardo—dijo su madre apurada,—que lo que dices es un desacato.

—Así me pagaran cada uno á dos cuartos, que los había de enristrar como sartas de pimientos—repuso el muchacho.

En este instante entró el padre.

—¿Tú no sabes—exclamó al entrar, dirigiéndose á su mujer entre indignado y sentido—lo que ha hecho ese mal alma?

Y señaló á su hijo.

La pobre madre se puso á temblar, y antes de saber el motivo de su dolor, asomaron á sus ojos las lágrimas que le arrancaba.

—De una pedrada ha abierto la cabeza al hijo de Juan de Silva—prosiguió su marido.

—Él me tiró primero—dijo con desparpajo Bernardo;—quien debe y paga, cuenta saldada.

—Es mentira—repuso su padre—que quien presenció el hecho, me lo ha referido; pero si el diablo no hubiese inventado la mentira, la hubieras inventado tú. El muchacho, ni siquiera te había visto cuando recibió la pedrada. Otro más provocativo que tú en el pueblo no le hay. ¡Y estás tan fresco como si nada hubieses hecho! ¡Ni sentimiento muestras por estar desconsolada una familia por tu culpa, malvado; ni vergüenza por haber mentido, villano!

—No he mentido—contestó Bernardo;—me la tiró el otro día y se la tenía guardada.

—¡Perverso!— exclamó su padre.—¡Á tan tierna edad guardar rencores! Mal nacido y mal medrado, ¿quién diría que te parió esa bendita, y que por tus venas corre la honrada sangre de los Parras?

—Quien me la hace..... me la paga—murmuró entre dientes el indómito muchacho.

El padre se dejó caer sobre una silla, y tiró con indignación su sombrero sobre otra.

—¿No sabes, hijo—exclamó con dolor su madre,—no sabes que manda la ley de Dios no vuelvas mal por mal ni con palabras, ni con obras, ni con deseos de venganza, que Dios la tomará por ti? ¿Y que dice San Juan que el que odia á su hermano es un homicida?

—María—le dijo su marido,—te lo he dicho ya; este mal hijo á mí me va á llevar al

hoyo, por su causa se te van á secar á ti los ojos de llorar, y por remate ha de tener mal fin.

—¡Madre mía, Virgen de Misericordia, que lo tenga cristiano!—exclamó cruzando las manos la ferviente cristiana.

CAPÍTULO III

DIEZ años después se habían realizado en parte los vaticinios del anciano. Bernardo había perseverado en su mala senda, y en varias ocasiones sus locuras y temeridades le habían expuesto á un fin desastroso. Las lágrimas que sus angustias y sus penas arrancaban sin cesar á la buena madre, habían acortado en tales términos su vista, que no conseguía, por más que lo intentaba, ocultar los progresos de su mal. En cuanto al padre de este mal hijo, yacía en el lecho, del que no había ya de levantarse.

—¿Conque tampoco esta noche ha entrado Bernardo? —preguntó el enfermo á su mujer.

La interrogada no contestó.

—María — prosiguió su marido, — estoy afrentado, y la afrenta es una pesada cruz con la que no puedo yo. Años há que tengo muerto el corazón, y el cuerpo va detrás; ese mal hijo me entierra.

—Hombre—contestó su mujer, ocultando las lágrimas que la ahogaban,—no es tan fiero el león como lo pintan. Él se enmendará; cobra buen ánimo. Considera que dice el refrán: «Carrera que no da el potro, en el cuerpo se le queda.» Déjalo que desbrave; está en la fuerza de la calentura de la mocedad; ella pasará: según son los penitentes, es menester absolverlos!

—Por tanto absolverlo está como está, María. Y así es que parte de esta perdición cae sobre nosotros, que no le pusimos freno desde un principio. Si no hubiese encubridores, no habría ladrones; y tú no has hecho otra cosa que encubrir sus desmanes, y darle dinero para mantenerle sus vicios.

—¿Qué dineros le había de dar—exclamó María,—si tiene el pobre siempre los bolsillos que pueden correr por ellos ratones?

—Porque cuando viene á vestirse trae la moneda gastada. No falta quien diga que tiene parte en el robo que se hizo días atrás; y aunque no sea cierto, ha caído en descrédito, y si él tiene cara para arrostrar esas voces y se echa el alma á la espalda como un perdido, no así yo, que toda mi vida he tenido vergüenza, y he andado con el sombrero echado hacia atrás y no hacia la cara.

—Bien sabes—repuso su mujer—que nada tuvo que ver mi pobre hijo con el robo, pues

aquella noche durmió en casa. Ya ves, hombre, cuántas cosas parecen lo que no son.

—Durmió en casa, gracias á una borrachera de que no se podía tener—repuso su marido—porque de las veinticuatro horas, veinticinco está bebido; pero como no se pasea más que con gentes sospechosas y de mal vivir, las sospechas que sobre aquéllos caen, calan hasta él. La sangría que ha dado á mi casa no ha sido floja; y dará con ella en tierra, después de dar conmigo en la huesa, en la que, según me ha puesto de consumido ese mal hijo, poco dará mi cuerpo á los gusanos. Así es que la pena que llevo conmigo al hoyo es dejarte á ti sin más amparo que el de Dios, con una pena siempre viva, con ese hijo sin entrañas, el que por remate, como muchas veces te lo he predicho, ha de tener mal fin.

—¡Madre mía de la Misericordia—rogó sollozando la pobre madre—¡QUE LO TENGA CRISTIANO!

Poco tiempo después de la precedente escena murió el honrado Antonio Parra en los brazos de su desolada compañera, con todos los consuelos divinos que hacen santa á la muerte, y con todos los consuelos humanos que la hacen suave; pero sin que su hijo, que estaba en una de sus correrías, ayudase á su madre en la santa y sublime obra de asistir á su padre.

Verónica fué la que, sin desviarse un instante del lado de su tía, partió con ella sus cuidados, y después que faltó su tío, la acompañó y consoló en su triste soledad como una buena hija.

Era Verónica á la sazón una linda joven, muy tímida, muy retenida, muy devota y muy recogida. Vestía con mucha sencillez y recato, pero con sumo aseo y pulcritud. Su rostro, un poco parado y de buenas y regulares facciones, tenía la serena, grave y fría belleza de las imágenes. Su habitual ademán era el de bajar los ojos, ademán que usurpa á veces la hipocresía á la austera virtud, lo que sirve de pretexto á la *franca* disolución para burlarse y censurarlo amargamente, aun cuando sea la sincera expresión de una persona humilde y morigerada. Guarda el espíritu antirreligioso sus inagotables tesoros de indulgencia y tolerancia para mejor ocasión, esto es, para los *pobrecitos* judíos, para los *filantrópicos* misioneros protestantes que quieren ilustrarnos, como los otros enriquecernos; pero..... llevar los ojos bajos y el continente morigerado, tales desmanes, y semejantes perjudiciales ejemplos deben, en bien del país y provecho de los adelantos del siglo, reprimirse, menospreciarse y entregarse al escarnio!

En Bernardo la muerte de su padre no había causado gran sensación, ó al menos no ha-

bía sido de especie tal que bastase á mejorar sus costumbres. Pasada la primera impresión, la falta de su padre más bien había servido á romper el último freno que lo retenía. Este freno era el respeto que, aunque no fuese sino en su presencia, le infundían las venerables canas que ceñían como una corona de plata la frente del hombre honrado; que ese hombre honrado era su padre, y esas canas que se habían anticipado á la vejez eran cada cual hija de un pesar causado por él! La vergüenza, que es la conciencia profana, hacía doblegarse á aquella indómita cabeza ante su padre; porque aquel hombre, aunque malo y viciado, había aprendido á hablar en las faldas de su madre con estas palabras: AMAR Á DIOS SOBRE TODO, HONRAR PADRE Y MADRE.

Así fué que en los primeros instantes admiró y casi envidió la conducta observada en aquella ocasión por su prima, y más adelante, al verla consecuente á sí misma en todas las circunstancias de su vida, serena siempre como el espejo que refleja el sol de Mayo, llegó á adquirir la suave Verónica, para con aquel hombre inquieto y efervescente, el dulce atractivo que tiene una tranquila y plácida bahía para el marino que en altas mares lucha entre las corrientes que lo arrastran y los huracanes que lo empujan.

Pero las osadas é incisivas miradas que cla-

vaba Bernardo en su prima, habían retraído á la modesta y encogida inocente de fijar en él las suyas, que eran tan cándidas, tan puras, tan confiadas y tan serenas. Tiempo había, ó mejor diremos, siempre había sucedido que el lenguaje brusco, burlón y poco respetuoso de su primo, había originado en ella hacia él un alejamiento temeroso y repulsivo; evitaba con cuidado las ocasiones de encontrarse con aquél, y al efecto elegía para acompañar á su tía aquellas horas en que sabía que estaba él ausente.

En vista de lo referido, hacíanse difíciles los naturales preliminares, que son al amor lo que sus albores al sol, entre dos seres tan opuestos, entre un hombre que, una vez definido su objeto, caminaba á él sin ambajes, y una joven que nunca ha pensado, ni comprendido, ni deseado, ni oído palabras de amor.

No se le ocultaba á Bernardo el desvío de su prima. Pero era él justamente de aquellos hombres á quienes empeña una contradicción y enardece un obstáculo; era de esos fatales idólatras de su voluntad, llamados tercos, y la terquedad es la más estúpida fusión de la tontería y del orgullo; es vicio de niños, vicio de necios, vicio de pesados, vicio de los que gustan hacer alarde de todo.

Como la naturaleza poco elevada de Bernardo le hacía incomprensible que hubiese

quien renunciase voluntariamente al mundo y al amor; como, por otro lado, no creyó posible que lo dejase de querer una mujer sin un motivo, y este motivo, á su entender, no podía ser sino el querer á otro, se puso á acechar á su prima á todas horas. Pero nada oculto pudo descubrir en aquella existencia que se deslizaba santa y silenciosamente al pie del altar y en el encierro de su casa.

No hallando las sospechas de Bernardo sobre quién recaer, se fijó en este dilema: «O Verónica no tiene amores, y en ese caso me corresponderá cuando le diga que la quiero; ó no me corresponderá, y eso será porque quiere á otro, y este otro no puede ser sino Juan de Silva, que es su vecino, y puede hablarle sin que nadie lo llegue á entender.»

Decidido, pues, á salir de dudas, Bernardo aguardó una noche á su prima, apostado detrás de una esquina; de manera que al volverla Verónica, se halló frente á frente con él.

—Te aguardaba, Verónica—le dijo Bernardo.

—¿Y para qué?—contestó ella instintivamente alarmada.

—Para decirte que te quiero—replicó él.

Quizás aquel que no comprenda el íntimo sentir de una criatura como Verónica, imagine que ponderamos al decir que el efecto de pavor y de tedio que la causó esta abrupta declara-

ción, fué aterrador; que en aquel instante las ardientes miradas de su primo la horripilaron cual si hubiesen sido víboras, y que sus palabras le inspiraron la repulsa que le hubiesen causado culebras que se acercasen para enroscarla. Fué tal su turbación, que no halló su labio un sonido, ni su razón una palabra para contestar, y permaneció muda.

—¿No me respondes, mujer?—siguió diciendo Bernardo en un tono suave, desconocido en él.

—¡Á mí no..... á mí no!—contestó Verónica entre aturrullada y asustada.

—¡Á ti, prima, á ti, que te has puesto tan hermosa que paras al sol; á ti es á quien quiero!

—¡ Á mí no!..... Quiere á otra—tornó á decir Verónica.

—¿Y por qué había de querer á otra y á ti no?

—Porque otra podrá corresponderte.

—¿Y tú no?

—Yo no.

—¿Y por qué?—preguntó volviendo á su natural tono brusco, Bernardo.

—Porque eso de amores no es para mí—contestó Verónica;—yo no quiero amores.

—¿Pues qué quieres?

—Yo no quiero nada.

—No lo creo.

—¡Pues qué! ¿No se puede vivir sin desear algo?

—No; no se puede vivir sin desear algo; y después de desearlo, no se puede vivir sin lograr lo que se desea. Tú á alguno has de querer; sino es á mí, será á otro, eso no puede marrar; y lo que yo deseo es que sea á mí, ¿estás?

—Bernardo—dijo fatigada Verónica,—por Dios no me detengas con palabras inútiles, ni con chicoleos que son buenos para las casquivanas.

Dió un paso para irse; pero Bernardo la detuvo agarrándola por un brazo de una manera tan brutal, que la pobre niña lanzó un débil ¡ay! debido tanto al dolor como al sobresalto.

—¿Me haces violencia, Bernardo?—exclamó.—¿Y con qué derecho?

—¿Y con qué derecho me das tú con la puerta en el rostro sin escuchar siquiera mis razones?—repuso Bernardo.—Un grillo es y se le escucha.

—He oído tus razones, Bernardo; te las he contestado, y me voy, porque no está bien que se pare una mocita á hablar con un hombre en la calle, aunque éste sea su primo.

—Pues acude á la reja.

—Nunca.

—Dame una esperanza siquiera, esquiva, una siquiera, y te dejo ir.

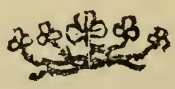
—¿Conque quieres que te engañe?

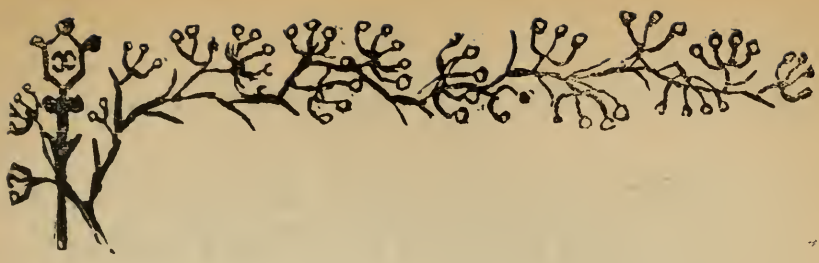
—No quiero que me engañes; lo que quiero es, ya que otra cosa no pueda ser, que antes de darme un no tan pelado y tan duro como los chinos que estamos pisando, lo pienses con despacio.

—Lo tengo pensado, Bernardo, y no he de variar; te lo digo porque me gustan las cosas claras y sin vuelta de guía.

—Es que todo no lo tienes pensado—repuso con comprimido despecho Bernardo;—quédate que pensar que si me desprecias, en Juan de Silva me tengo de vengar.

Bernardo se alejó, dejando á la pobre Verónica más atónita aún de oir nombrar á Juan de Silva, con el que no tenía ninguna clase de relaciones, aunque era su vecino, que asustada de la amenaza.





CAPÍTULO IV

ALGUNOS meses después de la muerte de su marido, estaba la pobre María sentada en su solitaria sala.

En su pálido y marchito rostro se veían unidas las huellas del sufrimiento perenne y del temor incesante, como se ven en un barco que naufraga á ímpetus de las olas del mar que lo asaltan y del huracán que lo zamarrea, los destrozos que unidos le causan ambos elementos. Verónica estaba á su lado, semejante á los ángeles de Dios, á quienes no ahuyenta, sino á quienes atrae el dolor para ejercer su misión de consuelo.

—Tía, ¿qué tiene usted—le dijo con su suave y queda voz á María,—que desde esta mañana no se le secan las lágrimas? Ya le han hecho á usted surcos en el rostro, y acabarán por hacerle canales.

—Hija—contestó María,—estoy que no puedo parar y que no quepo en el mundo. Tu

primo no ha entrado desde ayer de mañana que salió.

—Señora, ¿no está usted hecha á que esto suceda? Habrá ido á los toros del Puerto.

—Aunque eso fuera, debería haber vuelto ya: los toros fueron ayer.

En este momento entró azorada y precipitadamente la hermana de María, madre de Verónica, y le dijo con la abrupta franqueza del pueblo:

—¡María, en la calle Larga hay una riña, y tu hijo es uno de los que se hallan en ella!

María se levantó desatentada, y aun sin tocarse su pañolón se arrojó á la calle, dirigiéndose despavorida hacia el sitio indicado.

Su hermana y Verónica, á pesar de su espanto y de su terror, salieron á alcanzarla; porque el pueblo mira con harto más respeto las relaciones de familia que la clase que se denomina culta, y atiende á las obligaciones que impone con harto más cariño y respeto.

Cuando llegaron al sitio de la riña, vieron á María, esa mujer tan blanda de corazón, tan retenida por hábito, tan temerosa y encogida por carácter, arrojarse entre dos hombres, que, lívidos los semblantes por la ira, y ardientes los ojos por el furor, terciada una manta en el brazo izquierdo y teniendo en la mano derecha una larga y ya ensangrentada navaja, se preparaban á darse una embestida.

—¡Hijo, hijo!..... ¿Qué vas á hacer?—gritó, abalanzándose á uno de ellos.

La madre del otro combatiente había acudido también con una hermana, y lo sujetaban cada una por un brazo, pero sin que gran esfuerzo fuese necesario, porque en este instante vaciló, sus ojos se cerraron, la navaja se escurrió de sus manos, y cayó sin sentido.

—¡Le mató!.....—murmuraron los que al ruido de la pendencia habían acudido.

—Quítate de en medio, Bernardo—dijo á éste uno de los conocidos;—mira que han ido á avisar á los civiles.

Bernardo, que se desangraba por una ancha herida en el costado, se alejó apoyándose en su madre, cuyos vestidos empapaba con la caliente sangre que vertía, y cuyos castos y religiosos oídos hería con las obscenas blasfemias y palabras de venganza que le arrancaba el furor al sentirse mortalmente herido. A su otro lado iba sosteniéndolo Verónica, aterrada, pero atenta y silenciosa, y su tía le anudaba con fuerza su ceñidor para comprimir la hemorragia.

Así caminaban lentamente, solos y sin auxilio; porque los hombres todos habían huído, con ese temor profundo que hay en España á verse comprometido á figurar como testigo en una causa criminal.

Nadie hablaba. La debilidad y el cansancio

habían hecho callar al herido; los demás callaban por no darle pábulo á volver á prorrumpir en su horrible lenguaje, que sin freno ni reprensión va cundiendo de un modo espantoso y como no se oye en nación civilizada alguna, pero ni aun entre los salvajes. ¿Para qué pagan las gentes honradas las contribuciones y la policía, si no ha de servirles para evitarse á sí, á sus mujeres é hijos este intolerable vejamen?

¡Qué grupo formaban estas hermanas de Caridad (en llegando la ocasión todas las mujeres lo son) alrededor de la cama en que fué acostado aquel hombre de espantoso aspecto, el que, más pálido por grados á medida que iba perdiendo su sangre, con los ojos cristalizados, la mirada extraviada y perdida, la boca entreabierta y la respiración estridente, yacía inmóvil é insensible! ¡Con qué consagrado amor manchaban de sangre, debida al delito, sus puras é inocentes manos al aplicar á la herida paños mientras llegaba el cirujano! ¡Con qué caritativo celo secaba Verónica con su blanco pañuelo el sudor con que bañaban la frente del herido las fatigas de muerte que le causaba la pérdida de la sangre! ¡Señor, estos prodigios de santo y consagrado amor, de valerosa y paciente caridad, te ofrece la humanidad, para que en favor de ellos no reniegues de la criatura que criaste y que olvida su ele-

vado origen, su misión en este mundo y su destino en la eternidad!

El cirujano declaró la herida grave, pero no mortal.

Después de la cura, el herido acabó de perder del todo el conocimiento, y quedó sumido en un letargo semejante á la muerte.

Entonces María, exenta ya de la activa asistencia que reclamaba su hijo, cayó desplomada sobre una silla, y ocultando su rostro entre sus manos, prorrumpió en sollozos, clamando con desconsuelo:

—¡Había de tener mal fin! ¡Así lo predijo su padre!

—Tía, no se aflija usted, ni piense lo peor—replicó Verónica.—Eso lo dijo mi tío en el supuesto de que no se enmendase. ¿Quién sabe si Dios se vale de este medio para preparar su enmienda? ¿No vemos en las vidas de los santos á cuántos de ellos llamó Dios á sí por medio de enfermedades, naufragios y otras calamidades que han puesto á los hombres frente á frente con la eternidad? Bernardo sanará, tía, así lo ha asegurado el médico, y mediante Dios, sanará á un tiempo de cuerpo y de alma.

—¡Verónica, hija mía, Dios te premiará el bálsamo que dan tus palabras de consolación á mi alma! ¡Tú no sabes, hija, lo que es una pena sin consuelo!

—No las hay, tía—repuso Verónica.—Dios

los tiene muy grandes y muy dulces para quien se los pide, y el mayor de todos es el que Su Majestad se digna recibir nuestras penas como ofrendas cuando se las ofrecemos. ¿Quién, pues, por tal de tener una ofrenda que ofrecer al Señor, que le sea grata, no quisiera sufrir, como lo ansiaba Santa Teresa?

—¡Madre mía, si decretada está la muerte del hijo mío, si la he de presenciar como presencié la de su padre, conforme estoy, y cúmplase su santa voluntad! ¡Pero, tú Señora y afligida madre, alcánzale á otra su último consuelo, y logra por tu intercesión bendita que tenga el hijo, como la tuvo el padre, una muerte cristiana!

CAPÍTULO V

L tercer día que sin moverse de la cabecera de su hijo pasaba María entre la agonía del temor y los consuelos de la esperanza, sin que sus ojos se cerrasen ni hicieran otra cosa que verter lágrimas, sin que sus labios se abriesen para otra cosa que para orar, salió el paciente de su letargo, y dió señales de vida, esto es, suspiró é hizo algún movimiento.

Bernardo había pronunciado algunas palabras, y su madre se inclinó hacia él, prestó el oído y pudo distinguir las siguientes:

Allí salió una mujer
Que Verónica la llaman,
Con un paño que traía.....

—¡Tu relación, Verónica!—exclamó María.—¡Aquella que decías cuando eras pequeña! ¡Retrocede, hijo de mi alma—añadió dirigiendo sus palabras al enfermo;—retrocede al

tiempo de tu inocencia! ¡No lo creas imposible, y por eso no te desanimes, hijo de mis entrañas! El arrepentimiento y la enmienda nos abren una nueva vida; y el padre sienta al hijo pródigo que lo implora á la cabecera de su mesa. Así lo ha dicho el mismo Dios hecho hombre, brindándonos el perdón, que á tan poca costa podemos adquirir, pues

> Al que, llorando, á Dios suspira y pide,
> Siempre le acoge y nunca le despide.

—¿Quién me habla de Dios?—dijo el paciente abriendo los ojos y fijándolos en María. —Mi madre. ¡Quién había de ser sino mi madre!

—Es mi obligación, hijo de mi alma.

—¡No me digáis hijo!—exclamó Bernardo.

—¿Y por qué no, ingrato?

—¡Porque no merezco serlo!

Diciendo estas palabras, el enfermo prorrumpió en un amargo llanto y tuvo una fuerte congoja.

—La debilidad—dijo el cirujano que entraba en aquel momento.

—¡Dios, que por la intercesión de su Santa Madre, abogada de todas las madres, le toca en el corazón!—exclamó María entre sus lágrimas de gozo.—¡Pues qué, señor! ¿sólo el cuerpo influye en nosotros?

—Un poco de vino—mandó el cirujano.

—¡No, no!—exclamó Bernardo.—¡No quiero volver á probarlo en mi vida!

María cruzó sus manos con exaltada gratitud, y alzando sus ojos al cielo, dijo:

—Antonio, desde la mansión de los justos bendice á tu hijo, y retira el terrible fallo que te infundieron tus temores.

—¡Vamos allá!—dijo riéndose el cirujano al paciente.—Todo Enero es buen alcalde. No vuelvas á beber vino cuando estés restablecido; me parece bien; pero ahora toma este poco, que te lo mando yo por medicina. En seguida que tome una taza de caldo, y que no se le hable, ni se le consienta hablar. ¿No se lo dije á usted, tía María—añadió el cirujano al despedirse;—no le dije á usted que, á pesar de la gravedad de la herida sanaría? Mala hierba nunca muere.

María suspiró al volver á recomendar el cirujano que no se hablase al enfermo, conociendo que perdía los mejores momentos para atraer á su hijo al bien y á la religión de que únicamente aquél dimana, sobre todo en el pueblo, para el que no han podido hallar todos los filósofos antiguos ni modernos otro código de moral que comprenda, que le mueva, que le convenza, que le simpatice, ni que le hable al alma y al corazón cual éste; lo que, aun faltando la revelación, probaría su origen divino.

Algunos días después ya se hallaba Bernardo en plena convalecencia.

—¿Conque, hijo mío—le decía una mañana María,—no beberás ya más vino?

—En la vida de Dios, madre; que más de cuatro cosas no he hecho yo, sino el compañero que traía.

—Lo sé, hijo, lo sé; porque sé también que tú no eres malo: la mocedad, el vino, las malas compañías, todas las asechanzas del enemigo..... Ya confiaba yo en la Virgen, la que tanto vale con el que tanto puede; y para que tú te cerciores de este valimiento y cobres buen ánimo y confianza de que Dios te ha de perdonar si arrepentido se lo pides, te voy á contar un ejemplo.

«Había una vez una pobre viuda que no tenía más que un hijo, y era éste un facineroso de los más sonados. La pobre madre se moría de pena, y no comía un pedazo de pan que no estuviese empapado en lágrimas. No tenía la desgraciada más refugio, más consuelo, ni más esperanzas, sino en sus oraciones á la Virgen, para que se apiadase de aquel perdido sin fe ni ley, y le volviese á traer al santo redil del Buen Pastor. Entretanto, aquel perdido seguía en su mala vida asumiendo iniquidades, hasta que llegó el caso de que, perseguido y acosado por la justicia, no hallaba albergue en que hospedarse, ni guarida en que refugiarse. Huyen-

do, pues, sin saber dónde esconderse, se internó por esos andurriales de Dios, y llegó á un yermo solitario en que había una capilla. Como estaba rendido de cansancio y fatigado por el calor, entróse en ella para descansar. Apoyóse en una columna, y levantó la vista hacia el altar, sobre el que se veía una hermosa imagen de bulto de la Señora con el Niño en brazos. Mirábala el facineroso, apartaba la vista y la volvía á mirar. Al verla con el Niño en brazos, se acordaba de su madre, y una angustia amarga fué creciendo y subiendo más y más en su corazón, como la marea del mar. ¡Quería sacudirse, y no podía; quería irse, y se volvía!..... Porque aquella Señora le miraba á él con tanta dulzura y tanta compasión, que parecía rogarle que no se fuese, hasta que, brotando copiosas lágrimas de sus ojos y doblándose sus rodillas, cayó postrado clamando:

—¡Misericordia, madre mía, misericordia!

Al verle postrado y derramando muchas lágrimas, la Virgen le dijo al Niño:

—Hijo mío, perdona á este pecador arrepentido.

Pero Jesús respondió:

—No puede ser; sus maldades superan toda clemencia.

El malhechor, que esto oía, se golpeaba el pecho, sollozaba y exclamaba:

—¡Madre de Desamparados, mírame desam-

parado de Dios y de los hombres por mis maldades! No me desampares Tú también, refugio de pecadores; así me enseñó mi madre á llamarte, aquella madre que tanto confiaba en tu intercesión.

—¡Hijo—tornó á decir la Virgen,—por su madre, que fué tan devota mía; por sus lágrimas, y por la preciosa sangre que derramaste para redimir al pecador..... redime al que á tus pies ves postrado!

El infeliz pecador, al oir esto, se echó al suelo golpeándose su frente contra las losas del pavimento, y gritando:

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¿Me he de condenar? ¿Serán para siempre cerradas las puertas del cielo al que, aunque tarde, abre los ojos á la luz y detesta sus culpas?

—Hijo, ¿desde cuándo eres sordo á la voz del arrepentimiento?—dijo la Virgen.—¿Qué más que otro ha hecho este pecador?

—Se ha emancipado en su soberbia de su Dios.

—Ahora se le humilla y le adora postrado.

—Ha profanado mi templo.

—Ahora le consagra y purifica con sus lágrimas.

—Ha dado grave escándalo y mal ejemplo.

—Ahora edificará con su conversión.

—Ha sido mal hijo.

—Su madre le ha perdonado.

—Sus crímenes son muchos.

—Más son sus lágrimas de contrición.

Y bajándose la Señora del altar, puso sobre él á su Hijo que tenía en brazos, se hincó de rodillas, y le dijo:

—¡Hijo, aquí postrada te pido la gracia de este pecador!

—¿Qué hacéis, qué hacéis, Madre mía?—dijo el niño alzando á la Señora.—¿Quién vió nunca á una madre arrodillarse ante el hijo que parió? Alzad, y séale perdonado á aquel que tanto en vuestra misericordia y valimiento confió.

Al oir esta misericordiosa sentencia, el pecador alzó los ojos, abrió enajenado los brazos, dió un grito de júbilo y murió, porque su dolor fué tal, que le había partido el corazón en el pecho.»

—Ya ves, hijo—añadió María,—que no hay caso en que esté proscrita la esperanza, ni negada la misericordia al arrepentido contrito que muere cristiano.

—¡Lo que es tener una buena madre!—dijo Bernardo.

—Y esa la tenemos todos en la Virgen Santísima—respuso María.

Pocos días después, y cuando iba convaleciendo de cuerpo y el alma, fué preso Bernardo y llevado á la cárcel, pues aunque su contra-

rio no había muerto, aparecía Bernardo, según las declaraciones, como el agresor.

¡Qué contraste y qué escuela y ejemplos iba á tener aquel hombre naturalmente mal inclinado!

Renunciamos á pintar el dolor de su infeliz madre.

CAPÍTULO VI

Un año después estaba la desdichada madre casi ciega, destruída y enferma, pero paciente y sumisa, oyendo á Verónica que le leía una carta, escrita en papel fino y con buena letra. En el devastado semblante de aquella mujer, viva imagen del sufrimiento, se veía una dulce expresión de consuelo, que si bien no brillaba en sus casi apagados ojos, posaba en suave sonrisa sobre sus labios.

—Siempre, hija mía—dijo la pobre madre, —hay que dar gracias á Dios, que nunca hiere con dos manos. La herida que ebrio hizo mi hijo á Juan de Silva, que se creyó mortal, no lo ha sido, y Dios le sanó en su infinita misericordia. ¡Loado sea! Que no tiene mi hijo una muerte sobre su conciencia. Fué condenado el pobre por cuatro años al presidio de Melilla, y una buena alma consiguió que viniese al Trocadero, donde están los presidia-

rios trabajando; así podemos ir á verle á menudo. Está el infeliz desesperado por tener que estar cuatro años en presidio, y me amenaza de continuo con que se fugará conforme se le presente ocasión, sin atender á las razones que le doy para hacerle ver que eso sería peor, y que debe sufrir su condena con paciencia y resignación. Y mira tú ahora cómo esa señora tan rica y tan principal que estuvo aquí este verano á los baños de mar, á la que tu madre habló de mi desgracia, y que prometió que haría cuanto pudiese por aliviarla, ¡mira con qué eficacia y con qué caridad lo ha hecho! ¡Cómo ha hablado su señoría á todos los gobiernos, ha escrito á Sevilla á los justos jueces, y cómo se toma el trabajo de escribirme de su puño y letra para consolarme y decirme que en pocos meses cumplirá mi hijo su condena, que le ha sido acortada por ruegos y empeños que ha hecho su mercé hasta llegar al Regente, á quien ha expuesto que soy una pobre viuda, casi ciega y enferma, que no tiene quien la mantenga, ni más amparo que ese solo hijo!

—¡Ojalá y lo fuese! —murmuró suspirando su sobrina.

—¡Y que haya—prosiguió la excelente anciana—pobres díscolos, de malas y desagradecidas entrañas, que se pongan á murmurar de los ricos sin más razón que la de no serlo ellos! Estoy para mí, Verónica, que estos mismos

que los motejan, si ricos fuesen, y los ricos pobres, los habían de tratar con harta más soberbia y altanería y con menos caridad que son tratados ellos. En particular, las señoras, nunca, nunca desmayan cuando toman á su cargo una obra de caridad. Allá se lo hallarán, que Dios es buen pagador. El Señor le pague á esta bienhechora lo que ha hecho por mí, y le dé á ella y á todos los suyos salud para hacer muchas obras de caridad, y la gloria, que es su recompensa.

—Bien se lo puede usted agradecer—dijo Verónica,—que gran favor ha alcanzado.

—Verdad es — repuso María.— Pero, hija mía, ¿no basta para castigo de lo que ha hecho, sin saber lo que se hacía, porque quien allí obraba no era él, como lo confesó, sino el compañero que llevaba; no basta, digo, un año de grillete en aquellos pies, que tanto he besado cuando era chico y lo tenía en mis faldas? ¡Ay! ¡Que no permanecieran siempre pequeños en sus cuerpos y ángeles en sus almas los hijos! ¡Crecen para penas! Verónica, quisiera ir yo misma á llevarle esta carta á mi hijo.

—¡Señora!—repuso su sobrina.—Tan mala como habéis estado y estáis, con la debilidad que tenéis después de tantos días de no comer, cuando apenas os podéis tener en pie, ¿queréis hacer esta caminata? ¿No veis que no puede ser?

—¡Sí, hija mía, sí! ¿No sabes que la alegría da fuerzas? Pero, en fin, por si no pudiese llegar á pie, anda, hija mía, ve á ver si está en su casa Miguel Santos, el lanchero, y si en caridad de Dios me quiere llevar en su lancha.

Verónica se tocó el pañuelo y fué á buscar al lanchero, con el que volvió al cabo de un rato para que entre los dos condujesen á su tía al embarcadero.

—Solamente por usted, tía María, me movía yo hoy. He estado esta noche pescando con lanchón y quería descansar. Además, tengo el ánimo perturbado, porque la noche ha sido de prueba; y, puede usted creerme, que el lance no ha sido para menos, y eso que nadie lo sabe sino quien lo pasa.

—¿Y qué le ha acontecido á usted, señor? Que la noche ha estado serena y apacible, como tengo yo hoy mi ánima, gracias á Dios y á las buenas almas,— dijo María.

—Sabrá usted,—repuso el lanchero—como estando yo en mi lancha pescando en el caño del Trocadero, á eso de las doce de la noche oí hacia los centros de las albinas un són tan lastimero, que se me heló la sangre en las venas. Yo no acertaba en lo que podría ser aquel són: si era el aullido de un perro, si el graznido de algún ave de la noche, venida por esas mares de lejanas tierras, si el quejido de alguna criatura, ó si el gemido de algún alma

en pena, porque la distancia de donde venía era grande, y si á mí llegaba era porque la noche estaba más serena y más callada que la muerte. Bien sabe todo el que conoce á Miguel Santos que no es de los que vuelven la espalda cuando hay peligro, ni de los que se perturban por poca cosa; pero puede usted creerme que el vello se me erizó de pies á cabeza, y me persigné como cristiano, porque también soy de aquellos que no le temen ni á Dios ni al diablo. Así fué que me serené y me puse á escuchar, por si me podía cerciorar de lo que era aquel clamor. Pero entonces fué peor, porque poco á poco vine á caer en que era una voz de criatura que empezaba con los bríos del que llama, y remataba con el desconsuelo del que se queja. Lo grande era que lo oía siempre el mismo, á la misma distancia y hacia el mismo punto, sin variar, sin otro ruido alguno, como la campana de la agonía. Me discurrí si serían señales de contrabandisdistas; pero no, no podía equivocarse. ¡Aquel era un gemido como no permita Su Divina Majestad que vuelva yo á oir otro en mi vida! ¡Cada vez que lo oía, me levantaba en peso como una sacudida! Ni podía pescar, ni podía parar, ni hacer otra cosa que encomendar aquel desgraciado á la clemencia de Dios, porque ya le he dicho á usted que estaba la noche más negra que la conciencia de Judas, y que aquel

gemido sonaba muy lejos de donde me hallaba ya, hacia las rabizas y los barriales en que se hunden las criaturas, y por entre los cuales sólo puede andar de día y con mucho cuidado el que conoce los sitios, pues en dando uno en un barrial, de Dios le venga el remedio!

El lanchero hizo una pausa, y levantó el cabello de su frente, como si ésta le ardiese.

—Pero, señor—dijo María, llena de profundo interés y compasión al escuchar el relato,—¿usted ha averiguado lo que ha sido?

—Sí, señora—contestó el lanchero,—que el alba con sus luces vino á confirmar lo que rato había me estaba dando el corazón. Es de advertir que á medida que pasaron las horas se fueron debilitando y extinguiendo los clamores; pero como yo no había perdido el norte, me desembarqué, y como pude me encaminé hacia allá, porque conozco las albinas y marismas como las palmas de mi manos. Lo que me presumí había sucedido: un infeliz ó ignorante del peligro, ó más temerario que el vino, había venido á dar en una rabiza y se había hundido poco á poco, pero sin descontinuar, en su sepultura. Toda la noche había durado ese entierro de un vivo, y el barrial se lo había tragado, sin dejar más que un brazo que el desdichado había levantado como para señalar su sepultura.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué desgracia!—exclama-

ron á un tiempo Verónica y su tía.—¿Y quién será ese infeliz?

—No puede ser—repuso el lanchero—sino uno de los presidiarios que han traído al Trocadero, que habrá querido escaparse esta noche.

Entró en este instante un encargado del presidio.

—Vengo—dijo ásperamente—á registrar la casa.

—Señor..... ¿por qué?—preguntó sobresaltada María.

—Porque su hijo de usted se ha fugado esta noche.

María dió un agudo grito, abriendo las manos, extendiendo hacia adelante sus brazos, como si quisiera apartar de sí una espantosa convicción.

—¿Qué tiene?—preguntó el encargado.—¿Qué es esto?

—Es—respondió el lanchero—que el que se fugó erró la senda; dió en un barrial y se ha enterrado vivo.

—¿Lo sabéis de cierto?

—Estuve, puede decirse, presente,—respondió el lanchero—sin tener ni haber medios humanos de remediar la desgracia. Id á la albina, y si no se lo ha tragado la tierra, veréis un brazo que dice: «Aquí yace un cristiano.»

El encargado salió.

María, que había enmudecido un momento

como anonadada por la fuerza del golpe, se levantó ahora bruscamente con la energía de la desesperación.

—¡Hijo! ¡hijo mío!—gritó.—¡Hijo de mi vida! ¡hijo de mi alma! ¡hijo de mis entrañas! ¡Hijo! ¡hijo! ¡Qué habrá sufrido, María Santísima! ¡Qué desamparo! ¡Qué desconsuelo! ¡Morir sin auxilio divino ni humano! ¡Y yo que te parí, dormía! ¡Y yo que soy tu madre, no te prestaba auxilio! ¡Ay, Dios del cielo, Dios del cielo! ¡Qué bien lo dijo su padre: *¡Mal fin ha de tener!* ¡Ay, ay, que los fallos de los padres son profecías! ¡Ay, ay, que el dolor me ahoga, que el dolor me mata! ¡Qué dolor! ¡qué dolor! ¡Ay de mí, madre infeliz! ¡Ay, hijo desventurado! ¡Dios nos ha desamparado á ambos!

—¡Tía, tía! — exclamó Verónica entre sus lágrimas.—Dios no desampara á nadie.

—¡Pues que me ampare, que me ampare!—gritó en ahogada voz la infeliz madre.

—Decid antes, como hija sumisa, *cúmplase su voluntad* — dijo sollozando la religiosa Verónica.

—¡Cúmplase!—repitió cruzando con un temblor convulsivo sus manos la desesperada madre.—Y si, cual el hijo de mi alma, he de morir sin consuelo..... ¡cúmplase! ¡cúmplase!

—Uno os queda —dijo en voz grave y conmovida el lanchero.

—¿Á mí? ¡No lo hay para mí! — gimió María.

—¿Y no lo sería—dijo el lanchero—la seguridad de que hubiese muerto como cristiano?

—¡Ah! ¡Si esa la tuviese yo!..... ¡Si la Virgen santa hubiese oído la petición de toda mi vida, desde que madre soy!.....

—Pues podéis tenerla—dijo el lanchero.

—¿Qué? ¿qué? ¿Que la puedo tener?—murmuró la madre con una emoción que ahogaba la voz en su garganta. — ¿Quién me lo asegura?

—Yo, que sé su último pensamiento,—dijo el lanchero.

—¿Lo sabéis? Pero..... ¿cómo lo sabéis? ¡Decidlo por Dios, decidlo!.....

—Porque lo manifiesta la cruz que con sus dedos tenía formada, y que cruzados quedaron después de muerto y alzados sobre su sepultura, para atestiguar que murió como cristiano, esto es, arrepentido de sus culpas, creyendo, amando y esperando en Dios.

La ferviente cristiana cayó de rodillas, cruzó sus manos y exclamó:

— ¡GLORIFICADO SEA DIOS! ¡Y bendita Tú, MADRE DE MISERICORDIA, que oíste mi ruego y alcanzaste que se cumpliera, pues la muerte de mi hijo ha sido la de un cristiano! ¡Bendita sea la Providencia de Dios, que me ha enviado MI ÚLTIMO CONSUELO!

La pobre madre cayó hacia adelante con el rostro en tierra. Cuando la levantaron era cadáver.

Su débil vida, mortalmente lastimada por el golpe cruel que había recibido su corazón, y á la que sólo sostenía la vehemente energía de su dolor, se había extinguido cuando aquélla cedió, al recibir su ÚLTIMO CONSUELO.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Págs.
Elia ó la España treinta años ha	7
Prólogo	9
Una palabra del autor al lector	17
Con mal ó con bien á los tuyos te ten	305
El último consuelo	387
Á la Sra. D.ª María Florencia Romero de Pastrana	389
Advertencia	390

Acabóse de imprimir en Madrid,
en el Establecimiento tipográfico
«Sucesores de Rivadeneyra»,
el 30 *de Mayo*
de 1903.

281291
LS
C 1125
Author Caballero, Fernan
Title Obras completas. Vol.5:-
Ella.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU